MISIONES SECRETAS

OTTO SKORZENY

La figura de Otto Skorzeny se ha ganado un lugar de privilegio en la historia militar. Así como se han difundido sus fabulosas hazañas, también se lo ha calificado como “el hombre más peligroso de Europa”. Este oficial de las SS, que tuvo la audacia de arrebatar a Mussolini de las propias manos de los italianos, narra con un estilo claro y ameno sus extraordinarias aventuras. Los esfuerzos de los hombres que fraguaron el ingenioso y audaz plan para llevar a cabo la “MISIÓN MUSSOLINI”, nos parecen las fantasías de un novelista imaginativo. Si no tuviéramos la certeza de su realidad, nos resistiríamos a creer que ésta fuera una posibilidad practicable.

Esta operación no es más que un capítulo de los muchos que realizó Skorzeny. Durante su azarosa vida, intervino en cuanta misión peligrosa cabe imaginar, desde la organización de los comandos hasta el espionaje y el sabotaje detrás de las líneas enemigas.

Pero en ocasiones, como en ésta, la realidad es más fantástica que la imaginación. Pues probablemente no se haya escrito un libro de aventuras tan prodigiosas como las que aquí relata el Mayor Otto Skorzeny.

Otto Skorzeny

Misiones secretas

Áncora & Delfín - 55

ePub r1.0
Titivillus 08.01.2023

Título original: *Geheimkommando Skorzeny*
Otto Skorzeny, 1950
Traducción: Carlos Martínez-Barbeito

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN

En diciembre de 1941, la fulminante ofensiva de los ejércitos alemanes se detiene bruscamente a pocos kilómetros de Moscú. La resistencia encarnizada de las tropas rusas, ayudadas por un invierno excepcionalmente riguroso, para en seco el ímpetu de las divisiones del Reich que intentan primero, rabiosamente, mantenerse en las posiciones conquistadas, y después, obligadas a soltar su presa, retroceden en desorden. En ciertos sectores, la retirada de la Wehrmacht degenera en desbandada —es la huida, el desastre alocado, caótico, semejante en todos sus puntos a la derrota de los restos del ejército francés en el 1940. Perdida en la masa confusa de los regimientos diezmados y desmoralizados, una unidad de la S. S., bajo el mando del teniente Otto Skorzeny, intenta llegar con sus pertrechos a la posición de repliegue que le ha sido asignada. El joven oficial contempla con espanto el espectáculo alucinante que ofrece este ejército derrotado. Por la primera vez se siente invadido por una duda terrible, lancinante: ¿Alemania es realmente invencible? ¿No se habrán sobrevalorado sus fuerzas? Skorzeny rechaza en vano estos pensamientos; ya no puede volver a encontrar el optimismo que, algunas semanas antes, le hubiera parecido tan natural.

Sin embargo, el Alto Mando alemán consigue muy pronto restablecer, más o menos bien, un frente continuo capaz de resistir la avalancha rusa. En cuanto a Skorzeny, que padece de violentos ataques renales, es enviado a Alemania y agregado, en calidad de ingeniero, a un depósito de los alrededores de Berlín. Los seis meses fríos y fastidiosos que pasa vigilando la reparación de vehículos militares no contribuyen mucho a mejorar su moral. Incluso los éxitos alcanzados en el transcurso del verano del año 1942 por el ejército alemán que avanza hacia el Caucaso, puesto que él no

ha podido participar en estos combates, no le arrancan completamente de su melancólico desvarío.

Pero en enero de 1943 estalla, en un cielo ya cargado de amenazas, el trueno de la Conferencia de Casablanca. La decisión anglosajona de continuar la guerra hasta la rendición sin condiciones, transforma radicalmente el estado de espíritu de Skorzeny y de toda Alemania. Mientras que en Francia esta fórmula es acogida con una satisfacción platónica por unos y con una indiferencia escéptica por otros —los que temen una paz coja—, en Alemania provoca una reacción que en realidad los jefes aliados no habían previsto; un endurecimiento inmediato de la voluntad de resistencia, un cierto furor desesperado. La propaganda de Goebbels se encarga de recordar a todo el mundo el origen de esta expresión. En efecto, fue empleada por primera vez durante la Guerra de Secesión por un general nordista, que la aclaró con estas palabras: "si un cuervo tiene la idea peregrina de darse una pequeña vuelta por el país vencido, hará muy bien en llevarse provisiones".

Para Skorzeny, como para todo "buen alemán", desde este momento no hay más que una alternativa: o la victoria o la destrucción total, irremediable, de Alemania. En adelante los alemanes considerarán todo intento de llegar a un acuerdo con los aliados como una negativa a sobrevivir y, por lo tanto, como un suicidio. Para ellos la suerte está echada; les será preciso vencer… o morir.

Este estado de espíritu explica, en parte al menos, el "fenómeno" Skorzeny. Es además en este momento que empieza la carrera del hombre que la Prensa americana ha calificado como "el más peligroso de Europa".

I
NACIMIENTO DE LOS COMANDOS

HACÍA más de un año que tascaba el freno. Debilitado por los cólicos y la disentería que contraje en la primera campaña de Rusia, hube de inclinarme ante el dictamen de los médicos que me declararon inútil, al menos de momento, para el servicio en unidades de combate. Como ingeniero militar, tuve que enmohecer en un depósito, en los alrededores de Berlín. Enterado, en el otoño de 1942, de que las divisiones de las S. S. iban a ser transformadas en divisiones blindadas, pedí permiso para seguir los cursos de oficiales de carros. Conseguí, en efecto, ser destinado a la 3.ª División blindada de las S. S. Sin embargo, bien pronto una nueva crisis de disentería me demostró que el estado de mi salud impedía aún cualquier fatiga excesiva. Después de unas semanas en el hospital fui devuelto a mi depósito berlinés. No por mucho tiempo, felizmente. A primeros de abril de 1943 fui llamado al cuartel general de las Waffen S. S. Allí me dijo un alto funcionario que estaban buscando un oficial que tuviera buena formación técnica para constituir una «unidad especial». A fin de darme una idea más precisa de las tareas que el Alto Mando pensaba confiar a esta unidad, mi interlocutor trazó en breves momentos un cuadro esquemático de los diferentes servicios agrupados bajo la denominación general de «Ausland Abwehr» (Servicios secretos del Ejército). De este modo penetré por primera vez en un terreno ultrasecreto, reservado a pocos iniciados, y del que no había oído hablar hasta entonces más que en términos extraordinariamente vagos. Para definir exactamente el papel que yo desempeñaría desde entonces, voy a explicar sumariamente la estructura del tal organismo.

La «Abwehr» dependía directamente del Alto Mando del Ejército. Constaba de tres secciones: la primera estaba encargada del espionaje militar propiamente dicho. La segunda no entraba en actividad más que en tiempo de guerra; su misión consistía en la preparación y ejecución de actos de sabotaje a retaguardia del enemigo, así como en la desmoralización de las tropas adversarias mediante una propaganda adecuada. La tercera sección organizaba el contraespionaje, es decir, la lucha contra los espías y los saboteadores enemigos.

(Sabiendo hasta qué punto los términos «espionaje» y «sabotaje» les parecen siniestros e ignominiosos a tantos profanos, debo precisar aquí que servicios semejantes, aunque camuflados bajo nombres diferentes, existen en todos los países. En la hora presente todas las grandes potencias están obligadas a mantener un «Intelligence Service» o, como dicen más modestamente los franceses, un «Deuxième Bureau»).

Al principio de la guerra, el Alto Mando había puesto a disposición de los jefes de los Servicios Secretos el batallón de choque «Brandemburgo». Poco a poco este simple batallón había aumentado hasta convertirse, en enero de 1943, en la división de choque «Brandemburgo». Esta unidad estaba encargada de la ejecución de ciertas misiones especiales, elaboradas por los servicios de la «Defensa». El secreto estaba tan bien guardado que el público ignoraba incluso la existencia de tal división.

Ahora bien, al año aproximadamente, el servicio central de las Waffen S. S. se esforzaba en crear una segunda división de esta clase, el «Curso de instrucción especial Oraniemburgo». Los jefes del servicio buscaban precisamente un oficial que poseyese conocimientos en todas las especialidades tanto militares como técnicas a fin de confiarle la tarea de acelerar su instrucción.

Ese puesto es el que me ofrecía mi interlocutor. En seguida me di cuenta del contenido de semejante denominación. Si aceptaba la inesperada proposición, tendría que dejar por completo la vida militar normal para ocupar un lugar aparte, que no era accesible a todos. Me acordé de una máxima de Nietzsche: «Hay que vivir peligrosamente». Quizá iba a tener así la posibilidad de servir a mi país de una manera particularmente eficaz, y en un momento en que Alemania pasaba por un trance duro y penoso.

Esta última consideración es la que finalmente me decidió. Acepté, pues, reservándome en todo caso el derecho de dimitir, si mis facultades se revelaran como insuficientes para un puesto tan delicado.

El 20 de abril de 1943 me comunicaron mi nuevo destino con el grado de capitán de la reserva. Ajustándome a las normas vigentes, me presenté el mismo día al jefe de «Informaciones Políticas», comandante de tropas de asalto Schellenberg. Éste, hombre bastante joven, elegantísimo, se mostró muy amable. A decir verdad, no comprendí gran cosa de sus explicaciones. Después de todo acababa de franquear el umbral de un terreno que hasta entonces me había sido totalmente desconocido. No obstante, me enteré de que la unidad de la cual había de tomar el mando preparaba una expedición, y de que el primer comando estaba precisamente a punto de partir. He aquí de lo que se trataba:

Las zonas petrolíferas del sur del Irán habían sido ocupadas, casi desde el principio de la guerra, por las tropas británicas, mientras que el norte del país se encontraba bajo la protección de varias divisiones rusas. Por otra parte, los aliados utilizaban hasta el máximo las vías férreas iranesas para conducir a Rusia cantidades siempre crecientes de material de guerra. Sobre todo, los Estados Unidos, a partir de su entrada en la guerra el 11 de diciembre de 1941, contribuían con sus entregas en masa a reforzar la resistencia soviética. A grandes rasgos, me eran ya conocidos estos hechos, pero solamente entonces, al tener noticia de las cantidades así transportadas, me di cuenta de la extraordinaria amplitud de la ayuda que los aliados prestaban a Rusia. Ahora se trataba de cortar, o, por lo menos, de amenazar, las líneas de comunicación atacándolas en el mismo centro del país. Schellenberg esperaba conseguir este objetivo sublevando las tribus de montañeses que soportaban a duras penas la autoridad del gobierno iranés. Pequeños grupos de soldados alemanes deberían proveer de armas a los Kashgais y a otras tribus y, sobre todo, servirles de instructores. Una vez allí recibirían por radio órdenes que les indicasen, a medida de las necesidades y de las posibilidades, los puntos que deberían atacar.

Desde hacía ya varios meses, unos veinte hombres del «Curso Especial» —nombre provisional de mi futura unidad— estudiaban bajo la dirección de un persa la lengua del país. Por otra parte, estaba agregado a cada grupo

un persa que acompañaría a los soldados cuando se lanzasen a la gran aventura. El equipo estaba listo, así que sólo se esperaba la señal de un oficial alemán que se encontraba —clandestinamente por supuesto— en Teherán.

A fin de camuflar esta empresa, los servicios secretos la denominaron «Operación Francisco». El sitio elegido para el aterrizaje de los paracaidistas era la orilla de un gran lago de agua salada, al sudeste de Teherán. Ya un primer grupo, compuesto de dos oficiales, de tres suboficiales y de un persa, estaba dispuesto a partir. Después de interminables diálogos con la Luftwaffe, la 200.ª escuadrilla de caza se prestó a poner a nuestra disposición un Junker 290, único aparato que poseía radio de acción suficiente. Había que calcular entonces a razón de un kilo por persona el peso del equipo que el aparato podía llevar, porque era a todas luces imposible reducir la cantidad de combustible que exigía el vuelo de ida y vuelta. Sólo el que ha participado en los preparativos de una expedición semejante puede saber cuántas veces hay que revisar, modificar, corregir en detalle la lista del equipaje, con qué cuidado hay que pesar cada objeto, armas, víveres, ropa, municiones, explosivos y hasta los regalos para los jefes de tribu. En lo que concierne a estos últimos, me acordaré siempre de nuestros frenéticos esfuerzos para despojar a los fusiles de caza de las incrustaciones de plata, y a las pistolas de sus culatas enriquecidas con adornos de oro.

Como punto de partida, se había elegido un aeródromo de Crimea. Desgraciadamente la pista de aterrizaje era tan pequeña que hubo que aligerar el aparato, lo que, claro está, sólo fue posible a expensas del equipaje. Después, esperamos un tiempo favorable con noches sin luna, para el vuelo sobre territorios rusos. Cuando llegó el momento de emprender la marcha notamos que el aparato estaba aún demasiado cargado, porque, entretanto, una lluvia torrencial había empapado y reblandecido la pista. Una vez más nos vimos obligados a sacrificar parte del equipaje, pero decidimos enviar algo más tarde un avión de aprovisionamiento que arrojaría en paracaídas lo que el primer aparato no hubiera podido llevar. En fin, todo quedó listo, y esta vez se consiguió despegar. Al cabo de catorce horas de angustia recibimos el primer mensaje

indicando que nuestros hombres habían llegado sanos y salvos a territorio iranés.

Estábamos a principios del verano de 1943. La situación en los distintos teatros de la guerra no era precisamente brillante. Pude darme cuenta de ello, por otra parte, aun sin leer los comunicados, ya que en cada etapa de mi trabajo de organización tropezaba con una resistencia pertinaz. Ni uno solo de los servicios a los cuales me dirigía se mostraba propicio a poner a mi disposición los hombres o las cantidades de material que necesitaba. Todo me lo daban con cuentagotas.

Al principio, el grupo llegado al Irán obtuvo algunos resultados, a decir verdad bastante modestos. Después de haber conseguido unirse a las tribus sublevadas, pudo desempeñar su primera misión, al menos en la medida de sus posibilidades, que eran más bien reducidas, pues no estábamos en disposición de hacerle llegar los refuerzos y las provisiones que reclamaba.

Aún no teníamos en número suficiente los famosos Junkers 290, único aparato alemán que podía llevar a cabo un viaje semejante sin escala.

Entretanto, el «Curso especial Oraniemburgo» había constituido un segundo grupo, compuesto de seis soldados y un oficial. En el último momento su marcha se había retrasado por una avería ocurrida cuando el avión estaba a punto de despegar. Avería providencial, como íbamos a saber al día siguiente. Uno de nuestros oficiales de Teherán acababa de llegar a Turquía después de una huida épica. Desde Constantinopla nos advirtió, a tiempo, de que había sido descubierto nuestro centro de Teherán y arrestados nuestros agentes. Sólo él había conseguido escapar.

En estas condiciones hubiéramos cometido una locura haciendo salir al segundo grupo, que se hubiera encontrado completamente aislado, sin ninguna relación ni con Teherán ni con el primer comando. Debíamos, pues, renunciar a proseguir la «Operación Francisco». Por otro lado, algunos meses más tarde, las tribus sublevadas abandonaban la lucha, dejando, no obstante, a nuestros soldados en libertad de quedarse con ellas o de huir. Pero para aquellos hombres, que conocían muy imperfectamente la lengua del país, la huida hasta la frontera del Estado neutral más cercano —Turquía— hubiera sido una empresa desesperada. Bien pronto los jefes de las tribus fueron obligados a entregar a los alemanes a las trepas británicas.

Viéndose en peligro de caer prisionero, uno de los oficiales prefirió poner fin a sus días. El otro, así como los tres suboficiales, fue internado en un campo del Oriente Próximo. Estos cuatro hombres no regresaron a Alemania hasta 1948.

En definitiva, la «Operación Francisco» acabó en fracaso. Pero tengo que decir que en aquella época otras tareas me parecían bastante más interesantes. Un día, la sección técnica del VI Departamento me sometió unos estudios sobre el desarrollo industrial de la U. R. S. S. Como no se encontraba entonces ningún informe sobre este asunto ni en la prensa ni siquiera en obras de geografía o de economía política, aquella colección de estadísticas, mapas, relaciones de efectivos, etc., me impresionó de modo singular. Los técnicos habían ya elaborado bajo el nombre camuflado de «Operación Ulm» un proyecto de sabotaje en previsión del ataque a algunas de estas instalaciones y de su destrucción total o parcial. Comprendí en seguida que había allí una posibilidad de debilitar considerablemente el potencial industrial del enemigo, y que este objetivo podía conseguirse utilizando un solo destacamento de comandos. Por el momento, sin embargo, aún no habíamos llegado a tanto. La organización de mi futura unidad estaba lejos de hallarse terminada y, sobre todo, yo sentía que aún me quedaba mucho que aprender.

II
YO ME PREPARO

ANTES de aceptar definitivamente el mando de la nueva sección de «Informaciones Políticas» me entregué a una tarea bastante particular. Es decir, me propuse estudiar todos los datos disponibles sobre la actividad de los comandos británicos. Ya había visto en Rusia que se pueden extraer provechosas lecciones de una observación inteligente de los métodos que emplea el enemigo. ¿Por qué no hacer lo mismo en mi nuevo ámbito? Confieso que me quedé literalmente estupefacto al conocer los éxitos de las «commando troops» inglesas que actuaban a las órdenes de lord Mountbatten. Los informes sobre sus golpes de audacia me abrían en efecto perspectivas completamente nuevas. Con toda evidencia, el famoso «Intelligence Service», que ha sabido siempre rodearse del mayor misterio, había debido intensificar considerablemente su acción desde el comienzo de la guerra.

Leía asimismo los datos sobre las operaciones de nuestra división «Brandemburgo». En seguida me pareció que esta unidad disponía de medios infinitamente menos poderosos que nuestros adversarios, lo que, por otro lado, no le había impedido obtener frecuentes y notables resultados.

A juzgar por lo que yo pude averiguar bregando como un loco —en menos de dos semanas había leído, releído y anotado una montaña de expedientes— la dirección de los comandos iba a ofrecerme la magnífica e inesperada posibilidad de contribuir poderosamente a la victoria de Alemania. Nuestros adversarios no estaban en mejores condiciones que nosotros para proteger en toda su extensión sus inmensas retaguardias. Teníamos que descubrir, entre los centros vitales del enemigo, aquellos que

una tropa poco numerosa, pero resuelta, podía atacar con razonables probabilidades de éxito. Entonces, y a condición de preparar cuidadosamente cada expedición y también de disponer de los necesarios medios materiales, podríamos obtener resultados importantes. Además, esta tarea me parecía tanto más apasionante cuanto que hasta entonces el esfuerzo militar alemán no se había orientado todavía en aquella dirección.

Decidí, pues, aceptar definitivamente el mando de las unidades de comando que existían o que pudieran crearse más tarde. Hasta entonces el «Curso especial» que yo iba a dirigir había sido mandado por un capitán holandés, miembro de las Waffen S. S. Los jefes de sección de la única compañía eran militares que conocían perfectamente su oficio gracias a la experiencia adquirida en varios años de lucha, hombres con los cuales podía contar. Disponía, pues, de un personal básico suficiente. En cambio, en lo que concierne a los cursos de instrucción, carecía de colaboradores de calidad. La suerte iba a venir en mi auxilio. A raíz de una visita a las oficinas del servicio de «Informaciones Políticas», me encontré con un camarada de estudios, el jefe de sección de las S. S., Karl Radl, que aceptó en seguida ayudarme a formar la nueva unidad. Pudo incluso presentarme a dos oficiales jóvenes que acababan de ser destacados en el VI Departamento, y cuyo traslado a mi unidad obtuve fácilmente.

Luego me puse al trabajo con toda energía. Me dieron orden de desarrollar el «Curso especial» hasta darle la importancia de un batallón. Además, la dirección general de las Waffen S. S. me encargó de organizar una nueva unidad de choque, el batallón «Friedenthal». Gracias a mis excelentes relaciones en varias divisiones del Ejército pude reunir rápidamente un número de oficiales, de suboficiales y de soldados suficiente para formar una segunda compañía. Por otra parte, habíamos encontrado ya un lugar ideal para la instalación de la nueva unidad. En Friedenthal, cerca de Oraniemburgo, un antiguo palacete de la época de Federico el Grande dormía en el corazón de un inmenso parque que iba volviendo poco a poco al estado de naturaleza. Las vastas praderas que rodeaban la propiedad convenían también perfectamente a nuestras necesidades. Emprendí en seguida la preparación de los campos de ejercicio y la construcción de barracas, hangares, etc., que nos eran necesarios.

Ejecutar los planes era un trabajo muy agradable; en cambio, los innumerables pasos que había que dar para arrancar a las diversas oficinas y servicios los medios de realizar dichos planes, resultaban infinitamente menos agradables. A fuerza de batirme contra la sacrosanta Administración y contra sus sumos sacerdotes los chupatintas, adquirí pronto cierta experiencia de esta lucha solapada e incluso acabé por encontrarme metido en el lío de los resortes y de las competencias. Sin embargo, la verdad me obliga a confesar que Karl Radl, convertido entretanto en mi oficial de órdenes, me superó ampliamente y se reveló como un verdadero «as» en este difícil arte.

El hecho es que concebí el programa de instrucción, con la mayor amplitud. Procuré dar a mi nueva unidad una instrucción tan completa como era posible, a fin de poder utilizarla en cualquier parte y en cualquier misión. Por consiguiente, cada hombre iba a recibir en primer lugar la formación habitual del soldado de infantería y de ingenieros, ya que debía familiarizarse, al menos de una manera rudimentaria, con el manejo de los lanza-granadas, cañones de campaña y carros de asalto. Por descontado, todos debían aprender a conducir no sólo una motocicleta y un automóvil, sino una gasolinera y una locomotora. Reservaba, además, un lugar importante a los deportes, principalmente a la natación. También íbamos a organizar un curso rápido de paracaidismo.

Al mismo tiempo se dedicaron clases especiales a la preparación de hombres seleccionados para misiones determinadas; el programa de estas clases comprendía el estudio de ciertas lenguas extranjeras y de la táctica general de ataque contra las instalaciones industriales de nuestros enemigos. En aquella época yo consideraba como esencial labor nuestra lucha contra la Unión Soviética, por un lado, y contra las posiciones angloamericanas del Oriente Próximo, por otro. Sin duda no tuve suficientemente en cuenta el hecho de que nos hallábamos ya en 1943, es decir, en el cuarto año de guerra, porque entonces quizá hubiera desechado instintivamente aquel pensamiento para concentrarme únicamente en lo inmediato, a fin de conseguir, por lo menos, los resultados que era posible obtener. Yo me repetía constantemente que la expresión «demasiado tarde» no debe figurar en el vocabulario del soldado. Nunca es tarde para emprender una

operación importante. Cuanto más nos faltase el tiempo, más debíamos acelerar nuestros preparativos… eso era todo.

III
NUESTROS AMIGOS LOS INGLESES

MUCHO antes de mi nombramiento, «Informaciones Políricas» había empezado a organizar en Holanda un curso de espionaje. La escuela, de un género algo singular, estaba instalada en una pequeña propiedad que había pertenecido a un noble holandés. AllÍ se formaban, principalmente, técnicos en T. S. H. y especialistas en sabotaje. Un día, abandonando mi trabajo en Friedenthal, me dirigí allí. A la primera inspección, advertí que trabajaban en una escala mucho más grande que la que estaba a mi alcance en Alemania. Dirigía el curso un comandante de servicios secretos. Una situación embarazosa para mí, dado que aquel hombre, que no formaba parte del Ejército regular, tenía una graduación más elevada que la mía. Felizmente, en seguida se brindó a ponerse a mis órdenes.

Casi todo lo que observé en el curso de este viaje sobre la actividad de nuestros servicios de contraespionaje era nuevo para mí. Además, pude darme cuenta por primera vez de la intensidad con que los aliados, sobre todo los ingleses, trabajaban en este terreno. Noche tras noche, aviones rápidos hacían incursiones a los territorios ocupados por nuestros ejércitos, con el objeto de lanzar en paracaídas agentes encargados de misiones de espionaje y de sabotaje, o incluso para hacer llegar a los agentes que ya actuaban, aparatos de T. S. H., explosivos, armas y equipos.

Nuestros servicios estimaban que alrededor del cincuenta por ciento de los agentes enemigos eran hechos prisioneros pocos días y aun pocas horas después de su aterrizaje. Además, el setenta y cinco por ciento del material arrojado en paracaídas caía regularmente en nuestras manos. Pedí y obtuve

la entrega de este material, de suerte que a partir de aquel momento era el enemigo quien se encargaba amablemente de resolver nuestras dificultades de equipos. Un sistema poco costoso que recomiendo calurosamente a todos los futuros jefes de comandos.

Vine también en conocimiento de una porción de informes que recogían los interrogatorios de agentes ingleses detenidos. El estudio de sus respuestas me permitía calcular el enorme retraso que nosotros teníamos que compensar. Me interesé, sobre todo, por los métodos de formación e instrucción que empleaban nuestros enemigos de allende el Canal de la Mancha. A petición mía se intensificaron los interrogatorios en este sentido y pronto estuve en posesión de informaciones muy precisas.

Así supimos que la mayoría de las escuelas del servicio secreto británico se encontraban en cierta región de Escocia —una especie de zona prohibida, cuidadosamente guardada— en la cual estaban ingeniosamente disimuladas en casas aisladas. Numerosos agentes capturados nos proveyeron, de buen talante, de dibujos detallados representando los lugares y los caminos de acceso. Conocíamos, además, el programa de los cursos británicos, así que sabíamos en qué sentido debíamos orientar nuestros esfuerzos.

Siempre en Holanda, trabé conocimiento por primera vez con algunos ejemplares del tipo «agente doble». Algunos de nuestros prisioneros —hombres para quienes su actividad de agente no era más que un medio de ganarse la vida— se dejaban persuadir fácilmente a «cambiar de chaqueta» y a trabajar, siempre en calidad de agentes secretos, contra sus antiguos amos y patronos. Este hecho —más frecuente de lo que se cree— me demostró la necesidad de confiar las misiones verdaderamente peligrosas únicamente a soldados voluntarios. Con toda evidencia el puro entusiasmo y la convicción de que se arriesga la vida por una buena causa, por la salvación de la patria, figuran entre los elementos esenciales del éxito, que, al faltar esos móviles, se hace muy problemático. A un mercenario que pone precio a su piel casi no se le puede exigir una fidelidad inquebrantable; las raras excepciones que he podido comprobar confirman más bien que invalidan la regla.

A raíz del mismo viaje supe igualmente que la rama holandesa de nuestros servicios secretos mantenía con nuestros «colegas» ingleses excelentes relaciones radiotelefónicas, un verdadero «juego radiofónico». Nuestros servicios habían podido apoderarse de una docena de aparatos lanzados en paracaídas, y, sobre todo, de claves que permitían cifrar y descifrar los mensajes. Con ayuda de los agentes a quienes iban destinados tales aparatos, descubrieron toda una red de resistencia a la que pertenecían varios centenares de holandeses. Esta organización no había desplegado, por el momento, ninguna actividad; así que retrasamos las detenciones previstas, con la esperanza de obtener, continuando nuestra treta, resultados mucho más positivos.

Entre otros muchos informes, las deposiciones de los agentes capturados nos mostraban también que en las escuelas inglesas se servían para los ejercicios de tiro de un revólver silencioso. En Alemania aún no fabricábamos semejante arma y hasta entonces no habíamos tenido la fortuna de encontrar una sola en los numerosos paquetes lanzados en paracaídas y de los cuales nos habíamos apoderado. Se me ocurrió entonces una idea audaz: ¿y si nosotros nos sirviéramos de nuestro juego radiofónico para solicitar uno de aquellos revólveres? Inmediatamente, nuestro departamento holandés se declaró dispuesto a transmitir tal encargo.

En efecto, quince días más tarde, cuando volví a La Haya, me enviaron dicha arma, un revólver del calibre 7,65, de un solo tiro, de una fabricación algo primitiva, lo que probablemente lo hacía más fuerte y menos sometido a los caprichos de los mecanismos complicados. En cuanto recibieron nuestro mensaje, enviado en nombre de un agente capturado que firmaba con el seudónimo de «Treasure» (Tesoro), los ingleses expidieron el revólver —por avión, claro— y nuestros servicios lograron apoderarse del cargamento de que formaba parte. Hice inmediatamente un primer ensayo, tirando a través de la ventana abierta del despacho en que me encontraba sobre una bandada de patos que se paseaban por el canal. Pude comprobar que, en efecto, no se oía casi nada. En la calle, los transeúntes ni siquiera volvieron la cabeza.

Los paquetes de material que los ingleses lanzaban en paracaídas de un modo regular sobre Bélgica, Francia y los Países Bajos contenían asimismo pistolas ametralladoras «Sten». Cuando vi esta arma quedé vivamente impresionado por la sencillez de su construcción, que seguramente permitía una fabricación rápida y barata. Por lo que pudimos averiguar, los ingleses poseían también un «silenciador» para esta pistola, pero lo mantenían todavía en secreto, circunstancia que, por supuesto, me incitó aún más a intentar procurarme el misterioso dispositivo. Pero, ¿cómo hacerlo? Esta vez nuestro bonito sistema de los encarguitos por T. S. H. no dio resultado. O los británicos olfatearon algo sospechoso, o decidieron mantener todavía en reserva su silenciador.

Supe, por casualidad, en este momento, que un capitán holandés, encargado de otra misión, estaba a punto de marchar a Inglaterra. Con su pequeño balandro tenía la intención de dirigirse primero a Suecia y, desde allí, a algún puerto escocés, para recoger el correo destinado a ciertos agentes ingleses que trabajaban en Holanda. A solicitud mía se le encargó, además, de hacer lo posible por obtener de los centros militares un silenciador para la pistola ametralladora «Sten».

Gracias a este procedimiento, tuve, hacia fines del mes de junio de 1943, la satisfacción de recibir el primero de esos dispositivos que cayó en manos alemanas. En seguida me entusiasmé por las posibilidades que ofrecía la utilización de tal arma. Una patrulla equipada con pistolas ametralladoras silenciosas podría evitar muchas pérdidas, y escapar a muchos peligros, ya que en caso de tropezarse inopinadamente con un destacamento enemigo, no vacilaría en disparar, sin miedo de atraer, con el alboroto de la fusilería, la atención de otros grupos enemigos que pudieran acudir. Yo estaba seguro de que cada soldado que formase parte de un cuerdo franco o de una patrulla de reconocimiento, estaría encantado con un arma semejante.

Pero la Dirección de Estudios de Armamento, de Berlín, no participaba de mi opinión. De regreso en Friedenthal, presenté una tarde el dispositivo silencioso a varios oficiales superiores, dando a la demostración un carácter bastante llamativo. Mientras nos paseábamos por el parque —ya era de noche— un soldado que nos seguía a algunos pasos de distancia, tiró al aire,

vaciando un cargador entero, y aquellos señores se quedaron asombrados cuando yo les mostré los cartuchos vacíos esparcidos por el suelo. Sin embargo, opusieron algunos reparos. La fuerza de penetración les parecía insuficiente y pretendían que con el «silenciador» disminuía ligeramente la precisión del tiro.

Yo les propuse entonces copiar la pistola ametralladora «Sten» —arma muy sencilla y al mismo tiempo de una solidez a toda prueba— y equipar con ella al ejército alemán. Lo cierto era que se podía, literalmente, arrojar esta arma al suelo, pisotearla y usarla en seguida, mientras que la ametralladora alemana no soportaría jamás un trato parecido. Además, la fabricación de la «Sten» no hubiera requerido más que una parte del tiempo y de las materias primas necesarios para la fabricación del arma alemana. Aún encontraron nuestros queridos burócratas argumentos para justificar la desestimación de mi propuesta. Esta vez movilizaron a Adolfo Hitler en persona: el Führer había dicho un día que a los soldados alemanes no se les podían dar sino las mejores armas de que dispusiésemos. Había que reconocer que la precisión de la «Sten» era ligeramente inferior a la de la ametralladora alemana. Sólo que aquellos señores olvidaban que la ametralladora pequeña y la pistola son armas para blancos próximos y que a ningún soldado se le ocurría usarlas para un blanco lejano.

IV
ENCUENTRO CON CANARIS

Un día recibí la visita del teniente de la división de choque «Brandemburgo», Adrián von Foelkersam. Éste, descendiente de una antigua familia báltica, era un magnífico soldado, condecorado ya en 1941 con la Cruz de Caballero en recompensa por un golpe de mano extraordinariamente osado en el frente del Este. Mi visitante me participó, ante todo, el descontento general que reinaba entre los viejos «brandemburgueses». Desde hacía mucho tiempo, me explicó, la división no había sido encargada de ninguna misión especial; por el contrario, servía con frecuencia de «suplente» y entonces debía librar los combates que cualquier otra división hubiera podido sostener perfectamente. Las pérdidas sufridas durante aquellas refriegas eran siempre muy elevadas, y, sobre todo, prácticamente irreemplazables, dado que la división se componía casi únicamente de hombres que poseían conocimientos excepcionales de lenguas extranjeras y que eran voluntarios para todas las acciones de comando. Después de tal preámbulo me expuso el verdadero objeto de su visita: habiendo oído por casualidad él mismo y otros diez oficiales de su batallón, hablar de la nueva unidad que yo debía formar, se sentirían dichosos de incorporarse a ella. ¿Me sería posible ayudarles en sus gestiones? Como von Foelkersam me hizo desde el primer instante de nuestra entrevista una impresión muy favorable, le prometí gustoso que emplearía toda mi influencia para conseguirlo.

Esta promesa fue la que me llevó a tener mi primera —y única— entrevista con el famoso almirante Canaris, jefe del servicio de «Informaciones» («Ausland Abwehr»). Acababa de enterarme de que el

doctor Kaltenbrunner, a la sazón jefe de los Servicios de Seguridad, y mi superior directo el jefe de «Informaciones Políticas», Schellenberg, tenían la intención de buscar, en unión de Canaris, los medios apropiados para conseguir una coordinación más eficaz de los esfuerzos de la «Ausland Abwehr» y del servicio de las S. S. Yo les pedí autorización para asistir a esta conferencia y solicité su apoyo para mi intento de arrancarle al almirante el traspaso de los once oficiales de la división «Brandemburgo» a mi futura unidad.

Nos introdujeron en un despacho tenuemente iluminado, donde nos sentamos en profundos sillones. Cosa curiosa, a pesar de mi excelente memoria para las fisonomías, me sería imposible describir hoy el aspecto del almirante Canaris. Me acuerdo sólo de un hombre de mediana talla, macizo, con el cráneo pelado, vestido con uniforme de oficial de Marina. De su cara, recuerdo únicamente los ojos incolores cuya mirada indescifrable iba sin cesar de uno a otro de sus interlocutores, salvo cuando la fijaba en un punto imaginario de la pared.

Por el contrario, no hay peligro de que me olvide de Canaris como antagonista, por no decir adversario. He ahí un hombre que manifiestamente destacaba en el arte de ser impenetrable. Podría comparársele con una medusa; se puede hundir el dedo en la masa gelatinosa, con la seguridad de que, al retirarlo, la bola viscosa recobrará su forma anterior, redonda y lisa, como si nada hubiera ocurrido. Con notable destreza, Canaris sabía impedirnos, mediante habilidades dialécticas, desarrollar hasta el fin las ideas cuyas consecuencias le disgustaban. Ahora bien, yo también soy capaz de ser astuto, cuando hace falta. Así que la discusión se eternizaba. Durante tres horas nos esforzamos en obtener su consentimiento para el cambio de destino de los once oficiales. Continuamente, Canaris encontraba, mejor dicho, inventaba nuevas razones para ponernos una negativa. Tan pronto como lográbamos, a pesar de sus interrupciones y digresiones, rechazarle su última objeción, presentaba otra. En fin, cuando parecía que habíamos agotado los argumentos, aceptó el traslado de los once oficiales de la visión «Brendemburgo» a mi futura unidad. Suspiré con alivio y me incorporé, cuidando al mismo tiempo de no exteriorizar demasiado mi triunfo. Había vencido después de una lucha

singularmente reñida. Pero en el momento en que su jefe de Estado Mayor se disponía a recibir órdenes en este sentido, Canaris descubrió, ante nuestro asombro, nuevas dificultades y, finalmente, aplazó su decisión para una fecha «ulterior», es decir, indeterminada. Ante esta nueva prueba de su mala voluntad preferí retirarme. Ya era bastante. Por otra parte, hasta varios meses después, en noviembre de 1943, no llegaría, por medios indirectos, a obtener satisfacción en este particular.

V
UN PLAN GRANDIOSO Y SU SEPULTURA

En la misma época me puse también en relaciones con la «Organización Kürfurst», nombre camuflado de los servicios informativos de la Luftwaffe. Muy pronto pude darme cuenta de que allí se trabajaba de manera ejemplar y eficaz. Nuestra primera toma de contacto dio origen a una colaboración cada vez más estrecha y fructífera. La oficina central de esta organización poseía una cantidad verdaderamente asombrosa de informes sobre casi todos los países que podían interesarnos, principalmente fotografías aéreas de la inmensa región que se extiende entre el Volga al este, el lago Aral al sudeste, Mesopotamia y el Canal de Suez al sur. Desgraciadamente, la mayor parte de esas fotografías databan de los años 1940 y 1941, es decir, de la época en que la Luftwaffe tenía todavía el dominio absoluto del cielo.

En aquellos archivos descubrí igualmente una abundante documentación sobre la potencia industrial de nuestros enemigos. Al tomar posesión de mi nuevo cargo, había ya encontrado un conjunto de indicaciones referentes a la industria de guerra soviética, reunido con vistas a la «Operación Ulm». Pero sólo después de haber tenido acceso a los ficheros de la Luftwaffe empecé a darme cuenta de cuánto nos faltaba aún y de la tarea gigantesca que me habían confiado mis superiores.

Sabíamos que los rusos habían trasladado, y casi reconstruido, sus más importantes empresas industriales a una región situada al este de los Urales, región más extensa que la «Gran Alemania» de entonces. Como la LuftWaffe no había podido efectuar más que un reducido número de vuelos de reconocimiento sobre esos territorios, teníamos que buscar otras fuentes

de información. Nos reunimos y confrontamos sistemáticamente los millares de declaraciones de prisioneros rusos; completamos luego el resultado así obtenido con las informaciones recogidas de ciertas empresas —sobre todo alemanas y francesas— que anteriormente habían efectuado obras en aquellas regiones. De este modo pronto pudimos trazar un cuadro medianamente detallado de la estructura de aquella enorme concentración industrial. Y entonces comprendí la gran cantidad de trabajo preparatorio que aún tendríamos que realizar antes de poder soñar con un plan de ataque que ofreciese una razonable probabilidad de éxito.

Ciertamente, era imposible destruir, bien por ataques aéreos, bien por actos de sabotaje, el conjunto de instalaciones agrupadas en aquellas extensas zonas. Nos hacía falta descubrir los centros nerviosos. Ahora bien; cada industria, sobre todo cuando ha sido creada años después de un plan oficial estrictamente aplicado, tiene necesariamente sus puntos débiles. En el presente caso particular, aquellos «talones de Aquiles» eran las centrales eléctricas cuya construcción había sido prevista en el plan de conjunto, al mismo tiempo que la de las fábricas, y que los ingenieros rusos habían hecho brotar, literalmente, del suelo. Como en todas partes, se habían contentado con satisfacer de modo muy justo las máximas necesidades de energía, así que, como ninguna central capaz de desempeñar el papel de fuente de consecuencia del desarrollo rápido de la región, no existía energía de reserva. Una notable disminución de la producción de electricidad debía, pues, lógicamente, provocar una disminución proporcional de la producción industrial. Por otra parte, la red de comunicaciones que unía los diversos centros podía convertirse igualmente en un «punto débil», si las frecuentes destrucciones llegaban a impedir su funcionamiento.

Orientamos, pues, nuestros preparativos en este sentido. Asistidos de los especialistas de la Luftwaffe, que manifestaban también el más vivo interés por nuestros proyectos, concentramos los esfuerzos sobre ambos objetivos, y pronto comprobamos que los trabajos avanzaban rápidamente. Por desgracia nuestros sistemáticos preparativos fueron bruscamente interrumpidos —y durante algunos meses— por una orden ciertamente bien intencionada, pero poco meditada, que nos llegó de las «esferas superiores». He aquí lo que ocurrió: un funcionario del Ministerio de Armamentos había

dirigido a Himmler un memorándum sobre los gigantescos altos hornos de Magnitogorsk, en los Urales. Impulsivo como siempre, Himmler había ordenado inmediatamente: «La unidad especial Friedenthal preparará en seguida una operación de sabotaje contra los altos hornos de Magnitogorsk, en vistas a su destrucción total. El comandante de la unidad especial me dirigirá cada mes un informe sobre los progresos de los preparativos y me indicará, en cuanto sea posible, la fecha probable de la salida del comando». Esta es la orden que encontré un buen día, en forma de belinograma, sobre mi mesa.

Después de haber conferenciado extensamente con toda clase de especialistas, llegamos a dos conclusiones: primera, que precisamente sobre Magnitogorsk y las instalaciones industriales de la misma región no poseíamos, por así decirlo, ninguna documentación. Debíamos, pues, ante todo, tratar de procurarnos las informaciones necesarias, lo que ciertamente exigiría meses y meses de trabajo. Segunda, que aunque nos devanásemos los sesos, de ningún modo veríamos cómo los pobres «saboteadores» podrían llevar las grandes cantidades de explosivos que iban a necesitar en las proximidades de los altos hornos, que, sin duda alguna, estaban constantemente vigilados.

La ejecución inmediata de esta orden parecía, pues, imposible. Pero ¿cómo habría que arreglárselas para llevar esta imposibilidad a conocimiento de las «esferas superiores»? Cuando, en mi ingenuidad, quise simplemente enviar a dichas esferas una exposición objetiva y detallada de las insuperables dificultades con las cuales tropezábamos, se me rieron en la cara. Todavía me faltaba mucho por aprender, me decían, de la diplomacia de que hay que hacer gala en las relaciones con los grandes jefes. Schellenberg me dio un verdadero curso sobre el camino a seguir: según él, convenía manifestar, por lo pronto, un entusiasmo desbordante por cualquier proyecto —aun el más insensato— y anunciar continuamente que los preparativos avanzaban de manera satisfactoria. Sólo más tarde se podía empezar a descubrir la verdad y eso con cuentagotas. Para adiestrarse en esta singular estrategia, había que aprender a enterrar hábilmente todos los proyectos del mismo género, de modo que ni el mismo autor volviese a

pensar en ellos. Entonces los peces gordos le considerarían a uno como un subordinado ideal, digno de su confianza y de su afecto protector.

Por lo tanto, teníamos que emplear exactamente año y medio en enterrar para siempre esta idea grandiosa, pero absolutamente irrealizable.

VI
EN EL GRAN CUARTEL GENERAL DE FÜHRER

En 26 de julio de 1943 almorzaba en el Hotel Eden, situado en el centro de Berlín, con un viejo amigo de mi ciudad natal, profesor de la Universidad de Viena. Después de una excelente comida tomábamos café —o más bien el brebaje indefinible que se consideraba como substituto del verdadero café— en el *hall*, parloteando sobre Viena, sobre nuestros recuerdos y amigos comunes. Esta breve escapada a la vida civil —yo no llevaba siquiera uniforme— hubiera debido darme una sensación de sosiego, de paz; sin embargo, a medida que el tiempo pasaba, una inquietud extraña, inexplicable, se apoderaba de mí. Aunque me repitiese que las telefonistas del hotel sabían dónde encontrarme, no llegaba a librarme de mi preocupación.

Cuando no pude más, llamé a mi despacho. Mi secretaria estaba completamente fuera de sí. Desde hacía dos horas, al parecer, me buscaban por todas partes.

—Le llaman del Cuartel General del Führer, jefe —gritaba por el auricular—. A las cinco de la tarde un avión le espera en el aeródromo de Tempelhof.

Comprendí entonces toda esta agitación, pues hasta entonces no me habían llamado nunca desde el Cuartel General. Disimulando lo mejor que pude la emoción que me dominaba, contesté solamente:

—Dígale a Radl que vaya ahora mismo a mi casa, que meta un uniforme y mis útiles de aseo en una maleta y que me la lleve al aeropuerto. Yo voy directamente allí. ¿No tiene usted idea de lo que quieren de mí?

—No, señor. No sabemos nada.

A toda prisa me despedí de mi amigo —que se mostró vivamente impresionado al saber que me llamaban al Cuartel General— y salté a un taxi. Durante el trayecto me esforzaba por adivinar la razón de la imprevista llamada. ¿Se trataría de la «Operación Francisco» ¿el sabotaje de las vías férreas iranesas? Eso no parecía probable. ¿O de la «Operación Ulm» (el ataque a las instalaciones industriales de los Urales)? Pudiera ser, aunque yo no veía claro que mi presencia en el Gran Cuartel General del Führer pudiese adelantar los preparativos de la empresa. Paciencia, me dije, y ya veremos. En el aeropuerto, Radl, mi oficial de órdenes, me esperaba ya con una maleta y una cartera. Me mudé rápidamente; mientras charlábamos me dijo Radl que la radio acababa de anunciar un cambio de régimen en Italia, pero ni él ni yo podíamos relacionar este acontecimiento con la orden de presentarme en el Gran Cuartel General.

Al dirigirme a la pista de aterrizaje vi que las hélices de un Junker 52 empezaban a dar vueltas. ¡Qué lujo!, no pude por menos de pensar. ¡Este enorme aparato para mí solo! En el momento de introducirme en la cabina pensé que había olvidado lo más importante.

—Tengo que poder comunicarme con usted en todo momento —dije a Radl—. En cuanto sepa de qué se trata, le telefonearé. ¡Que nuestras dos compañías se mantengan alerta! Es lo más seguro.

El avión despegó, viró, tomó altura. Me entregué de nuevo a toda clase de hipótesis. ¿Qué me querrían en el Gran Cuartel General del Führer? ¿A quién iba a ver? Cuanto más reflexionaba, menos comprendía. Finalmente, renuncié a aclarar el misterio y me puse a examinar el interior del aparato, del cual era único pasajero. Precisamente delante de mi butaca descubrí una pequeña alacena con licores. Incorporándome, me asomé por la puerta entreabierta para preguntar al piloto si los pasajeros tenían derecho a servirse. Dos copas de coñac bastaron para calmar mis nervios y así pude contemplar a placer la región sobre la cual volábamos.

Pronto franqueamos el Oder, y el verdor ajedrezado de la región de Neumarck se extendió hasta donde alcanzaba la vista con sus bosques y praderas. Tenía curiosidad por ver dónde íbamos a aterrizar, pues hasta entonces yo no sabía más que el común de los mortales acerca del sitio en

que se encontraba el Cuartel General del Führer; es decir, sólo sabía que estaba en algún lugar de la Prusia oriental y que se le designaba bajo el nombre cifrado de «Brecha de los Lobos». Felizmente, mi oficial de órdenes, que pensaba siempre en todo, había tenido la idea de poner en mi cartera un mapa de Alemania, de suerte que pude estudiar nuestra ruta. Hora y medio después de salir de Berlín, volábamos a unos mil metros sobre la ciudad de Schneidemühl; luego el piloto, con quien me reuní en su puesto, me señaló con el dedo el gran lago de Deutch-Eylau y el cruce de las líneas Varsovia-Dantzig e Insterbourg-Posen. Las vías férreas se destacaban contra el suelo con la nitidez de un dibujo geométrico y no pude evitar el pensar qué magnífico blanco ofrecía un tal cruce a la aviación enemiga. Un instante después, esta idea me puso furioso contra mí mismo; vivía una hora maravillosa, un potente aparato me llevaba por un cielo admirablemente limpio sobre un bello paisaje, y yo no conseguía olvidar, ni siquiera por espacio de un minuto, la maldita guerra.

A nuestra espalda el sol se aproximaba cada vez más al horizonte. Poco a poco el avión descendía a una altura de apenas trescientos metros. El paisaje comenzaba a cambiar, a transformarse en una llanura absolutamente lisa, surcada de innumerables ríos y sembrada de lagos. Una ojeada sobre el mapa me indicó que, después de recorrer quinientos kilómetros aproximadamente, llegábamos cerca de la Masuria. En esta región, en Tannenberg, fue donde, al principio de la primera guerra mundial, el viejo Hindenburg infligió a los rusos una derrota decisiva. Con alegría y también con orgullo, pensé que, a la sazón, nuestro frente se encontraba alejado hacia el este, hacia Smolensk, a cientos de kilómetros de la frontera alemana.

El avión descendía ya, trazando grandes espirales. A la pálida luz del crepúsculo distinguí, cerca de un lago, un gran aeródromo. El Junker descendió aún más, tocó el suelo, rodó sobre la pista afirmada, y por fin se detuvo. Delante de la barraca que albergaba las oficinas, me esperaba un gran torpedo «Mercedes».

—¿El capitán Skorzeny? —inquirió un sargento—. Tengo orden de llevarle inmediatamente al Cuartel General, mi capitán.

Por una bonita carretera abierta a través del bosque, alcanzamos pronto el primer cinturón de seguridad, constituido por una empalizada con guardia. El sargento me trajo un salvoconducto que tenía que presentar al mismo tiempo que mi cartilla militar al oficial que mandaba el pequeño destacamento. Inscribió mi nombre en un registro, firmé, la barrera se abrió y reemprendimos la marcha. Ahora la carretera se estrechaba ligeramente. Después de atravesar un bosque de abedules y de franquear una vía férrea, llegamos a una segunda barrera. De nuevo tuve que apearme; el oficial de guardia revisó mis papeles y registró mi nombre; en seguida me rogó que esperase y telefoneó. Después de colgar me preguntó que quién me había citado. Me azaré al confesar que no tenía la menor idea acerca de ello.

—Le ha mandado venir el Estado Mayor del Führer a la Casa de Té —me declaró entonces, visiblemente impresionado por la respuesta que su interlocutor le había dado al otro lado del hilo.

Yo no sabía aun qué pensar. Tampoco ese dato me aclaraba las cosas. ¿Qué diablos podían querer de mí en el Estado Mayor del Führer? Pensativo y algo intrigado volví a subir al coche.

Al cabo de algunos metros franqueamos una especie de portalada, único acceso a un vasto espacio rodeado de una alta cerca guarnecida de pinchos. Creía uno entrar en un viejo parque, arreglado con buen gusto y sembrado de bosquecillos de abedules que bordeaban senderos caprichosamente entrelazados. Pronto pude distinguir algunos edificios y barracas aparentemente colocados al azar. Sobre los tejados planos crecían matas de hierbas e incluso arbolillos. Por encima de ciertos edificios y también de los caminos de acceso, pendían cables de camuflaje en los cuales habían puesto, de trecho en trecho, copas de árboles con el objeto de confundir a los pilotos enemigos que quisiesen atacar el Cuartel General. Visto desde arriba, el conjunto debía de parecer una región boscosa y deshabitada.

Casi había caído la noche cuando por fin nos detuvimos ante la Casa de Té. Era una construcción sencilla, de madera, que no tenía más que planta baja y se componía de dos alas unidas por una especie de pasaje cubierto. Comprendí seguidamente que el ala izquierda albergaba el comedor en el que el mariscal Keitel, jefe del Estado Mayor del Ejército, comía en compañía de sus generales y de algunas personalidades de su círculo

inmediato. La Casa de Té propiamente dicha, se encontraba en el ala derecha. Penetré en un vestíbulo espacioso, amueblado con sillones confortables y algunas mesas y con el suelo cubierto por una alfombra de lana rizada. Me recibió un capitán de las Waffen S. S. y me presentó a otros cinco oficiales —un teniente coronel y un comandante del ejército de Tierra, dos tenientes coroneles de la Luftwaffe y un comandante de las Waffen S. S. Se veía que no esperaban más que mi llegada, porque en cuanto acabaron las presentaciones, el capitán salió, para volver un minuto más tarde:

—Señores —anunció—, voy a conducirles ante el Führer. Cada uno de ustedes le expondrá brevemente su historial militar. Luego el Führer les hará unas preguntas. Si quieren ustedes seguirme…

De momento, creí haber comprendido mal. Luego me entró un miedo irrazonado que casi me hizo temblar las piernas. ¡Dentro de unos instantes iba a encontrarme, por primera vez en mi vida, en presencia de Adolfo Hitler, Führer de la Gran Alemania y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas Alemanas! ¡Decididamente, como sorpresa, lo era! ¡En mi emoción acaso iba a cometer alguna falta imperdonable, o a conducirme como un imbécil! ¡Con tal de que todo vaya bien!, me dije, mientras seguía a los demás oficiales. Recorrimos quizá un centenar de pasos sin que llegase a darme cuenta de la dirección que tomábamos.

Penetramos en una construcción, igualmente de madera, y nos hallamos en un gran vestíbulo parecido al de la Casa de Té. Sólo tuve tiempo para observar la iluminación indirecta y, en el muro que tenía enfrente, un cuadrito en un marco modesto: «La violeta», de Durero. Luego, nuestro guía abre una puerta y nos hace pasar a una pieza de vastas dimensiones que podía medir seis metros por nueve. A mi derecha, en el muro exterior, se abrían varias ventanas con visillos muy sencillos. En el centro se alzaba una enorme mesa cubierta de mapas. Delante de la chimenea monumental que adornaba la pared de la izquierda, estaba una mesita redonda rodeada de cuatro o cinco butacas. Al fondo, un espacio libre en el que nos agrupamos. Por ser el de menor graduación, me puse al final de la fila. Sobre un escritorio colocado en sentido oblicuo entre dos ventanas, vi muchas barras de tiza impecablemente ordenadas. Aquí es donde se toman

las grandes decisiones de nuestra época, me puse a pensar, cuando una puerta se abrió ante nosotros.

Por un impulso unánime nos quedamos inmóviles, con la cabeza vuelta hacia la puerta. Y entonces viví un instante inolvidable: la aparición del hombre que ha intervenido de manera más decisiva que cualquier otro jefe de Estado en el destino de Alemania, el maestro a quien sigo fielmente desde hace años y en quien tengo una confianza absoluta. ¡Qué sensación extraña para un soldado la de encontrarse bruscamente en presencia de su generalísimo! (Supongo que a la hora en que escribo estas líneas, impresiones ulteriores se confunden con las menos precisas y menos coherentes, que mi cerebro pudo registrar en aquel momento).

Avanzando a pasos mesurados, Adolfo Hitler nos saluda levantando el brazo, inclinada la mano en la actitud característica que conocíamos por las fotos aparecidas en la Prensa. Vestido muy sencillamente, lleva la guerrera de oficial de la Wehrmacht, sin insignias de graduación alguna, sobre una camisa blanca con corbata negra. Al lado izquierdo del uniforme distingo la Cruz de Hierro de primera clase de la Gran Guerra, y la condecoración negra de los heridos.

Como el capitán de las S. S. presenta en seguida al oficial situado al otro extremo de nuestra fila, no puedo contemplar al Führer tan bien como hubiera deseado. Debo contenerme para no dar un paso hacia adelante, de tanto como ansio no perder ninguno de sus gestos. Le escucho mientras formula con su voz grave algunas breves preguntas. El timbre peculiar de esta voz me resulta conocido gracias a la radio, pero, en cambio, me sorprende descubrir la entonación dulce y un poco lánguida que presta encanto al acento austríaco. ¡Qué extraño capricho de la naturaleza humana —no puedo menos de pensar— que este hombre que predica y que quisiera encarnar a los ojos de todos el viejo ideal prusiano, sea incapaz de ocultar su origen, aunque, desde hace años, no reside ya en su provincia natal! Pero ¿habrá conservado al mismo tiempo algo de la conciliadora amabilidad del austríaco? ¿Habrá permanecido sensible a las razones del corazón? Me reporté. ¡Señor, cuántas preguntas superfluas, cuántas reflexiones verdaderamente inútiles en semejante momento!

Ya han resumido los otros oficiales su historial en algunas frases concisas. Ahora, Adolfo Hitler está delante de mí. Como me tiende la mano, me concentro en una sola idea: por encima de todo, nada de referencias exageradas. Pese a mi emoción, consigo hacer una inclinación casi correcta desde el punto de vista militar, es decir, breve y seca. Después, indico rápidamente el lugar de mi nacimiento, mis estudios, las etapas de mi vida de oficial de complemento y mi destino actual. Mientras hablo, el Führer me mira directamente a los ojos, con sostenida intensidad.

Después, Adolfo Hitler retrocede un paso y, bruscamente, hace la primera pregunta:

—¿Quién de ustedes conoce Italia?

Soy el único que responde afirmativamente:

—He visitado Italia dos veces durante la guerra, mi Führer. Fui en motocicleta hasta Nápoles.

En seguida viene la segunda pregunta que se dirige a todos nosotros:

—¿Qué piensan ustedes de Italia?

Visiblemente sorprendidos, los demás oficiales dudan antes de responder, con aire confuso:

—Italia, parte del Eje… nuestra aliada… signataria del pacto *antikomintern*[1]…

Luego llega mi turno.

—Yo soy austríaco, mi Führer —digo sencillamente.

Considero suficiente esta respuesta para precisar mi punto de vista, porque todo buen austríaco lamenta profundamente la pérdida del Tirol meridional, la más hermosa región que hayamos tenido jamás.

Hitler me escruta largamente, pensativamente (al menos me da esa sensación).

—Los demás señores pueden retirarse —dice al fin—. Usted, capitán Skorzeny, quédese. Tengo que hablarle.

Nos quedamos solos. El Führer continúa plantado delante de mí. Su talla apenas sobrepasa el término medio, sus hombros se encorvan imperceptiblemente. A medida que habla se anima. Sus gestos son breves y contenidos y, sin embargo, tiene un enorme poder de persuasión.

—Tengo para usted una misión de la más alta importancia. Mussolini, mi amigo, nuestro fiel compañero de lucha, ha sido traicionado ayer por su rey y detenido por sus propios compatriotas. Yo no quiero, yo no puedo abandonar en el momento del peligro al más grande de todos los italianos. Para mí, el Duce representa la personificación del último césar romano. Italia, mejor dicho, su nuevo Gobierno, se pasará sin ninguna duda al campo enemigo. Pero yo no faltaré a mi palabra; es preciso que Mussolini sea salvado rápidamente, porque si no intervenimos, lo entregarán a los aliados. Así, pues, le encargo esta misión, cuyo feliz desenlace tendrá una repercusión incalculable en el desarrollo de las futuras operaciones militares. ¡Si, como yo se lo pido, no retrocede usted ante ningún esfuerzo, ante ningún riesgo para conseguir su objeto, entonces usted triunfará!

Se interrumpe como para dominar la emoción que vibra en su voz.

—Todavía queda un punto esencial —prosigue—. Es preciso que guarde usted el secreto más absoluto. Aparte de usted mismo, sólo cinco personas deben estar enteradas. Usted será trasladado al Ejército del Aire y destinado a las órdenes del general Student, a quien ya he puesto al corriente. Usted le verá en seguida y él le dará ciertos detalles. Usted debe dirigir igualmente las investigaciones necesarias. En cuanto al mando militar de nuestras tropas en Italia y a la Embajada de Alemania en Roma, es preciso que permanezcan en la ignorancia. Como tienen un concepto completamente falso de la situación, actuarían sólo en el peor sentido. Así, pues, se lo repito, usted me responde del secreto más absoluto. ¡Espero que pronto esté en situación de darme buenas noticias, y le deseo buena suerte!

Cuanto más hablaba el Führer, más sentía yo que se afirmaba su imperio sobre mí. Sus palabras me parecían tan persuasivas que, de momento, no dudaba del éxito de la empresa. Al mismo tiempo vibraban con un acento tan cálido y tan emocionado, sobre todo cuando evocaba su fidelidad inquebrantable a su amigo italiano, que me quedé completamente turbado.

—He comprendido perfectamente, mi Führer, y haré cuanto pueda —pude contestar al fin.

Un vigoroso apretón de manos puso fin a nuestra entrevista. Durante esos pocos minutos, que por otra parte me parecieron muy largos, la mirada del Führer no cesó un instante de escrutar la mía. Incluso cuando, después

de dar media vuelva, me dirigí hacia la puerta, tuve la impresión de que me observaba todavía. En el momento de franquear el umbral, saludé otra vez, lo que me permitió observar que no me había equivocado: me había seguido con los ojos hasta el último momento.

Fuera me esperaba el ayudante de campo. Mientras me guiaba hacia la Casa de Té, pensaba sin cesar en el gran acontecimiento que acababa de vivir. Trataba de recordar el color de los ojos del Führer. ¿Grises? ¿Castaños? ¿Indefinidos? Hecho curioso: era incapaz de recordarlos con precisión. Por el contrario, todavía creo sentir sobre mí su mirada, de una intensidad casi insostenible, como la de un hipnotizador. Noté también que su expresión no se alteraba. Tuve la impresión de que aquel hombre podía, si lo deseaba, dominarse y contenerse perfectamente. Además, la energía que se concentraba en él irradiaba, verdaderamente; se notaba desde el primer instante.

En el vestíbulo de la Casa de Té encendí un cigarrillo y aspiré voluptuosamente las primeras bocanadas. No me di cuenta de mi hambre devoradora hasta que un ordenanza indagó mis «deseos». Pedí café y «cualquier cosa». Uno o dos minutos más tarde me sirvieron una comida suculenta. Pero apenas me había despojado del correaje y llevado la taza a la boca, cuando el ordenanza volvió:

—El general Student le espera en la habitación de al lado, mi capitán.

Se abrió la puerta, entré en un pequeño despacho y me presenté al general, un hombre ligeramente ventrudo, con aire jovial. Una profunda cicatriz en la frente recordaba la grave herida recibida en 1940, cuando se batía a la cabeza de su división aerotransportada, ante Rotterdam. Le anuncié que el Führer acababa de indicarme las líneas generales de mi misión. Antes de que hubiera podido contestarme llamaron a la puerta, y —otra sorpresa más que no había de ser la última de este día tan pródigo en ellas— Himmler, el gran jefe de las S. S., entró en la pieza. Parecía conocer al general, pues ambos hombres se saludaron amistosamente, mientras yo esperaba a ser presentado. Un breve apretón de manos, y el Reichführer de las S. S. nos invitó a tomar asiento.

Lo que más llamaba la atención en la cara de Himmler eran sus lentes pasados de moda. Sus rasgos singularmente inmóviles no traslucían

ninguno de los pensamientos que se formaban en el cerebro de aquel poderoso dignatario. Nos sonrió amablemente y tomó de golpe la palabra para bosquejar un cuadro de la situación política en Italia. No confiaba más que Hitler en que el Gobierno de Badoglio se mantendría al lado del Eje. Prosiguiendo el análisis de los acontecimientos que produjeron la caída de Mussolini, Himmler anumeró una porción de nombres de los cuales yo no conocía ninguno: oficiales, políticos, miembros de la nobleza. Como calificaba a éste de traidor, al otro de tibio, al de más allá de hombre seguro, saqué una hoja de papel y mi estilográfica a fin de tomar algunas notas. En seguida Himmler me apostrofó furiosamente:

—Está usted completamente loco, palabra. ¡A quién se le ocurre! Estas cosas deben quedar en secreto. ¡Así que reténgalas, qué diablo!

Por supuesto, envainé vivamente mi estilográfica. Esto empieza bien, me dije. Tendré suerte si, en el torbellino de este día, llego a retener cinco o seis nombres entre los ciento y pico que acaba de citar. ¡Qué se le va a hacer! Ya irán saliendo las cosas, a pesar de todo.

—La defección de Italia es segura. La única cuestión es saber cuándo se producirá. Puede que sea mañana. Hay en Portugal emisarios italianos que están ya en conversación con los aliados.

De nuevo citó nombres y lugares. Luego, cambiando de tema, discutió con el general Student algunos asuntos que no me afectaban. Recordando que mis camaradas de Berlín debían de esperar con impaciencia mi llamada, solicité autorización para retirarme a telefonear. Mientras esperaba en el pasillo a que me dieran comunicación, encendí un cigarrillo. Casi al mismo tiempo salió Himmler del despacho y se puso a gritar:

—¡Siempre esos malditos cigarrillos! ¡No puede usted pasarse unas horas sin fumar! Ya veo que usted no es, de ningún modo, el hombre que hace falta para esta misión.

Me echó la última mirada furibunda y se fue.

Aquello prometía. Ya era la segunda bronca de la tarde. Decididamente, el señor Himmler no me quería mucho. ¿Me habrían retirado ya la misión que Hitler acababa de confiarme? Aplastando mi cigarrillo con el tacón me preguntaba bastante aturdido lo que debía hacer. Felizmente, el ayudante de campo del Führer vino en mi auxilio. Debió de oírlo todo.

—Todo esto no es tan grave —dijo—. El Reichsführer se pelea con todo el mundo y un minuto después ya no se acuerda de ello. Sin duda está nervioso, y cuando se encuentra así nunca se sabe cómo hay que tratarle. Vaya, pues, tranquilamente, a reunirse con el general Student y acuerde con él las primeras medidas que tenga que tomar.

Seguí este consejo y volví al despacho. En pocos minutos todo se había arreglado: al día siguiente por la mañana emprendí el vuelo con el general hacia Roma. Oficialmente yo sería su ayudante de campo. Al mismo tiempo, cincuenta hombres de mi unidad de choque saldrían de un aeródromo de Berlín para el sur de Francia y de allí serían trasladados a Roma con la primera división aerotransportada, que debía situarse precisamente en el frente italiano.

—Lo demás, lo veremos cuando estemos allá —concluyó el general—. Espero que nuestra colaboración ha de dar felices resultados. Hasta mañana por la mañana.

Fuera sonó el teléfono. El teniente Radl estaba al aparato.

—¿Qué es lo que pasa? —gritaba muy agitado—. Esperábamos con impaciencia su llamada…

—Nos encargan una misión importante. Salida mañana por la mañana. No puedo darle detalles más precisos por teléfono. Además, todavía tengo que reflexionar. Ya le llamaré más tarde. Por el momento, ahí van las primeras órdenes: que no duerma nadie esta noche; que todos los coches estén preparados porque habrá que cargar los equipos; me llevaré cincuenta hombres, los mejores, preferentemente los que hablen algo de italiano; yo voy a hacer una lista de ellos, usted otra por su lado y luego decidiremos quiénes van; tendrá que preparar equipos coloniales para todos y también provisiones para paracaidistas; todo tiene que estar listo a las cinco de la mañana; cuando tenga decididos otros detalles le volveré a llamar…

En la Casa de Té pedí a un oficial que me facilitara un despacho y que me enviara una secretaria para transmitir telegráficamente las órdenes a mi unidad. Me atendieron inmediatamente. Mientras bebía café puro —estaba demasiado nervioso para comer nada—, me esforcé en reflexionar con calma. ¿Qué equipos, que armas, qué cantidad de municiones serían necesarios para mis cincuenta hombres? Procediendo sistemáticamente,

hice una larga lista. Era preciso que mi pequeño cuerpo franco dispusiese de la mayor potencia de fuego posible, y con un peso mínimo. Quizá nos viéramos obligados a tirarnos en paracaídas. Calculé, pues, dos ametralladoras para cada grupo de nueve hombres; los que no se encargasen de servirlas, irían armados con fusiles ametralladoras. Como es natural, no llevaríamos otras granadas que las llamadas «huevos», que caben en el bolsillo. Llevaríamos, además, plástico —seguramente bastarían treinta kilos—; habría de ser inglés, del que acabábamos de recibir de Holanda y que era superior al que se producía en Alemania; también llevaríamos bombas, incluso de retardo. Asimismo, cascos coloniales, ropa interior, vituallas para seis días y raciones para tres días de camino. Mandé transmitir en seguida esta lista a Berlín, y a continuación me puse a seleccionar, entre mis hombres, a aquellos que a toda costa debían formar parte de la expedición. Pronto tuve completo el grupo. Pedí comunicación con Berlín. Radl contestaba:

—Nos hace usted sudar —protestó—. ¿Cómo quiere que lo consigamos de aquí a mañana por la mañana? Su lista es tan extensa…

—Y aún no está todo. Le mando otra lista complementaria. Yo también estoy sudando. Acabo de hablar con el Führer en persona y con el Reichführer de las S. S. —comprendí claramente que se quedaba cortado, y añadí—: El Führer es el que me ha encargado de esta misión. Bueno, ahora vamos a confrontar nuestras dos listas de hombres que deben acompañarnos.

»Comprobé que, salvo una o dos excepciones, habíamos elegido los mismos nombres.

—Hay una verdadera revolución aquí —me dijo Radl—; todos quieren ser de la partida; nadie quiere quedarse atrás.

—Anuncie inmediatamente los nombres de los que van; eso calmará a todos. No pierda tiempo. Nada más.

Colgué y me pregunté si me había olvidado de alguna cosa. ¡Ah, sí! También harían falta aparatos de radio y de una absoluta precisión. O sea que habría que convenir con alguien de Berlín una clave que sirviera para un mes, y varias horas de llamada, tan numerosas como fuera posible, tanto de día como de noche. Mandé, pues, un segundo telegrama. Nuestros

mensajes eran transmitidos como «asuntos de Estado estrictamente confidenciales». Teníamos que emplear la mayor prudencia. Si nuestro proyecto llegase a conocimiento de los italianos o de sus servicios secretos, todos nuestros esfuerzos serían vanos.

Pero aún no había acabado. Otros detalles se me ocurrían sin cesar; necesitaríamos bengalas para el caso de un encuentro nocturno, lanzacohetes, medicamentos contra enfermedades tropicales y también uno o dos enfermeros. Quizá tuviéramos también necesidad de trajes civiles para los oficiales. De este modo la lista se alargaba continuamente y yo llamaba sin cesar a mi oficina de Berlín, donde reinaba una actividad febril. Hasta las tres de la mañana no pude pensar en descansar un rato. Un ordenanza me condujo al sótano, que era, en realidad, un refugio antiaéreo. A ambos lados de un pasillo central sé alineaban una especie de nichos, semejantes a camarotes de barco. Aunque la cama era cómoda, no conseguí dormirme. Hacía mucho calor en aquella cueva y el ruido de los ventiladores era insoportable. Pero al menos tuve tiempo para reflexionar con calma. Por primera vez me di cuenta de las dificultades que tendría que vencer. Lo primero que había que hacer era descubrir el lugar donde estaba el Duce. Admitiendo que pudiéramos resolver este primer problema, ¿qué podíamos hacer después? Indudablemente, Mussolini habría sido llevado a un sitio muy seguro y muy bien guardado. ¿Tendríamos que asaltar una fortaleza o una prisión? Mi imaginación sobreexcitada me hacía entrever escenas extravagantes; por muchas vueltas y revueltas que diera en la cama tratando de desechar estos pensamientos, volvían siempre a la carga. El hecho es que yo no veía cómo podría triunfar. ¿Me habrían confiado una misión que me llevaría derecho al cielo (o al infierno)? Pasara lo que pasara, había llegado el momento de demostrar de lo que era capaz, de no retroceder ante ningún peligro, y, en caso desgraciado, abandonar con dignidad y elegancia esta hermosa existencia.

De pronto me acordé de que era padre de familia. Me hallaba al borde de la gran aventura sin haber tenido ocasión de hacer testamento. Encendí la luz y consigné por escrito mi última voluntad. Después, comprendiendo que ya no iba a pegar ojo —por otra parte ya eran cerca de las seis— salí, todavía en pijama, de mi cabina y le pregunté a un ordenanza —estos

pobres diablos no duermen nunca—, dónde estaba la sala de duchas. Una buena ducha escocesa —alternativamente hirviente y helada— acabó con mis preocupaciones. A las siete menos cuarto me instalé en la Casa de Té. En aquel momento tenía un apetito feroz. El ordenanza tuvo que pasearse desde la cocina a la sala hasta traer todo lo que le pedí. Fuera, las praderas húmedas se calentaban a los primeros rayos del sol.

Satisfecho al fin, cogí la cartera, que constituía todo mi equipaje, y subí al coche solicitado la víspera para llevarme al aeródromo donde tenía que encontrarme con el general Student. Un telegrama que acababa de llegar me anunció la salida de mis cincuenta hombres. El aeródromo del que íbamos a salir no era el mismo en que había aterrizado la víspera. Se encontraba casi en la cumbre de una alta colina, fácil blanco para aviadores enemigos. Era curioso: nunca había sido atacado. El general Student llegó unos minutos después que yo. Un «Henkel 111» estaba ya dispuesto para llevarnos, algo más rápidamente, de seguro, que aquel viejo «Junker» en que había venido. El general me presentó a su piloto titular, el capitán Gerlach. Después me hicieron meter dentro de un uniforme de aviador que, desde luego, era demasiado pequeño para mí, y me plantaron en la cabeza un casco de la Luftwaffe. El día estaba radiante y me puse contento ante la idea del magnífico viaje que íbamos a hacer. Nos izaron hasta meternos en el interior del aparato. El ametrallador iba detrás y el piloto y el radiotelegrafista estaban ya en sus puestos. Despegamos, nos elevamos rápidamente y pusimos la proa derecha al sur. Como el ruido de los motores era ensordecedor, resultaba imposible una conversación prolongada. El general se adormeció y yo aproveché la ocasión para instalarme en el asiento del segundo piloto, desde el cual se podía gozar de una vista maravillosa. Volamos primero sobre la antigua Polonia. Al cabo de una media hora una espesa nube apareció en el horizonte, a nuestra izquierda; pronto distinguí algunas torres: Varsovia. Un poco más tarde pasamos sobre las regiones industriales de la Alta Silesia, con sus innumerables chimeneas de fábricas que arrojaban una humareda negra hacia el cielo.

Luego atravesamos el espacio aéreo de la antigua Checoslovaquia, convertida en Protectorado del Reich. Ya no había la monotonía de la llanura polaca. El terreno era accidentado. Las crestas boscosas rodeaban

valles fértiles regados por claros ríos. Comprendí que íbamos derechos a pasar por encima de Viena. Pronto surgió la antigua ciudad imperial y se deslizó lentamente bajo nuestras alas. Luego vinieron los pasos de los Alpes del Semmering, la verde Estiria, Gratz y su altivo castillo. Hacia el mediodía volamos sobre Croacia y, un poco más tarde, advertí a lo lejos el brillante reflejo del mar. Allí estaba Pola, hoy puerto de guerra italiano, si bien —pensé con cierta melancolía— hasta el Tratado de Saint-Germain toda aquella costa perteneció a la monarquía austrohúngara. El Adriático estaba de un azul inverosímil, magnífico. Habíamos alcanzado la península italiana; a la izquierda, Ancona desfilaba rápidamente bajo nuestras alas, y después nos remontábamos para volar sobre los Apeninos. Tan pronto como los franqueamos, volvimos a bajar hasta unos trescientos metros, pues la región del norte de Roma estaba ya bajo el dominio de los cazas aliados.

Y, por fin, la Ciudad Eterna, con sus siete colinas, el Coliseo, la plaza de San Pedro. El avión descendió lentamente y aterrizó en un aeropuerto en el extremo este de la capital. Era la una y media; habíamos recorrido alrededor de unos mil quinientos kilómetros en cinco horas y media.

¡Diablo, qué calor! Un verdadero horno. Al bajar del avión quise, instintivamente, quitarme el traje de aviador, forrado. Pero me acordé de que aún no llevaba el uniforme de la Luftwaffe. Un oficial de las Waffen S. S. que figurase como ayudante de campo de un general de las tropas aerotransportadas, ciertamente tenía que llamar la atención de todo el mundo. No había más remedio que seguir sudando. Durante las dos o tres horas que siguieron, sufrí un verdadero martirio. Ni siquiera me refrescó el recorrer un trayecto en coche descubierto. Llegamos a Frascati, pequeña y encantadora ciudad, típicamente italiana, donde el mariscal Kesselring había instalado el gran cuartel general de las fuerzas alemanas de Italia.

El 12 de mayo de 1943 había terminado la lucha en África con la victoria total de los aliados. El cuerpo expedicionario italoalemán que al principio había logrado tantos éxitos brillantes, ya no existía. Su derrota provenía principalmente de que las fuerzas marítimas y aéreas de que disponía el Eje no habían podido proporcionarle los avituallamientos y los refuerzos que necesitaba. El 10 de julio los aliados habían conseguido por primera vez pisar suelo europeo. Sus tropas habían desembarcado en

Sicilia, donde unidades alemanas e italianas disputaban cada palmo de terreno a los angloamericanos. Desde hacía varios días se combatía por la posesión del pueblo de Cafalu, en la costa norte de Sicilia.

Tal era, a grandes rasgos, la situación el día de nuestra llegada a Roma. Por la noche, el general Student me llevó, en calidad de ayudante, a casa del mariscal Kesselring, que nos había invitado a cenar. Entretanto, yo había conseguido un uniforme de oficial paracaidista, así que por fin pude quitarme el traje forrado, que resultaba ridículo con aquel calor. Después de la comida y mientras tomábamos el café, un oficial del séquito del mariscal contó que había preguntado a un general italiano si conocía el lugar en que estaba internado el Duce. Como es natural, agucé el oído. Al parecer, dicho general le había jurado por su honor que ni él ni ninguno de los jefes del ejército italiano tenían la menor idea acerca de ello. Impulsivo como siempre, no pude menos de manifestar:

—¡Cualquiera sabe si puede uno fiarse de ese aserto!

Entonces el mariscal Kesselring, que estaba detrás de nosotros, pareció tomar en consideración semejante comentario.

—Por mi parte, me fío de él por completo —dijo en tono irritado—. No tengo ninguna razón para poner en duda la palabra de honor de un general italiano. ¡Haría usted bien, capitán Skorzeny, en observar una actitud similar de aquí en adelante!

Naturalmente, me sonrojé. De todos modos tomé la firme resolución de ser en lo sucesivo más reservado en mis juicios. Hasta que terminó la velada no volví a abrir la boca.

VII
EN BUSCA DEL DUCE

A partir del día siguiente fueron llegando, a bordo de varias escuadrillas de transporte, los primeros contingentes de paracaidistas del general Student. El tercer día llegaron mis hombres. Fueron a alojarse en unas barracas próximas al aeródromo de Pratica di Mare. Les pasé revista y les anuncié que probablemente tendríamos que realizar pronto algún servicio importante. Así, pues, les rogué que se mantuviesen en perfectas condiciones físicas, para que en cualquier momento en que los necesitase los encontrara prontos a prestar servicio y en plena forma.

Luego volví a Frascati llevando a Radl, mi oficial de órdenes. Hasta que entramos en mi cuarto no lo puse al corriente de nuestra misión. Se mostró tan sorprendido y emocionado como yo al recibir la orden del Führer. Rápidamente nos pusimos de acuerdo acerca de lo siguiente: que sería en extremo difícil descubrir el lugar donde tenían prisionero al Duce. En cuanto a nuestra misión propiamente dicha —liberarle— ni siquiera podíamos imaginarla por el momento, tan lejana nos parecía estar la hora H.

Felizmente, pude recordar, entre los innumerables nombres citados por Himmler, los dos más importantes: Kappler y Dollmann. Kappler era nuestro agregado de Policía; disponía, pues, de una organización puesta a punto, que podía rendirnos considerables servicios. Dollmann, que vivía en Roma desde hacía muchos años, mantenía, según parece, excelentes relaciones con personajes influyentes. Siguiendo el consejo del Reichführer de las S. S., nosotros —el general Student y yo— trabamos relación con

estos dos hombres, les revelamos el objeto de nuestra misión y les pedimos su ayuda para nuestras pesquisas.

Pronto nos enteramos de que los rumores más diversos —y los más fantásticos— circulaban por la capital italiana. Unos hablaban del suicidio de Mussolini, otros de una grave enfermedad, otros aun pretendían saber que el Duce se encontraba en un sanatorio. Conseguimos, sin embargo, saber que en la tarde del 5 de julio el Duce había ido a ver al Rey. Desde aquel momento nadie le había vuelto a ver. Por consiguiente, había debido de ser detenido en Palacio. La primera indicación precisa nos llegó por pura casualidad. Entre los funcionarios italianos que debía de frecuentar nuestro agregado de Policía, había un oficial de Carabineros que probablemente aún era partidario, en lo íntimo, del régimen fascista. Así que, en medio de una conversación, aquel hombre dejó escapar un dato preciso: parece ser que el Duce había sido conducido en una ambulancia desde el palacio real al cuartel de Carabineros de Roma. Nuestras investigaciones confirmaron esta información. Llegamos incluso a saber en qué parte del edificio y en qué piso había sido encerrado el prisionero. Por desgracia habían pasado más de diez días desde su detención y era probable que, en ese tiempo, Mussolini hubiera sido llevado a otro sitio.

Durante cerca de tres semanas tratamos en vano de descubrir el lugar en que Badoglio había encerrado al antiguo jefe del Gobierno fascista. Nada, ni un rastro, ni siquiera un indicio hasta el día en que la casualidad vino en nuestra ayuda.

En un restaurante de Roma conocimos a un comerciante de frutas que tenía la costumbre de ir de cuando en cuando a ver a sus clientes de Terracino, pequeña población a orillas del golfo de Gaeta. Su mejor cliente en aquella localidad tenía una criada que era novia de un carabinero. Este último, de guarnición en la isla de Ponza, donde había una penitenciaría, escribía frecuentemente a su amada. Y en una de sus cartas mencionaba la llegada a la isla de un preso de calidad, un «personaje muy importante». Esta primera indicación había de ser confirmada, aunque bastante más tarde, por las imprudentes palabras de un joven oficial de Marina que, en el transcurso de unos charloteos insensatos, nos hizo pensar que su crucero

había llevado al Duce desde la penitenciaría de Ponza a La Spezia, puerto de guerra en la costa ligur.

Por supuesto, estos datos fueron transmitidos por el general Student al Gran Cuartel General del Führer. En cuanto comunicamos la noticia bomba sobre La Spezia, recibió orden de preparar inmediatamente la liberación del Duce, raptándole del crucero. Durante veinticuatro horas nos exprimimos febrilmente el cerebro. ¡En el Gran Cuartel General se imaginaban sin duda que no había nada más fácil que hacer desaparecer un hombre en las mismas barbas de la tripulación alerta de un crucero! Por suerte, al día siguiente nos enteramos de que una vez más el Duce había cambiado de prisión.

En Berlín —permítaseme esta pequeña digresión por lo curioso del hecho— habían movilizado entretanto incluso a videntes y astrólogos. Creo que fue Himmler en persona quien tuvo la idea de llamar a semejantes «sabios». De todos modos, no llegué a oír hablar de ningún resultado positivo de sus averiguaciones.

Más tarde, ciertos informes coincidentes, así como ciertos tenaces rumores, orientaron nuestra búsqueda hacia Cerdeña. Pronto se demostró la falsedad de las indicaciones que mencionaban un minúsculo islote —Isola di Pocco— o incluso el hospital de una pequeña ciudad perdida en la montaña. Por el contrario, la hipótesis de un internamiento del Duce en la fortaleza marítima de Santa Magdalena, en el extremo nordeste de Cerdeña, parecía confirmarse cada vez más. Un buen día, el oficial de enlace entre nuestra Marina y el Almirantazgo italiano, capitán de fragata Hunäus, viejo lobo de mar arrancado de una novela de Joseph Conrad —sufría incluso de gota, como todo navegante que se respeta—, nos informó por su propia iniciativa de que un preso de calidad estaba detenido en aquella vieja cindadela. Este dato me pareció tan importante, que decidí trasladarme inmediatamente a Cerdeña por avión, para ampliar personalmente el informe. Me llevé al capitán de fragata y a mi teniente Warger, que hablaba italiano de corrido. A nuestra llegada a Santa Magdalena di, en uno de nuestros dragaminas, un recorrido por el puerto y la costa. Protegido por una vela pude tomar algunas fotografías de las instalaciones portuarias y también, aunque de lejos, de la casa que particularmente nos interesaba, la

villa «Weber», situada en las afueras de la pequeña ciudad. En seguida me puse a averiguar, de modo preciso, quién era aquel «preso de calidad». Para conseguirlo utilicé al teniente Warger.

Mi plan se basaba en la idea de que todos los italianos tienen la pasión de las apuestas. Warger, disfrazado de marinero alemán, debía recorrer por la noche las tabernuchas y aguzar el oído en ellas. En cuanto oyera hablar del Duce, se mezclaría en la conversación y pretendería saber de buena fuente que a Mussolini lo había arrebatado una grave enfermedad. Muy probablemente tal afirmación suscitaría protestas, lo que proporcionaría a Warger ocasión de proponer una apuesta. Para dar a su actitud un aspecto más natural, debía simular una ligera embriaguez.

Este último punto producía una dificultad imprevista. Warger no bebía nunca ni una gota de alcohol. Sólo apelando insistentemente a su deber de soldado pude persuadirle de que hiciese una excepción en sus principios.

Mi plan, por ingenuo que pueda parecer, salió perfectamente. Un vendedor ambulante que llevaba todos los días fruta a la villa «Weber» aceptó la apuesta. Para demostrar a Warger que él sabía muy bien lo que decía, le condujo a una casa muy cercana a la villa y le enseñó por un ventanuco la terraza en la que se paseaba el Duce.

Desde el día siguiente, Warger volvió a aquel puesto de observación. Al cabo de varios días supo el número aproximado de soldados que custodian al preso, así como las horas del relevo, emplazamiento de las ametralladoras, etc. Había llegado el momento de poner en práctica nuestro plan de acción. ¿Cómo íbamos a sacar a Mussolini de la villa y luego de la ciudad? Nuestra labor se complicaba mucho por el hecho de que Santa Magdalena era una fortaleza marítima. Nos hacían falta conocimientos muy precisos acerca de la topografía de la región, las baterías antiaéreas, acuartelamientos, etc. Como los mapas de que disponíamos eran insuficientes, resolví volar sobre la ciudad a fin de tomar algunas fotografías desde el aire. De regreso en Roma, obtuve un «Henkel 111», y el 18 de agosto de 1943 volví a arrancar del aeródromo de Pratica di Mare. El piloto puso proa al norte. En aquella época la actividad de la aviación aliada sobre el mar Tirreno era ya intensa; así que, por razones de seguridad, todos los aparatos que iban a Cerdeña debían hacer un rodeo por las islas de Elba

y Córcega. Aterrizamos a la hora prevista en Pausania, uno de los principales aeropuertos de Cerdeña, donde debíamos tomar gasolina antes de volver a salir. Di un rápido «salto de cincuenta kilómetros hasta Palau», donde estaba citado con Warger y con el capitán de fragata Hunäus, quienes me informaron de que en Santa Magdalena no había novedad, aparte del continuo refuerzo de las medidas de precaución y vigilancia. El prisionero continuaba, pues, en la isla.

Tranquilizado, volví a Pausania. Había proyectado ir a Córcega después de nuestro vuelo de reconocimiento para ponerme en contacto con la brigada de las Waffen S. S. que se encontraba de guarnición allí. El plan que empezaba a concebir exigiría, de seguro, la utilización de destacamentos bastante importantes, y me puse a arreglar desde aquel momento los detalles preliminares de la operación. Hacia las tres de la tarde despegamos. Había ordenado al piloto que subiese rápidamente hasta cinco mil metros; como los vuelos sobre la región de Santa Magdalena estaban terminantemente prohibidos, me vi obligado a remontarme muy alto para poder tomar tranquilamente mis fotografías. Tendido en la torreta delantera, al lado del cañón, teniendo al alcance de la mano la cámara fotográfica y una carta marítima, estaba admirando las suntuosas tonalidades del mar, cuando por el micrófono me llegó la voz del servidor de la ametralladora de popa:

—¡Cuidado! ¡Detrás! ¡Dos aviones, cazas ingleses!

El avión se precipitó, yo puse el dedo sobre el resorte de mando del cañón, pronto a hacer fuego. Algo más abajo, el piloto recobró el dominio del aparato; ya me estaba yo diciendo que todo había acabado bien, cuando bruscamente me di cuenta de que nuestro avión descendía en barrena. Me volví y vi el rostro crispado del piloto que se esforzaba vanamente en enderezar la dirección. Una mirada a través de la ventanilla me mostró que el motor izquierdo estaba parado. El aparato descendía en picado a una velocidad vertiginosa. No se podía pensar en saltar. Oí todavía por el micrófono:

—¡Agárrese!

Instintivamente eché mano a la empuñadura del cañón y un instante después el avión chocó contra la superficie del mar. Sin duda mi cabeza

había dado contra la pared, pues perdí el conocimiento. Al cabo de algunos segundos sentí vagamente que ante mí algo se rompía en mil pedazos. Luego, una mano me cogió por las solapas de la guerrera y tiró de mí hacia arriba. En torno mío, agua, nada más que agua. El aparato se sumergía; en la cabina de mando, cuya parte anterior estaba hundida, había unos treinta centímetros de agua y nuevas oleadas entraban sin cesar por la brecha abierta.

A través del pasillo central llamamos a los de atrás. No hubo respuesta. ¿Habrían muerto nuestros dos compañeros? Ahora se trataba de salir lo más pronto posible del avión, que podía hundirse de un momento a otro. Uniendo nuestros esfuerzos pudimos abrir el ventanillo de escape, en el techo de la cabina de mando. Allí se arremolinó el agua. Había llegado la hora. Rápidamente empujamos al segundo piloto por la abertura. Luego respiré profundamente y me lancé, a mi vez. Sertí que me elevaba y, dando un bote vigoroso, me dirigí a la superficie. Unos segundos más tarde apareció también el primer piloto.

Entonces ocurrió una cosa rara. El avión entero, liberado de nuestro peso, se puso de nuevo a flote. Los dos pilotos se lanzaron sobre la popa y abrieron la puerta. Con estupor vieron acurrucados en un rincón a los dos soldados que habíamos creído muertos. Estaban indemnes, pero algo atontados. A cuatro patas treparon hasta el extremo de un ala. Desgraciadamente ni el uno ni el otro sabían nadar, a pesar de que los dos eran oriundos de la región marítima de Hamburgo. El primer piloto tuvo aun tiempo de sacar la canoa de caucho. De un puñetazo hizo saltar el tapón de la bombona de oxígeno; en seguida la canoa se infló y los soldados pudieron subir a ella.

En aquel momento me acordé con el corazón oprimido de mi cartera y de la máquina fotográfica que habían quedado en la cabina de mando. Me sumergí, penetré por el agujero de la cabina y conseguí recuperar Ja cartera y la cámara, que arrojé a la canoa mientras subía a la superficie. Unos segundos más tarde el avión se enderezó y desapareció bajo las aguas. Agarrado a la canoa, con un piloto a cada lado, miré alrededor de mí. A dos o trescientos metros surgían de las ondas unas rocas. Nos dirigimos hacia ellas nadando y empujando la canoa delante de nosotros. El arrecife era

abrupto y escurridizo, pero conseguimos escalarlo fácilmente. El segundo piloto encontró en la canoa una pistola lanza-cohetes y quiso servirse de ella. Yo le mandé que esperara a que pasase un barco. Al cabo de una hora vimos aparecer un vapor. Lancé un cohete rojo y con gran alegría nuestra la embarcación puso en seguida proa al arrecife. Una lancha ballenera vino en nuestra busca. Se trataba de un crucero auxiliar italiano, especialmente equipado para la defensa antiaérea. Fue una suerte que el capitán no adivinase la razón de nuestra presencia en aquellos parajes, me dije al darle la mano. Como yo estaba completamente desnudo —me había despojado de toda mi ropa al bucear hacia el avión sumergido—, el buen hombre me prestó un *short* blanco y un par de chanclos. El *short* era demasiado estrecho para mí; sin embargo, me lo puse para no tener que procurarme, al desembarcar, cuando menos una hoja de parra. Hasta que me acosté en el barco no sentí un dolor sospechoso en la caja torácica. Unos días más tarde había de comprobar el médico que tenía tres o cuatro costillas rotas.

A última hora de la tarde llegamos de nuevo a Pausania. Me fui en seguida a Palau para pedir al capitán Hunäus un barco que me llevara a Córcega, donde me esperaba el comandante de la brigada de las Waffen S. S. Porque seguía pensando en poner en práctica al menos esta parte de mi plan.

Era casi la medianoche cuando mi lancha se deslizaba entre las rocas que encuadran la tortuosa entrada del puerto de San Bonifacio. En la sede de la administración militar italiana no pude obtener comunicación telefónica con la brigada de las S. S. Hasta la mañana siguiente no tuvieron a bien poner un coche a mi disposición. A consecuencia de un mal entendido me pasé todo el día corriendo tras el comandante de las S. S., quien a su vez, trataba en vano de reunirse conmigo. Por fin nos encontramos en el norte de la isla, en Bastia, en el cuartel general de un destacamento de la Marina alemana.

Entretanto, Radl, que se había quedado en Roma, era preso de la más terrible desesperación. No habiéndome visto regresar, según lo convenido, la tarde del 18 de agosto, preguntó al cuartel general de la división de paracaidistas si se habían recibido noticias de mi avión. Le contestaron lacónicamente: «Aparato desaparecido; tripulación sirve seguramente de

alimento a los peces». Durante dos días el pobre me creyó muerto, porque no volví a Roma hasta las últimas horas de la tarde del 20 de agosto. Le encontré cuando me dirigía desde el aeropuerto al alojamiento de mis hombres. Como es lógico, se volvió loco de alegría. De vuelta en el hotel, nos pusimos a trabajar en la elaboración de nuestro plan de acción. Esta vez estábamos, por fin, seguros de haber descubierto el lugar donde estaba internado el Duce. El general Student, a quien pusimos al corriente de la situación a la mañana siguiente, compartió enteramente nuestra opinión.

Entonces, bruscamente, como un rayo que cayera del cielo, nos llegó una orden del Gran Cuartel General del Führer:

«El Gran Cuartel General acaba de recibir de los servicios de la "Ausland Abwehr" (almirante Canaris) un informe según el cual Mussolini se encuentra en un islote próximo a la isla de Elba. El capitán Skorzeny preparará inmediatamente un ataque de paracaidistas y nos indicará la fecha inmediata en que se podrá realizar esta acción. El Gran Cuartel General del Führer fijará entonces el día exacto de la acción».

—¿Qué es lo que ha podido pasar? —nos preguntamos Radl y yo—. Cualquiera diría que los agentes del almirante disponen de medios de información especialmente eficaces. Además, nosotros habíamos visto días antes una circular con la indicación de «secreta» que la «Abwehr» había enviado a todos los jefes de unidades en Italia. En dicha circular habíamos leído bien claramente: es absolutamente seguro que el Gobierno de Badoglio continuará la lucha a nuestro lado en cualquier circunstancia. El nuevo Gobierno italiano participará en el esfuerzo común de un modo aún más intenso que el antiguo régimen fascista.

Como nosotros éramos de un parecer diametralmente opuesto, el general Student intentó obtener una audiencia del mismo Führer. Después de algunas conversaciones recibimos al fin la orden de ir a Prusia Oriental. Nos pusimos en vuelo inmediatamente, aterrizamos al final de la tarde y nos enteramos, al bajar del avión, de que Hitler nos aguardaba.

Nos introdujeron en la misma sala donde yo había sido presentado al Führer unas semanas antes. Esta vez todos los sillones que había alrededor de la mesa, ante la chimenea, estaban ocupados, y yo tuve así ocasión de trabar conocimiento con todos los dirigentes del Reich. A la izquierda del

Führer estaba sentado von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores; a su derecha, el mariscal Keitel, luego el general Jodl. Me indicaron el sillón siguiente. A la izquierda de Ribbentrop vi a Himmler, después al general Student y el gran almirante Doenitz; entre este último y yo se intercalaba la imponente mole del mariscal del Reich, Hermann Goering.

El general Student me presentó en concisas frases y luego me cedió la palabra. En el primer momento tuve un pánico terrible; las miradas de aquellos ocho hombres me intimidaban tanto que me olvidé de consultar las notas preparadas durante el trayecto. Poco a poco, sin embargo, recobré mi aplomo. Tan claramente como pude expliqué en detalle las fases de mi investigación. Las numerosas razones citadas en apoyo de nuestra hipótesis de que el Duce estaba encerrado en Santa Magdalena impresionaron visiblemente a mis oyentes. El relato de la apuesta del teniente Warger y del éxito de aquella treta dibujó una sonrisa en algunos rostros, principalmente en los de Doenitz y Goering.

Cuando hube acabado, una mirada furtiva a mi reloj me indicó que había hablado durante más de media hora. Con un gesto espontáneo el Führer me estrechó la mano:

—Me ha convencido usted, capitán Skorzeny. Tiene usted razón y retiro mi orden de atacar con paracaidistas el islote. ¿Ha elaborado usted ya un plan que permita sacar al Duce de esa fortaleza marítima? Si es así, haga el favor de exponerlo.

Con ayuda de un mapa dibujado a lápiz desarrollé el proyecto que habíamos concebido unos días antes. Expliqué que además de una flotilla de lanchas rápidas me harían falta varios dragaminas; asimismo necesitaría, además de mis cincuenta hombres, la cooperación de una compañía de voluntarios que deberían venir de la brigada de las S. S. de guarnición en Córcega. Por otra parte, y a fin de cubrir nuestra retirada, necesitaría poder contar con nuestras baterías antiaéreas de Córcega y del norte de Cerdeña Mi proyecto de un ataque por sorpresa al alba pareció merecer la aprobación general. Varias veces me interrumpieron Hitler, Goering y Jodl para hacerme preguntas. Cuando acabé, el Führer tomó la palabra:

—Apruebo su proyecto, y creo que, si lo ejecuta con toda rapidez y sin vacilaciones, es perfectamente realizable. El gran almirante Doenitz se

servirá transmitir a la Marina las órdenes oportunas. Las unidades pedidas serán colocadas, mientras dure la operación, a las órdenes del capitán Skorzeny. El general Jodl se ocupará del resto. Todavía falta una cosa, capitán Skorzeny: hay que salvar por encima de todo y lo antes posible a mi amigo Mussolini, para impedir que sea entregado a los aliados. Así, pues, no tiene usted tiempo que perder. Cuando terminen sus preparativos y esté dispuesto a ejecutar mis órdenes de iniciar la acción, Italia será quizá todavía nuestra aliada, al menos oficialmente. Si en ese momento su expedición fracasara, me vería obligado a desautorizarle ante la opinión mundial. Yo declararía entonces que, a fuerza de hablar de su plan y de la necesidad de salvar al Duce, usted hizo perder la cabeza a los jefes de ciertas unidades de guarnición allí y que en todo caso había actuado por su propia iniciativa. Como contribución a nuestros esfuerzos para obtener la victoria, por la salvación de Alemania, tiene usted que estar dispuesto a aceptar, si fracasa, esa grave acusación sin intentar siquiera defenderse.

No tuve tiempo de reflexionar. De todos modos, desde el momento en que la salvación de nuestra patria estaba en juego, yo sabía que me resignaba a soportar en silencio el oprobio de una tal desautorización. Muy emocionado, sólo pude inclinarme, sin encontrar respuesta que dar.

Satisfecho Hitler se despidió de mí estrechándome amistosamente la mano.

—Lo conseguirá usted, Skorzeny —dijo él, con tanta seguridad que su convicción pasó a mí como una corriente eléctrica. Más de una vez había oído hablar de la fuerza de persuasión casi hipnótica del Führer. Ahora ya la había experimentado. Ya no podía dudar. Lo conseguiría.

A la mañana siguiente, regresamos a Roma. Tan pronto como llegué comuniqué a mi fiel Radl que, en caso de fracaso, yo asumiría toda la responsabilidad de nuestra empresa. Como buen austríaco, Radl no se emocionó por tan poca cosa.

—Bueno —dijo él con calma—, si eso llegase, yo pediría que me encerrasen con usted. Quizá nos metieran en un manicomio. Sería una bonita ocasión de probar la comodidad de las celdas acolchadas.

Merced a una simple casualidad iba a sernos evitada, unos días más tarde, esa última consecuencia. En efecto, habíamos estado a punto de

efectuar nuestra gran expedición a una prisión sin prisionero.

VIII
OTRA VEZ CERO

El capitán de fragata Schulz, comodoro de la flotilla de lanchas rápidas que pusieron a mi disposición, estaba materialmente entusiasmado con la idea. Desde hacía tiempo soñaba con una operación de este género. Elaboramos minuciosamente el plan a realizar, teniendo buen cuidado de no omitir ningún detalle, de prever todas las eventualidades. Por último, nuestro proyecto estaba a punto.

La víspera del día D, la flotilla de lanchas rápidas haría una visita oficial a Santa Magdalena; penetraría en el puerto militar y atracarían a un muelle situado en la parte baja de la población. El mismo día, los dragaminas, al mando del teniente Radl, embarcarían en Córcega las tropas de comando, atravesarían después el estrecho y anclarían ante el dique de Palau, frente a Santa Magdalena. Como es natural, los soldados permanecerían ocultos. En las primeras horas del día D las dos flotillas maniobrarían como para abandonar los respectivos puertos. Bruscamente los dragaminas desembarcarían sus hombres, parte de los cuales guardarían la espalda a sus camaradas contra cualquier sorpresa que viniese de la ciudad. Las lanchas rápidas estarían dispuestas para intervenir a fin de asegurarnos la protección de sus tiros.

Luego yo me iría con el grueso de nuestras tropas, en cerrada formación, a la ciudad. A mi juicio, esta llegada inopinada de una unidad en orden de marcha, debía aumentar todavía el efecto de la sorpresa. Si era posible evitaríamos, al atravesar la ciudad, todo incidente y hasta el menor disparo. En seguida forzaríamos la entrada de la villa; yo decidiría sobre el terreno los pormenores del ataque, según lo exigiese la situación. Para

evitar que los carabineros que custodiaban al Duce fueran avisados de nuestro desembarco, designé algunas secciones que cortasen todas las líneas telefónicas.

En cuanto hubiéramos inutilizado a los ciento cincuenta hombres que defendían la casa, yo saldría con el Duce a bordo de una lancha rápida. Entretanto, un destacamento de las S. S. se habrían apoderado de los campos que dominaban la boca del puerto. En cuanto a las baterías antiaéreas italianas emplazadas sobre las colinas que rodeaban la ciudad, serían reducidas al silencio por las que nosotros teníamos situadas en la punta norte de Cerdeña.

Con un poco de suerte, todo ello marcharía como sobre ruedas. Un solo punto me inquietaba de veras: más abajo de la villa Weber, cerca de los muelles, se alzaban varias barracas militares en que se alojaban unos doscientos cadetes de la Marina italiana que seguían allí sus cursos. Necesitábamos una cobertura fuerte para asegurarnos contra todo ataque de flanco. Por otro lado, dos hidroaviones de la Marina italiana y un hidroavión hospital estaban amarrados cerca de la costa. Designé, pues, dos secciones de asalto que debían inutilizarlos para impedir que persiguieran la lancha que transportaba al Duce.

La víspera del día D, las lanchas rápidas salieron al alba del puerto de Anzio y alcanzaron Santa Magdalena, después de una movida travesía. Radl me dejó para trasladarse a un minador en Córcega, desde donde vigilaría el embarque de las tropas; éstas debían, según lo previsto, llegar a Santa Magdalena a la caída de la noche. Mientras tanto estudié una vez más el plano de la villa Weber y de los terrenos vecinos. El buen Warger había trabajado bien. Todo estaba registrado con una precisión absoluta, las distancias, el emplazamiento de las puertas, de los puestos de guardia, etc. A pesar de todo, yo no podía evitar una sensación de incertidumbre, como me ocurre cada vez que alguien ejecuta una importante labor sin mi intervención. Así, pues, decidí efectuar una última inspección. Warger me acompañó. Apenas llegamos a las cercanías de la villa descubrí un cable telefónico que Warger no había registrado en su plano. Monté en cólera, pues a mi entender son justamente las menudencias de esa clase las que pueden hacer fracasar una operación como la que proyectábamos. En

verdad debo confesar que, salvo este detalle, el plano era rigurosamente exacto. Dos secciones de carabineros se paseaban por la carretera. Otra sección, armada de ametralladoras, guardaba la entrada. Por desgracia, un alto muro protegía el jardín contra las miradas indiscretas. Como habíamos tenido la precaución de vestirnos de simples marineros y de llevar entre los dos un gran cesto lleno de ropa sucia, nadie se fijaba en nosotros.

Nos dirigimos hacia una casa vecina, situada algo más arriba que la villa, lo que debía permitirnos examinar los alrededores. Mientras Warger entregaba su ropa para lavar, puse el pretexto de no existir cierta instalación higiénica, para subir un poco más y esconderme detrás de una zona desde la que se podía ver el interior de la posición Weber. Todo parecía tranquilo, y, después de haber grabado en mi memoria las sendas del jardín y ciertos puntos de orientación, volví, más seguro, a casa de la lavandera. Y entonces se dio la providencial casualidad a la que ya me he referido. Durante mi ausencia, uno de los carabineros que guardaban al Duce subió a hacer una visita. Yo me puse a charlar con él por conducto del joven Warger, intérprete de primera. Orienté prudentemente la conversación hacia el tema de la caída de Mussolini. En el primer momento el soldado no se interesó por tal asunto; sólo se animó cuando afirmé que sabía que el Duce acababa de morir. Con el fogoso temperamento del meridional afirmó que se trataba de un bulo. Naturalmente, yo le excité aun más, declarando que estaba seguro de ello, puesto que unos días antes el médico de unos amigos míos me había dado numerosos detalles sobre los últimos instantes del jefe fascista.

Entonces el buen carabinero no pudo contenerse más.

—No, no, *signore*, *impossible*— exclamó—. Esta misma mañana he visto al Duce. Yo he formado parte de la escolta que lo condujo a bordo del avión blanco en que se ha ido.

¡Demonio! ¡Vaya una sorpresa! El hombre hablaba con mucha seguridad; su relato parecía verídico. Además, recordaba entonces que el hidroavión hospital que aun la víspera se balanceaba cerca de la costa, había desaparecido aquella mañana. Me había dado cuenta de ello, pero en aquel momento no le concedí importancia. Ya me había extrañado, al observar la villa, ver a varios carabineros vagando por la gran terraza. Esta era la

explicación de su actitud tan poco marcial: ¡en aquella prisión ya no había prisionero!

Era una suerte que hubiéramos hecho este descubrimiento todavía a tiempo. Menuda plancha, como suele decirse, si llegásemos a descubrir el juego de la vasta operación marítima y terrestre que teníamos preparada. Ahora era preciso, antes que nada, dar contraorden para que no continuaran los movimientos preparatorios de nuestras tropas. Telefoneé a Radl y le pesqué justamente unos minutos antes de su salida para Córcega. Pero los hombres ya estaban a bordo de los barcos.

—¡Atrás a toda máquina! —Tal era ahora nuestra consigna.

Como medida de precaución mantuvimos aun los preparativos durante algunos días, a fin de estar dispuestos a actuar en el caso en que el Duce fuera devuelto a Santa Magdalena. Era curioso: los italianos conservaban igualmente sus efectivos de guardia dentro y alrededor de la villa. A mi juicio, el servicio secreto italiano actuaba así para borrar el rastro e inducirnos a error. Estaba claro que el prisionero tenía para ellos tanta importancia que no retrocedían ante el inmenso trabajo que requerían estos continuos cambios de prisión. Por el momento habían conseguido lo que querían; una vez más habíamos perdido la pista.

Habíamos vuelto a nuestro punto de partida, al cero. Había que volver a empezar desde el principio. Durante varios días anduvimos a ciegas. Los rumores no escaseaban, pero en cuanto procedíamos a analizarlos, por poco que fuera, se desvanecían convertidos en humo.

IX
ENTREVEMOS EL FINAL

UNA vez más la fortuna, protectora de los audaces, vino en nuestra ayuda. A raíz de una visita de inspección por la región del lago Bracciano, descubrí, al fin, el primer indicio positivo. ¡Resultaba que unos oficiales nuestros vieron el amaraje del hidroavión hospital blanco!

Poco a poco vinieron otras informaciones a apoyar la tesis de un internamiento del Duce en la misma península. Varias veces aún nos lanzamos sobre pistas que finalmente resultaban falsas, como, por ejemplo, la del lago Trasimeno. Un buen día, sin embargo, la noticia de un accidente de automóvil que había estado a punto de costar la vida a dos oficiales superiores italianos, nos dio la idea de investigar en el macizo de los Abruzzos. Todavía allí, un vago rumor encaminó nuestra búsqueda en una dirección equivocada, hacia la región este del macizo.

Poco a poco empezamos a creer que algunas de estas pistas habían sido dadas a propósito. El servicio secreto italiano no era un adversario despreciable. Además, otros servicios alemanes, como el Estado Mayor del mariscal Kesselring, o los agentes de la «Ausland Abwehr», tenían un gran interés en ser los primeros en descubrir la prisión del exdictador fascista. En el mes de mayo el jefe de los servicios secretos alemanes, almirante Canaris, encontró en Venecia a su antiguo colega italiano, general Amé. Entrevista inútil. ¿Prevalecería al final el deseo italiano de conservar a toda costa el secreto, sobre el deseo del Führer de aclarar la misteriosa desaparición? O bien, ¿tendría que actuar Canaris con toda su energía en

cumplimiento de las órdenes del Mando Supremo alemán? A veces me lo preguntaba…

Por su parte, el mariscal Kesserling había aprovechado la ocasión que ofrecía el sexagésimo cumpleaños de Mussolini —el 29 de julio de 1943— para intentar un nuevo sondeo cerca del viejo mariscal Badoglio. Hitler había enviado a Italia, como obsequio de cumpleaños, una edición de lujo, de una tirada limitada a un solo ejemplar, de las obras completas de Nietzsche. Los volúmenes estaban encerrados en una caja de madera maravillosamente esculpida. Kesserling había comunicado a Badoglio que el Führer le había encargado que entregase personalmente el regalo al Duce. Desgraciadamente fracasó esta estratagema, pues Badoglio se negó, con especiosos pretextos.

Entretanto, la situación en Roma se iba poniendo cada vez más turbia. Sucesivamente varias divisiones italianas habían sido retiradas del frente y, hecho curioso, instaladas en los alrededores de la ciudad, según la versión oficial con objeto de hacer frente a la amenaza de una invasión enemiga. A decir verdad, no creíamos en nada de aquello. Si alguna vez se pusieran mal las cosas entre los italianos y nosotros, la única división alemana —los paracaidistas del general Student— y las pocas unidades de mando y de enlace del gran cuartel general de Kesselring iban a encontrarse frente a una concentración de una superioridad aplastante, integrada por siete divisiones. No acabábamos de ver las formaciones italianas que llegaban sin cesar.

No obstante, mi pequeño «servicio de información» personal me proporcionó al fin la certeza casi total de que Mussolini se encontraba en un hotel situado al pie del pico del Gran Sasso; naturalmente, bien custodiado. Durante varios días tratamos en vano de procurarnos mapas detallados de esta región. Como la construcción del hotel no había terminado hasta poco antes de terminar la guerra, el edificio no figuraba todavía en ningún plano. Obtuvimos sólo un par de informaciones muy vagas: el relato de un alemán residente en Italia, que había pasado en 1938 sus vacaciones de invierno en aquel hotel, y un prospecto de una agencia de viajes que ensalzaba las bellezas de aquel paraíso de los esquiadores en el corazón mismo de los Abruzzos.

Ya que esos elementos eran demasiado flojos para permitir la preparación de una expedición tan importante, nos vimos obligados a obtener lo más pronto posible fotografías aéreas. El general Student puso a mi disposición un aeroplano equipado con una cámara fotográfica automática, y la mañana del 8 de septiembre despegamos de Pratica di Mare, cerca de Roma, en compañía de Radl y del oficial de información del Estado Mayor de la división. Este último iba a desempeñar, por cierto, de acuerdo con nuestros planes, un importante papel en la operación que proyectábamos.

Dada la necesidad de ocultar a toda costa a los italianos el objeto de nuestro vuelo, habíamos acordado atravesar el macizo de los Abruzzos a unos cinco mil metros de altura. Ni siquiera el piloto estaba en el secreto. Le dijimos que íbamos a tomar fotografías de algunos puertos del Adriático.

Cuando estábamos a uros treinta kilómetros del Gran Sasso se nos ocurrió hacer unas fotografías de prueba con la gran cámara empotrada en la parte inferior del avión. Nos dimos cuenta en aquel instante de que las ranuras de las películas estaban obstruidas por el hielo. Por lo tanto, no se podía utilizar el aparato. Por suerte, habíamos llevado una cámara portátil. Tendríamos que servirnos de ella, bien que mal. Empezábamos a tener frío, pues no llevábamos encima más que el ligero uniforme del Cuerpo Expedicionario de África. Como no era posible abrir por completo durante el vuelo la gran cúpula de vidrio de popa tuvimos que romper uno de los vidrios de seguridad con la intención de crear así un espacio libre para la cámara. Incómodo sistema que obliga al fotógrafo a sacar la cabeza, los hombros y los brazos por esta abertura.

To me aventuré el primero. Nunca hubiera creído que el aire fuese can frío y el viento tan cortante. Penosamente hice pasar mi busco por la abertura mientras Radl me sujetaba por las piernas. Unos instantes más tarde volábamos sobre el Campo Imperatore, una meseta salvaje, tormentosa, situada a cerca de 2.000 metros de altura, y de la cual surgían de golpe los abruptos acantilados del Gran Sasso hasta una altura de 2.900 metros. Rocas grises y pardas con inmensos cantiles desnudos; algunos neveros; luego pasamos por encima de nuestro objetivo, el hotel, construcción enorme aun vista a distancia. Tomé la primera fotografía;

inmediatamente, teniendo en la mano izquierda la cámara, que era bastante pesada, di vuelta a la manivela para hacer girar la bobina de la película. Sólo entonces me di cuenta de hasta qué punto mis dedos se habían entumecido en tan cortos instantes. Justo detrás del hotel advertí una pequeña pradera casi triangular. En seguida me dije: ¡he ahí mi campo de aterrizaje! Todavía una tercera placa y mediante una sacudida algo nerviosa con el pie, hice comprender a Radl que ya era tiempo de tirar de mí hacia dentro del avión.

Necesité varios minutos para calentarme. Radl, que siempre las mataba callando, observó:

—¿Pero, entonces, hace tanto frío al sol?

En vista de lo cual, decidí, en mi fuero interno, procurar a mi querido camarada un placer semejante durante nuestro viaje de vuelta.

Arrastrándome por el suelo hasta la cabina de mando distinguí ya en la lejanía una franja azul: el Adriático. Ordené descender hasta unos 2.500 metros y poner proa al norte en cuanto hubiéramos alcanzado la orilla, y seguir luego las sinuosidades de la costa. Más tarde, a fin de despistar al piloto, estudié detenidamente nuestros mapas y pedí a Radl que se preparase a fotografiar las instalaciones portuarias de Ancona.

Con un tiempo espléndido alcanzamos rápidamente las bellas playas de Rimini y de Riccioni. Un poco más lejos hice dar media vuelta y mandé al piloto que subiese hasta 5.500 metros para volar precisamente por la cima del Gran Sasso.

Esta vez le tocaba a Radl. Volvimos a la parte de atrás, donde, entretanto, había bajado considerablemente la temperatura hasta llegar a los dos o tres grados bajo cero. Ahora maldecíamos nuestros uniformes coloniales que tanto nos gustaban cuando paseábamos al sol por las calles de Roma. Le di a Radl la cámara portátil y le expliqué el manejo con mucho detenimiento, pues Radl, que tenía temperamento de artista, no comprendía una palabra de cuestiones técnicas. Después se subió por la abertura, llevando los brazos en alto, mientras yo, arrodillado, le agarraba las piernas para sujetarle.

Como avistábamos ya la cima, le pellizqué en los muslos para que se preparase. Al mismo tiempo le gritaba —sin duda en vano, pues el

estruendo de los motores era ensordecedor:

—Dése prisa, haga todas las fotos que pueda.

Notaba por los movimientos convulsivos de sus piernas que gesticulaba frenéticamente. Quizá no pasásemos por encima del hotel y tendría que descolgarse más para tomar las fotografías en sentido oblicuo. Esto podría sernos muy útil, pues tales imágenes permiten a veces, mejor que las vistas tomadas en sentido vertical, comprender mejor la topografía del terreno. Pronto me hizo señas Radl para que le metiera dentro. Su cara estaba materialmente azul de frío.

—Al primero que vuelva a hablarme del bello sol de Italia lo estrangulo —gruñó castañeteando los dientes.

Al volver a la cabina de mando nos pusimos los chalecos salvavidas y nos tapamos incluso con grandes hojas de papel grasiento que estaban tiradas en un rincón. Luego di al piloto instrucciones detalladas: descender hasta unos, 1.500 metros y volver, pero dando un rodeo hacia el norte para alcanzar el Mediterráneo algo más abajo de Roma. Así que, proa al aeródromo a ras de tierra.

Un cuarto de hora más tarde pudimos darnos cuenta de que esta precaución probablemente nos había salvado la vida. Acabábamos de alcanzar la costa; el sol inundaba la cabina completamente rodeada de cristales; sentado junto al piloto, contemplaba distraídamente el paisaje. Cuando por casualidad miraba hacia la izquierda en dirección a los montes Sabinos, apenas pude dar crédito a mis ojos: procedentes del sur, formaciones cerradas de aviones —sin duda enemigos— se acercaban a Frascati. Cogiendo mis prismáticos, les vi largar sus bombas, que cayeron sobre la ciudad, precisamente sobre nuestro cuartel general. Se alejó la primera oleada y otras dos aparecieron para desprenderse de su mortífero cargamento. Sólo en aquel instante comprendimos que mi orden de dar un pequeño rodeo hacia el norte nos había evitado encontrarnos en el mismísimo centro de las escuadrillas aliadas, contra las cuales nuestro aparato de reconocimiento carecía de todo medio de defensa. Únicamente a causa de que volábamos a ras de tierra no repararon en nosotros los cazas que escoltaban a los bombarderos.

Unos minutos más tarde aterrizábamos sanos y salvos. Al llegar a Frascati nos encontramos en pleno caos. El edificio que albergaba al Estado Mayor del general Student estaba intacto; por el contrario, el nuestro no era más que una ruina. Cuando quisimos entrar en él un oficial nos advirtió de que dos bombas de retardo se habían metido en la tierra removida de la bodega, después de atravesar la casa, y que podían estallar de un momento a otro. Pero nosotros habíamos dejado en nuestro cuarto papeles importantes que contenían precisamente el resultado de nuestras investigaciones. Había que recuperarlos. Escalamos un montón de escombros, recorrimos a zancadas la balaustrada de nuestra galería y pudimos, a pesar del desorden que reinaba en la habitación, apoderarnos de nuestras carpetas. Unos instantes después estábamos otra vez en la calle.

Las pérdidas de la población civil debieron de ser muy elevadas. Por el contrario, casi todos los servicios alemanes habían escapado a la destrucción. Ya estaban reparando nuestras tropas las líneas telefónicas, que éstas sí que habían sido gravemente dañadas. Yo no tenía tiempo que perder. Debía ir con urgencia a Roma, para tener una entrevista con varios oficiales italianos que, según había sabido, intentaban liberar al Duce. Yo tenía un evidente interés en conocer sus planes a fin de evitar que su acción y la nuestra se perjudicaran mutuamente.

Después de algunos minutos de conversación comprobé que aquellos muchachos daban ciertamente pruebas de un loable entusiasmo y de una resolución muy firme, pero sus preparativos estaban muy lejos de tener el empuje de los nuestros. Cuando me despedí de aquellos «conspiradores» ya casi había caído la noche, y aun debía atravesar toda Roma para reunirme con Radl, que me esperaba en las oficinas de un servicio alemán. Mi coche avanzaba lentamente, pues reinaba en todas partes una desusada animación. La gente se agolpaba en torno a los altavoces públicos y, cuando desembocaba por la Vía Veneto, tuve que ir al paso. Estruendosas aclamaciones celebraban las noticias que daban los altavoces y oí algunos gritos: «*Viva il Re!*»; las mujeres se abrazaban; había grupos que discutían apasionadamente. Cada vez más intrigado, acabé por pararme e interrogué a un transeúnte, que me dio una noticia catastrófica: Italia había depuesto las armas.

Sabía claramente que la situación de nuestras tropas en la península iba a ser crítica en extremo. A decir verdad, esperábamos todos esta capitulación, pero nadie la creía tan inminente. En todo caso este acontecimiento iba a retrasar el cumplimiento de mi misión; retrasarlo y tal vez impedirlo. Unos días más tarde me enteré de que el general Eisenhower se había adelantado a dar ese mismo día, pero a las seis y media de la tarde, por la radio de Argel, la noticia de la capitulación italiana, poniendo así al Gobierno de Badoglio ante el hecho consumado, por lo menos en lo que concernía al momento exacto del cese de las hostilidades. Los aliados habían fijado el desembarco en Salerno para la noche del 8 al 9 de septiembre, y no podían cambiar esa fecha. Esta operación debía facilitar el camino del nuevo «aliado», reteniendo el grueso de las tropas alemanas alrededor de Salerno. Según los datos suministrados por nuestros servicios de información, llegamos a suponer que el Estado Mayor aliado planeaba un desembarco aéreo en la región de Roma, empresa que hubiera puesto a nuestras débiles fuerzas en una situación desagradable. Igualmente el bombardeo en masa de Frascati había sido decidido a raíz de las conversaciones entre los delegados de Badoglio y el Alto Mando aliado con el fin de desorganizar el Gran Cuartel de las tropas alemanas en Italia. Esta última parte del plan había fracasado. Nosotros estábamos en contacto con todas nuestras unidades, que permanecían, naturalmente, alerta.

La noche del 8 al 9 de septiembre transcurrió en calma, salvo algunas escaramuzas entre tropas italianas y alemanas al sur de Roma. Durante el día 9 de septiembre, por el contrario, se produjeron serios encuentros en los alrededores de Frascati, donde estaban concentrados los servicios alemanes. Hacia el anochecer, sin embargo, llegamos a mantenernos sólidamente en toda la región de los montes Sabinos. Poco a poco las unidades alemanas se aproximaron a Roma, que estaba ocupada y rodeada por varias divisiones italianas.

Entretanto, y reconociendo la necesidad de aplazar por unos días mis intentos de liberar al Duce, procuré asegurarme con la mayor certeza de que continuaba en el hotel del Gran Sasso. Las primeras indicaciones me habían sido suministradas, aunque involuntariamente, por dos italianos, pero me hubiera gustado obtener la confirmación, si era posible, por un alemán.

Evidentemente, no se podía soñar con enviar abiertamente un emisario al hotel, que sólo estaba unido con el mundo exterior por un teleférico que salía del valle. Me había estado devanando los sesos para encontrar un medio de acercarme que pudiese parecer del todo inocente, y la víspera de la capitulación italiana di por fin con el hombre que necesitaba. Conocía en Roma a un comandante médico alemán, valiente muchacho que soñaba desde hacía tiempo con una buena condecoración. Decidí explotar este deseo de gloria y la tarde del 7 de septiembre le expliqué cómo iba a poder alcanzar el favor de sus superiores.

Hasta entonces a los soldados alemanes enfermos de malaria —que eran muchos— los mandaban a convalecer en el Tirol. Por lo cual propuse al comandante que hiciera una visita, «por su propia iniciativa», al hotel de montaña del Gran Sasso —que yo afirmé conocer muy bien— para enterarse de si aquel establecimiento situado a unos dos mil metros de altura podía ser transformado en sanatorio: Insistí sobre la necesidad de discutirlo sobre el terreno, con el director, de anotar el número de camas disponibles, de inspeccionar las instalaciones sanitarias, etc…, así como de comenzar en seguida las negociaciones. Mi sugerencia no cayó en saco roto: en la mañana del 8 de septiembre mi buen comandante había salido en coche y confieso que me quedé algo inquieto. ¿Le sería posible regresar y volvería a verle sano y salvo?

A la mañana siguiente mi involuntario espía estaba de vuelta; muy disgustado ante la idea de que, a causa de la capitulación italiana, podría naufragar el proyecto. Con profusión de detalles me contó cómo llegó al valle donde se hallaba la estación del teleférico, después de haber pasado por Aquila. Pero todos sus esfuerzos para continuar fueron inútiles. El camino del teleférico estaba protegido por una barrera y para colmo guardada por varios puestos de carabineros. Después de mucho hablar con ellos pudo obtener autorización para telefonear al hotel. Mas no fue el director quien le informó de que el Campo Imperatore había sido declarado campo de instrucción militar y que, por consiguiente, cualquier otra utilización de la meseta y de los edificios quedaba prohibida. Por lo que había podido observar el comandante, debía de tratarse de maniobras bastante importantes; en el valle había visto un camión de radio, y el

teleférico apenas funcionaba. En el último pueblo los habitantes le habían contado cuentos inverosímiles: al parecer, el hotel acababa de ser requisado, habían despedido de golpe a todo el personal civil y preparado los edificios para poder alojar alrededor de doscientos soldados; en varias ocasiones habían ido al valle oficiales superiores; ciertas personas —gente «bien enterada»— suponían incluso que Mussolini estaba internado allá arriba. Pero seguramente aquello no era más que un rumor al cual no había que dar mucho crédito, observó el comandante.

Yo me guardé de desengañarle.

X
ÚLTIMOS PREPARATIVOS

A la mañana siguiente, es decir, el día 10 de septiembre de 1943, nuestras tropas se mantenían de nuevo firmemente en Roma y en sus alrededores. Yo pude, pues, por fin, pasar a la ejecución de mi proyecto, o más exactamente, a los últimos preparativos, principalmente a la confección de un plan detallado.

Por de pronto examiné con Radl las diversas posibilidades entre las cuales debíamos elegir (admitiendo que la expedición fuese intrínsecamente posible). Una cosa era cierta: no podíamos perder ni un momento. Cada día, tal vez cada hora de retraso, aumentaba el peligro de un nuevo traslado del Duce, por no hablar de alguna otra eventualidad que temíamos por encima de todo: la entrega del prisionero a los aliados, que sin duda lo habían reclamado. Con posterioridad sabríamos que el general Eisenhower había incluido esta exigencia en las condiciones del armisticio.

Una expedición terrestre nos parecía irremediablemente abocada al fracaso. Un ataque por las pendientes abruptas que llevan a la meseta produciría enormes pérdidas y, de todos modos, los carabineros se darían cuenta lo bastante pronto para tener tiempo de sobra, bien para esconder al Duce, bien para llevarlo a otro lado. Si queríamos impedir que se escaparan con su prisionero, tendríamos que rodear todo el macizo con un cordón de tropas, lo que exigiría por lo menos una división. En consecuencia, la acción terrestre tenía que ser considerada como irrealizable.

Nuestro mejor aliado debería ser la sorpresa total, pues aparte de toda consideración estratégica, temíamos que los carabineros hubieran recibido la orden de matar a su prisionero antes que dejarle huir, suposición que

luego había de confirmar. Sólo nuestra intervención fulminante preservó al Duce de una muerte cierta.

No veíamos, pues, más que dos procedimientos: una acción de los paracaidistas o un aterrizaje de planeadores de transporte cerca del hotel. Después de haber pesado largamente el pro y el contra de ambas soluciones, optamos por la segunda. En el aire enrarecido de aquella altura necesitaríamos, para evitar un descenso demasiado rápido, paracaídas especiales de los cuales no disponíamos. Además decidí, en vista de lo accidentado del terreno, que la llegada de los hombres debía hacerse por separado, puesto que una formación cerrada no podría llevar a cabo una acción rápida. Así que no nos quedaba más solución que la del aterrizaje de varios planeadores. ¿Pero habría en los alrededores del hotel un campo adecuado que permitiese tal aterrizaje?

Cuando en la tarde del 8 de septiembre había intentado revelar las fotografías aéreas, el gran laboratorio de Frascati fue arrasado por las bombas. Uno de mis oficiales había conseguido hacer algunas copias en un laboratorio de urgencia; pero, desgraciadamente, no había podido hacer copias de gran tamaño para estereoscopio, que nos hubieran permitido tener una visión exacta y en relieve del terreno. Tuve que contentarme con fotografías corrientes que medían alrededor de 14 × 14 cm, en las cuales reconocí, sin embargo, perfectamente la pradera triangular que había llamado mi atención cuando nuestro vuelo sobre el hotel. En aquella pradera, elegida como campo de aterrizaje, era donde yo apoyaba mi plan.

También había que pensar en cubrirnos las espaldas y asegurar la retirada después del cumplimiento de la misión propiamente dicha. En nuestro proyecto estos dos objetivos tenían que ser alcanzados con el empleo de un batallón de paracaidistas que debía meterse en el valle durante la noche con objeto de apoderarse en la hora H de la estación del teleférico.

Habiendo ya confeccionado las bases de la operación, fui a ver al general Student. Yo sabía que desde hacía tres días no había tenido momentos de reposo —ni más ni menos que yo—, pero había que tomar una decisión. A decir verdad, el general estaba lejos de sentirse entusiasmado; no me ocultó sus temores, pero también comprendió que, a

menos de renunciar pura y simplemente a nuestra misión, debíamos intentar la única oportunidad que nos quedaba. De todos modos, antes de dar su aprobación, quiso consultar con el jefe y con otro oficial de su Estado Mayor.

Estos dos expertos en aeronáutica adoptaron una actitud contraria a nuestro proyecto. Según ellos, un aterrizaje a tanta altura y sobre un terreno inadecuado no había sido intentado nunca por la sencilla razón de que era «técnicamente imposible». En su opinión, el aterrizaje, tal y como yo lo concebía, causaría la pérdida de un ochenta por ciento, como mínimo, de los efectivos transportados. El resto del destacamento quedaría entonces demasiado reducido para que pudiese cumplir su misión.

Contra estos argumentos aduje que me daba perfecta cuenta de los peligros que íbamos a correr, pero que, de todas maneras, había que aceptar ciertos riesgos, como siempre que se ensaya un sistema por primera vez. Yo creía que un aterrizaje suave a lo largo de la leve pendiente que ofrecía la pradera triangular permitiría reducir la velocidad de caída de los planeadores —velocidad bastante considerable— en una atmósfera ya enrarecida, y, por consiguiente, evitar pérdidas elevadas. Naturalmente, me declaré dispuesto a seguir sus consejos en el caso de que aquellos señores tuvieran alguna idea mejor.

Después de haber reflexionado detenidamente, el general Student se puso definitivamente de mi parte y se apresuró a dar estas órdenes:

—Mande venir inmediatamente del sur de Francia los doce planeadores de transporte que necesita. El día D será el 12 de septiembre; a las siete en punto, los planeadores deberán tomar tierra en la meseta y, al mismo tiempo, el batallón se apoderará de la estación del teleférico en el valle. Yo daré personalmente instrucciones a los pilotos y les recomendaré la mayor prudencia al aterrizar. Creo, capitán Skorzeny, que tiene usted razón: hay que ejecutar el plan como usted ha dicho y no de otro modo.

Obtenida la decisión, convine con Radl los últimos detalles de la operación. Habría que calcular con toda exactitud las distancias, determinar el equipo de cada hombre y sobre todo marcar en un gran croquis los puntos de aterrizaje de cada uno de los doce aparatos. Un planeador de transporte puede llevar, además del piloto, nueve hombres, es decir, un «grupo».

Asignamos a cada grupo una tarea determinada; en cuanto a mí, yo haría el viaje en el tercer planeador, a fin de poder aprovechar, para el inmediato asalto al hotel, la cobertura facilitada por las dos primeras secciones de choque.

Cuando todo estuvo ultimado pesamos una vez más nuestras posibilidades. Demasiado sabíamos que eran más bien escasas. En primer lugar, nadie podía garantizarnos que Mussolini se encontraba todavía en el hotel de la montaña y que permanecería en él hasta el día D. En segundo lugar, no era nada seguro que consiguiésemos someter el destacamento italiano lo bastante pronto para evitar la ejecución del Duce. Finalmente, nos preocupaba la prevención que sentían los oficiales que nos habían predicho el irremediable fracaso de la intentona.

Fuera o no fuera exagerado ese pesimismo, había que prever algunas pérdidas al aterrizar. Y esto no era todo: aun sin contar estas pérdidas, no seríamos más que 108, y además no estarían disponibles a la vez todos los grupos. Tropezaríamos con 250 italianos por lo menos, que conocían perfectamente el terreno y estaban atrincherados en el hotel como en una fortaleza. En lo concerniente al armamento, estaríamos en iguales o parecidas condiciones que el enemigo. Probablemente nuestros fusiles automáticos nos asegurarían incluso una ligera superioridad que compensaría en cierta medida la superioridad numérica del adversario, siempre que nuestras pérdidas iniciales no fuesen demasiado elevadas.

Radl interrumpió este cálculo tan poco agradable:

—Por favor, mi capitán, no saque la tabla de logaritmos para calcular el porcentaje exacto de nuestras posibilidades de éxito. Ya sabemos hasta qué punto son ínfimas, pero sabemos igualmente que vamos a emprender esta operación cueste lo que cueste.

Una cuestión me preocupaba todavía: ¿no había medio de aumentar el factor sorpresa, que debía ser nuestro principal aliado? Desde hacía una hora nos devanábamos los sesos en vano, cuando, de pronto, tuvo Radl una idea genial: llevar un oficial superior italiano, cuya sola presencia bastaría sin duda para producir un desconcierto en el espíritu de los carabineros, una vacilación que les impediría hacernos frente de primera intención o acabar

con el Duce. Nosotros actuaríamos antes de que ellos tuvieran tiempo de reponerse de la sorpresa.

El general Student aprobó en seguida esta astuta sugerencia y nos pusimos a buscar el medio más apto para realizarla. Sería preciso que el general Student recibiese, la víspera del día D, al oficial en cuestión, y le convenciese —no sabíamos cómo— de que participara en la operación. Hecho esto, y a fin de eliminar toda posibilidad de indiscreción o quizá de traición, el oficial debería permanecer con nosotros hasta el día siguiente por la mañana.

Un alto funcionario de nuestra embajada que conocía perfectamente los círculos militares de Roma me señaló como más indicado para prestarnos tal servicio a un oficial superior, antiguo miembro del Estado Mayor del gobernador de Roma. Este hombre había observado, en el curso de las luchas por la posesión de la ciudad, una actitud más bien neutra. A petición mía, el general Student lo citó para la noche del 11 de septiembre, en su cuartel general de Frascati, para discutir con él «ciertos problemas».

Así que por ese lado estábamos tranquilos. Pero surgió un nuevo motivo de inquietud: las noticias recibidas durante el día 11 de septiembre acerca del viaje de los planeadores de transporte no eran favorables ni mucho menos. La actividad cada vez más intensa de la aviación aliada había obligado a nuestra escuadrilla a dar varios grandes rodeos; además, el maldito tiempo que hacía les dificultaba extraordinariamente el vuelo. Hasta el último momento esperamos que llegaran a tiempo, pero fue en vano.

Tuvimos, pues, que renunciar al proyecto. El día D siguió fijado para el domingo 12 de septiembre —en ningún caso podíamos arriesgarnos a perder un día entero—, pero la hora H fue aplazada hasta las dos de la tarde. Empleando diferentes excusas explicamos al oficial italiano, que había acudido a la cita con puntualidad castrense, que el general Student había tenido un quehacer imprevisto, y le rogamos que fuese a la mañana siguiente a las ocho al aeródromo de Pratica di Mare. Lo más grave era que aquel retraso disminuía aún más nuestras probabilidades de éxito. Por una

parte, las fuertes corrientes ascendentes de aire con que había que contar a las horas de más calor, harían el aterrizaje todavía más peligroso; por otra parte, el destacamento encargado de ocupar la estación del teleférico tendría una tarea bastante más difícil por el hecho de verse forzado a atacar en pleno día. ¡Qué se le iba a hacer!… Procuraríamos triunfar a pesar de todo.

A primera hora de la tarde del 11 de septiembre me dirigí al olivar de un convento cerca de Frascati, donde estaba acampada la unidad de mi mando. Había resuelto llevar a nuestra operación exclusivamente voluntarios, pero me interesaba advertirles francamente de que iban a enfrentarse con grandes peligros. Mandé tocar a asamblea y pronuncié una breve arenga:

—Vuestra larga inactividad está llegando a su fin. Mañana llevaremos a cabo una operación de la más alta importancia, que me ha sido encargada por Adolfo Hitler en persona. Tenemos que prepararnos a sufrir cuantiosas pérdidas, que, por desgracia, serán inevitables. Yo dirigiré personalmente el comando y puedo aseguraros que haré todo lo que pueda; si vosotros hacéis otro tanto, si luchamos codo con codo, con toda nuestra energía, nuestra misión triunfará. ¡Un paso adelante los voluntarios!

Con gran alegría mía todos sin excepción se adelantaron. A mis oficiales les costó trabajo convencer a algunos de que tenían que quedarse, puesto que no podía llevar más que a dieciocho de ellos. Los noventa restantes deberían ser escogidos, por orden del general Student, entre los soldados de la segunda compañía del batallón de alumnos paracaidistas. Seguidamente me presenté al jefe de este batallón para discutir con él las diversas fases de la operación. Según las órdenes del general Student, sería ese oficial el llamado a dirigir el destacamento que había de ocupar la estación del teleférico. La misma noche el batallón de paracaidistas emprendió la marcha hacia el valle. La suerte estaba echada.

En las primeras horas de la noche una noticia difundida por la radio aliada nos causó un gran pánico. El locutor anunciaba que el Duce acababa de llegar al África del Norte a bordo de un buque de guerra italiano que había huido del puerto de La Spezia. Pasado el primer efecto —¿es que también esta vez íbamos a llegar demasiado tarde?—, cogí una carta de navegación y me puse a hacer un pequeño cálculo. Como yo sabía en qué preciso momento había abandonado La Spezia una parte de la flota italiana,

me fue fácil comprender que ni la más rápida embarcación hubiera podido ganar la costa africana a la hora en que la noticia había sido radiada. Por consiguiente, tal información no era más que un vulgar bulo destinado a desorientar al Mando alemán. Así, pues, no alteraríamos en nada nuestros planes. Pero desde entonces acogí con cierta reserva las informaciones provenientes de fuente aliada.

XI
AL ASALTO

Al día siguiente, es decir, el domingo 12 de septiembre de 1943, salimos a las cinco de la madrugada para el aeródromo, donde supimos que los planeadores llegarían probablemente hacia las diez. Aproveché este plazo para inspeccionar el equipo de mis hombres. Cada uno de ellos había recibido la «ración de paracaidista» para cinco días. Como había mandado llevar unas cuantas cajas de frutas frescas, una alegre animación reinó pronto en las barracas. Claro que se notaba la tensión que inevitablemente padecían aún los más valientes ante el salto hacia lo desconocido, pero nos las arreglamos de tal modo que se disipó toda aprensión o nervosidad tan pronto como aparecieron.

Sin embargo, a las ocho y media aun no había llegado el oficial italiano. Envié al teniente Radl a Roma ordenándole que nos trajera al italiano costase lo que costase y tan pronto como pudiera. «Haga lo que quiera, que, con tal que venga vivo, no necesitamos más». En efecto, Radl consiguió, pese a toda clase de dificultades, dar con el italiano y meterlo en su coche. A su llegada al aeropuerto, habló con él el general Student y yo asistí a la entrevista. Manifestamos al italiano que el Führer le rogaba que nos ayudase a evitar en lo posible cualquier efusión de sangre tomando parte en la liberación del Duce. Visiblemente halagado al saber que el propio Hitler le pedía su cooperación, el oficial no supo negarse. Nos prometió hacerlo con gusto, lo que representaba para nosotros, según creo, una baza inestimable.

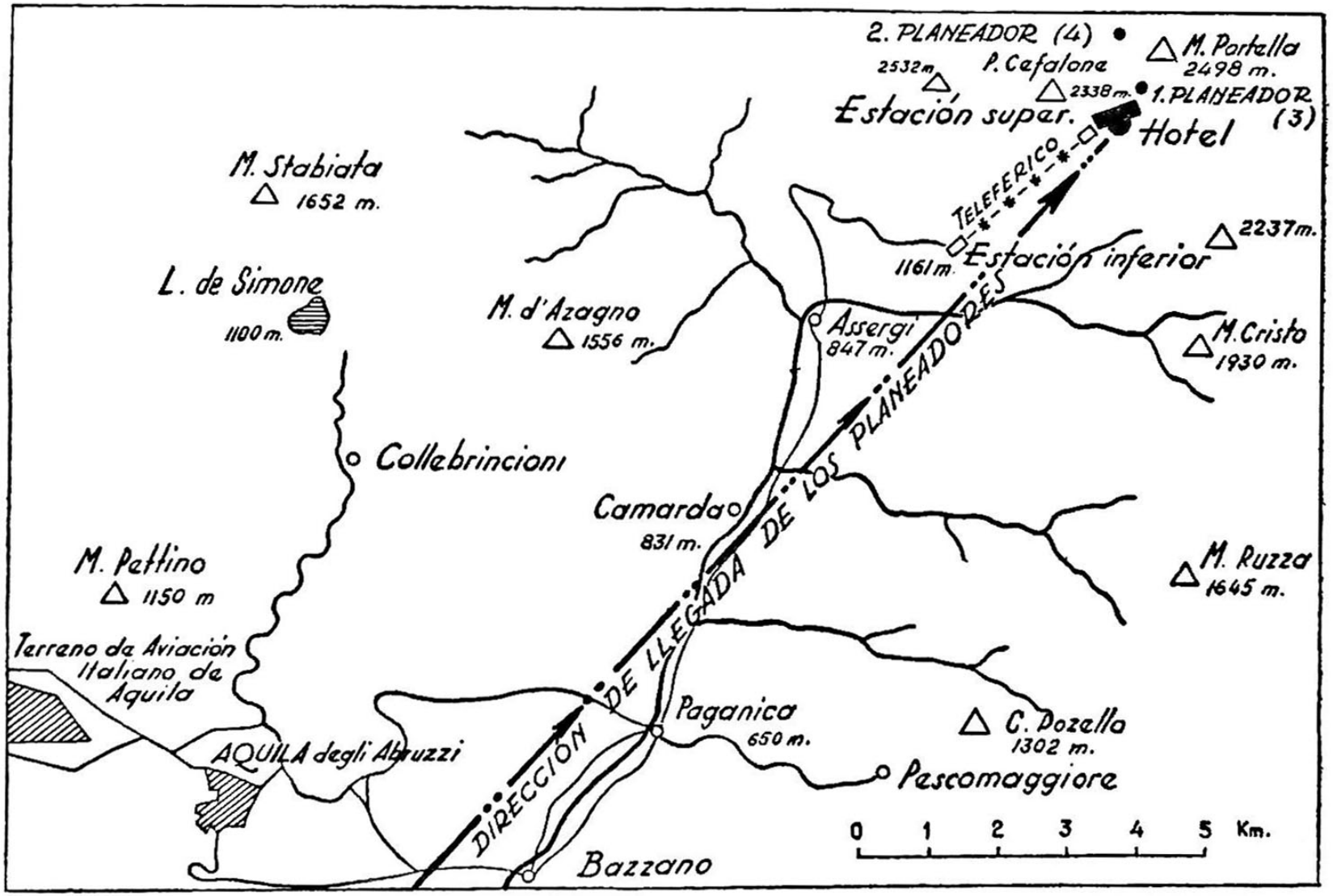
Hacia las once aterrizaron por fin los primeros planeadores. A toda prisa hubo que llenar de gasolina los depósitos de los aviones que habían de

remolcarnos y a continuación, cada aparato, con su planeador a la cola, se situó en la pista de vuelo siguiendo el orden previsto.

Mientras tanto el general Student reunió a los pilotos de los planeadores para recordarles la prohibición de un aterrizaje en picado. Sólo se permitiría el aterrizaje en planeo. Luego dibujé en la pizarra el plano del terreno con los lugares destinados a cada aparato. Finalmente, estudió, con el oficial de informaciones que había participado en nuestro vuelo de reconocimiento, los detalles esenciales: cronometraje del trayecto, altitud, rumbo, etc. Como, exceptuando a Radl y a mí, era el único que conocía el aspecto que la meseta ofrecía desde el aire, se situaría en el primer avión remolcador y dirigiría así nuestra escuadrilla. Hechos todos los preparativos íbamos a recorrer los casi cien kilómetros en una hora exactamente, por consiguiente, despegaríamos a la una en punto.

De repente, a las doce y media, ¡alerta! Fueron vistos unos bombarderos enemigos y escuchamos las primeras explosiones en las cercanías del aeropuerto. Mientras nos dispersábamos en busca de un refugio, di por perdida toda la operación. ¡Qué asco, una cosa semejante en el último momento! Minutos antes de la una, las sirenas dieron la señal de final de alarma. Me precipité sobre la gran pista: el firme había encajado varias bombas, pero nuestros aparatos estaban indemnes. Podíamos salir. Di orden de embarcar. Al oficial italiano lo llevé conmigo al tercer planeador y le hice sentar entre mis piernas en el estrecho banco en que cabalgábamos, uno detrás del otro, prensados como arenques. Apenas teníamos dónde poner nuestras armas. El italiano parecía arrepentirse ya de su promesa y me siguió al aparato a contragusto. ¡Qué se le iba a hacer! ¡No podía seguir ocupándome de él; ya no había tiempo que perder!

Fijé la vista en mi reloj de pulsera y levanté el brazo: la una. Los motores se pusieron en marcha, rodamos por la pista y sentí que despegábamos. Lentamente, describiendo amplias curvas, nos elevamos; se formó nuestra caravana y enfiló hacia el nordeste. El tiempo parecía ideal para nuestro propósito: inmensos cúmulos blancos flotaban a unos tres mil metros de altura. Ningún viento movía aquellas nubes, íbamos a llegar a nuestro destino sin haber sido descubiertos y podríamos arrojarnos bruscamente sobre nuestro objetivo.



EL GRAN SASSO Y SU VALLE DE ACCESO. OPERACIÓN DEL 12-9-43

Reinaba un calor sofocante en el planeador. Hacinados como estábamos y con nuestros equipos y nuestras armas, era prácticamente imposible moverse. El oficial italiano palidecía a ojos vistas. Su semblante tenía el mismo gris verdoso del uniforme. Tuve la clara sensación de que no le hacían gracia los viajes aéreos.

El piloto me comunicó nuestra posición aproximada y yo la comprobé en seguida con ayuda del mapa. Desde la carlinga no se veía apenas el paisaje. Las estrechas ventanillas laterales estaban cubiertas de celofán, que no dejaba transparentar nada. Las rendijas, que no faltaban, eran demasiado pequeñas para que pudiésemos ver algo. Decididamente el planeador era un artefacto rudimentario. Unos tubos de acero que constituían la armazón, más una envoltura de lona, y eso era todo.

Nos metimos en un gran cúmulo para alcanzar la altura de 3.500 metros. Cuando salimos otra vez al sol, el piloto de nuestro remolcador anunció por el teléfono de a bordo:

—Aviones 1 y 2 desaparecidos. ¿Quién toma el mando?

¡Una mala noticia! ¿Qué les había pasado a los dos aparatos? En aquel momento yo ignoraba aún que detrás de nosotros ya no quedaban nueve aciones, sino siete tan sólo; al despegar, dos planeadores de transporte habían tropezado con el montón de tierra desplazada de un embudo formado por la explosión de una bomba y habían capotado. Comuniqué al piloto de nuestro remolcador:

—Yo tomaré el mando hasta que lleguemos.

Luego hice unos cortes con mi navaja en la lona a la derecha, a la izquierda y bajo mis pies, con objeto de poder distinguir, aunque fuera a grandes rasgos, el paisaje. Después de todo la construcción primitiva de aquellos planeadores tenía sus ventajas. Gracias a ciertos detalles salientes —un puente, un cruce de carreteras— llegué a orientarme. Respiré; no sería ese obstáculo el que haría fracasar nuestra operación. Ciertamente, no dispondría al aterrizar de la cobertura que debía asegurarme los hombres de los planeadores desaparecidos, pero no pensé más en ello.

Unos minutos antes de la hora H volábamos sobre el valle de Aquila. En la carretera distinguí perfectamente la vanguardia del batallón de paracaidistas, cuyos camiones subían rápidamente hacia la estación del

teleférico. Habían conseguido superar todos los obstáculos y podrían atacar precisamente en el momento convenido. Un buen presagio; nosotros triunfaríamos también.

Apareció debajo de nosotros nuestro objetivo, el hotel de montaña del Gran Sasso. A una orden mía, los hombres se sujetaron el barboquejo; en seguida ordené:

—¡Largad el remolque!

Un instante después nos envolvió un repentino silencio. No se oía más que el zumbido del viento en torno a nuestras alas. El piloto hizo un amplio viraje y buscó con la misma ansiedad que yo el lugar señalado para nuestro aterrizaje sobre la pradera levemente inclinada. ¡Diablo! ¡Estábamos aviados! De un golpe de vista descubrí la pradera triangular; pero de ningún modo estaba «levemente inclinada», como habíamos calculado. ¡Descendía en pendiente abrupta, muy abrupta, casi como la pista de salida de un trampolín de esquí!

Estábamos ya mucho más cerca de la meseta que en nuestro vuelo de reconocimiento; además, nuestros virajes en espiral nos mostraban el relieve del suelo de un modo singularmente plástico. Un aterrizaje en aquella escarpadura era imposible; lo comprendí inmediatamente. El piloto lo comprendió también y se volvió hacia mí. Apretando los dientes, yo me debatía en un terrible conflicto de conciencia. ¿Era preciso obedecer las órdenes tajantes de mi general? En ese caso debía renunciar a la operación y tratar de ganar, planeando, el fondo del valle. Si, por el contrario, no quería abandonar mi proyecto, tenía que aventurarme, costara lo que costase, al aterrizaje en picado que me habían prohibido terminantemente. Pronto tomé una determinación.

—¡Aterrizaje en picado! Lo más cerca posible del hotel.

Sin la menor vacilación, el piloto volvió a estrechar la espiral girando sobre el ala izquierda y se lanzó a un insensato picado. En un instante se contrajo mi garganta: ¿resistiría el planeador aquella velocidad? Inmediatamente deseché el temor: no era el momento de hacerse semejantes preguntas. El silbido del viento aumentaba, se convertía en un aullido, a pesar de que la tierra se acercaba a ojos vistas. Vi cómo el teniente Meier soltaba el freno al paracaídas; luego vino una violenta sacudida; algo que

cruje, que se rompe; cierro los ojos instintivamente; una nueva sacudida más fuerte todavía, y ya está; tocamos tierra. El aparato da un último respingo y queda inmóvil.

El primero de mis hombres salía ya por la puerta, cuyo batiente había sido arrancado, y yo me deslicé afuera, con las armas en la mano. Estábamos a unos quince metros del hotel. A nuestro alrededor, los innumerables peñascos que habían frenado brutalmente a nuestro planeador, dejándolo en un bonito estado. Habíamos tenido que arrastrarnos, cuanto más, una veintena de metros antes de parar.

Cerca de una pequeña eminencia, precisamente en la esquina del hotel, estaba el primer carabinero. Paralizado de asombro, ni se movió; sin duda trataba de comprender cómo habíamos podido caer del cielo. No tuve tiempo de ocuparme de nuestro pasajero italiano, que, un poco aturdido, se dejó caer fuera del avión. Me lancé hacia el edificio; por supuesto, me felicito de haber prohibido terminantemente a mis hombres que hiciesen uso de sus armas antes de que yo hubiera disparado el primer tiro. Así, la sorpresa del enemigo sería total. A mi lado sentía el jadeo de mis hombres; sabía que me seguían y que podía contar con ellos.

Pasamos como una tromba ante el soldado pasmado, lanzándole sólo un «¡Mani in alto!» (¡arriba las manos!) y llegamos al hotel. Nos colamos por una puerta abierta. Al transponer el umbral vi una estación emisora y a un soldado italiano ocupado en transmitir mensajes, De una fuerte patada hice bailar su silla, al mismo tiempo que destrozaba la estación con la culata de mi fusil ametrallador. Pero nos dimos cuenta de que la habitación no tenía puerta alguna que diera al interior del hotel Media vuelta, pues; otra vez afuera. Rodeamos, corriendo, el edificio, doblamos la esquina y llegamos ante una terraza de unos tres metros de altura. Uno de mis suboficiales me alzó sobre sus hombros y saltando desde ellos salvé la balaustrada. Los demás me siguieron.

Escudriñé con los ojos la fachada. En una ventana del primer piso advertí una enorme cabeza característica: el Duce. Ahora ya sabía que la operación iba a resultar bien. Le grité que se echase atrás; luego nos precipitamos hacia la entrada principal. Allí chocamos con los carabineros que intentaban salir. Habían montado dos ametralladoras; las tumbamos

patas arriba. Me abrí camino a culatazos a través de la masa compacta de italianos, mientras mis hombres gritaban sin parar: («¡Mani in alto!» Hasta entonces nadie había disparado todavía.

Entré en el vestíbulo. Por el momento estaba solo; ignoraba lo que tenía a la espalda; no tenía tiempo de mirar atrás. A la derecha había una escalera cuyos peldaños subí de tres en tres; llegado al primer piso, penetré a lo largo de un pasillo, abrí una puerta, al azar. ¡Era la buena! En la habitación estaba Benito Mussolini con dos oficiales italianos, que puse contra la pared. Entretanto, mi bravo teniente Schwerdt se reunió conmigo; haciéndose cargo inmediatamente de la situación, sacó de allí a los dos oficiales, que estaban demasiado sorprendidos para pensar en resistirse. En cuanto cruzaron el umbral, volvió a cerrar tranquilamente la puerta.

La primera parte de nuestro propósito se había realizado. Al menos por el momento, el Duce estaba en nuestras manos. Desde nuestro aterrizaje sólo habían pasado tres o, a lo sumo, cuatro minutos. Fuera, delante de la ventana, aparecieron las cabezas de dos de mis suboficiales. No habiendo podido entrar en el vestíbulo, habían escalado el muro agarrándose al cable del parrayos, con objeto de prestarme ayuda. Los aposté en el pasillo, con la misión de cubrirnos por aquel lado.

Por la ventana vi llegar, a paso gimnástico, al cuarto grupo, mandado por mi oficial de órdenes, el fiel Radl, y al teniente Menzel. Este último seguía a sus hombres, arrastrándose; el choque del aterrizaje de su planeador le había lanzado tan violentamente contra el suelo que se había roto un pie.

—Todo va bien —pude comunicarles—. Guardad la planta baja.

Aun pude contemplar la llegada de los planeadores números 5, 6 y 7, que transportaban paracaidistas. Se posaron casi normalmente; pero, de repente, asistí a un terrible espectáculo: el planeador número 8 había debido ser arrebatado por un torbellino; vaciló en pleno viraje, se abatió como una piedra que cae por un abrupto desmonte y se estrelló, destrozado.

En la lejanía sonaron algunos disparos aislados, hechos sin duda por los puestos italianos diseminados por la meseta. Salí al pasillo y llamé, a grandes gritos, al comandante del hotel. Éste, un coronel, llegó en seguida. Le expliqué que toda resistencia era inútil y exigí la rendición inmediata.

Me pidió un breve plazo para reflexionar; le concedí un minuto. Radl había logrado ya franquear la entrada, pero yo tenía la impresión de que los italianos aún impedían el paso, porque yo no había recibido más refuerzos.

El coronel italiano regresó. Traía con las dos manos una copa de cristal llena de vino tinto, que me tendió con una breve inclinación.

—Para el vencedor —dijo.

Una sábana colgada de la ventana substituyó a la bandera blanca. Les grité aún algunas órdenes a mis hombres, apelotonados ante el hotel; después tuve tiempo por fin de volverme a Mussolini, que, protegido por la gran corpulencia del teniente Schwerdt, estaba en un rincón. Me presenté:

—Duce; el Führer me ha enviado para liberaros.

Visiblemente emocionado me dio un abrazo.

—Sabía —dijo— que mi amigo Adolfo Hitler no me abandonaría.

Las condiciones de la rendición fueron rápidamente fijadas. Los soldados italianos debían depositar sus armas en el comedor; en cuanto a los oficiales, les permití conservar sus revólveres. Supe también que, además del coronel, habíamos capturado a un general.

Además del hotel propiamente dicho, mis hombres habían ocupado también la instalación terminal del teleférico. La línea no estaba estropeada del todo. Idéntico informe me llegó de la estación del valle. Hubo, abajo, una breve refriega. Pero, como el horario fijado había sido respetado casi al minuto, la sorpresa había causado su efecto. La primera parte de nuestra misión había terminado.

XII
UNA VUELTA DIFÍCIL

El teniente von Berlepsch, jefe de los paracaidistas que habían venido conmigo por vía aérea, que se había incrustado ya el monóculo en la cuenca del ojo, escuchó impasible las órdenes que le di por la ventana. En seguida mandé subir refuerzos por el teleférico. Cuanto más numerosos fuéramos, mejor; yo tenía que demostrar al coronel italiano que también disponía de fuerzas en el valle. A continuación, hubo que pensar en la vuelta. Un viaje de 150 kilómetros por carretera, a través de una región en la que no se encontraba aun ni una unidad alemana, me pareció demasiado peligroso. Por mí, me atrevería, pero no debía olvidar que respondía ante Hitler de la seguridad del Duce. Cuando hicimos los preparativos de nuestra expedición habíamos considerado tres posibilidades para conducir a Mussolini a Roma: el plan A, confeccionado de acuerdo con el general Student, preveía un ataque relámpago al aeródromo de Aquila di Abruzzi, situado a la salida del valle; yo permanecería allí hasta la llegada de tres aviones de transporte que deberían aterrizar unos minutos después del ataque. Por descontado, tenía que avisar anticipadamente por radio al general Student de la hora H, a fin de que los aviones pudieran despegar de un aeródromo romano en el momento propicio. Entonces yo subiría con el Duce al primer aparato, mientras que los otros dos nos escoltarían, y aun, en caso de necesidad, servirían para atraer hacia ellos a unos eventuales perseguidores.

El plan B preveía el aterrizaje de una «cigüeña» en una de las praderas próximas a la estación inferior del teleférico, en el valle. En fin, como tercera y última posibilidad, habíamos convenido que el capitán Gerlach,

piloto personal del general Student, trataría, también con una «cigüeña», de aterrizar directamente en la meseta.

Inmediatamente hice transmitir a Roma, por la emisora que habían traído los paracaidistas llegados por carretera, la noticia del éxito de nuestro golpe de mano. Después tracé el horario preciso para la realización del plan A. Pero cuando quise comunicar a Roma la hora H, en la cual atacaríamos el aeródromo de Aquila, no me fue posible —sólo Dios sabe por qué— establecer comunicación. Así que el plan A se iba a pique.

Gracias a mis prismáticos, había podido observar el aterrizaje de la primera «cigüeña» en el valle. En seguida di al piloto, por el teléfono del teleférico, la orden de prepararse para partir de nuevo. Pero me respondió que acababa de estropeársele el tren de aterrizaje y que no podría despegar sin una importante reparación. Así, pues, no me quedaba más que el plan C para llevar al Duce a Roma, y era el más arriesgado de todos.

Sin embargo, los carabineros, que, entretanto, habían sido desarmados, se mostraron extremadamente deseosos de ayudarnos. Algunos de ellos se unieron espontáneamente al destacamento que habíamos enviado para traer los cuerpos de los ocupantes del planeador siniestrado. Con los prismáticos pudimos observar que algunos de los hombres lanzados contra los desmontes, rebullían aún; confiábamos en que la brutal caída del aparato no hubiese sido fatal para todos. Los demás italianos nos ayudaban a descombrar una pequeña faja de terreno. A toda prisa quitamos los bloques de roca que obstruían un rincón casi llano, mientras que sobre nuestras cabezas el capitán Gerlach describía ya grandes círculos con su «cigüeña», esperando la señal de aterrizar.

Por fin todo quedó listo y Gerlach pudo posarse, con notable destreza, sobre la «pista» que habíamos preparado junto al hotel. No le gustó nada saber que yo iba a volar con él, pero cuando le dije que seríamos tres —el Duce, él y yo— se negó abiertamente, calificando mi proyecto de «completamente irrealizable».

Le cogí aparte y le expuse brevemente, pero con todo el poder de convicción de que era capaz, las razones que tenía para insistir en mi plan. Había pesado largamente el pro y el contra de aquella tentativa, dándome perfecta cuenta de la grave responsabilidad en que incurría al imponer a tan

pequeño avión la sobrecarga de mi persona (sobrecarga considerable, porque yo mido un metro noventa y cinco, con la correspondiente corpulencia). Pero ¿cómo iba a aceptar la responsabilidad, aun más grave, de dejar que Gerlach volara solo con el Duce? Porque si el despegue había de terminar en catástrofe, no me quedaría, más que la solución suprema de pegarme un tiro en la cabeza. Jamás podría presentarme ante Hitler para comunicarle que la operación había resultado bien, pero que Mussolini había encontrado la muerte después de su liberación. Y como carecía de otra posibilidad de transportar al Duce con toda seguridad hasta Roma, opté por compartir los peligros del vuelo, aunque mi presencia a bordo del avión no hacía otra cosa que aumentarlos. Así nos pondríamos los tres en manos del destino; yo me salvaría o perecería con mis dos compañeros.

A la postre, después de muchas vacilaciones, Gerlach cedió ante mis argumentos. Respiré y di mis órdenes a Radl. Ellos no se llevarían como prisioneros de guerra más que al general capturado y al que me había acompañado; los otros cuatro oficiales y los soldados se quedarían, desarmados, en el hotel. Como el Duce me había dicho que lo habían tratado muy bien, no tuve inconveniente en mostrarme generoso. Para impedir un eventual sabotaje contra el teleférico, ordené que dos oficiales italianos fuesen en cada viaje. Cuando todos nuestros hombres hubiesen llegado al valle, destruirían las máquinas del teleférico de tal modo que no pudieran arreglarlo en algún tiempo.

En tanto que nuestros soldados preparaban una pista de vuelo bajo la dirección del capitán Gerlach, pude por fin consagrarme al Duce. A decir verdad, el hombre que tenía delante de mí, vestido de un traje de paisano demasiado amplio y nada elegante, no recordaba apenas las numerosas fotografías que había visto y en las cuales aparecía siempre de uniforme. Únicamente sus rasgos no habían cambiado, si bien el rostro revelaba un marcado envejecimiento. A primera vista, parecía minado por una grave enfermedad; aumentaba esta impresión la barba de varios días y, sobre todo, los cortos cabellos que cubrían su cráneo, en otro tiempo afeitado. En cambio, los ojos negros y ardientes seguían siendo los del gran dictador. Tuve la impresión de que su mirada se clavaba literalmente en la mía mientras me contaba con volubilidad los detalles de su detención.

Me sentí feliz al poder darle una buena noticia:

—Nunca hemos dejado de ocuparnos de la suerte de su familia, Duce. El Gobierno Badoglio ha internado a su esposa y a sus dos hijos menores en su posesión de la Rocca della Carminata. Hace ya varias semanas que hemos entablado contacto con Donna Rachele. En el mismo momento en que aterrizábamos aquí, otro comando, de hombres de mi unidad, iba a realizar una operación para liberar a su familia. Estoy seguro de que a estas horas ya está hecho.

Visiblemente emocionado, el Duce me estrechó la mano.

—Entonces todo va bien. Se lo agradezco de todo corazón.

Abandonamos el hotel. La «cigüeña» estaba lista para salir. A duras penas me colé en el reducido espacio que había detrás del segundo asiento, en el cual debía de instalarse el Duce. En el momento de entrar, mostró una breve vacilación; como era un experto aviador se daba perfecta cuenta de los peligros que íbamos a correr. Vagamente molesto, murmuré poco más o menos: «El Führer ha dicho, expresamente…» Luego el estruendo del motor me dispensó de buscar otras excusas. Agarrándome con las dos manos a los tubos de acero que formaban la armazón del aparato, traté de imprimir a nuestro pájaro un cierto balanceo, a fin de darle ligereza. A una señal del piloto, los soldados que sujetaban el avión por las alas y la cola, lo soltaron, y la hélice nos hizo avanzar. Rodamos cada vez más rápidamente hacia el extremo de nuestra «pista», pero sin separarnos del suelo. Me balanceé frenéticamente, con todas mis fuerzas. El aparato cabeceó sobre unos pedruscos que no habíamos podido quitar. Y entonces advertí, por el vidrio delantero, una profunda depresión que cortaba oblicuamente nuestro camino. Aun tuve tiempo de pensar: «¡Señor, si cayésemos ahí dentro!» Luego la «cigüeña» se alzó sobre el suelo sólo algunos centímetros, pero era suficiente. La rueda izquierda del tren de aterrizaje chocó otra vez, brutalmente, contra el suelo, el avión picó ligeramente de proa, y henos al borde de la meseta. Inclinándose hacia la izquierda, el avión se columpió en el vacio. Cerré los ojos —ya eran vanos todos mis esfuerzos—, contuve la respiración, aguardé la rotura, el crujido inevitable…

El zumbido del viento en las alas se acentuó hasta convertirse en un verdadero aullido. Al abrir de nuevo los ojos —todo ello no pudo durar más

que unos segundos— Gerlach acabó de hacerse con el avión y lo dirigió lentamente hacia el horizonte. Ya llevábamos una velocidad suficiente, aun para aquella presión atmosférica, que nos permitía sostenernos en el aire. A treinta metros apenas sobre el suelo del valle, la «cigüeña» enfiló y alcanzó, a ras de tierra, los límites tras los cuales comienza la depresión de Arrezano. Esta vez ya estaba; verdaderamente, nos habíamos salvado.

Los tres estábamos un poco pálidos, pero ninguno hizo la menor alusión a aquellos instantes de angustia. Con un ademán familiar, sin cuidarme del protocolo tradicional, puse mi mano sobre el hombro del Duce, que ahora estaba realmente salvado. Mussolini había recobrado su verbosidad de meridional y evocó recuerdos relativos a las localidades sobre las cuales volábamos a unos cien metros de altura, en previsión de un eventual tropiezo con la aviación aliada. El Duce hablaba fluidamente en alemán, casi sin faltas —cosa en que no me había fijado, con la tensión nerviosa de los primeros momentos—. Rodeamos prudentemente los últimos contrafuertes de la montaña y volamos hacia Roma, dirigiéndonos al aeropuerto de Pratica di Mare.

—¡Cuidado! —nos chilló Gerlach—. ¡Agárrense! Aterrizaje en dos tiempos.

En efecto, ya me había olvidado de que nuestro tren de aterrizaje estaba averiado. Muy suavemente tomó el avión contacto con el suelo, dando unos golpecitos; lo equilibró el piloto sobre la rueda derecha y el alerón de atrás; nos deslizamos; el aparato se detuvo. Todo marchó a maravilla; habíamos tenido mucha suerte desde el principio al fin de la aventura.

El ayudante del general Student nos recibió irradiando júbilo. Tres aviones «Henkel 111» estaban preparados para salir. Apenas teníamos tiempo que perder si queríamos alcanzar Venecia antes de la caída de la noche.

XIII
EL ENIGMA DE VICHY

PASO por alto los discursos de bienvenida, las condecoraciones alemanas *así* como italianas que me deparó el golpe de mano, la sincera gratitud del Duce y las calurosas felicitaciones que Adolfo Hitler tuvo a bien dirigirme personalmente, en su Gran Cuartel General, en presencia de los más altos dignatarios del Reich. Después de un breve permiso para descansar, volví a mi base de Friedenthal dispuesto a consagrarme de nuevo a la organización de mi «unidad especial». Pero no iba a poder trabajar en paz más que cinco semanas. Hacia fines del mes de noviembre de 1943 recibí de golpe y porrazo una orden del Cuartel General del Führer según la cual debía ponerme inmediatamente en camino para París, con una compañía, y presentarme, al llegar, al general Oberg, jefe de las S. S. y de la policía alemana en Francia, que me daría instrucciones detalladas.

No me gustan estas órdenes breves e imprecisas; una dilatada experiencia me había enseñado que a menudo encubren una misión delicada y desagradable. Pero un soldado no tiene más remedio que obedecer. Así, pues, me metí en el primer tren mientras que la compañía designada se aprestaba a partir al día siguiente.

En el fondo, no me disgustaba volver a ver París, que ya había visitado —demasiado superficialmente, para mi gusto— en 1940 y 1942. La belleza y el encanto de la capital francesa me habían impresionado tanto, desde mi primera estancia, que yo había proclamado en público mi admiración por «la ciudad más bella de Europa», añadiendo que, en mi opinión, el segundo puesto le correspondía a Viena y el tercero a Budapest. Gasificación que

tuvo siempre la virtud de enfurecer a los prusianos, sobre todo cuando, como buen austríaco, precisaba que, para mí, Berlín no era más que un inmenso amontonamiento de piedras de todas clases. A menudo me había reído de verlos saltar ante este ultraje, bien inocente.

Después de cumplir la orden, fijada en todos los rincones de la estación del Norte, de presentarme «inmediatamente» en la Kommandantur de la plaza de la Ópera, me fui al Hotel Continental, sito en la calle de Rivoli. Al cabo de muchas exploraciones por la enorme colmena (los centenares de habitaciones se habían transformado en oficinas y hervían materialmente de oficiales de Estado Mayor) logré dar con «mi» hombre, un coronel, también de uniforme de Estado Mayor, con grandes franjas rojas a lo largo del pantalón. Me esperaba ya para anunciarme que había recibido instrucciones de poner a mi disposición «tropas»; en qué cantidad y para qué fines, no lo sabía. Llamó a uno de los inmediatos colaboradores del comandante militar del «Gran París», pero tampoco éste podía decirme mucho más. Sólo sabía que se trataba de las relaciones, ya tan turbias, entre el Gobierno de Vichy y el nuestro. Allí mismo se puso a darme una verdadera conferencia sobre la situación de Francia, tal como él la veía. Como durante las semanas anteriores apenas había yo tenido tiempo de leer los periódicos, no comprendí gran cosa de todo aquello: aparte de los nombres del mariscal Pétain, del almirante Darlan y de los generales De Gaulle y Giraud, ignoraba absolutamente todos los recovecos de la política francesa.

Después de la explicación de los dos oficiales, la situación aparecía así, poco más o menos: el círculo del mariscal Pétain y, en general, los medios gubernamentales de Vichy se mostraban irritados, especialmente por el hecho de que las negociaciones franco-alemanas no habían variado desde el estado en que se hallaban cuando el tratado de armisticio de 1940. Al cabo de tres años no se había dado ni un solo paso hacia la conclusión de un tratado de paz, a pesar de que se les había prometido tiempo atrás y de que su firma hubiera reforzado necesariamente la posición bastante endeble del Gobierno francés. En cuanto al mariscal Pétain, mis colaboradores lo consideraban como un ardiente patriota, tal vez algo testarudo, que se esforzaba —deseo muy legítimo en nuestra opinión— en «salvar los restos», al menos en la medida de lo posible. Desgraciadamente, Alemania,

con una desconfianza que nos parecía igualmente legítima, dudaba aún de hacer concesiones demasiado grandes al patriotismo francés.

En efecto, estaba casi demostrado que Vichy y la «Francia Libre» sostenían y habían sostenido siempre relaciones más estrechas de lo que pudiera creerse. Ello me parecía muy plausible. Por entonces, el África del Norte, como asimismo, prácticamente, todo el Imperio francés, estaba ocupada por los aliados, o sea en poder de la «Francia Libre». Además, el efecto moral de los éxitos iniciales de las potencias del Eje comenzaba a atenuarse de modo singular. Desde comienzos del año 1943 los acontecimientos habían tomado un rumbo manifiestamente desfavorable para Alemania; se había producido un cambio del cual nosotros mismos no nos dábamos quizá buena cuenta, en tanto que en el campo adversario existían sobre ello indicaciones precisas.

El mando alemán acababa de recibir informes confidenciales procedentes de lo que corrientemente se llama «fuentes seguras y dignas de confianza», según las cuales había que esperar un golpe teatral; los lazos que existían entre Vichy y la «Francia Libre» se habían estrechado tanto, al parecer, que el Gobierno Pétain pensaba refugiarse en África del Norte. Otros informes, provenientes de fuentes igualmente «seguras», atribuían al círculo del general De Gaulle la intención de apoderarse, mediante un golpe de mano, del viejo mariscal y de sus ministros. El Mando alemán en Francia se había apresurado a comunicar estas dos hipótesis contradictorias, pero igualmente alarmantes, al Cuartel General del Führer.

En cuanto al papel que yo tenía que desempeñar, no sabían nada; sin duda el Gran Cuartel General enviaría pronto órdenes precisas. Por el momento, yo debía presentarme sin demora al general Oberg.

Me despedí de ellos, subí a pie los Campos Elíseos y llegué a una calle, cerca de la Avenida Foch, donde estaban instaladas las oficinas del general de las S. S. Fui recibido por un oficial de policía que no estaba más al corriente de la misión que me iban a confiar, que los señores del Hotel Continental. También él se creyó obligado a exponerme la situación en Francia; pronunció una verdadera conferencia semejante en todas sus partes a la que ya acababa de escuchar, con la única diferencia de que, por ser menos concisa, menos compendiada, duró media hora más.

Al solicitar modestamente órdenes del general Oberg, me respondió que se contaba con recibir instrucciones en el curso de las veinticuatro horas siguientes. Me aconsejó que estuviese preparado —yo me preguntaba para qué— y sobre todo que volviese a pasar por allí dos veces al día. Mi compañía, que debía llegar al día siguiente, sería alojada en un cuartel próximo a Seint-Germain-en-Laye.

A la mañana siguiente, volví, pero fue en vano; aun no había llegado ninguna orden para mí del Gran Cuartel General. Por la tarde fui a buscar a mis hombres a la estación del Norte, después de haber luchado con no sé cuántas oficinas y servicios para obtener los seis camiones que se necesitaban para el transporte de los soldados y de sus equipajes. A las curiosas preguntas de mis oficiales, solamente pude contestar que todavía tendríamos que aguardar.

Al anochecer, en mi segunda visita a los servicios del general Oberg, me pidieron que volviese después de las doce de la noche, porque se esperaba recibir en ese momento las órdenes del Gran Cuartel General. Sabiendo que al Führer le gustaba trabajar de noche, no me asombré nada. Y, en efecto, hacia las dos de la madrugada, el teletipo nos transmitió las esperadas instrucciones:

«Hay que rodear, del modo más discreto posible, la ciudad de Vichy con un cordón de tropas alemanas. Los destacamentos serán apostados de tal manera que, a la primera señal, puedan cercar inmediatamente la ciudad e impedir cualquier fuga, sea a pie, sea en coche. Además habrá que tener en reserva un grupo de combate lo bastante fuerte para hacer el cerco, a la segunda señal, y, en caso necesario, ocupar la sede propiamente dicha del Gobierno francés. Las tropas que tomen parte en esta operación serán puestas a las órdenes del comandante Skorzeny. El general en jefe del Ejército alemán en Francia y el jefe de la policía de seguridad pondrán a su disposición, cada uno dentro de sus atribuciones, todos los medios de acción que estime necesarios. Una vez que las tropas se sitúen, el comandante Skorzeny informará al Gran Cuartel General por telautógrafo».

Von Foelkersam, que me acompañaba, me dirigió una elocuente mirada. Una vez más íbamos a pasar toda la noche trabajando. Prevenido, como siempre, se había procurado ya un mapa de Estado Mayor de la región de

Vichy. Acordándome de nuestro rápido avance en el curso de la campaña de Francia y de las dificultades que habíamos tenido entonces, pedí a un oficial que me facilitase un mapa Michelin, cuya exactitud había aprendido a apreciar. A continuación, elaboramos a grandes rasgos nuestro plan. Dada la extensión de la comarca que teníamos que aislar estimamos que nos harían falta dos batallones, a los cuales habría que añadir un tercero destinado a servir de unidad de reserva. Como teníamos que proceder con la mayor discreción posible, decidimos emplear, para formar el cordón, fuerzas de policía, cuya llegada parecería menos insólita… Por el contrario, para la eventual acción contra los edificios gubernamentales, necesitaríamos evidentemente, además de mi compañía, tropas aguerridas que la Wehrmarcht debería poner a nuestra disposición.

El jefe del Estado Mayor del general Oberg se comprometió a trasladar a Vichy dos batallones de policía en el espacio de cuarenta y ocho horas. Me declaré satisfecho, pero ¡al día siguiente supe que ambos batallones serían mandados por un general de policía! En virtud de las clarísimas instrucciones del Gran Cuartel General, aquel general tendría que ponerse, a su vez, a mis órdenes, ¡las órdenes de un vulgar comandante de la reserva! Temí infinitas complicaciones; felizmente, mis temores eran infundados; desde su llegada a Vichy, el general se instaló en una fonda de los alrededores y, seducido por la calidad verdaderamente excepcional de la cocina, no se preocupó para nada de sus tropas; una vez más las delicias de Capua triunfaban sobre las preocupaciones militares.

Pero eso era anticipar las cosas. En realidad, aun no estábamos allá, sino mucho más lejos de lo que me figuraba. Desde el día siguiente luché por conseguir del general en jefe de la Werhrmacht el «préstamo» de una tropa selecta. Y eso no era todo. Los veteranos destinados a la defensa del territorio nacional que me ofrecieron de inmediato, no me interesaban; el batallón de reclutas que me propusieron a continuación sobraba en este asunto. Puesto que, en caso de necesidad, me vería forzado a lanzarme a la acción, tras unos preparativos atropellados, y con tropas que no conocía, quería poder contar, al menos, con la acometividad y experiencia de mis soldados. Al cabo de laboriosas negociaciones con varios oficiales de Estado Mayor, obtuve el siguiente resultado: en sustitución del batallón

pedido no me darían más que dos compañías, pero serían unidades blindadas de la nueva división de las Waffen S. S. «Hohenstaufen». Por casualidad, trabé conocimiento el mismo día con el comandante de esta división. Cuando se convenció de la excepcional importancia de nuestra misión, me prometió enviarme hombres escogidos uno a uno, así como sus dos mejores capitanes. Debo decir que cumplió su palabra. Unos días después de la llegada de las tropas al pequeño aeródromo, al norte de Vichy, que designé como lugar de acantonamiento de la unidad de reserva, me convencí de que con hombres de aquel temple podría intentar nuestro golpe de mano con toda tranquilidad.

Dejando asimismo dispuestos otros detalles referentes al transporte de mis hombres, partí al día siguiente con von Foelkersam para Vichy. Como los dos habíamos tomado la precaución de ir vestidos de paisano podríamos instalarnos en la ciudad sin llamar la atención, con objeto de estudiar, de visu, la topografía de aquellos lugares.

Al día siguiente, «visitamos» la ciudad, acompañados de nuestro huésped, un oficial de la policía de seguridad, también de paisano. Por supuesto, nos interesamos, sobre todo, por las calles y edificios del barrio gubernamental. La sede del Gobierno estaba instalada en el centro de la ciudad, en uno de los mayores hoteles, que estaba unido a otro grupo de edificaciones por un pasaje cubierto a la altura del primer piso. Tal pasaje desempeñaba en mi plan un papel bastante importante. Una de las fachadas de aquella manzana de casas daba al parque del balneario y otra a una gran plaza.

Estas vastas extensiones, facilitarían, desde luego, la llegada y el despliegue rápidos de nuestras fuerzas. Sin embargo, observamos en la plaza construcciones recientes bastante pequeñas que, según nos dijeron, estaban ocupadas por destacamentos de la guardia de seguridad francesa, que dependía directamente del Gobierno. Los soldados franceses que vimos por aquí y por allá parecían disciplinados, bien equipados y, sobre todo, muy bien encuadrados. Deberíamos, pues, esperar por ese lado una viva resistencia, a menos que la sorpresa fuera tan absoluta que ninguno de los oficiales tuviera tiempo de dar una orden.

Cuando volvíamos lentamente a nuestro hospedaje, me puse de repente taciturno y desabrido. Es que acababa de hacer una observación humillante: yo era sencillamente idiota, de una idiotez inconmensurable. Porque, al fin y al cabo, nos habíamos conducido aquella mañana como unos imbéciles y no como oficiales del servicio secreto alemán y menos aún como jefes de un comando que operaba en territorio enemigo. ¿Cómo habíamos podido salir en compañía de aquel oficial de policía, que debía ser allí más conocido que la ruda? Y eso, sin hablar de la posibilidad de que, a raíz de la liberación de Mussolini, hubiese publicado la prensa local una fotografía de mi cara llena de cicatrices. No podía estar satisfecho de mí mismo; una vez más veía que aún tenía mucho que aprender.

Por la tarde tomé contacto con varios funcionarios y oficiales de los servicios alemanes en Vichy para ver de hacerme una idea siquiera aproximada de la situación. Un joven agregado de embajada —Abetz estaba ausente por entonces— me expuso las dos tesis que se enfrentaban en el seno de nuestro ministerio de Asuntos Exteriores. Según unos, los franceses no intentarían absolutamente nada y no había ninguna razón para que interviniéramos. Según otros, deberíamos trasladar la sede del Gobierno Pétain, de grado o por fuerza, a la región parisina. Así el viejo mariscal quedaría por de pronto al abrigo de una acción degaullista e inmediatamente aumentaría la influencia alemana, lo que produciría una indudable mejora de las relaciones francoalemanas. Este segundo grupo, según parece, estaba preparando un palacio en un lugar al norte de París, donde había de alojarse el mariscal.

El segundo de mis interlocutores, oficial del «Servicio secreto del Ejército», o sea un subordinado del almirante Canaris, tuvo a bien someterme todas las informaciones de que disponía. Era una heterogénea colección de chismorreos, de indiscreciones, de informes de segunda mano, procedentes, sobre todo, de África del Norte, y de suposiciones fantásticas. Tal información había sido suministrada involuntariamente, en el curso de una conversación en un bar, por un insignificante secretario de un ministerio francés; tal otra provenía de la amiga de un oficial de marina del círculo del almirante Darían, una «buena muchacha» que concedía sus favores indistintamente a todos los chicos guapos cuyo prestigio aumentaba

con un uniforme relumbrante. El conjunto daba una imagen completamente confusa, de la cual yo me preguntaba cómo el almirante Canaris podría extraer deducciones acertadas.

El jefe de nuestra policía de seguridad apenas estaba mejor informado. Sólo pudo decirme que la situación estaba «lejos de ser clara», lo que no me enseñaba nada nuevo. También él me mostró una cantidad impresionante de informes contradictorios. En todo caso, él no se fiaba de las declaraciones de los agentes degaullistas detenidos. Ya le habían anunciado por dos veces una acción inminente de los «Franceses Libres» contra el Gobierno de Vichy y no había pasado nada. Era partidario de un rápido traslado del Gobierno francés a la zona ocupada. Comprendí que, en el fondo, esta solución ofrecía, sobre todo, la ventaja de poner fin a las emociones y a los barullos que allí le abrumaban continuamente. En suma, aquel hombre no tenía más que un deseo: que le dejasen en paz.

Por último, me presenté a un coronel de la Luftwaffe, miembro de nuestra comisión de armisticio. De golpe y porrazo me confesó que no sabía nada, y que se resistía a dar crédito a ninguno de los innumerables rumores que envenenaban la atmósfera de la ciudad.

—Lo mejor sería concluir sin tardanza el tratado de paz con Francia y, si fuera posible, al mismo tiempo con Inglaterra. Sería la mejor manera de resolver a la vez todos los problemas —afirmó visiblemente satisfecho de haber encontrado una solución tan sencilla y radical.

Desgraciadamente, esta sugerencia me servía para muy poco. Durante el camino de regreso, no pude evitar un sordo malestar al pensar en la tremenda mezcolanza que debía formar, en el expediente abierto en el Gran Cuartel General, los informes de nuestros representantes. ¿Cómo podrían llegar el Führer y sus consejeros a una conclusión exacta, o por lo menos a una justa apreciación de la realidad? Basándose en tales informes, por no decir rumores, el Gran Cuartel General iba a darme la orden de desencadenar la operación proyectada; y si dicha decisión era tomada bajo la fe de informaciones erróneas e intencionadamente falsas, se derivaría de ella un embrollo terrible en las relaciones presentes y futuras de Francia y Alemania.

Me consolé diciéndome que mi aventura, por decepcionante que fuera, no sería completamente inútil; al vagar por la ciudad había podido comprobar que, en apariencia, se conservaba allí la costumbre meridional de la siesta. Hacia las dos de la tarde, las calles estaban completamente desiertas. Decidí, pues, elegir como hora H, si me daban ocasión para ello las órdenes que esperaba, aquel momento especialmente tranquilo de la jornada. Así me sería posible llegar con mi batallón de choque al centro de la ciudad sin llamar la atención general. Desde el aeródromo hasta la zona gubernamental, habría alrededor de cinco kilómetros, lo que equivalía a un trayecto de siete minutos en los autos-orugas. Lógicamente, deberíamos tener en cuenta en nuestro plan el hecho de que los observadores de Vichy y tal vez incluso los agentes degaullistas estarían al acecho de todo lo que ocurría en las barracas que servían de acantonamiento a mis hombres. Contra esta vigilancia no había más que dos medios: tratar de desorientar al adversario mediante adecuadas maniobras, y actuar, llegado el momento, con una rapidez fulminante.

Con la colaboración con von Foelkersam estudié minuciosamente todos los detalles de nuestro dispositivo de alarma, sobre todo en lo que concernía a mi «grupo de choque». Preveíamos para la alarma final dos fases sucesivas y dispusimos ejercicios cotidianos —marchas de día y de noche, a pie y en autos-orugas. Por el contrario, nos guardamos mucho de realizar estos ejercicios hacia el mediodía para no poner la mosca en la oreja a los observadores enemigos. De todas formas sabíamos que a aquella hora nuestros hombres estaban junto al material rodante, de suerte que siempre los teníamos a mano.

Las planas mayores de los dos batallones de policía se habían instalado, la una en Cognat, al oeste de Vichy, la otra en Bost, al este de la ciudad. Durante casi toda la jornada recorrí la comarca a fin de controlar el funcionamiento de las patrullas. Aislar la ciudad no iba a ser tarea fáciL Del centro de Vichy salían nada menos que quince carreteras que irradiaban en todas direcciones. Estas vías de gran circulación estaban unidas entre sí por una red tupida y difícil de vigilar de carreteras secundarias. Nosotros teníamos que prever incluso el corte de los caminos de interés comunal y los caminos vecinales.

De las ocho compañías que componían los dos batallones de policía, dos permanecían continuamente en reserva. Llegado el momento, se encargarían de ocupar inmediatamente los principales puntos de salida de la ciudad. Las demás compañías formarían alrededor de Vichy un cordón tan estrecho como fuera posible, y avanzarían hasta unos seis kilómetros de la ciudad. Así, gracias al doble cerco, pensábamos impedir que todo bicho viviente desprovisto de alas saliese o entrase en Vichy.

Mi plan de acción para la operación propiamente dicha era el siguiente: en cuanto el Gran Cuartel General nos transmitiera la señal convenida —disimulada bastante extrañamente bajo la frase «el lobo aúlla»— sería llamado a las armas en primer lugar el batallón de choque. Merced a sus continuos ejercicios, los hombres no emplearían ni diez minutos en estar listos, equipados de pies a cabeza, y subidos a sus vehículos. Esperaba que las circunstancias me permitieran dar la orden de partida a las dos menos cuarto. Suponía que no habría obstáculo, y menos aún una resistencia armada, durante el trayecto que mediaba hasta la sede del Gobierno francés, de suerte que el recorrido duraría alrededor de ocho o diez minutos. Así el destacamento que iba en cabeza, la primera compañía de mi batallón de cazadores de Friedenthal, alcanzaría el teatro de operaciones unos minutos antes de las dos de la tarde.

Un pelotón de la compañía que iba en cabeza se separaría del grueso de las tropas para ocupar un puentecito tendido sobre un brazo del Allier, y de tener franca, costase lo que costase, nuestra vía de retirada hacia el aeródromo. Los dos batallones blindados ocuparían la plaza que estaba ante el edificio del Gobierno, el parque y las calles vecinas; se sostendrían allí aun en caso de ataque, y cubrirían con su fuego a la compañía de cazadores que, bajo mi mando, se lanzaría al asalto de los dos inmuebles. Como yo me acordaba aún del éxito de nuestro ataque sorpresa ejecutado sin la menor efusión de sangre, cuando la liberación de Mussolini, ordené que a toda costa dejásemos en manos del enemigo la iniciativa del primer disparo de fusil. La consigna: «¡Fuego a discreción!» no podría ser dada más que por mí mismo, el capitán von Foelkersam o el jefe de compañía de mayor graduación de las tropas blindadas.

Dos grupos de combate de mi compañía intentarían tomar, si era posible evitando el hacer uso de las armas, las entradas principales del edificio del Gobierno, y ocupar las escaleras y rellanos hasta el primer piso. En lo que a mí tocaba, intentaría entrar, a la cabeza de un tercer grupo, en el edificio contiguo y ganar, por el pasaje cubierto, el corredor adonde daban las oficinas del Gobierno.

Para todo lo demás, tendría que atenerme a las órdenes más concretas del Gran Cuartel General. Ignoraba aún si se trataba de evitar un golpe de mano de la «Francia Libre», de eliminar a los ministros sospechosos de simpatías degaullistas, o de transportar al Gobierno francés entero a la zona ocupada.

Pasaron los días sin traernos otra cosa que órdenes de estar «muy alerta», anuladas por lo regular unas horas más tarde. A mediados de diciembre me despertaron poco después de medianoche para citarme con urgencia a París. Allí, en la Kommandantur de la Wehrmacht, en la calle de Rivoli, me esperaba un funcionario de los servicios secretos del Ejército que pidió para mí una comunicación telefónica con el Cuartel General del Führer. Suponía, naturalmente, que me darían orden de actuar. Profundo error: un ayudante del Führer me dijo, bastante secamente, que aún no se había tomado ninguna determinación, pero que quizá la hubiera en el curso de la jornada. Hacia las cuatro de la tarde volví a llamar al Gran Cuartel General: nada, tampoco.

Felizmente, hacía tiempo que había aprendido a practicar la principal virtud del soldado: la paciencia. Esperaba que los señores del Gran Cuartel General se dignasen ponerse de acuerdo. Hacia las diez de la noche, la «Brecha de los Lobos» volvió a llamarme. Me abalancé al aparato, seguro de recibir por fin órdenes definitivas. Pero, en lugar de la decisión esperada, me transmitieron simplemente la siguiente consigna:

«El comandante Skorzeny volverá inmediatamente a Vichy. Mantendrá el estado de alerta en sus tropas hasta nueva orden».

Heme otra vez camino de la «capital provisional» de Francia. Corriendo a través del campo nocturno trataba de explicarme la razón de las vacilaciones del Gran Cuartel General. Un presentimiento me decía que el

Führer había debido tomar por lo menos una resolución: la de desistir de nuestra operación.

Durante los siguientes días, recibimos varios mensajes que ordenaban tan pronto el final del estado de alerta como su restablecimiento. Empezamos a acostumbrarnos. Cuando declaré a los oficiales del batallón de choque que, a mi juicio, la operación no se realizaría, una profunda decepción se leyó en todos los semblantes. Se veía que todos aquellos muchachos soñaban con una proeza comparable a la del Gran Sasso.

Y, en efecto, el 20 de diciembre de 1943, recibí la orden de enterrar el asunto y despedir a mis tropas. Naturalmente, ninguno de nosotros tenía más pensamiento que éste: apresurándonos mucho, pero mucho, podríamos llegar a tiempo de pescar un breve permiso de Navidad. Veinticuatro horas más tarde llegué con mi compañía a París y por los pelos tomé el expreso de Berlín.

XIV
ARMAS SECRETAS

Al regresar a Friedenthal, encontré a mis oficiales metidos en las primeras escaramuzas contra la burocracia de la Oficina Central de las Waffen S. S. Las hostilidades se habían roto al iniciarse los expedientes de «Efectivos» y «Armamentos», expedientes obligatorios para todas las unidades, y en los cuales habíamos enumerado minuciosamente nuestras necesidades. Con nuestro romo espíritu de sencillos combatientes, habíamos supuesto que nuestras demandas iban a ser satisfechas. Después de varias semanas de espera y de interminables discusiones durante las cuales teníamos que regatear un hombre, una ametralladora, un vehículo, por fin todo estuvo dispuesto. La Oficina Central nos había advertido que nuestras propuestas habían sido aprobadas. Llenos de esperanza estudiamos la orden definitiva de constitución del 502 Batallón de Cazadores, puesto a las órdenes del «jefe de sección de tropas de Asalto», Otto Skorzeny. Pero al llegar a la última frase nos sorprendió leer: la Oficina Central hace constar, sin embargo, que la futura unidad no podrá contar con suministros de material ni con destinos de personal.

En aquel momento no sabíamos si reír o llorar. Algo más tarde decidimos considerar el asunto desde un punto de vista puramente humorístico, y buscar por todos los medios lo que esa desastrosa orden nos negaba, revolviendo sin avergonzarnos el fondo de todos los arsenales y reclutando hombres en todas las unidades de la Wehrmacht. Así pudimos reunir poco a poco soldados procedentes de todas las armas, infantería, aviación, marina y Waffen S. S., lo que no había de impedirnos formar una unidad perfectamente homogénea.

En febrero de 1944, mi feudo propiamente dicho —las operaciones de comando— se había acrecentado con la adición de lo que el público había bautizado con el nombre un poco irónico de «armas secretas». Por de pronto fui llamado a ocuparme de un aspecto particular de la lucha en el mar. Desde que la Italia del Norte, bajo la dirección del Duce, había vuelto a combatir a nuestro lado, se habían vuelto a estrechar los lazos entre el ejército alemán y el italiano. Gracias a esa estrecha colaboración tuve ocasión de estudiar de cerca la notable labor de una de las mejores unidades italianas: la «10.ª Mas Flottilla», puesta bajo el mando del príncipe Borghese.

Esta unidad había preparado y perfeccionado varias «armas menores» destinadas a operar contra la flota aliada. De los artefactos que me enseñaron me fijé principalmente en una pequeña lancha atiborrada de explosivos, conducida por un solo hombre que, al llegar junto al objetivo, era despedido y lanzado al agua. Los italianos empleaban, también con los mismos fines, un torpedo de modelo especial sobre el cual iban dos buzos que podían así conducir el enorme proyectil hasta el buque enemigo. Con estas armas y gracias a su combatividad, los comandos italianos habían logrado realizar operaciones sensacionales contra los navíos aliados: la primera vez, en el puerto de Alejandría; la segunda, en la dársena principal de Gibraltar. Por otra parte, la «10.ª Mas Flottilla» tenía una sección de hombres-ranas, nadadores extraordinarios que se acercaban buceando a los barcos enemigos y colocaban junto al casco cargas de explosivos; llevaban en los pies aletas natatorias de goma que les permitían alcanzar, tanto en la superficie como bajo el agua, velocidades considerables con un esfuerzo mínimo. Provisto de esos flotadores, un capitán alemán había logrado ya echar a pique buques mercantes aliados que sumaban más de cincuenta mil toneladas.

Un día recibí orden de ponerme en contacto con el vicealmirante Heye, que mandaba las «unidades especiales» recientemente creadas en la Marina Alemana. Por deseo expreso de Himmler los hombres más destacados de mi batallón tomarían parte en la instrucción de estos «comandos marítimos».

Las ideas fundamentales que me expuso el vicealmirante me impresionaron profundamente. Excepción hecha de los submarinos, los

dragaminas y las lanchas rápidas, la Marina alemana no estaba ya en situación de hacer una demostración de fuerza ni de combatir en línea a las flotas aliadas. Se encontraba, pues, reducida a la pasividad, por no decir a la impotencia. Ahora bien, eran muchos los marineros cuyo ardor y combatividad reclamaban nuevas actividades. Deseosos de utilizar estas preciosas energías, el vicealmirante Heye y sus colaboradores habían trabajado denodadamente para poner nuevas «armas secretas» particularmente eficaces a disposición de aquellos hombres. Como es natural, aprovechaban las experiencias obtenidas en aquel campo por los italianos. Antes que nada debíamos probar a servirnos de lo que ya existía. Todos sabíamos que ya no podíamos permitirnos ninguna pérdida de tiempo. La guerra tocaba a su fin. Los ingenieros navales tuvieron la idea de utilizar los torpedos corrientes: les quitaron la carga explosiva, las pusieron en la parte delantera una cúpula de vidrio, los dotaron de un sistema de dirección y les colocaron debajo un segundo torpedo que iba normalmente cargado. De este modo el «torpedo humano» podía entrar en acción con un alcance de unas diez millas marinas.

Ciertamente nos dábamos cuenta de hasta qué punto los «negros», como llamábamos en clave a estos artefactos, eran primitivos e imperfectos. Sin embargo, pronto comprobamos que teníamos razón al contar con el factor sorpresa. La primera prueba de nuestra nueva arma nos proporcionó un éxito completo. Al amanecer de un hermoso día de verano, veinte hombres de las «unidades especiales de la Marina» echaron al agua sus «negros», al norte de la cabeza de puente aliada de Anzio. En unos minutos llegaron, sin ser vistos, ante la inmensa concentración de buques de guerra y de transporte que les habían designado como objetivo. De un golpe soltaron la palanca, y lanzaron los torpedos inferiores. Minutos más tarde unas detonaciones sordas sonaron en los barcos enemigos: un acorazado gravemente averiado, un torpedero hundido, buques mercantes que representaban treinta mil toneladas hundidos o averiados; tal fue el balance de aquella acción, emprendida por un puñado de valientes. Siete de nuestros soldados volvieron inmediatamente, trayendo sus «embarcaciones», otros seis alcanzaron la costa en el interior de la cabeza de puente aliada, atravesaron durante la noche las líneas enemigas y volvieron a nuestras

posiciones. Los siete restantes encontraron la muerte en las olas. Más adelante, otras operaciones nos permitieron apuntarnos nuevos éxitos, aunque de menor importancia, en el Mediterráneo y también en el Canal de la Mancha. El enemigo llegó a conocer las cúpulas de vidrio de los «torpedos montados» y sabía que su aparición significaba un peligro mortal. En cuanto sus vigías divisaban una, todos los barcos abrían fuego con sus armas secundarias. Algunas veces tomábamos el pelo a los anglosajones con una pequeña estratagema: al final de la noche —tenía que haber viento favorable y corrientes propicias— echábamos al agua simples cúpulas de vidrio que flotaban en la superficie. A cada uno que aparecía el enemigo lanzaba un fuego graneado sobre aquellos inocentes blancos. Gracias a tal subterfugio, los verdaderos «negros» que venían de una dirección opuesta, podían aproximarse sin despertar la atención de los vigías, y al llegar a prudente distancia soltar sus proyectiles.

También utilizábamos en número creciente «canoas explosivas» —«lentejas» en nuestra jerga— guiadas a distancia según los principios técnicos que habían permitido el empleo del «Goliath», el célebre carrito cargado de explosivos. Un ingenioso dispositivo aumentaba considerablemente la eficacia de las «lentejas»: en el momento en que la canoa alcanzaba el objetivo, su carga era liberada y se hundía bajo la quilla de la embarcación enemiga para estallar a cierta profundidad, abriendo así en los flancos del navío atacado una brecha que casi siempre era fatal Con estas «lentejas» ejecutamos varias operaciones felices en el Mediterráneo y, sobre todo, contra las concentraciones de buques en las cercanías de las playas de desembarco en Normandía. Teníamos varios modelos de submarinos de bolsillo, de los que utilizaron antes que nosotros los japoneses y una sola vez los ingleses cuando los combates de Noruega; de vez en cuando emprendíamos con ellos operaciones, desgraciadamente demasiado costosas. Hasta el final de las hostilidades, los servicios técnicos de la Marina se esforzaron en perfeccionar aquella arma sin llegar a hacerla más eficaz y, sobre todo, menos vulnerable.

Ya al empezar la primavera de 1944 empezábamos todos a preguntarnos dónde y cuándo se produciría el desembarco en Europa occidental. Sabíamos que se verificaría y presentíamos que era inminente. En el mes de

mayo tuve ocasión de examinar fotografías aéreas de los puertos ingleses de la costa sudoeste, y, como todo el mundo, me rompí la cabeza para tratar de adivinar el significado de los rectángulos grisáceos que estaban amarrados en largas hileras a todos los muelles. Sólo más tarde comprenderíamos que aquellos bloques oblongos eran elementos prefabricados de un puerto artificial destinado a las operaciones de desembarco.

En la misma época comenzamos también a preguntarnos si podríamos contribuir, y de qué manera, en las jornadas posteriores al desembarco, a dificultar la llegada de refuerzos enemigos y el emplazamiento del dispositivo aliado. De momento, obtuve del Almirantazgo la comunicación confidencial de los puntos en que, por consideraciones puramente navales, se podía esperar una tentativa de desembarco. En una lista que comprendía diez regiones costeras, la península de Cotentin, con Cherburgo, figuraba en primer término como más probable; anoté las indicaciones precisas sobre todas las playas y playazos aptos para un desembarco. Basándonos en aquella lista elaboramos un “plan especial” adaptado a las particularidades de cada una de las diez regiones. Nos proponíamos, principalmente, trasladar al momento ciertas «unidades especiales de la Marina» a las zonas costeras, con objeto de preparar operaciones contra los centros de transmisión y de mando enemigos. Estudiamos preferentemente las explosiones de cargas enterradas en las avanzadas y que serían voladas a distancia, en el momento propicio, por aparatos de radio de un nuevo modelo que instalaríamos a bordo de nuestros aviones.

Como era lógico, tuvimos que someter nuestros planes a la consideración del Alto Mando del frente del oeste. Después de haber reclamado varias veces la respuesta, que tardaba en llegar, recibimos por fin, de los servicios de París, desquiciados por completo, el mensaje siguiente: «En principio, el plan concebido por los expertos técnicos de las “unidades de comandos” del comandante Skorzeny, parece basado en una justa apreciación de las circunstancias, y perfectamente realizado. Pero —como siempre, había un pero— nos parece imposible proceder a los preparativos necesarios sin llamar la atención de las tropas alemanas estacionadas a lo largo de la costa. Toda medida de semejante género corre el riesgo de quebrantar la confianza de nuestras tropas en la absoluta

invulnerabilidad del Muro del Atlántico. Por esta razón nos vemos obligados a rechazar la totalidad del mencionado proyecto». Firmado, ilegible (como de costumbre). Sin comentarios…

Por supuesto, habíamos intentado asimismo crear armas nuevas en el ámbito aéreo, reservado, en principio, a la Luftwaffe. Desde hacía algún tiempo, la 200.ª escuadrilla de combate se dedicaban a toda clase de experiencias. Determinados aviadores estudiaban hasta «operaciones suicidio», es decir, que se ofrecían como voluntarios para estrellarse con un aparato completamente lleno de bombas y explosivos contra un objetivo determinado, principalmente barcos de guerra. Pero el Führer rechazó, según parece, esta idea en virtud de consideraciones filosóficas; en efecto, estimaba que un sacrificio tal no respondía ni al carácter de la raza blanca ni a la mentalidad alemana. Por consejo suyo, no debíamos imitar a los «voluntarios de la muerte» japoneses.

Pocas semanas antes del desembarco aliado tuve ocasión de trabar conocimiento con la aviadora Hanna Reitsch, y nuestra primera conversación me abrió inmediatamente perspectivas nuevas. Con una calma impresionante en una mujer tan frágil, me declaró sin ambages que un verdadero patriota no debía encarecer el precio de su propia vida cuando la salvación de la patria estaba en juego. A continuación, me explicó su pensamiento íntimo: quizá se precipitasen los acontecimientos tan trágicamente que nos viéramos obligados a hacer un llamamiento a los «voluntarios de la muerte». Pero en tales circunstancias, sería nuestro deber buscar un medio que proporcionase al piloto siquiera una posibilidad de conservar el pellejo. En este punto, Hanna Reitsch tenía razón, ciertamente: pude comprobar bien pronto que el entusiasmo y la combatividad de mis voluntarios se habían decuplicado desde que se les ofreció una oportunidad, bien pequeña por cierto, de regresar sanos y salvos.

Días después de esta entrevista obtuve autorización para visitar la gran estación experimental de armas «V», en Peenemünde, en la isla de Usedom, en el mar Báltico. Hoy en día creo que el ingeniero encargado de acompañarme no me lo mostró todo, puesto que, en aquella época, estaban probando nuevas «armas de represalia». En cambio, me permitieron examinar minuciosamente el V-l y asistir al lanzamiento de uno de esos

proyectiles. Entonces se me ocurrió la idea de ensayar con esa bomba volante lo que ya habíamos realizado con los torpedos de la Marina: es decir, hacer que dirigiese el artefacto un piloto.

Después de interminables discusiones con los jefes y los técnicos del Ministerio del Aire, conseguí por fin vencer la oposición de los servicios técnicos insistiendo sobre el manifiesto deseo del Führer de comenzar inmediatamente las pruebas y de estar al corriente de los resultados que se obtuvieron. Sólo que ese «deseo» de Adolfo Hitler no era más que una fábula totalmente inventada. Mas mi pequeña estratagema barrió de modo irresistible las objeciones de aquellos señores, hecho aun más extraordinario si se tiene en cuenta que, meses antes, Hanna Reitsch, que había tenido la misma idea que yo, sucumbió ante la obstinada resistencia de los burócratas. Me concedieron los locales, máquinas, ingenieros y mecánicos que necesitaba y, quince días más tarde —un tiempo récord—, tenían lugar los primeros ensayos.

El V-l, conducido por un piloto, fue adosado a la panza de un Henkel 111, que lo levantó como si fuera una paja. A unos mil metros de altura de V-1 se desprendió y dejó atrás, gracias a su velocidad de 600 kilómetros por hora, al gran Henkel con sus 300 kilómetros por hora. El piloto describió amplios círculos, luego redujo el gas e intentó el aterrizaje. La primera vez recorrió la pista en toda su extensión volando contra viento a unos cincuenta metros del suelo.

—¡Señor! —murmuramos—. No redujo bastante la velocidad. Con tal de que todo acabe bien…

El piloto viró, hizo una segunda pasada sobre el campo. Esta vez parecía querer aterrizar; el aparato rozaba casi la pista a dos o tres metros del suelo. Pero, no; parecía haber cambiado de opinión en el último instante. En lugar de posarse, se remontó algo, hizo un tercer viraje, volvió a la pista; después, las cosas se precipitaron: no aterrizó; desde el arranque de la pista intentaba salvar una pequeña colina; le vimos rozar la copa de un árbol antes de desaparecer tras la cresta. Un instante más tarde dos altas columnas de polvo nos anunciaban el accidente que habíamos temido.

Seguido de dos enfermeros me eché sobre un auto-oruga y nos lanzamos a través de los campos hacia el lugar de la caída. Ya de lejos

advertimos los restos del V-l; un ala aquí, otra allá, y en medio la armazón del artefacto, que, afortunadamente, no se había incendiado; a una docena de metros yacía el piloto, que movía débilmente los brazos. Antes de estrellarse había debido de arrojar la cúpula de plexiglás y, al capotar, la había proyectado lejos. Por el momento no podía hablar y fue llevado al hospital. Tratamos de encontrar una explicación examinando los surcos marcados por el aparato en la blanda tierra. Por lo que pudimos comprender, el piloto había querido aterrizar sobre un campo labrado. Pero, ¿por qué?

Los técnicos pudieron palpar y escrutar a su sabor hasta el menor trozo de metal, pero no descubrieron nada que pudiera darnos la clave del enigma. Al día siguiente tuvo lugar un segundo ensayo con otro piloto. Fue la repetición exacta del primer vuelo: el V-l se desprendió del avión que lo llevaba; esta vez el piloto viró varias veces más; luego, se dispuso al aterrizaje, no tocó siquiera la pista y fue a romperse el caparazón de cinc casi en el mismo lugar. Tampoco este piloto, gravemente herido, se encontró en situación de hablar. Hanna Reitsch apenas podía contener las lágrimas. Sabíamos que, tras este doble fracaso, los servicios técnicos prohibirían, al menos por algún tiempo, continuar los ensayos. Un par de días después, los pilotos estaban lo bastante mejorados para poder hablar. Hablaban vagamente de vibraciones en el mando de dirección, pero no pudieron darnos una explicación satisfactoria de los dos análogos accidentes.

Días más tarde, sin embargo, Hanna Reitsch fue a verme en compañía del ingeniero que había supervisado la construcción de nuestros modelos, y de un ingeniero del Ministerio del Aire. Con gran asombro mío —ya me inclinaba a creer que mi idea quedaría relegada para siempre al rincón de las «sugerencias absurdas»— Hanna me declaró que creía haber encontrado la causa de los accidentes. Consultadas las fichas de nuestros pilotos de prueba en el departamento central de personal, habían descubierto que ni uno ni otro habían tenido ocasión de pilotar un avión ultrarrápido. Se necesitaba una buena dosis de experiencia para dominar un aparato tan pequeño y que volaba a tal velocidad. Hanna Reitsch y los dos ingenieros estaban convencidos de que el ministerio no podría atribuir con razón el

doble fracaso a un defecto de construcción. Para demostrarme su absoluta confianza en nuestro V-l pilotable, se ofrecieron los tres a comenzar de nuevo las pruebas con dos aparatos terminados en aquel intervalo. Seductor ofrecimiento, ciertamente, pero que tropezaba con un inconveniente: la prohibición expresa de proseguir nuestras experiencias. Yo sabía demasiado bien que el ministerio no cedería. Sin embargo, Hanna y los dos ingenieros se manifestaban entusiasmados por mi proyecto. Poco les importaba la prohibición oficial; prescindirían de ella si yo les daba mi consentimiento. Yo estaba perplejo. ¿Qué hacer?

—Mira, Hanna —le dije—, si te pasase la más pequeña cosa, el Führer en persona me cortaría la cabeza.

Pero ellos insistieron con tanto ardor que empecé a flojear. Hanna sabía encontrar a maravilla los puntos vulnerables de mi corazón, sobre todo apelando a mi sentido del deber invocando este viejo precepto: cuando las circunstancias lo exijan, el verdadero soldado debe afrontar incluso la responsabilidad de desobedecer las órdenes recibidas. Por fin cedí, bien contra mi gusto. Esperábamos convencer al jefe del aeródromo diciéndole que el ministerio me había dado autorización verbal para continuar las pruebas.

Al día siguiente, cuando Hanna Reitsch cerró tras sí la cúpula de vidrio, mi corazón parecía romperse. Pero todo se desarrolló perfectamente: en cuanto el V-l se desprendió del avión que lo llevaba, Hanna nos brindó unas elegantes evoluciones; luego se aproximó, a una velocidad de vértigo, a la pista de aterrizaje. A lo largo del espinazo me corría un sudor frío. El aparato tocó el suelo; levantó una nube de polvo, y corrió hasta el final de la pista. Echamos a correr, pero cuando llegábamos al avión, tuvimos la alegría de ver salir de él, braceando, a una mujer radiante de alegría.

—Verdaderamente asombroso —dijo, visiblemente satisfecha.

Les había llegado a los dos ingenieros el turno de probar nuestro artefacto. ¡El trío hizo en total veinte vuelos con sus veinte aterrizajes sin el menor incidente! Sin ningún género de duda, tanto la idea como la construcción eran perfectas.

Por la tarde, cuando llevé el parte al mariscal del Aire, Milch, éste palideció.

—Esta locura hubiera podido llevarle ante el pelotón de ejecución —declaró con aire trágico, sin darse cuenta de que la sombría profecía llegaba algo tarde.

Le arranqué la autorización para proseguir nuestros trabajos y para formar pilotos. Desde el día siguiente nuestro taller empezó a fabricar aparatos en cadena, primeramente, modelos que debían servir para las pruebas de perfeccionamiento; luego, aparatos de dos plazas para los cursos de pilotaje, y, por último, artefactos aptos para entrar en acción. Al mismo tiempo había yo seleccionado, entre los hombres de mis «unidades especiales», treinta antiguos pilotos; por su parte, la Luftwaffe me mandó sesenta voluntarios que acababan de llegar a Friedenthal; así, que pudimos ponernos a trabajar.

Había pedido al servicio de combustible del Ministerio del Aire la asignación de cinco metros cúbicos de gasolina para avión, por cada piloto. Pero por increíble que parezca, nunca pudimos saber la razón de este último obstáculo: pasaban las semanas y no obtuvimos más que diez metros cúbicos una vez y quince algo más tarde. Pero la entrega al por mayor que me habían prometido no llegó nunca. Gasté las suelas de mis zapatos corriendo de una oficina a otra; en ninguna recibí más que vagas promesas o declaraciones de impotencia. En el otoño de 1944 abandoné mi proyecto. Tanto nuestro trabajo técnico como nuestra preparación táctica, habían sido en vano. Habíamos estudiado, sobre todo, la posibilidad de lanzar un V-l pilotado en medio de un enjambre de artefactos sin piloto, con cuya masa iría confundido. Pero ya no podíamos ni soñar con ello. Sin embargo, conservé los voluntarios de la Luftwaffe y puedo decir que, aun como *rampants*, cumplieron con su deber hasta el último momento.

Al empezar el invierno de 1944 tuve otra vez ocasión, si no de ocuparme activamente de las posibilidades que ofrecían los V-l, al menos de discutir sobre ellas. Llamado al cuartel general de Himmler para precisar ciertos detalles relativos a mi cometido en la inminente ofensiva de las Ardenas, le di cuenta asimismo del estado de las investigaciones emprendidas por los técnicos de Aviación y de Marina para crear las «armas secretas». Como le dije que a la sazón se estaba estudiando la posibilidad de lanzar V-l desde el puente de un submarino, Himmler se levantó de un salto,

se dirigió hacia un inmenso mapamundi colocado cerca de su mesa y lo contempló largamente.

—Entonces, ¿se podría realizar un bombardeo de Nueva York con V-l? —preguntó.

—Sí, señor; al menos en teoría. Si los ingenieros consiguen construir una rampa de lanzamiento que se pueda montar con facilidad y, sobre todo, con rapidez en el puente de un gran submarino de abastecimiento…

Himmler, hombre de decisiones bruscas, como siempre me cortó la frase:

—Hablaré de esto con el Führer y con el Gran Almirante Doenitz; es preciso que, en un futuro inmediato, Nueva York sea bombardeado con nuestros V-l. Skorzeny: le ruego que active con toda energía la labor de los servicios técnicos para que la combinación del V-l con los submarinos esté lista lo antes posible.

A decir verdad, no esperaba yo un entusiasmo tan rápido. Creía, por varias razones, que el Reichsführer de las S. S. tenía una concepción errónea de las cosas, en este particular. Por otra parte, sentía curiosidad por conocer la opinión de los hombres que asistieron a la entrevista: el ministro Kaltenbrunner y mi antiguo jefe Schellenberg, que cuando cayó en desgracia el almirante Canaris, se había convertido en el gran maestro de todos los servicios secretos alemanes. Pero el primero callaba obstinadamente, y el segundo se contentaba con mover la cabeza en señal de aprobación, no sólo cuando le miraba Himmler, sino cuando aquél se volvía. Yo sabía que él evitaba siempre cuidadosamene el expresar cualquier opinión antes de conocer el punto de vista de su jefe. A esa cobardía le llamaba él «finura diplomática». El hecho es que, comportándose así, estaba seguro de no dar un paso en falso. ¡Qué se le iba a hacer! Si aquellos señores tenían miedo de comprometerse, yo pondría los puntos sobre las íes:

—Me creo en el deber de llamar su atención, Reichsführer, hacia la precisión del V-l, que todavía es insuficiente. Como usted sabe, la dirección está emplazada en la proa del artefacto y hay que regularla antes de lanzarlo, así que resulta imposible cualquier cambio de rumbo en pleno vuelo. Por ahora, la precisión del V-l no es más que del orden de los ocho

kilómetros; es decir, que el aparato caerá dentro de un radio de ocho kilómetros alrededor del objetivo. Esta inseguridad aumenta aun cuando el V-l es lanzado desde un avión, como el Henkel 111; así es como estamos mandando las bombas volantes a Inglaterra; los aviones parten de nuestras bases aéreas de Holanda. Probablemente la inseguridad será aún mayor cuando queramos lanzar el V-l desde el puente de un submarino. A la imposibilidad de conseguir un blanco exacto, sobre la mar desierta, de noche y con mala visibilidad, se añadirían el balanceo y el cabeceo del submarino; dado el escaso poder de aceleración del V-l mientras se desliza por la rampa de lanzamiento, el menor movimiento del buque adquiriría una enorme importancia. En resumen, no es seguro que nuestros V-l caigan sobre una ciudad, por grande que ésta sea.

Animado por el silencio de Himmler, proseguí:

—Y esto no es todo; la Luftwaffe no está en condiciones de asegurar, a los submarinos encargados de esta operación, una cobertura aérea sobre el lugar de lanzamiento. Según nuestros informes, la vigilancia de la costa oeste de los Estados Unidos, así como la de su zona atlántica, está asegurada de un modo perfecto por patrullas aéreas y por una tupida red de estaciones de radar.

Tuve la sensación de que Himmler, en lugar de escucharme, seguía el hilo de sus propias reflexiones, porque, de repente, se paró delante de mí.

—Yo creo —afirmó— que tenemos por fin una posibilidad absolutamente nueva, mejor aún, una maravillosa posibilidad de influir de una manera decisiva en el curso de la guerra. Ahora les toca a los americanos soportar directamente, en su propio país, las consecuencias de los bombardeos. Hasta ahora, los Estados Unidos se creían al abrigo de cualquier ataque, a causa de que su territorio está lejos de los campos de batalla. En mi opinión, el efecto que haría un ataque a Nueva York socavaría inmediatamente la moral de la población. Esa gente no resistiría la prueba nerviosa de las bombas volantes. Por otra parte, siempre he creído que los americanos son incapaces de encajar los golpes directos, sobre todo aquellos que no esperan.

Por supuesto, ignoraba yo lo que pensaban los demás de semejante afirmación; a mí me dejó escéptico. Cierto que no tenía nada que objetar a

un bombardeo de ciudades americanas; el machacamiento cada vez más violento de las nuestras, el creciente número de nuestras ruinas y de nuestros muertos justificaban ampliamente la represalia. Pero temía que el efecto moral de los V-l sobre el pueblo americano fuera muy diferente del que calculaba Himmler, y, como los demás permanecían callados, me aventuré de nuevo a decir:

—Reichsführer, yo creo que una operación como esa pudiera dar un resultado absolutamente contrario. El Gobierno americano ha basado su propaganda en el *slogan*: Alemania amenaza nuestra seguridad. Después de un bombardeo de Nueva York con V-l los americanos se sentirían de veras amenazados. En la población de los Estados Unidos el elemento anglosajón es considerable, más aun, predominante. Y los ingleses nos han demostrado que en los instantes de peligro su capacidad de resistencia alcanza un grado asombroso.

Viendo que Himmler me escuchaba atentamente, me crecí:

—Desde luego, gracias al V-l podríamos asestar un golpe terrible a la moral del pueblo americano, pero solamente lo lograremos si dejamos caer los artefactos lanzados, en un objetivo determinado. Lo mejor sería, a mi juicio, lo siguiente: que en un día y a una hora señalados anticipadamente por la radio alemana, un edificio, igualmente determinado por la radio, y situado en plena aglomeración neoyorquina, fuese destruido por un V-l. Ese sería, verdaderamente, un éxito, no sólo material, sino, sobre todo, moral.

Como Himmler parecía vivamente interesado, le expuse brevemente el estado de los estudios emprendidos por nuestros sabios para aumentar la precisión del V-l. Por aquella época, los trabajos se orientaban en dos sentidos: por un lado, se perseguía el disponer de un dispositivo de dirección por ondas hertzianas, dispositivo que, colocado en la proa del V-l, permitiría variar el rumbo durante el vuelo. Las emisoras encargadas de dirigir el artefacto se encontrarían próximas al lugar de lanzamiento. Por otro lado, se estaba intentando una variante de ese principio: el dispositivo de dirección sería dirigido por una emisora instalada cerca del objetivo y que no funcionaría más que durante unos minutos. Aunque esta variante parezca más fácil de realizar, tropezábamos aún con dos dificultades, una de orden técnico —el problema de la potencia de la emisora— y otra de orden

práctico: ¿cómo haríamos para llevar la emisora en el instante señalado al lugar propicio? Esta labor no podría ser confiada más que a los agentes secretos; hasta entonces casi habíamos logrado burlar la vigilancia del contraespionaje americano. Pero últimamente, algunos de nuestros hombres, desembarcados por un submarino en el litoral atlántico de los Estados Unidos, habían sido detenidos casi en seguida. Himmle me escuchaba pensativo, contemplando sin cesar en el mapamundi la pesada mole del continente norteamericano. Muy a pesar suyo, acabó por reconocer que, por el momento, el bombardeo de Nueva York con V-l parecía difícil e inseguro. De todas maneras, no quiso retirar expresamente su orden de empezar los preparativos para aquella empresa; me pidió sencillamente que le tuviese al corriente de los progresos obtenidos, y en su caso, de los nuevos descubrimientos que nuestros técnicos y hombres de ciencia pudieran realizar en este terreno. Después, la conversación se desvió hacia otros asuntos.

Para los acontecimientos habían de adelantarse a los Investigadores, por mucho que se aplicasen al estudio en nuestros laboratorios. Unos meses más tarde, el hundimiento de nuestra resistencia militar hizo polvo la esperanza de Himmler de poder lanzar V-l a tierras americanas.

XV
TANTOS HERMOSOS PROYECTOS…

En nuestra «base» de Friedenthal trabajábamos sin descanso. Necesitábamos utilizar —yo diría perder— la mitad de nuestro tiempo y de nuestra energía, en pelearnos sin cesar con las oficinas que nos inundaban con oleadas de papelotes, en batallar con los servicios que nos servían hombres y material con cuentagotas. Sin embargo, siempre encontrábamos tiempo para meditar y elaborar planes grandiosos. Lo que más nos estimulaba era la lectura de una gruesa carpeta en que se consignaban con todo detalle los triunfos de los célebres «commando troops» de lord Mountbatten. Estudio instructivo, aunque bastante deprimente. Palidecíamos de envidia al ver de qué medios, prácticamente ilimitados, disponían los comandantes de aquellas tropas. ¡Dichosos ellos que podían permitirse contar para sus planes con el concurso de cruceros, torpederos, submarinos, por no hablar de la colaboración constante de varias escuadrillas aéreas dotadas de toda clase de aparatos modernos! ¡En cambio, nosotros éramos pobres, horriblemente, inconcebiblemente pobres! Ni una sola vez habíamos podido conseguir que la Marina nos «prestase» un buque de alguna importancia, y la 200 Escuadrilla de Caza que se habían dignado poner a nuestra disposición, tenía que entablar una lucha para defender cada aparato. Por no citar más que un ejemplo, en lo que respecta a los aviones de amplio radio de acción, la escuadrilla no poseía en total más que tres Junkers 290.

Además, para ser franco tendría que decir que la superioridad de los comandos británicos no era sólo de orden material: Mountbatten sabía elegir sus objetivos, y donde ponía el ojo ponía la bala; tanto el ataque y

total destrucción de una refinería de aceite de pescado situada en una isla noruega, como la operación admirablemente concebida por la cual los ingleses se apoderaron de un nuevo radar alemán, instalado desde hacía poco en la costa francesa, cerca de Dieppe; o también el ataque al cuartel general de Rommel en África, si bien esta última tentativa había fracasado, aunque a causa de una información errónea que lanzó a los destacamentos británicos sobre los servicios de intendencia.

Sin embargo, los aliados debían de tener también puntos vulnerables, sobre todo en las vastas regiones que dominaban en el Oriente Medio. Resolvimos, pues, descubrir y atacar esos «talones de Aquiles». Pese a la situación, que ya era crítica, de nuestros ejércitos, estábamos animados de un entusiasmo tal —por no decir de un tal optimismo—, que a menudo elaborábamos y preparábamos una operación durante semanas y semanas… para fracasar al final, inevitablemente, ante el mismo escollo: la cuestión del transporte.

Decididamente, no pudiendo obtener un número suficiente de Junkers 290, único aparato alemán de gran radio de acción que era verdaderamente seguro —el Henkel 111 era, según los técnicos, de construcción inferior—, intentamos salvar la dificultad. ¿Por qué no utilizar, una vez más, el material que el enemigo ponía a nuestra disposición? Tenía que ser posible, pensábamos, volver a poner en servicio ciertos grandes tetramotores americanos que habían tenido que aterrizar forzosamente en Alemania o en regiones ocupadas por nuestros ejércitos. Llegué a interesar en nuestro proyecto al Estado Mayor de la Luftwaffe; la dirección de material me prometió formar inmediatamente un grupo ambulante de técnicos encargados de la recuperación y reparación de las «fortalezas volantes». Desgraciadamente, este trabajo avanzó lentamente, demasiado lentamente. Hasta finales del otoño de 1944 no me comunicaron que seis de aquellos aparatos, perfectamente arreglados, esperaban mis órdenes en un aeródromo de Baviera, Unos días más tarde, otro comunicado doblaba a muerto por mis esperanzas: en el curso de un violento bombardeo los seis aviones habían sido destruidos. Había que empezar otra vez…

Mientras esperábamos, en vano, «nuestras» fortalezas, quisimos resolver otros dos problemas que se presentaban al elaborar nuestros

proyectos. Uno era el del aterrizaje en las inmediaciones del objetivo. Como estábamos casi seguros de no encontrar en ninguna parte un terreno capaz de soportar el peso de aquellos mastodontes, debíamos estudiar otro procedimiento: el tetramotor serviría simplemente de remolcador a uno o varios planeadores de transporte que pudiesen aterrizar en cualquier sitio. Por desdicha, los planeadores de que podíamos disponer no resistían una velocidad superior a los 250 kilómetros por hora, en tanto que el empleo de los bombarderos americanos nos obligaba a una velocidad media de 450 kilómetros por hora. El profesor Georgi, viejo especialista en vuelos a vela y amigo muy antiguo de Hanna Reitsch, nos ayudó a superar este obstáculo construyendo un planeador capaz de resistir aquella velocidad, aun transportando a doce hombres con sus equipos completos.

El segundo problema, igualmente grave, era el del regreso de los hombres. A primera vista, después de realizada su misión, los comandos no tenían más que dos posibilidades: rendirse al enemigo y pasar el resto de la guerra en un campo de prisioneros, o tratar de alcanzar otra vez nuestras líneas, lo que con frecuencia suponía un trayecto de varios centenares de kilómetros, intento sumamente azaroso, por no decir desesperado. Siempre creí que, para exigir a los hombres un máximo de sangre fría y de combatividad, era preciso garantizarles alguna oportunidad de volver sanos y salvos. ¿Cómo ofrecérsela? Espontáneamente me vino a las mientes la idea de hacer que el planeador fuese nuevamente recogido por un avión de motor, a fin de traerlo cargado con los hombres.

Los ingenieros de investigaciones aeronáuticas trabajaban ya en este problema. En el aeródromo de Ainring estaban experimentando varios sistemas que debían permitir al avión remolcador recoger del suelo —sin haber aterrizado— un planeador cargado. Después de varios ensayos, a los que asistí en persona, nos dimos cuenta de que sólo se podía emplear un procedimiento: tener el cable de remolque en el suelo por medio de postes colocados en disposición romboidal Pasar por la delantera del romboide a una velocidad que lo eleve unos tres metros. Un gancho de forma especial, lanzado por el avión remolcador que pasa a ras de tierra, sujeta el cable y arrastra también al planeador.

Los primeros ensayos hechos con planeadores ligeros dieron resultados esperanzadores. Pero para aplicar el mismo sistema a los grandes planeadores de los cuales íbamos a servirnos, sería necesaria aún una gran labor, mucho tiempo y mucha gasolina, todo lo cual nos faltaba cruelmente. Esta situación no dejó de empeorar hasta llegar a ser, al final, catastrófica.

Muchas veces me he preguntado por qué en Alemania intentábamos las experiencias de este género sólo en el último momento, a la hora del mayor peligro, cuando no disponíamos del tiempo necesario para perfeccionar nuestros inventos y nuestros métodos. Hasta entonces no había hallado explicación satisfactoria para el siniestro «demasiado tarde», al cual en el último año de la guerra me había acostumbrado tanto.

Por su parte, los aliados habían empezado unos ensayos análogos, aunque con una diferencia: que habían llegado a resultados prácticos. Habían comprobado la eficacia de sus métodos cuando lo de Arnhem, el 17 de septiembre de 1944, en que una verdadera armada de planeadores había aterrizado a retaguardia de nuestras líneas. Después de esta operación en grande, siempre temblé ante la idea de que los aliados pudieran transportar por vía aérea varias divisiones hasta las cercanías de Berlín, donde en aquella época estaban concentrados todos los servicios del Mando, incluido el Gran Cuartel General del Führer. Sin duda alguna esas tropas podrían, mediante un ataque relámpago, apoderarse de la totalidad de los centros nerviosos de nuestros ejércitos. El hecho de que los anglosajones no hubiesen intentado nunca un «desembarco aéreo» de tal envergadura, se explicaba acaso por razones políticas. De todos modos, lo cierto era que para los comandos británicos y el «Departamento de operaciones estratégicas» del ejército americano, dirigido por el célebre mayor-general William T. Donovan, un triunfo semejante no hubiera sido imposible. Un intento de este género hubiera fascinado a Mountbatten y al «Wild Bill».

Aunque, como queda indicado, todos nuestros grandes proyectos eran desechados uno tras otro, quisiera exponer brevemente algunos de ellos.

Desde mucho tiempo atrás acariciábamos el sueño de una operación contra el oleoducto que, partiendo de los pozos de petróleo del Irak, llevaba

por dos conductos el precioso líquido a las refinerías de Haifa y de Trípoli, a orillas del Mediterráneo. Sabíamos que algunos guerrilleros árabes trataban constantemente de volar con dinamita las canalizaciones. Pero el recrudecimiento de tales comandos árabes sería muy costoso y, sobre todo, de un resultado incierto. Por una parte, los conductos afectados serían, sin duda, rápidamente separados; por otra parte, nos sería imposible comprobar los resultados que los «saboteadores» pretendiesen haber alcanzado. En cambio, si lográbamos destruir una o varias estaciones de bombas, podía darse por descontada una paralización total de varios meses en la conducción del petróleo en bruto.

Desde hacía más de un año, nuestros servicios técnicos se devanaban los sesos para resolver el problema. Ya en 1943 habían concebido nuestros ingenieros una pequeña mina flotante de un peso específico igual al del petróleo. Esta mina debía ser introducida en los conductos por un pequeño agujero oval, abierto por una carga explosiva exactamente calculada, y vuelto a cerrar por medio de una tapadera. A mi parecer, estas minas, de dimensiones que por fuerza habían de ser muy reducidas, podrían destruir, todo lo más, las válvulas de entrada de las instalaciones de bombas; por esa razón había desechado la idea. Otros técnicos habían propuesto fundir, merced al intenso calor producido por las bombas, ciertas partes de los conductos, en los tramos que atravesaban depresiones del terreno. Desgraciadamente los ensayos distaron de ser satisfactorios. Por último, la Luftwaffe propuso la destrucción de varios fragmentos del oleoducto por medio de bombas magnéticas. Pero nuestras experiencias no pasaron nunca del grado de estudios preparatorios.

Después de esos fracasos no nos quedaba más que una posibilidad: una operación de comando contra las estaciones de bombas. Las fotografías aéreas mostraban, junto a cada una de esas estaciones, un pequeño aeródromo, o campo de urgencia, para los aviones que sin cesar patrullaban a lo largo del oleoducto. Al lado había un pequeño fuerte destinado a albergar al personal técnico en caso de un eventual ataque de las tribus rebeldes. La estación de bombas propiamente dicha, con sus máquinas y sus grupos de motores Diesel, se encontraba unos cientos de metros más allá.

En virtud de estas fotografías llegamos a establecer un plan de acción muy preciso.

Seis aviones tetramotores aterrizarían en el aeródromo. Los cañones y las ametralladoras de a bordo proporcionarían una «cobertura de fuego» a los hombres que iban a neutralizar el fortín con el designio de que el pelotón de destrucción pudiera alcanzar rápidamente la estación de bombas e inutilizarla. Estaban previstos hasta los menores detalles; incluso habíamos pensado en dotar a los aviones de un dispositivo especial gracias al cual pudiesen, al acercarse a la pista de aterrizaje, arrancar la antena del fortín, impidiendo así a los defensores que pidiesen socorro. Así, esperábamos actuar con ura sorpresa total. Había, sin embargo, una incógnita: ¿serían bastante grandes los aeródromos para el despegue, relativamente extenso, de los grandes tetramotores? Nuestras fotografías aéreas, que databan de 1941, mostraban sólo una pista muy corta; pero, según las últimas informaciones, todos estos aeródromos habían sido, desde entonces, considerablemente agrandados. De todas suertes, estábamos dispuestos a correr el riesgo. ¡Ay! A pesar de todos nuestros esfuerzos nunca pudimos obtener un número suficiente de aviones de gran radio de acción.

Otro «talón de Aquiles» de los aliados era, incuestionablemente, el Canal de Suez, o más exactamente, ciertos lugares del canal. Un sabotaje de esta vía de agua artificial obligaría a los convoyes procedentes del Extremo Oriente a dar la enorme vuelta por el cabo de Buena Esperanza, lo que alargaría inconmensurablemente el trayecto. Nuestros «nadadores de combate» o, como decían los ingleses, nuestros «hombres ranas», habían comenzado ya a entrenarse con vistas a esta misión. Pero estábamos ya a fines del año 1944; la supremacía aérea de los aliados en el área del Mediterráneo era tan aplastante que, con la muerte en el alma, tuvimos que abandonar nuestro proyecto. Una vez más era demasiado tarde.

Otro plan minuciosamente elaborado y perfectamente acabado, preveía una incursión contra el distrito petrolífero de Bakú. No se trataba de atacar con un puñado de hombres los pozos de extracción o las refinerías. Un estudio profundo de la región nos había revelado la existencia de ciertos puntos neurálgicos (por razones fáciles de comprender no me extiendo en

precisiones), cuya destrucción disminuiría enormemente, paralizaría casi totalmente la producción. También entonces, y siempre por las mismas razones, tuvimos que renunciar a nuestro proyecto.

En cambio, una operación de una especie totalmente distinta fracasó, en el último momento, por los celos de uno de nuestros generales. Desde 1943, los guerrilleros yugoesvalos nos dieron qué hacer, hasta el punto de que el Mando del sector balcánico se mostraba seriamente preocupado. En aquellas regiones, cuya configuración se presta admirablemente para una guerrilla de gran envergadura, la resistencia yugoeslava entretenía con su actividad importantes fuerzas alemanas y les infligía graves pérdidas en el curso de innumerables combates. Si llegásemos a descubrir el cuartel general de Tito y apoderarnos de él, podíamos esperar una sensible disminución de la constante presión a que estaban sometidas nuestras tropas. Tal era, poco más o menos, la quintaesencia de la misión que me confió, a principios del año 1944, el Alto Mando de la Wehrmacht.

Evidentemente, nos habríamos equivocado si menospreciásemos el valor de las tropas que Tito tenía concentradas alrededor de su cuartel general. Ignorábamos por completo su emplazamiento y el jefe de la resistencia yugoeslava había tomado medidas de camuflaje para inducir a error a nuestro Mando. Nos esforzamos, pues, por crear una especie de «servicio de informaciones» con el fin de obtener precisiones sobre ambos puntos. Una oficina central instalada en Agram cubrió poco a poco el territorio «insumiso» con una red de agentes. Para mayor seguridad, ordené establecer, en cuanto un agente indicase tal región como probable sede del gran cuartel general de Tito, varias filiales separadas que deberían, cada una por su lado, comprobar tal información. Tan pronto como recibiésemos el mismo informe de tres fuentes diferentes, yo intentaría la operación militar propiamente dicha. No podíamos permitirnos la menor ligereza. Si dábamos un resbalón, Tito se pondría en guardia aun más y sería imposible cogerle.

Para entablar contacto con nuestras autoridades militares y policíacas de Yugoeslavia, me trasladé en abril de 1944 a Belgrado, acompañado de uno de mis oficiales. Después de dos días de discusiones estériles, salí en coche para Agram. Nadie me aconsejaba ese viaje, porque la carretera atravesaba comarcas infestadas de guerrilleros. Pero no había ningún avión disponible

aquel día y al siguiente me esperaban en Agram. ¡Qué se le iba a hacer! Por lo menos, trataría de pasar, confiando en mi buena estrella y en la velocidad de mi «Mercedes». Por si acaso, llevaba, a guisa de escolta, dos suboficiales que un general se había dignado prestarme.

Partimos al alba. Hacia mediodía nos detuvimos en un lugar de las montañas de Fruska Gora, en el campamento de una unidad alemana encargada de mantener una apariencia de orden en la región. Durante el almuerzo, el comandante del puesto nos facilitó algunos sabrosos detalles:

—No pasa una semana sin que tengamos escaramuzas con los guerrilleros —contaba—. Además, nunca podríamos acabar con ellos, porque, entre dos encuentros, esos buenos mozos vuelven tranquilamente a sus pueblos y a sus granjas, esconden sus armas en un pajar y durante varios días aparentan ser unos pacíficos aldeanos. Pero lo peor es la cuestión de los servicios médicos. Hasta ahora, no hemos podido conseguir que esos señores de Belgrado nos envíen un médico, así que no tenemos más remedio que recurrir al *toubile* del pueblo, que cura también las heridas de los guerrilleros. No nos lo oculta, por otra parte; si él se negase a cuidar a los resistentes, lo secuestrarían en unión de toda su familia, lo cual no nos convendría nada a nosotros. Debo confesar que estamos muy contentos con él.

Volvimos a marchar a través de una región fértil, salpicada de hermosas granjas. Cada vez que veía a un aldeano labrando la tierra, me preguntaba dónde tendría escondido su fusil. Sin embargo, nuestro viaje prosiguió normalmente, nadie tiró sobre nosotros, la carretera estaba libre. Hacia el anochecer nos detuvimos en un pueblo para comprarle unos huevos a una viaje aldeana. Cuando volvimos al coche, vimos a varios individuos desharrapados, armados de fusiles, que vagaban por la plaza del mercado. Me llevé la mano a la pistola ametralladora, pero, cuando pasamos junto a ellos, aquellos barbianes se pusieron a sonreír y hasta nos saludaron. Un poco más tarde, el comandante de la guarnición de Brcka nos manifestó que toda la región estaba plagada de guerrilleros y, por lo tanto, no era muy recomendable para los coches alemanes sin escolta. En Agram no querían creer que hubiésemos ido por aquel camino. Parece ser que desde hacía unos meses éramos los primeros que habíamos pasado sanos y salvos. Al

escuchar el relato de innumerables ataques contra nuestros convoyes, y al examinar los mapas que mostraban las concentraciones de guerrilleros yugoslavos, experimenté un cierto pavor retrospectivo. En fin, no pensemos más en ello, puesto que ya ha pasado. Lo cierto es que me libré de upa buena.

Un mes más tarde, todo estaba listo. Sabíamos, por informaciones cuidadosamente comprobadas y requetecomprobadas, que el cuartel general ambulante de Tito se encontraría por algunas semanas cerca de Dvar, en Bosnia occidental. Así que había que dar fin rápidamente a los preparativos si queríamos llevar a cabo nuestra operación, cuyo mando tomaría yo mismo. Envié a mi jefe de Estado Mayor, capitán von Foelkersam, a Banka Luka, capital de aquella provincia, para que estableciera enlace con el general que mandaba nuestras tropas en Bosnia. A su regreso me contó von Foelkersam que el general y sus inmediatos colaboradores le habían recibido con la mayor frialdad. De momento no presté atención a aquello; por otra parte, me reía de las simpatías o antipatías que aquellos señores pudieran sentir por mí. Lo único que me importaba era mi misión.

Unos días más tarde, estábamos ya a fines del mes de mayo de 1944, mi central de informaciones de Agram me comunicó una noticia sorprendente: «El ejército X prepara una operación contra el cuartel general de Tito. El día D será el 2 de junio». Eso explicaba la actitud reservada de los oficiales. No vieron en mí más que a un competidor indeseable y, por lo tanto, nos ocultaron sus intenciones. En el momento me sublevó aquella conducta tan poco elegante, tanto más porque era completamente ridícula: yo hubiera aceptado con mucho gusto colaborar con ellos, incluso poniéndome a las órdenes del general. Pero me tragué la rabia que sentía y traté de disimular todo lo posible. Si mis agentes de Agram tuvieron conocimiento del proyecto, era casi seguro que también lo conocerían los espías de Tito. Envié inmediatamente un radiograma a aquellos señores de Bosnia para advertirles. De regreso en Friedenthal, recibí aún varias informaciones que me confirmaron en mi opinión: sin duda alguna la proyectada operación iba al fracaso. Reiteré mis advertencias, pero decididamente, no hay peor sordo que el que no quiere oír. El general X no quiso renunciar a «su» operación.

El día fijado, un batallón de paracaidistas de las Waffen S. S. aterrizó en un valle situado en plena región rebelde. Los planeadores llevaron los refuerzos que intervinieron en seguida en la batalla. Después de una lucha áspera y sangrienta, los guerrilleros se retiraron, abandonando el pueblo y el valle. Por desgracia se realizaron mis profecías pesimistas: el nido estaba vacío y el pájaro había volado. A guisa de cuartel general, nuestras tropas no encontraron más que a dos oficiales de enlace británicos que Tito había abandonado probablemente para deshacerse de ellos. En una casa descubrieron también nuestros hombres un nuevo y flamante uniforme de mariscal. Tito había debido de abandonar el pueblo pocas horas antes para instalarse en otra madriguera. Y aun había más: era preciso enviar unidades de infantería que, mediante una maniobra atrevida, tuvieron que desbloquear a los paracaidistas cercados en el valle.

Así, por los celos mezquinos de un oficial ávido de laureles, fracasó lamentablemente un proyecto de gran envergadura y cuyo éxito hubiera podido tener gran alcance; hecho aún más lamentable porque el fracaso reducía notablemente nuestras posibilidades, ya muy pequeñas, de echarle el guante al jefe yugoslavo. En adelante, conseguimos seguir las huellas de su gran cuartel general volando a lo largo de la costa adriática, y de allí a la isla de Vis, donde acabó por establecerse. Estudiamos un ataque relámpago contra esa isla, pero, una vez más, los acontecimientos se nos adelantaban.

XVI
EL GOLPE DE ESTADO

ENTRETANTO, había comenzado el desembarco aliado, al que en Alemania llamábamos la invasión. Al alba del 6 de junio de 1944 pusieron el pie en Normandía los primeros elementos angloamericanos. Durante varias semanas la situación se mantuvo indecisa; luego, la brecha de Avranches hizo inclinar la balanza en favor de los aliados. Aquel día casi toda Alemania comprendió que habíamos perdido la guerra. Por mi parte, ya no me hacía ilusiones sobre el resultado final, y si en presencia de mis hombres hacía alarde de una serenidad «de comando», no intentaba disimular mi pesimismo cuando discutía con algunos íntimos, como mi fiel Radl o el capitán von Foelkersam.

¿Debía yo extraer consecuencias prácticas de aquel presentimiento, por no llamarle certidumbre? A menudo me hacía esta pregunta para llegar siempre al mismo término: a mi parecer, no nos correspondía ni a mí, ni a los soldados, ni a los oficiales (incluso los generales), decidir la continuación o el cese de las hostilidades. La decisión estaba reservada a los grandes jefes políticos y militares, únicos que poseían una verdadera visión de conjunto y que tenían la posibilidad de influir en el curso de los acontecimientos. Si aquellos hombres mandaban proseguir la lucha, no podíamos hacer otra cosa que obedecerles.

Sabía yo, además, que en el Gran Cuartel General del Führer se confiaba, por un lado, en una evolución favorable de la situación política, y, por otro, en la inmediata disponibilidad de nuevas armas secretas, lo cual, según las informaciones que yo poseía, y por lo que había visto, no estaba completamente desprovisto de fundamento.

No obstante, a partir de julio de 1944, la situación se hizo alarmante. En la primera semana de junio, un formidable ataque de los rusos había resquebrajado prácticamente todo el frente del Este. La agrupación de ejércitos del Centro podía decirse que había dejado de existir. Más de treinta divisiones alemanas cayeron prisioneras. A retaguardia nadie podía comprender cómo había podido producirse una capitulación de tan grandes proporciones. ¿Había que atribuir la responsabilidad de la catástrofe al Alto Mando o al cansancio y a la desmoralización de las tropas? Al Oeste, los aliados se desbordaban, gracias a su aplastante superioridad material, hacia la frontera alemana. No nos quedaba más que apretar los dientes y batirnos hasta el final.

En realidad, no llegamos a creer que estábamos ante el principio del fin.

El 20 de julio de 1944 me dispuse a salir para Viena, donde pensaba arreglar algunos detalles de la operación proyectada contra Tito. Y entonces estalló, como un trueno, la noticia del atentado, por fortuna frustrado, contra Hitler. Nosotros, mis oficiales y yo, nos quedamos completamente consternados. ¿Cómo era posible una cosa semejante? ¿Es que los destacamentos enemigos habían conseguido entrar en el recinto del Gran Cuartel General del Führer? Ni por un instante pensamos que la bomba hubiera podido ser colocada por un alemán. De todas suertes, ya que Hitler estaba vivo, no veía ninguna razón para aplazar el viaje.

A las seis de la tarde llegué con Radl a la estación de Anhalt. Nos instalamos en nuestro departamento reservado y nos preparamos para pasar la noche. Pero en la estación Lichterfelde, último apeadero situado dentro de la aglomeración berlinesa, oí gritar mi nombre: «¡Comandante Skorzeny! ¡Comandante Skorzeny!» Un oficial corría por el andén, a lo largo del convoy, chillando a grito pelado. Abrí la ventanilla y le hice seña. Se precipitó hacia mí, atrozmente sofocado:

—Mi comandante: tiene usted que volver inmediatamente. Orden superior… El atentado contra el Führer era la señal para desencadenar una rebelión…

Alcé los hombros, incrédulo.

—Eso es imposible. Alguien ha debido de perder la cabeza. Es una locura furiosa. En fin, ¡qué se le va a hacer! Volveré con usted. Radl, usted

continuará hasta Viena y entablará conversaciones. Trataré de reunirme mañana con usted.

Durante el trayecto en coche hasta la oficina central de las Waffen S. S., el oficial me comunicó las escasas informaciones que había podido reunir. Lo más probable era que estuviésemos en presencia de una sedición tramada por un grupo de oficiales superiores y generales. Parecía que había unidades blindadas a punto de marchar sobre Berlín; nadie conocía las intenciones de los cabecillas. Siempre me resistí a dar crédito a las habladurías. Nuestros jefes militares tenían más que hacer que conspirar en tales momentos.

Schellenberg, ascendido a jefe de brigada de las S. S., me recibió y me contó ciertos detalles. Según él, el centro del pronunciamiento estaba en la Bendlerstrasse, es decir, en las oficinas de la Jefatura del Ejército del Interior. Schellenberg estaba muy pálido y anhelante. Sobre su mesa, al alcance de la mano, se veía un gran revólver.

—La situación es confusa y está llena de peligros —me explicó—. En todo caso si «ellos» llegan hasta aquí, me defenderé. Ya he mandado distribuir pistolas ametralladoras a todos mis funcionarios. ¿No podría usted mandar venir —pero tendría que ser en seguida— una de sus compañías para asegurar la protección del edificio?

Lo cierto era que, en mi agitación, me había olvidado por completo de llamar a mis tropas. Por fortuna, las comunicaciones telefónicas funcionaban perfectamente. Pronto obtuve comunicación con Friedenthal y pregunté por el capitán Foelkersam.

—Ponga inmediatamente al batallón en estado de alerta. El capitán Fucker asumirá el mando y esperará las órdenes, que no podrán venir más que de mí personalmente. Envíe inmediatamente la primera compañía a la oficina central de las S. S., donde yo estoy en este momento. Usted y el cadete Ostafel, a quien nombro provisionalmente mi ayudante de órdenes, cogerán un autoametralladora y saldrán a todo gas para llegar aquí los primeros.

Colgué y me volví de nuevo hacia Schellenberg.

—Yo creo —le dije— que debería usted desarmar a sus funcionarios. Me da miedo ver a esos chupatintas gesticulando con las pistolas. Por otra

parte, he tenido que zurrarle un poco a un escribientillo al llegar; lo encerré en el sótano y no fue capaz de salir del atolladero con su juguete. De todas maneras, si «ellos» llegasen aquí antes que mi compañía, lo mejor que podría usted hacer es huir, porque con el revólver no los mantendría a raya.

Le abandoné a sus sombrías reflexiones y salí a la calle. Con febril impaciencia esperaba a von Foelkersam y a Ostafel, quienes, al cabo de una media hora, aparecieron en medio de una nube de polvo. Habían debido de arrear como locos. Como carecía de órdenes, resolví ver lo que pasaba por Berlín. Foelkersam se quedó en la oficina central de las S. S. y yo le prometí llamarle de vez en cuando para tenerle al corriente. ¡Qué lástima que no estuviésemos aún equipados con esos pequeños aparatos de radio, los «talki-walki», que usaba el ejército americano!

Me metí en el coche y fui directamente al barrio de los Ministerios, donde todo parecía completamente tranquilo. Quise llegar luego a la plaza de Fehrbellin, donde estaba el cuartel general del general de las fuerzas acorazadas Bolbrinker, a quien conocía personalmente. Allí ofrecían las calles un aspecto menos pacífico; una gran avenida que desembocaba en la plaza estaba obstruida por dos enormes carros, pero bastó que dirigiese el coche hacia allí para que me dejaran pasar. Realmente, la «revuelta» no era tan grave como creía Schellenberg. El general Bolbrinker me recibió inmediatamente. No sabía gran cosa y se preguntaba lo que debía hacer. Por orden del comandante en jefe del Ejército del Interior, había traído sus unidades acorazadas, acantonadas en Wunsdorf, a Berlín y las había concentrado en los alrededores de la plaza de Fehrbellin, para tenerlas a mano. A la sazón, aguardaba los acontecimientos.

—Además —me dijo—, he decidido no obedecer desde ahora más órdenes que las del Inspector de Fuerzas Acorazadas, o sea el general Guderian en persona. ¡El diablo que entienda este lío! Mire usted: me han pedido, por ejemplo, que envíe destacamentos armados de reconocimiento contra los cuarteles berlineses de las Waffen S. S. ¿Qué opina usted de esto, Skorzeny?

—Bueno —dije, encandilado con aquello—. No estamos en guerra civil Yo creo que sería muy imprudente obedecer una orden tan insensata. Si a usted le parece, mi general, voy a llegarme al cuartel de Lichterfelde para

ver lo que pasa por allí. Le llamaré desde el cuartel mismo. A mí me parece que nuestro deber consiste en conservar la sangre fría.

Notoriamente aliviado, el general aceptó mi propuesta, y yo partí. En Lichterfelde, mi antiguo cuartel, todo estaba tranquilo, aunque el batallón de reserva y las otras unidades se mantenían en estado de alerta. Tuve una breve conversación con el teniente coronel que mandaba las tropas y le rogué encarecidamente que diese una prueba de prudencia, es decir, que se abstuviese de acción alguna, pasara lo que pasara. A continuación llamé al general Bolbrinker para anunciarle que las S. S. no pensaban intervenir. Luego llamé a Foelkersam, que me participó la llegada de mi compañía. Le ordené que la tuviese a su disposición en el patio grande de las oficinas de las S. S.

Sólo entonces pude darme cuenta de la situación. A decir verdad, aún no la comprendía muy bien. Era probable que una orden del general que mandaba el Ejército del Interior hubiera puesto en marcha algo así como un dispositivo de alerta, sin duda hacia el mediodía. Pero al mismo tiempo debía de haber habido en varios sitios fluctuaciones, órdenes y contraórdenes que, manifiestamente, no respondían a un plan de conjunto. En resumen, el asunto no me parecía serio; sería una equivocación tomarlo por lo trágico, puesto que las unidades acorazadas estaban arma al brazo y las Waffen S. S. no habían recibido órdenes. En suma: no se sabía quién se había sublevado ni contra quién. Pero por pueril que pudiese parecer la intentona, no dejaba de ser criminal en el momento en que, tanto en el Este como en el Oeste, nuestros soldados se batían con el valor que da la desesperación. Mientras iba rumiando tan poco regocijados pensamientos, me acordé de repente de que el general Student debía encontrarse también en Berlín. Rápidamente me dirigí hacia el Wannsee, uno de los muchos lagos que rodean la ciudad, y a cuyo borde estaba instalado el Estado Mayor de las tropas aerotransportadas. Los oficiales no sabían nada, no habían recibido instrucciones. Sólo supe que el general pasaba la velada en su casa, en Lichterfelde. Arranqué de nuevo, llevando en mi coche al ayudante de órdenes del general, que me acompañaba para recibir, llegado el caso, sus órdenes.

Entretanto, había avanzado la noche. Hacia las diez llegamos a la pequeña quinta, donde nos esperaba un apacible cuadro. En la terraza, y envuelto en una amplia bata de casa, el general estudiaba una montaña de expedientes a la luz de una lámpara. Cerca de él bordaba su mujer. No pude evitar el pensar en lo cómico de la situación: uno de los grandes jefes militares de Berlín se balanceaba tranquilamente en una mecedora de mimbre, mientras los conspiradores intentaban un golpe de Estado.

Aunque, desde luego, asombrado por la intempestiva hora de mi visita, el general me recibió muy amablemente; sin duda existían aún los lazos que se habían formado entre nosotros el año anterior, cuando la liberación de Mussolini. Como anuncié que había ido para un «asunto de servicio», su mujer se eclipsó discretamente. En cuanto empecé a poner al general al corriente de lo que había visto y oído, me interrumpió:

—Vamos, querido Skorzeny, ¿qué es lo que me cuenta usted? ¿Una sedición? No, no, es completamente imposible.

Me costó mucho trabajo convencerle de la gravedad de la situación. Por fin consintió en dirigir a los comandantes de las unidades de paracaidistas una orden concebida en estos o parecidos términos: «Estado de alerta. No cumplir otras órdenes que las emanadas del general Student en persona».

En ese momento sonó el teléfono. Era el mariscal Goering, que confirmó mi informe, añadiendo algunos detalles nuevos: que el atentado contra Hitler había sido perpetrado probablemente por un oficial del Estado Mayor del Ejército del Interior. La Bendlerstrasse —sede de dicho Estado Mayor— también había difundido la noticia de la muerte del Führer y tomado, a la vez, algunas medidas de urgencia. Goering precisó que el único autorizado para dar órdenes era el Gran Cuartel General, o sea el Alto Mando de la Wehrmacht. Oí que el general repetía la última frase de las instrucciones dadas por el mariscal del Reich: «Calma y sangre fría, para evitar a toda costa incidentes que pudieran degenerar en guerra civil. Comprendido, señor mariscal».

Entonces el general no dudó más de la veracidad de mi relato. Después de prometerme mantenerse en contacto conmigo y con el general Bolbrinker llamó uno por uno a todos sus batallones para darles

instrucciones. Me despedí y volví, con toda la rapidez posible, a la oficina central de las S. S.

Todo estaba tranquilo en el inmenso edificio. Schellenberg, que me esperaba en su despacho, me pidió una escolta de diez hombres al mando de un oficial. Acababa de recibir la orden de detener inmediatamente al almirante Canaris y no quería ejecutar solo una misión tan delicada. Como yo no disponía en total más que de una compañía, le «presté» solamente un oficial. Al cabo de una hora, Schellenberg estaba de vuelta. La detención se había hecho sin el menor incidente. Por teléfono pude averiguar que los sectores donde estaban las tropas acorazadas de Bolbrinker y los paracaidistas de Student se hallaban igualmente en calma; en realidad, la capital entera parecía tan tranquila que ya pensaba en volverme a Friedenthal cuando, de repente, me llamaron del Gran Cuartel General del Führer.

—Orden al comandante Skorzeny para que vaya inmediatamente con todas las tropas de que disponga a la Bendlerstrasse con objeto de apoyar la acción del comandante Remer, jefe del batallón de la guardia «Gran Alemania», que ya ha comenzado el asedio al Ministerio.

A toda prisa reuní mi compañía —lástima no haber mandado venir a todo el batallón— y salimos. Era cerca de la medianoche cuando llegué a la entrada del edificio. Dos grandes coches interceptaban el camino; al bajar del coche y acercarme a pie, completamente solo, reconocí en medio de un animado grupo al jefe de las S. S. Kaltenbrunner, que discutía con un general de la Wehrmacht, el general Fromm, comandante en jefe del Ejército del Interior, según me dijo un joven oficial. Escuché que le decía a Kaltenbrunner: «Ahora me vuelvo a mi casa; me encontrará usted en mi departamento a cualquier hora de la noche». Y subió a su coche, que arrancó inmediatamente, abriéndose paso a través de mi columna. Me quedé un poco asombrado de ver que, en semejante momento, el jefe del Ejército del Interior se volvía a su casa. Pero eso no me afectaba a mí para nada.

Ante la puerta del ministerio encontré al comandante Remer. Me presenté y él me indicó que tenía orden de rodear herméticamente toda la manzana de casas. Hice entrar a mi compañía en el patio central y subí por

la escalera principal acompañado de von Foelkersam y del cadete Ostafel. En el pasillo del primer piso encontramos a varios oficiales armados de pistolas ametralladoras; aquello casi parecía una fortaleza en pie de guerra. En la antecámara del general Olbricht encontré a algunos oficiales de Estado Mayor que había tenido ocasión de conocer anteriormente. También ellos estaban armados y, sobre todo, muy agitados. En pocas palabras me pusieron al tanto de los acontecimientos: a última hora de la tarde habían notado algo que «cojeaba» en las órdenes de alerta dadas por ciertos servicios. El general Fromm estaba casi continuamente en conferencias, pero sólo dos o tres de sus colaboradores estaban autorizados para asistir a ellas. Muy impresionados por esta turbia atmósfera de incertidumbre y de angustia, habían irrumpido en el despacho del general Fromm para exigirle explicaciones. Ante este requerimiento el general se había visto obligado a confesar que había estallado una insurrección militar, añadiendo que había sido encargado de instruir las primeras diligencias contra los responsables. Unos minutos más tarde, el general Beck se había suicidado, mientras que tres oficiales, entre ellos el jefe del Estado Mayor de Fromm, el coronel von Stauffenberg, eran juzgados por un Consejo de guerra presidido por un general. Condenados a muerte, los tres conspiradores habían sido ejecutados aún no hacía media hora, en el patio del Ministerio, por un pelotón de suboficiales. Asimismo, había habido en el comedor del primer piso un fuego de fusilería de poca importancia.

Esas informaciones coincidían perfectamente con las que ya tenía, pero apenas aclaraban la situación. Yo me preguntaba qué era lo que debía hacer. Mis tentativas de obtener comunicación con el Gran Cuartel General del Führer habían fracasado; así que tenía que proceder de acuerdo con mi propia iniciativa. Por de pronto traté de restablecer la calma en el enorme edificio, donde todo el mundo estaba francamente nervioso. Para conseguir este primer propósito, convoqué a los oficiales que conocía personalmente, y les rogué que volvieran a sus tareas interrumpidas desde primera hora de la tarde. Les recordé que la guerra continuaba y que el frente, o más bien, los frentes, necesitaban refuerzos, avituallamientos, provisiones. Todos se mostraron de acuerdo conmigo y volvieron a sus ocupaciones. Algo más tarde, sin embargo, se acordó un coronel de que determinadas órdenes, que

concernían precisamente al envío de refuerzos, no podían ser dadas más que por el jefe del Estado Mayor, es decir, von Stauffenberg, que acababa de ser fusilado. Yo me declaré dispuesto a asumir, al menos de un modo provisional, aquella responsabilidad. Tuve una agradable sorpresa: Jas órdenes de alerta dadas por los conjurados, ya habían sido anuladas.

Ante el despacho del general Olbricht encontré a dos agentes de la Gestapo. Habían sido enviados, horas antes, por el jefe de la Policía Secreta del Estado para detener al conde de Stauffenberg. Antes de poder ejecutar la orden habían sido encerrados en una habitación por los oficiales de Stauffenberg que acababan de volver del Gran Cuartel General del Führer. Cada vez comprendía menos lo que ocurría: o la Gestapo, de ordinario tan bien informada, había sido sorprendida por el complot, o había considerado el conjunto de sucesos como cosa sin importancia. De otro modo, el envío de sólo dos hombres para detener al jefe de una conspiración militar era verdaderamente inexplicable.

Por fin tuve tiempo de entregarme a ciertas pesquisas en el despacho del conde Stauffenberg. Todos los cajones estaban abiertos como si alguien acabase de registrarlos precipitadamente. Encima de la mesa de trabajo encontré la carpeta del plan «Walkyria», es decir, el desarrollo del dispositivo de alerta. Comprendí que Stauffenberg había disimulado sus verdaderas intenciones —la rápida ocupación de los centros nerviosos de Berlín y de los órganos de mando del Ejército— bajo el título: «Contramedidas para el caso de ataque aliado por tropas aerotransportadas». Hice en un cajón un descubrimiento que me produjo un verdadero estremecimiento. Era un juego en que los peones se desplazaban según el número de puntos que sacaba a los dados cada jugador. Sobre un gran mapa de Europa oriental, un largo trazo representaba, en virtud de las explicaciones que figuraban al margen, el trayecto recorrido por un cuerpo de ejército de los de la agrupación del sur durante la campaña de Rusia, el mismo cuerpo del cual había sido Stauffenberg jefe de Estado Mayor. Si puede parecer frívolo el utilizar para un juego tan pueril los sufrimientos y luchas de millares de hombres, los comentarios que ilustraban la explicación demostraban un cinismo tan grande que me pregunté cómo

pudo haber servido a su patria en tiempo de guerra un oficial superior dotado de semejante mentalidad.

Horas después, todos los engranajes del complejo mecanismo que constituía el Ministerio funcionaron de nuevo. Más de una vez, sin embargo, creí volverme loco ante las graves decisiones que me vi obligado a tomar en ausencia de los tres jefes más importantes de aquel organismo administrativo: los generales Fromm y Olbricht y el coronel von Stauffenberg. Pedía sin cesar comunicación con el Gran Cuartel General del Führer. Por fin la conseguí y al instante solicité el inmediato nombramiento de un general «seguro» para el cargo de jefe de Estado Mayor del Ejército del Interior. Yo aspiraba a ser relevado lo antes posible, pero, claro está, me contestaron de un modo bastante vago que esperase y que siguiese desempeñando mis funciones hasta que el Führer hubiera nombrado a una personalidad calificada Cada dos o tres horas volvía yo a la carga, para recibir siempre la misma respuesta evasiva. Por fin, al cabo de treinta y seis horas, en la mañana del 22 de julio, llegó al Ministerio Himmler en persona, acompañado del general de las Waffen S. S., Jüttner. Nos comunicó, con gran sorpresa por nuestra parte, que había sido nombrado comandante en jefe del Ejército del Interior. Cierto que era Himmler uno de los lugartenientes más leales al Führer, pero, en cambio, no era un soldado. ¿Cómo podría cumplir los deberes de su nuevo cargo, ocupando como ocupaba aún tantos otros puestos de primer rango? En seguida noté que el general Jüttner, nombrado segundo jefe, sólo a medias se alegraba de una designación que le convertía prácticamente en el jefe permanente del Ejércto del Interior. Pero apenas me quedó tiempo para dedicarme a mis reflexiones. Himmler reunió a los oficiales del Ministerio e improvisó ante ellos una corta arenga, en la que principalmente afirmó que la intentona provenía de un grupo muy pequeño que actuaba aisladamente. Recorriendo con la mirada a la silenciosa concurrencia, advertí en todos la misma reacción: franca aprobación y también visible alivio al ver que la tempestad había pasado tan pronto. La mayoría de aquellos hombres, educados en las rígidas tradiciones del militar alemán de carrera, probablemente prefería no volver a pensar en la tentativa de rebelión, criminal empresa que había abortado por sí misma.

Llegó la hora de pensar en tomarme algún reposo. Llegado a Friedenthal, me desplomé sobre la cama. Diez horas más tarde desperté, fresco y dispuesto a hacer el balance de lo sucedido. Por primera vez se me revelaron las corrientes contradictorias y las tensiones que existían en la Wehrmacht y, de seguro, en todo el pueblo alemán, cosa que hasta entonces no había sospechado siquiera. Para mí, la sorpresa resultaba penosa, por no decir dolorosa; el único consuelo era haber visto la rapidez con que se desbarataba la trama de la sedición, en parte a causa de su debilidad básica; en parte por la acción fulminante de otras fuerzas del ejército. En lo que a mí respecta, me sentía principalmente dichoso de que, como oficial de la Cuarta Arma —las Waffen S. S.—, no había tenido que intervenir directamente.

Séame permitido abrir aquí un breve paréntesis: al hablar hoy día, tres o cuatro años después de aquellos sucesos, del «aplastamiento de la sedición del 20 de julio de 1944», se corre el riesgo de deformar los acontecimientos. Todos los que tomaron parte directa en aquel drama reconocerán que, a partir del fracaso del atentado, los conspiradores, a excepción del conde de Stauffenberg, abandonaron la partida, por así decirlo. O más exactamente, desde aquel momento no tuvieron energías para actuar, de modo que la intervención de un puñado de oficiales leales bastó para echar abajo todo aquel hermoso castillo de naipes. Sin duda la desaparición de Adolfo Hitler representaba, a juicio de los conspiradores, el factor decisivo; desde el momento en que el Führer había escapado milagrosamente a la muerte, debieron de pensar que su proyecto ya no era realizable.

Toda la vida me acordaré del verdadero furor que se apoderó de mí al despertar por la mañana del 23 de julio; una rabiosa cólera contra los hombres que, según creía, habían querido apuñalar por la espalda al pueblo alemán, y precisamente en el momento en que ese pueblo, ya duramente probado, luchaba por su existencia. Después, a medida que se aclaraban mis ideas, recordaba ciertas conversaciones con oficiales pertenecientes a diversos servicios del Ministerio de la Guerra. Más de una vez habían proclamado mis interlocutores, con loable franqueza, su hostilidad contra Hitler y el nacionalsocialismo. Pero aquellos adversarios del régimen eran sin excepción patriotas que, en una situación tan grave como la nuestra,

sólo pensaban en la salvación de Alemania. Entonces estaba yo persuadido —y no he cambiado de opinión hasta ahora— de que, entre los autores del complot, había también cierto número de buenos alemanes. Por desdicha, aquellos hombres no estaban de acuerdo más que en una cuestión: la necesidad de apartar a Hitler, de grado o por fuerza, de la dirección del Estado. En cambio, sus opiniones sobre la política a seguir después de asumir el Poder, diferían de modo muy sensible, sobre todo en lo que se refería a los medios de obtener inmediatamente un armisticio, dada la desesperada situación militar. Una fracción, cuya cabeza visible era el conde de Stauffenberg, creía poder negociar una paz por separado con Rusia; otra fracción preconizaba una inteligencia con las potencias occidentales. A juzgar por una información difundida el 25 de julio de 1944 por la radio inglesa, ni unos ni otros habían emprendido sondeos preparatorios en tal sentido, ya que la B. B. G declaró que tampoco un nuevo Gobierno alemán (los ingleses parecían convencidos de la muerte de Hitler) obtendría el cese inmediato de las hostilidades de otra forma que solicitando el armisticio simultáneamente de los anglosajones y los rusos, y sólo después de haber aceptado el principio de la «rendición incondicional». Habría que preguntarse hoy cómo saldrían del atolladero los conjurados, si se hubiesen apoderado del Poder.

En resumen, la revuelta abortada el 20 de julio de 1944 no obtuvo más que dos resultados. Primero: el atentado había hecho de Adolfo Hitler, jefe absoluto de Alemania y comandante supremo de la Wehrmacht, una ruina física y moral. Cierto que sus heridas apenas ofrecían peligro, pero un hombre abrumado por una responsabilidad tan aplastante, soporta peor cualquier malestar, por ligero que sea, que un individuo corriente. Moralmente, jamás llegó a reponerse del golpe (más doloroso que las llagas abiertas en su carne) que le producía la revelación siguiente: que había, en el mismo seno del Ejército, oficiales —e incluso grupos— capaces de traicionar a su caudillo y a su causa. Su desconfianza, hasta entonces más instintiva que razonada, se acentuó en adelante hasta convertirse en una verdadera obsesión. Además, se abandonó a desengañadas reflexiones y dio un trato injusto a gentes que no lo merecían. Me consta que él sufría por esta especie de fobia.

El segundo resultado del atentado fue tan negativo como el primero: en adelante sería imposible toda inteligencia con los aliados para obtener una paz que no supusiera la destrucción del Reich. Como es lógico, la actitud ya intransigente de nuestros adversarios se había reafirmado, puesto que podían contar con la discordia que dividía y debilitaba a Alemania. Tampoco hay que olvidar que la negativa aliada a cualquier especie de compromiso no sólo se aplicaba a una Alemania nacionalsocialista y hitleriana, sino también a los sucesores eventuales del Führer. En tales condiciones, al Gobierno alemán apenas le quedaban posibilidades de lograr una paz normal. Cualquier tentativa en ese sentido hubiera sido desdeñosamente rechazada por los aliados. Y esta certidumbre sin duda reforzaba a Hitler en su resolución de mantenerse inflexible y rígido hasta el final.

XVII
DISPUESTOS A TODO

A medida que se agravaba la situación militar, se extendió el campo de mis actividades. Después de algunas discusiones agridulces con el Estado Mayor del Alto Mando de la Wehrmacht, obtuve por fin el tan deseado aumento de mis «unidades especiales». El único batallón de que hasta entonces disponía fue el núcleo de una brigada de seis batallones, integrados en gran pane con los 1.800 voluntarios de la división «Brandemburgo», que habían respondido a mi llamamiento. Además, me confió el Führer la dirección de la 2.ª Sección del «Servicio Secreto del Ejército» (sabotaje y desmoralización del enemigo).

Durante unas semanas trabajamos en Friedenthal como condenados: reorganización, instrucción, preparación de nuevas operaciones. Cercada por todos lados, Alemania semejaba cada vez más una enorme fortaleza: no sólo teníamos que defender los muros, sino también que atrancar los caminos que tomaban nuestros enemigos, y al mismo tiempo, evitar posibles actos de sabotaje en el interior. Tenía, pues, que buscar un medio que contribuir al triple esfuerzo con mis «unidades especiales». Y ahora, cuando miro hacia atrás, creo poder afirmar que hemos librado importantes batallas.

De ese modo pudieron enorgullecerse los «nadadores de combate» y un destacamento de mis hombres, de haber obtenido un éxito hacia finales de 1944. Los ejércitos británicos, al mando del mariscal Montgomery, acababan de franquear el Waal —uno de los principales brazos del delta del Rin— y de formar, alrededor de Nimega, una cabeza de puente que amenazaba directamente nuestro frente. Por desgracia habían podido

apoderarse del puente tendido sobre el río, de suerte que sus convoyes llegaban sin dificultad hasta la línea de fuego. Como los ingleses habían instalado alrededor del puente unas baterías antiaéreas muy potentes, resultaban infructuosos los ataques en picado de nuestros cazabombarderos.

Enterado de esta situación, discutí con los técnicos la posibilidad de emplear nadadores de combate contra el maldito puente. Aunque la destrucción sólo fuera parcial, representaría un éxito y produciría una disminución, al menos por algún tiempo, de la presión enemiga en aquel sector. Yo sabía que los técnicos navales habían fabricado ya, para un uso semejante, «minas-torpedos». Estos artefactos tienen la forma y el tamaño de un semitorpedo; provistos de cámaras de aire, pueden flotar en la superficie, lo que facilita su manejo en el agua. Los primeros ensayos demostraron que la explosión simultánea de dos de esas minas, amarradas a una pilastra, producía un desplazamiento de agua tan formidable que ningún construcción podría resistir.

La cabeza de puente inglesa se extendía hacia arriba y hacia abajo de Nimega, unos siete kilómetros a cada lado. La orilla izquierda del río estaba enteramente ocupada por el enemigo. Una noche, el capitán Hellmer, que iba a dirigir la operación, partió completamente solo, a nado, para hacer un reconocimiento. Gracias a sus nadadores de goma avanzó con bastante rapidez y sin hacer demasiado ruido. Para disimular la mancha clara del rostro, se envolvió la cabeza con una redecilla de estrechas mallas que, sin embargo, no estorbaba a la vista. Así equipado, se dirigió con prudencia hacia el puente, eligió el pilar que quería hacer saltar y lo examinó minuciosamente. Era preciso que, llegado el momento, cada hombre supiese exactamente los movimientos que tenía que ejecutar. Por encima de él, los carros «Churchill» rodaban hacia el frente. El estrépito de los motores y de los mecanismos de orugas constituía un factor importante del éxito de la empresa; había que esperar que apagaría todo ruido sospechoso que proviniese del agua. Además, a los centinelas ni se les ocurriría vigilar la superficie del río. ¡Cómo iba a venir por ese lado el peligro, si el ejército inglés ocupaba varios kilómetros de terreno a un lado y a otro! Hellmer se dejó llevar silenciosamente por la corriente, pasó entre las posiciones enemigas de las dos orillas y llegó por fin a nuestras líneas.

Unas fechas más tarde, los meteorólogos nos prometieron una noche especialmente sombría, tal vez lluviosa. Precisamente el tiempo que hacía falta para semejante aventura. La botadura de las pesadas minas torpedos era un trabajo rudo, sobre todo porque la artillería inglesa nos obsequiaba con unos obuses muy bien colocados. Resultaron heridos algunos hombres de los que realizaban aquella maniobra. Por fin, ya estaba; los grandes semicilindros flotaban en las inmediaciones de la orilla. Los doce voluntarios se aprestaron y llevando los torpedos entre ellos —tres hombres a cada lado— desaparecieron en la noche empujados por la corriente. Pronto emergió de la oscuridad la imponente silueta del puente. Ya oían el ruido incesante de los camiones y carros que pasaban de una orilla a otra. Se colocaron bajo el puente. Con toda rapidez dejaron las dos minas al pie de la pilastra escogida, una a la derecha, otra a la izquierda y abrieron las válvulas de las cámaras de aire a la vez que dos especialistas quitaban el cortocircuito de los detonadores de retardo. Los dos aparatos, inofensivos hasta entonces, eran ya peligrosos. Lentamente, los enormes «cigarros» se hundieron en las aguas, a lo largo del basamento, mientras los hombres se alejaban nadando con todas sus fuerzas. Cinco minutos más tarde una formidable explosión rasgó la atmósfera. Las minas cumplieron su cometido, la pilastra se derrumbó arrastrando en su caída la pared central de la calzada del puente. Casi al mismo tiempo se animaron las dos riberas del río. Los ingleses comenzaron a disparar, primero al azar, y luego con una puntería cada vez más peligrosa, porque ya los primeros albores permitían distinguir las cabezas de los nadadores. A los pocos minutos, una ráfaga de ametralladora alcanzó a uno de nuestros hombres. Sus camaradas lo rodearon, lo sostuvieron. Varias veces cayeron balas en medio de los nadadores; por un milagro sólo hirieron a dos de ellos, y bastante levemente además. Por fin el grupo se reintegró completo a nuestras posiciones de la orilla derecha, unos diez kilómetros más abajo del puente. Con las fuerzas agotadas, los hombres ilesos treparon por el ribazo, trayendo a cuestas a los tres heridos.

La operación salió perfectamente, pero lo cierto es que desde entonces el enemigo redobló la vigilancia y cualquier repetición de este golpe de audacia se hacía imposible, o por lo menos mucho más difícil.

Al empezar el otoño de 1944 me entregué, con uno de mis batallones, a una extraña actividad. Habíamos convenido con el director de una fábrica de armamento, situada cerca de Friedenthal, que un buen día varios grupos intentarían introducirse en la fábrica y paralizarla; es decir, un simulacro de ataque por parte de saboteadores enemigos.

Ante nuestro asombro, el ejercicio salió muy bien; demasiado bien, pensé yo. Unos veinte hombres, provistos de falsas placas de identidad, penetraron en los talleres y consiguieron, sólo en veinte minutos y sin llamar la atención de los obreros, colocar cargas de explosivos —desde luego simbólicas— en los lugares más importantes y vulnerables de la fábrica. Había en aquella empresa, como en todas las que trabajaban para la defensa nacional, un «destacamento de protección», pero yo saqué la conclusión de que aquel destacamento no protegía absolutamente nada. Al día siguiente, la dirección dirigió un largo informe al Ministerio, y supongo que los destacamentos de protección de las fábricas de armamento recibirían nuevas y más severas instrucciones. El desconcertante resultado de nuestro ejercicio me proporcionó la certeza de que nuestros adversarios directos, es decir, los servicios secretos aliados, y principalmente los que estaban encargados del sabotaje en Alemania, no debían de ser mucho mejores que nosotros. De no ser así, serían muchísimo más frecuentes los sabotajes en nuestras fábricas. No serían ciertamente los destacamentos de protección quienes harían abortar una intentona llevada a efecto por un puñado de hombres decididos.

Hacia la misma época el frente del Este reclamó la intervención de mis «unidades especiales». En los últimos días de agosto, un telegrama urgente me llamó al Gran Cuartel General del Führer. A mi llegada, el general Jodl me presentó a dos oficiales de su Estado Mayor que me hicieron saber el motivo de la llamada.

Poco después del derrumbamiento del sector central del frente del Este, en junio de 1944, un «comando de reconocimiento», es decir, uno de los

destacamentos que el servicio de contraespionaje agregaba a cada ejército, había recibido de un agente ruso que desde el principio de la guerra trabajaba para nosotros muy a retaguardia de las líneas enemigas, el siguiente mensaje radiofónico:

«En un gran bosque al norte de Minsk se ocultan unidades alemanas que hasta ahora no se han rendido todavía».

Varios soldados que, después de haber errado varias semanas por las regiones reconquistadas por los rusos, habían llegado a nuestro frente, habían oído también hablar de aquellas tropas cercadas. Más tarde, el agente había atravesado la línea de fuego y se había presentado al comando de reconocimiento para completar su primer informe. De sus declaraciones se deducía que alrededor de dos mil hombres, al mando de un teniente coronel llamado Scherhorn, se encontraban en una comarca cuyos límites podía él indicar vagamente. Inmediatamente el comando de reconocimiento intentó establecer comunicación por radio con el grupo perdido, pero todos sus esfuerzos habían resultado inútiles. En consecuencia, el Mando Supremo de la Wehrmacht había resuelto hacer lo imposible para dar con el grupo Scherhorn y traerlo a nuestras líneas. Naturalmente se había pensado en mis «unidades especiales».

Por una vez pude responder afirmativamente, a sabiendas de lo que decía. Sabía que los oficiales y los hombres capaces de realizar una faena de ese género se sentirían dichosos por tener ocasión de ir en socorro de sus camaradas perdidos en medio de la marea rusa. La misma noche tomé el avión de vuelta y a mi llegada a Friedenthal nos pusimos al trabajo. En unos días elaboramos un plan que recibió el nombre cifrado de «El cazador furtivo». Luego nos ocupamos de los innumerables problemas de detalles que planteaba una operación así. Nuestro proyecto preveía la formación de cuatro grupos, compuestos de dos soldados alemanes y tres rusos cada uno. Los hombres irían armados con pistolas ametralladoras rusas, llevarían víveres para cuatro semanas; cada destacamento sería equipado también con una tienda de campaña y una emisora portátil. Naturalmente, nuestros voluntarios tendrían que disfrazarse de soldados rusos. Nosotros les procuraríamos todos los papeles, salvoconductos, etc., necesarios. Desde entonces los hombres empezaron a acostumbrarse a los cigarrillos rusos y

cada uno de ellos metió en su macuto galleta y conservas de las del ejército soviético, aunque sólo fuera para poder enseñarlas. Todos pasaron por la mano del peluquero, que les peló casi al rape, siguiendo la moda militar rusa, y los últimos días antes de la partida tuvieron que renunciar a todo aseo personal, así como al afeitado.

Dos de estos grupos iban a tirarse en paracaídas en un lugar al este de Minsk, casi entre las unidades de Borisow y de Cervenj, y se dirigían hacia el oeste, con el designio de explorar los inmensos bosques de la región. De no encontrar al grupo Scherhorn, debían intentar volver a nuestras líneas. Los grupos números 3 y 4 serían depositados entre Dzersinsk y Witeja; se dirigirían hacia Minsk registrando un sector semicircular cuyo eje sería precisamente esa última ciudad. También deberían, en caso de que sus búsquedas resultasen infructuosas, tratar de incorporarse a las líneas alemanas.

Nos dábamos perfecta cuenta de que el plan no podía servir más que de base teórica. Nos veíamos obligados a dejar a cada grupo cierta libertad de acción; como no podíamos darles ninguna instrucción precisa, tendrían que fiarse sólo de su propio olfato y actuar con arreglo a las circunstancias. Contábamos con que la comunicación por radio nos permitiría hacerles llegar nuevas instrucciones, en caso de necesidad. Por el momento teníamos la intención, tan pronto como uno de nuestros destacamentos encontrara al grupo Schernhorn, de hacer construir en el bosque que ocupaba una pista que facilitase el aterrizaje y el despegue de aviones de transporte que, poco a poco, traerían a los soldados.

A fines de agosto, el primer destacamento, mandado por el ayudante P., salió a bordo de un Henkel 111, de la 200.ª escuadrilla. Con febril impaciencia, aguardamos la vuelta del avión, ya que en aquella época había de penetrar más de 500 kilómetros en los territorios ocupados por el enemigo antes de alcanzar el sitio señalado para el descenso en paracaídas (el frente seguía a la sazón el curso del Vístula). Como semejante vuelo sólo podía emprenderse por la noche, ningún caza pudo acompañar al grande y lento avión de transporte. Felizmente, antes del alba tuvimos conocimiento de la vuelta del aparato. La misma noche, el «comando de

reconocimiento» consiguió establecer comunicaciones radiotelefónicas con el destacamento P.

—Mal aterrizaje —anunciaron nuestros hombres—. Tratamos de reagruparnos. Estamos bajo el fuego de varias ametralladoras.

El mensaje acabó ahí. Probablemente el destacamento había sido obligado a huir abandonando la emisora. Noche tras noche nuestra radio acechó hasta el menor chirrido en sus receptores. Nada; no hubo más noticias del destacamento P. ¡Mal principio!

A primeros de septiembre, el segundo destacamento, bajo el mando del cadete S., partió para la gran aventura. El piloto declaró a su regreso que los hombres se habían tirado en el lugar previsto y habían llegado bien al suelo. Pero pasaron cuatro días y cuatro noches sin que recibiésemos ni el menor mensaje. Ya nos temíamos lo peor. Aquel silencio no podía explicarse más que por una catástrofe. Por fin, la quinta noche, nuestra radio, que lanzaba incansablemente la llamada convenida, captó una respuesta. Primero, el santo y seña; luego, la señal secreta que indicaba que nuestros hombres hablaban libremente (una precaución indispensable: la ausencia de esa señal nos advertía que nuestros soldados estaban prisioneros y hablaban bajo la amenaza de un revólver ruso). Y entonces vino la gran noticia: el grupo Scherhorn existía, el cadete S. había conseguido dar con él. A la noche siguiente, el teniente coronel Scherhorn nos dirigió personalmente unas palabras muy sencillas, pero que traslucían su emoción y su profunda gratitud. ¡Qué hermosa recompensa por nuestros esfuerzos y nuestras angustias!

Veinticuatro horas más tarde tuvo lugar la salida del tercer destacamento, conducido por el suboficial M. No sabremos jamás lo que fue de estos cinco hombres. Noche tras noche pusimos nuestra emisora en su longitud de onda, dimos la señal convenida… Y así, semanas y meses… En vano. No llegó respuesta alguna. El destacamento M. desapareció en la inmensidad rusa.

Todavía lanzamos, veinticuatro horas después, el cuarto destacamento, mandado por el ayudante R. Durante los cuatro primeros días nos llamaron con regularidad. Después de aterrizar se pusieron en camino hacia Minsk. Pero no siempre podían seguir en esa dirección, porque a cada paso debían

evitar las patrullas de la policía militar rusa. De cuando en cuando encontraban desertores que les tomaban por compañeros de infortunio. En general, la actitud de la población, en esta parte de la Rusia blanca, era amistosa. De pronto, el quinto día se interrumpieron las comunicaciones con este destacamento. No habíamos tenido tiempo ni para indicarle el sitio preciso en que se encontraba el grupo Scherhorn. Volvimos a la angustiosa espera, que se prolongaba insoportablemente. Todas las mañanas me anunciaba tristemente von Foelkersam:

—Sin noticias de los destacamentos R., M. y P.

En fin, al cabo de tres semanas recibimos de una unidad acampada en un lugar de la frontera lituana el siguiente mensaje telefónico: «El destacamento R. ha alcanzado nuestras líneas sin haber perdido un solo hombre». Lógicamente, los datos que pudiera suministrar el ayudante R. interesaban en el más alto grado a nuestros servicios de información. Son muy escasos los alemanes que han tenido ocasión de recorrer las regiones situadas detrás de las líneas rusas. R. estaba especialmente impresionado por el implacable modo que tenía el mando soviético de aplicar el principio de la guerra total. Todas las fuerzas estaban movilizadas; en caso necesario se recurría también a las mujeres y los niños. Si faltaban medios de transporte, la población civil arrastraba, kilómetros y kilómetros, las barricas de gasolina hasta la línea de fuego, y formaba una cadena para pasar de brazo en brazo los obuses hasta las posiciones de la artillería. Indudablemente, teníamos mucho que aprender de los rusos.

Disfrazado de teniente del ejército rojo, el ayudante R. había extremado la audacia hasta el punto de penetrar en una cantina de oficiales y hacerse invitar a cenar. Gracias a su perfecto conocimiento del ruso, sus anfitriones no habían llegado a sospechar su verdadera identidad. Días más tarde volvió a nuestras líneas, trayendo completo su destacamento.

Teníamos entonces que satisfacer las necesidades más perentorias del grupo Scherhorn, que, aislado desde hacía más de tres años, carecía literalmente de todo. Scherhorn reclamaba antes que nada material sanitario, medicamentos y un médico. El primer médico que descendió en paracaídas en una pradera mal iluminada se rompió los dos pies al llegar al suelo y murió unos días más tarde. Su sucesor tuvo más suerte y llegó sano

y salvo. Luego empezamos a lanzar vituallas y minuciones para las armas ligeras. A consecuencia de las grandes privaciones, el estado sanitario de los soldados era tan malo que, por el momento, era imposible ordenar a Scherhorn que se pusiera en camino.

Cada dos o tres noches la 200.ª escuadrilla destacaba varios aparatos para abastecer el campo atrincherado. Por desgracia, los descensos en paracaídas crecían de precisión: a menudo caían los valiosos fardos en lugares inaccesibles o se extraviaban en medio de la espesura, de manera que siempre había que empezar otra vez. En aquella época elaboré, con los técnicos de la escuadrilla, un plan de salvamento. Pensamos en construir una pista cerca de las posiciones de Scherhorn; cuando estuviera lista, habría que aprovechar las noches más oscuras del mes de octubre para evacuar por vía aérea, ante todo, a los heridos y enfermos, y a continuación a los que estaban sanos.

Para ello enviamos a Scherhorn un especialista en la instalación rápida de aeródromos provisionales. Pero a poco de empezar los trabajos se enteraron los rusos e hicieron imposible la construcción de la pista, por medio de incesantes ataques. Había que buscar otro sistema. Previo un cambio de impresiones con Scherhorn, por radio, decidimos que sus tropas dejarían el campo atrincherado y se dirigirían hacia el norte, para alcanzar, a unos 250 kilómetros de allí, una región sembrada de lagos, próxima a la antigua frontera rusolituana, en los alrededores de Dünaburg. Esos lagos permanecen helados, por lo regular, desde primeros de diciembre. Tan pronto como el hielo se consolidara, serviría de pista de aterrizaje y despegue.

Para facilitar el avance de un grupo tan importante a través de territorios ocupados por el enemigo, Scherhorn dividió sus tropas en dos columnas de marcha. La primera, que se dirigiría hacia el norte, iría precedida de un destacamento de reconocimiento mandado por el cadete S. La segunda, bajo el mando del propio Scherhorn, seguiría una ruta paralela, pero más hacia el sur. Se imponía la necesidad de llevarles ropas de abrigo y mil pequeños objetos, para equiparlos. Multiplicadas por 2.000, estas cosas alcanzaban un volumen considerable, que requería muchos descensos en paracaídas. También hubo que enviarles nueve emisoras y personal ruso, para que, en

caso de dispersión de las tropas, pudiera quedar cada grupo en relación con los demás y con nosotros.

Allá por el 15 de noviembre de 1944 quedó todo preparado y las dos columnas se pusieron en marcha, a pie, porque había que reservar los escasos carros rusos para el transporte de los heridos y enfermos. El avance fue más lento de lo que habíamos pensado. La media diaria oscilaba entre ocho y doce kilómetros. Varias veces tuvo Scherhorn que intercalar jornadas de reposo; así que las columnas no andaban más que unos cuarenta kilómetros a la semana. Además, los despachos hablaban sin cesar de sangrientos encuentros con patrullas de policía rusa; el número de muertos y heridos aumentaba así de día en día. Poco a poco fueron perdiendo la esperanza aquellos de nosotros que conocían Rusia. Las posibilidades que le quedaban al grupo Scherhorn para volver a Alemania eran mínimas, horriblemente mínimas.

El trayecto que debían recorrer los aviones de abastecimiento se acortaba; en cambio, la fijación de los lugares de lanzamiento de paracaídas era cada vez más difícil. Convinimos por radio un sitio preciso del mapa donde tal día y a tal hora se harían señales. A pesar de esas precauciones, un incalculable número de fardos cayó en manos de la policía rusa, que, es preciso decirlo, estaba a la altura de su misión. Sin embargo, nuestra mayor inquietud no procedía de ese lado. De semana en semana, disminuía el cupo de gasolina asignada a la 200.ª escuadrilla, mientras que nuestras necesidades eran siempre las mismas. De vez en cuando conseguía arrancar al servicio de carburantes un cupo excepcional de cuatro o cinco toneladas, insistiendo en lo urgente de los socorros que enviábamos; pero cada nueva petición tropezaba con dificultades mayores. A pesar de las llamadas desesperadas de Scherhorn habíamos tenido que restringir el ya modesto número de vuelos de avituallamiento. Yo me daba cuenta de que Scherhorn y sus camaradas que luchaban a pie firme en condiciones espantosas no podrían comprender nuestros problemas. Traté de mantener, pues, su moral, su fe en nuestra voluntad de ayudarles en todo lo que pudiéramos, dirigiéndoles todos los días unos mensajes que yo intentaba impregnar de optimismo.

En febrero de 1945 me puse al mando de una división en el frente del Este. Aunque tenía que rechazar diariamente furiosos ataques, me esforzaba en proseguir nuestras «misiones especiales». Los mensajes que nos llegaban aún regularmente de las columnas Scherhorn eran cada vez más desesperados: «Envíenos víveres y municiones… Ayúdenos… No nos olvide». La única buena noticia era que Scherhorn acababa de encontrar al destacamento P., el primero de los cuatro que habíamos enviado y que desde el mes de agosto dábamos por perdido. Pero aparte de esto, estas conversaciones nocturnas representaban para mí una verdadera tortura. A la sazón, apenas podíamos enviar un avión de socorro por semana. El trayecto de ida y vuelta sobrepasaba los 800 kilómetros. También disminuían trágicamente las cantidades que podíamos enviar. Día y noche me devanaba los sesos para encontrar el modo de ayudar a aquellos hombres que no querían abandonar la lucha. Pero, ¿cómo hacerlo?

Hacia fines de febrero los cupos de gasolina fueron suprimidos por completo. Por poco reviento de rabia al pensar en las enormes cantidades de gasolina que las tropas enemigas iban recogiendo en el curso de su avance. En cada aeródromo del Warthegau que los rusos iban ocupando había almacenados cientos de toneladas de gasolina para avión.

El 27 de febrero el cadete S. nos mandó el mensaje siguiente:

«Llegado con destacamento de reconocimiento a la región de los lagos. Moriremos de hambre si no recibimos rápidamente víveres. ¿Pueden venir a buscarnos?»

Luego, a medida que las emisiones flojeaban, las llamadas se hicieron más apremiantes. Y nosotros no podíamos hacer nada. Al final, S. mendigaba sólo un poco de esencia para poder cargar de nuevo los acumuladores de la emisora.

«No pido más que una cosa… Poder mantener comunicación con ustedes… poder oírles».

El desastre, y también el increíble abandono que reinaba en ciertos servicios, fueron al fin y a la postre más fuertes que nosotros. Ya no se podía ni soñar con abastecer a aquellos desventurados, y menos aún con ir a buscarles. No obstantes, nuestros radiotelefonistas permanecieron noche tras noche ante sus aparatos, con los auriculares puestos, y eso a pesar de

nuestras retiradas constantes y a menudo precipitadas. De cuando en cuando llegaban a establecer comunicación con tal o cual grupo de las columnas Scherhorn. A veces recibíamos aún un llamamiento desesperado; luego, a partir del 8 de mayo, el silencio ya no fue roto. Scherhorn no volvió a contestar. La operación «Cazador furtivo» se había derrumbado.

A fines de agosto se estaba fraguando una nueva catástrofe en el frente del Este. Todo el grupo de ejércitos que sostenía el sector meridional —Besarabia y Rumania— parecía haber sido sumergido y literalmente tragado por el irresistible avance de la marea soviética. Seguíamos ansiosamente sobre el mapa, guiados por las indicaciones un tanto vagas de los comunicados, la progresión continua de las divisiones rusas a través de Rumania. ¿Qué iba a ser, después de aquel hundimiento, de las numerosas colonias de alemanes instaladas desde hacía siglos en aquellos parajes?

A principios de septiembre recibí la siguiente orden del Gran Cuartel General del Führer:

«Formar inmediatamente dos pelotones para operación a realizar sin demora. Están preparados aviones para el transporte. Tarea del mando: Obturar en lo posible los desfiladeros de los Cárpatos meridionales; practicar reconocimientos en las zonas ocupadas ya por el enemigo; entorpecer las comunicaciones rusas; ayudar a organizar y acelerar la evacuación de las poblaciones de raza alemana».

Henos una vez más encargados de una misión decidida precipitadamente en el último momento, cuando el éxito de una operación de comando dependía principalmente de una larga y minuciosa preparación. ¡Mala suerte! Lo haríamos lo mejor que pudiésemos. El subteniente G me pareció el más indicado para mandar el destacamento, que se compondría de algunos elementos de choque, de varios suboficiales de ingenieros y de una decena de soldados seleccionados por su perfecto conocimiento de la lengua rumana. Con una celeridad febril, reunimos el equipo necesario; luego, la partida era una incógnita; ésta era la palabra justa, ya que la situación militar cambiaba continuamente. Por suerte, habíamos tenido la idea de enviar como explorador un avión de reconocimiento por la región

indicada en la orden del Gran Cuartel General. Así pudimos saber en el último minuto que el aeródromo de Temezvar, en que debía aterrizar nuestro destacamento, estaba ya ocupado por el enemigo. Los aviones de transporte tomaban tierra en un campo de urgencia construido por el cuerpo de ejército Phleps.

Apenas desembarcado, se dividió el destacamento en cuatro grupos de combate que consiguieron llegar a las gargantas de los Cárpatos. En aquel momento ya no se podía hablar de un verdadero frente alemán en aquel sector; nuestras tropas estaban en franca derrota; la iniciativa pertenecía exclusivamente a los rusos, que avanzaban y avanzaban. Sin embargo, nuestros hombres lograron hacer más lento durante algunos días el paso del enemigo por ciertos desfiladeros de los Cárpatos, así como ayudar eficazmente a varios grupos de paisanos alemanes, hombres y mujeres, que huían desordenadamente, a la desesperada. Pronto, sin embargo, tuvieron que batirse nuestros comandos en retirada. El teniente G. y los hombres de su grupo, disfrazados de soldados rumanos, entraron con las tropas rusas en Kronstadt. Colocaron flores en los cañones de sus fusiles ametralladores, con objeto de «celebrar el avance victorioso del ejército rojo». Pero en seguida les abandonó la suerte que hasta entonces les había sonreído; cuando trataban de escabullirse hasta las primeras líneas soviéticas, fueron reconocidos. Después de molerlos a culatazos, los rusos los desnudaron casi por completo, y luego, sin siquiera un simulacro de proceso, los alinearon en la cima de una colina para pasarlos por las armas. En el último momento, G. dio un bote y se fugó. Al cabo de una jadeante carrera de varios kilómetros, con el pie derecho atravesado por un balazo, pudo ocultarse en un pantano. A la noche siguiente, al amparo de la oscuridad, regresó a nuestras líneas, que el mando acababa de restablecer bien que mal. Gracias a sus observaciones de los movimientos enemigos, nuestras tropas consiguieron, días más tarde, salvar de un cerco total a una división alemana que luchaba aún en la región de Gyergyoti. Los otros tres destacamentos volvieron, después de sufrir ligeras pérdidas, y trajeron informaciones preciosas sobre los efectivos y los preparativos rusos.

Las operaciones de esa clase eran las que más me gustaban. Con frecuencia algunos grupos poco numerosos, pero compuestos íntegramente de hombres resueltos, podían obtener resultados casi increíbles. Desgraciadamente, el éxito de la última empresa no era más que un débil rayo de sol en un sombrío y angustioso panorama. Un hecho observado por uno de mis oficiales, jefe de un destacamento de los de G., iluminó con una luz especialmente siniestra la situación ya tan alarmante: en Rumania, más allá de los Cárpatos, ese destacamento había encontrado una unidad, de unos 2.000 hombres, de artillería antiaérea. Aquellas tropas, perfectamente equipadas y dueñas aún de todos sus cañones —armas muy modernas, de tiro rápido—, se habían detenido en un valle, al borde de una carretera, y allí aguardaban sin saber qué hacer; es decir, se rendían ya antes de la llegada de los rusos. De estos 2.000 hombres, sólo trescientos se habían unido a nuestro destacamento y habían conseguido llegar con él a nuestras líneas. Los demás habían preferido quedarse estúpidamente, pasivamente, sin tener siquiera voluntad para intentar abrirse camino hasta las zonas que estaban todavía en nuestro poder. Debieron de haberse rendido a las primeras patrullas soviéticas aquellos 1.700 hombres que disponían de un formidable armamento, pero que carecían de energía para servirse de él. Y tan lamentable historia se reprodujo, de seguro, decenas, cientos de veces en el frente del Este. ¿Habría que deducir de esto que la moral del soldado alemán estaba socavada, que nuestras tropas no creían en la posibilidad de una victoria final? ¿O se trataba simplemente de una manifestación de la «psicosis rusa» observada a veces en los sectores más castigados del frente del Este, es decir, de un fenómeno excepcional provocado por un exceso de fatiga física y nerviosa? En aquella época yo esperaba ardientemente que no fuera más que esto, pero no podía evitar un sordo malestar.

XVIII
SINIESTRO CREPÚSCULO

El 10 de septiembre de 1944, mientras me ocupaba en Friedenthal de reorganizar mis batallones para transformarlos en una tropa homogénea, apta para emprender cualquier operación, recibí una convocatoria para que me presentara en el Gran Cuartel General del Führer. A la sazón la «Brecha de los lobos» no quedaba muy lejos de las primeras líneas; el frente estaba nada más que a diez kilómetros al este. Por lo tanto, había sido preciso transformar la disposición de aquella verdadera ciudad que constituía el cuartel general. Acababan de terminar el nuevo refugio principal —el «Führerbunker»—, un enorme bloque de hormigón armado, con una bóveda de siete metros de espesor. Como no tenía ni una sola ventana, hubo que instalar un sistema de aireación muy complejo y que funcionaba bastante mal; así que la estancia en el «bunker» era bastante desagradable, ya que el hormigón, aún no seco del todo, desprendía emanaciones molestas.

En cambio, la espaciosa barraca central parecía bastante más acogedora, con sus amplios ventanales y sus habitaciones claras y ordenadas. Allí se celebraban diariamente, de las dos de la tarde a las diez de la noche, las conferencias militares llamadas abreviadamente «situaciones», en el curso de las cuales se tomaban las decisiones más importantes. A mi llegada, a las diez de la mañana, el general Jodl me informó de que asistiría durante algunos días a aquellas deliberaciones, o, más exactamente, a las discusiones relativas al sector meridional del frente del Este. Parecía ser que el Alto Mando tenía la intención de confiarme una misión extremadamente importante en aquel sector.

Aunque yo participaba sólo en las conferencias que versaban sobre una parte del frente, pude darme cuenta con toda rapidez del angustioso atasco en que se encontraban las autoridades militares. El «Alto Mando del Ejército» no mandaba, en realidad, más que en el frente del Este; los otros frentes, incluidos los Balcanes, dependían directamente del «Estado Mayor de Operaciones de la Wehrmacht». Por su parte, la Marina y la Luftwaffe enviaban oficiales de sus Estados Mayores respectivos a dar el parte cotidiano. Por encima de estos diversos servicios, Adolfo Hitler venía a ser el órgano de coordinación, sobre todo desde que había tomado el mando supremo de todas las fuerzas armadas.

Aplastante carga, sobrehumana quizá, incluso para un superhombre.

Una vez en el salón de la barraca central, apenas tuve tiempo de presentarme a los numerosos generales y oficiales de Estado Mayor, porque un toque de atención nos puso a la expectativa. Seguido del mariscal Keitel y del general Jodl, hizo su entrada el Führer.

Asustado, por no decir espantado, contemplé a aquel hombre, tan diferente del que tenía fielmente grabado en mi memoria. Susto aún mayor, puesto que nuestro primer conocimiento databa sólo del último otoño; no hacía ni un año. Vi como avanzaba hacia nosotros un hombre infinitamente cansado, encorvado, terriblemente envejecido; incluso parecía fatigada su voz profunda, tan vibrante en otro tiempo. ¿Padecería algún mal oculto que le minaba? Su mano izquierda temblaba tan violentamente que tenía que cogérsela con la derecha. ¿Era una consecuencia del atentado del 20 de julio? ¿O era que el Führer estaba hundido bajo el peso terrible de las responsabilidades que había asumido y que prácticamente aguantaba él solo desde hacía años? No pude menos de preguntarme dónde encontraría aquel anciano la energía necesaria para el cumplimiento de su misión.

Adolfo Hitler tendió la mano a los oficiales que estaban cerca de la puerta, me dirigió unas palabras amables y a continuación pidió que le leyeran los partes. Dos taquígrafos se sentaron a un extremo de la mesa central. Todos los oficiales permanecieron de pie; para el Führer había un taburete detrás de la mesa, pero no lo ocupó más que de vez en cuando algunos ratos. Ante él tenía varios lápices de color y sus gafas.

El general Jodl expuso la situación. Nosotros seguíamos fácilmente sus explicaciones en el inmenso mapa que cubría la mesa. Desfilaban interminablemente divisiones, cuerpos de ejército, regimientos acorazados. Aquí, los rusos han atacado, pero hemos podido contestarles. Allí, han conseguido formar una profunda bolsa que tratamos de reducir por contraataque. Yo estaba asombrado de ver cuántos detalles sabía el Führer de memoria: el número de carros disponibles en tal o cual lugar, las reservas de carburante, la importancia de los refuerzos enviados, etc… Sin cesar citaba nuevas cifras y ordenaba, sobre el mapa, los movimientos de tropas. La situación era grave. El frente seguía casi, salvo algunos salientes, la frontera entre Hungría y Rumania. Echando mano de mi personal experiencia, me hacía yo algunas preguntas angustiosas: ¿Se hallarían aún en estado de combatir las divisiones que acababa de nombrar? ¿En qué situación se encontrarían su artillería, su parque de automóviles? ¿Cuántos carros y cañones habrían sido destruidos o perdidos desde el momento en que fue redactado el parte sobre el cual nos basábamos en aquel momento?

—Apenas se han tomado hoy decisiones verdaderamente importantes —murmuraron cerca de mí unos oficiales de Estado Mayor.

Tales palabras me recordaron que en las altas esferas de la jerarquía militar no se calcula más que por ejércitos y grupos de ejércitos.

Cuando le llegó al representante de la Luftwaffe el turno de informar, tuve la sensación de que algo vacilaba. El Führer se encaró con él, y en un tono seco le pidió que se expresase de un modo más concreto. Parecía que la Luftwaffe, tan querida en otro tiempo, ya no disfrutaba de su predilección. Efectivamente, la exposición del oficial era singularmente fría y desprovista de toda efusión. Con un breve gesto, el Führer le interrumpió y se volvió. El general Jodl me hizo una seña para que saliese, porque iban a examinar la situación de los demás frentes.

En la antecámara me detuve a charlar con unos jóvenes oficiales del Estado Mayor General. Mientras sorbíamos el vermut que permiten las ordenanzas, hablamos del frente del Este. En Varsovia, el ejército clandestino de la resistencia polaca acababa de desencadenar la insurrección; se desarrollaban sangrientos combates en toda la ciudad. Más

al sur, la situación era aún peor; las noticias de ese sector eran francamente catastróficas.

—No podemos decir todo esto al Führer —declaró uno de mis interlocutores—. Habrá que encontrar un medio de salir del atolladero sin que él lo sepa.

Tres días después se olvidaron de mandarme salir antes del examen de la situación de los demás frentes. El oficial encargado del informe no pudo silenciar la verdadera catástrofe que se había producido en aquel sector. Hitler, que acababa de sentarse, se levantó de un salto.

—¿Por qué no me han informado antes de eso? —aulló tirando los lápices contra la mesa, con tanta violencia que rodaron al suelo.

Todos callaron, embarazados, mientras el Führer daba rienda suelta a su cólera, dirigiéndose sucesivamente al general Jodl, al Alto Mando del Ejército y a la Luftwaffe. Yo traté de empequeñecerme, al menos en la medida de lo posible. Experimenté una penosa sensación; quisiera hallarme fuera de allí. ¿Era realmente necesario que los responsables recibieran aquel «chaparrón» ante un concurso tan numeroso? Bruscamente Hitler se calmó y se volvió hacia otro general para hacerle unas preguntas concretas.

—¿Disponemos aún de reservas en este sector? ¿Será posible hacerle llegar a tiempo un tren de municionamiento? ¿Existe cerca alguna unidad pesada de ingenieros?

Entonces comenzó la difícil y delicada labor de arreglar el desaguisado. Apelando a todas las reservas, se podía enviar alguna ayuda a los más castigados. Por esa vez, las cosas podían arreglarse, mejor o peor.

Por la tarde encontré a varios oficiales que conocía. Todos estaban pesimistas; lo cierto es que las noticias estaban muy lejos de ser alegres. Un solo rayo de sol aclaró este cuadro tenebroso: cuando paseaba un tanto desolado por las sendas del jardín me encontré frente a frente con Hanna Reitsch. Me dijo que acababa de traer al Gran Cuartel General al caballero von Greim, uno de los principales generales de la Luftwaffe, y me invitó a ir a su barraca. A medianoche, y después de la «situación» de la tarde, busqué a tientas el camino del pabellón reservado a los huéspedes de calidad. En una gran pieza, especie de *living-room,* Hanna me presentó al caballero von Greim, rostro fino y simpático, de rasgos acusados que

subrayaban aún más los cabellos, de una blancura de nieve. Enseguida se orientó nuestra conversación, abandonando cualquier trivialidad convencional, hacia dos cuestiones candentes que, en el fondo, no eran más que una: la guerra y la Luftwaffe. Me asombró la energía de que todavía daba pruebas el general en las circunstancias aquellas. Me explicó el motivo de su venida al Gran Cuartel General: el Führer quería retirar el mando de la Luftwaffe al mariscal Goering y nombrar a su lugar a von Greim. A pesar de todo, Goering quería conservar la supervisión de los asuntos de personal, mientras que von Greim reclamaba poderes absolutos. Actualmente la cuestión estaba en suspenso. Con una violencia extraordinaria criticó el caballero al Estado Mayor de la Luftwaffe y, sobre todo, a Goering.

—La Luftwaffe se ha dormido sobre sus laureles, merecidos, desde luego, de los años 1939 y 1940, sin preocuparse de preparar el porvenir. Las palabras pronunciadas por Goering: nuestra aviación es la mejor, la más rápida y la más valiente del mundo, no bastan para conseguir la victoria final —declaró amargamente von Greim.

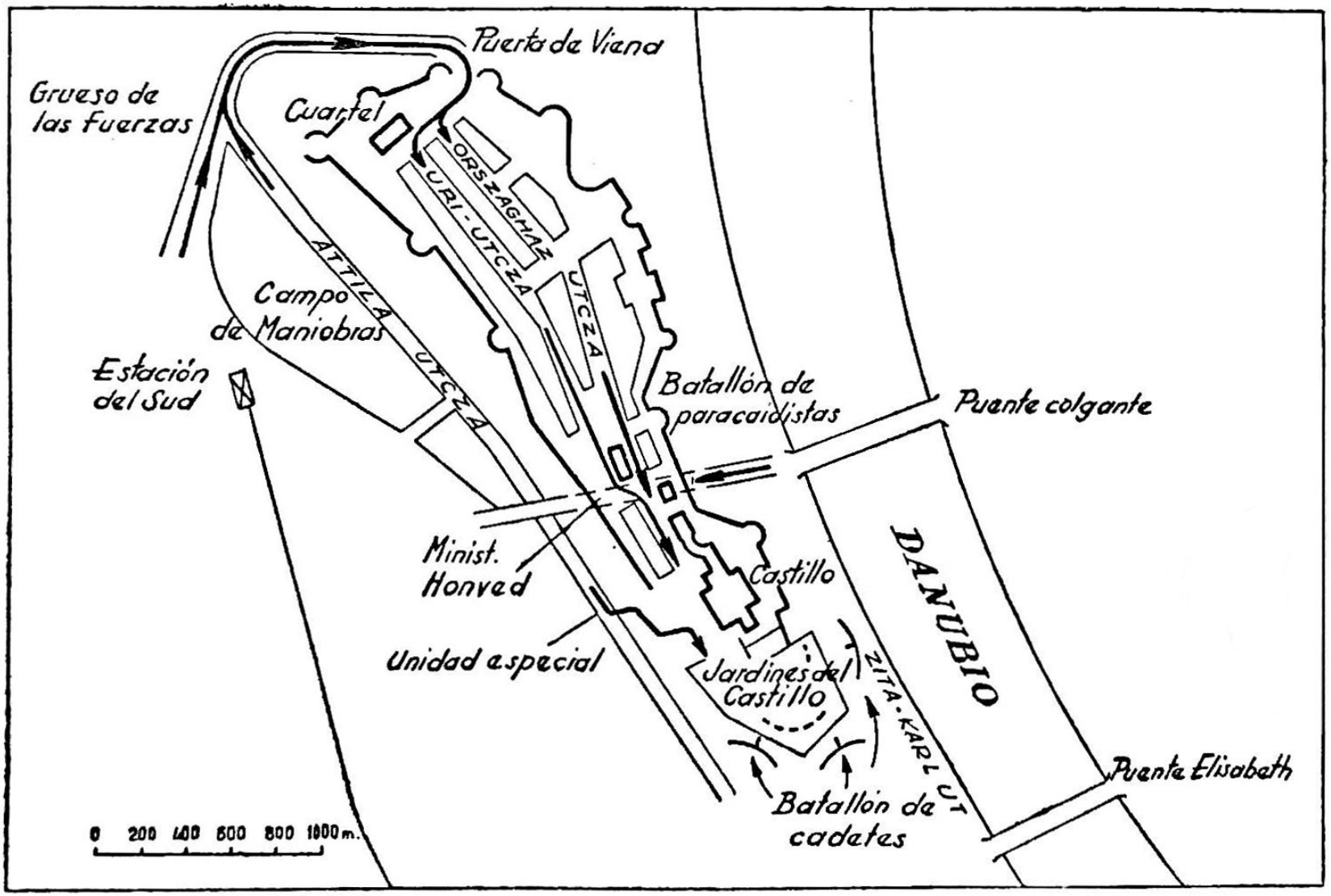
Luego esbozó un cuadro pesimista de nuestra situación aérea. Hoy no tengo en la memoria todos los detalles; en cambio, recuerdo aún que el general entreveía alguna esperanza, ciertamente la única: los nuevos cazas de reacción iban a entrar en servicio. Quizá pudiéramos, gracias a esos aparatos, responder a los incesantes ataques de los bombarderos aliados y volver a conquistar, al menos en parte, la supremacía aérea. Yo me pregunto si con un poco de buena voluntad no hubiéramos podido poner mucho antes esos aviones a disposición de nuestros pilotos. Me consta que el estudio de dichos aparatos estaba terminado desde 1942. ¿Sería éste otro de los capítulos de la historia de nuestra guerra que habría que titular «Demasiado tarde»?

XIX
INTERVENGO EN HUNGRÍA

TRES días después, al acabar la «situación» de la tarde, el Führer me hizo seña de que me quedara. Retuvo también al mariscal Keitel, al general Jodl, a Ribbentrop y a Himmler, que por excepción estaba presente aquel día. Ocupamos las butacas que había en torno a una mesita, y Adolfo Hitler resumió en pocas frases los últimos acontecimientos del sector sureste. A roda costa había que sostener el frente recién estabilizado a lo largo de la frontera húngara, puesto que en aquel inmenso saliente se encontraban un millón de soldados alemanes que, en caso de hundimiento súbito, serían hechos prisioneros inevitablemente.

—Hemos recibido —continuó el Führer— informes confidenciales según los cuales el regente de Hungría, almirante Horthy, intenta establecer contactos con el enemigo con objeto de negociar una paz separada. El éxito de sus conversaciones significaría la pérdida de nuestro ejército. No sólo quiere tratar Horthy con las potencias occidentales, sino también con Rusia, a la que ha ofrecido la rendición total. Usted, comandante Skorzeny, va a preparar la ocupación militar del Monte del Castillo (Burgberg) de Budapest. Efectuará esta operación en cuanto sepamos de cierto que el Regente traiciona las obligaciones dimanantes de su tratado de alianza con Alemania. El Estado Mayor General piensa —según creo— en un ataque de paracaidistas o en un aterrizaje de varios aviones sobre el mismo Monte. Para esta empresa se pondrá usted a las órdenes del nuevo jefe de nuestras tropas de Budapest, general N. No obstante, empezará usted los preparativos hoy mismo, porque el Estado Mayor de N. están aún

formándose. Para que pueda vencer todos los obstáculos que encuentre, le daré una orden escrita que le confiere poderes muy amplios.



EL CASTILLO DE BUDAPEST. OPERACIÓN BAZOOKA

Entonces me leyó el general Jodl la lista de las unidades que ponían a mi disposición: un batallón de paracaidistas de la Luftwaffe, el sexto batallón de paracaidistas de las Waffen S. S. y un batallón de infantería motorizada constituido por alumnos de la Academia Militar de Wiener Neustadt. Además, des escuadrillas de planeadores de transporte serían llevadas a Viena y sometidas a mis órdenes.

—También tendrá usted, mientras dure la operación, un avión de la escuadrilla afecta al Gran Cuartel General del Führer, para sus desplazamientos personales —concluyó Jodl.

Durante unos minutos habló Hitler con Ribbentrop de los partes enviados por la Embajada alemana a Budapest. Según los últimos despachos, la situación debía ser considerada como «muy tirante», pues el Gobierno húngaro se hallaba francamente deseoso de abandonar al Eje. Luego el Führer firmó la orden para mi misión y me la tendió diciendo:

—Cuento con usted y con sus hombres.

A continuación se retiró. Luego se despidieron los demás, dejándome solo. Al ojear rápidamente el documento, me chocó el ver que iba a disponer de medios de acción prácticamente ilimitados. En la hoja de «papel de Estado», de gran formato, que tenía en el ángulo superior izquierdo, en relieve dorado, el águila con la cruz gamada, y debajo, los caracteres góticos el letrero «El Führer y Canciller del Reich», leí:

> «El comandante de la reserva Otto Skorzeny está encargado por mí de la ejecución de una orden personal y confidencial de la mayor importancia. Ruego a todas las autoridades militares y civiles que presten al comandante Skorzeny todo su apoyo y atiendan todas sus indicaciones».

Bajo estas frases, la firma, trazada con mano temblorosa, del jefe de Alemania. Por un instante imaginé que con tal carta blanca podría poner al Reich entero boca abajo, a capricho mío. Pero decidí utilizarla lo menos posible. Ya había aprendido a desconfiar de la obediencia ciega de las

oficinas en que uno presenta una «orden superior». Prefería la comprensión y colaboración espontánea de aquellos a quienes tenía que dirigirme.

Eran las dos de la madrugada, pero antes de acostarme quería tomar las primeras providencias. Hacía dos días que había tenido la feliz idea de transmitir la orden de alerta a una de mis brigadas, el antiguo batallón de cazadores número 502. Así que pedí comunicación con el capitán von Foelkersam para darle instrucciones:

—Hola, Foelkersam. Acaban de encargarme una operación de gran envergadura. Tome nota, por favor: la primera compañía, reforzada con algunos elementos seleccionados, embarcará esta mañana, a las ocho en punto, en el aeropuerto de Gatow. Triplique la provisión acostumbrada de municiones y agregue el equipo completo para cuatro secciones de dinamiteros. Dé a cada hombre víveres para seis días. Ponga la compañía a las órdenes del teniente Hunke. El oficial que manda la escuadrilla de aviones de transporte conoce el lugar de destino. Yo saldré de aquí en avión a la misma hora; hacia las diez llegaré al aeródromo de las fábricas Henkel, cerca de Oraniemburgo. Vaya a buscarme; al mediodía saldremos usted, Ostafel, Radl y yo. ¿No hay novedad? Perfectamente. Hasta pronto.

Reposé unas horas y luego volé a bordo de un Henkel 111. Al contemplar el paisaje reflexionaba acerca de las consecuencias que inevitablemente tendría la defección húngara. Nos lo jugábamos todo: todo un ejército —un millón de hombres— cuya situación se haría muy precaria, más bien desesperada, si las divisiones húngaras de los Cárpatos suspendían el fuego o si, cosa todavía peor, se pasaban al enemigo. Y si por añadidura perdíamos Budapest, plataforma de nuestras líneas de comunicación… entonces sí que sería una catástrofe inimaginable. ¡Con tal de que yo pudiese obrar a tiempo!

Bruscamente me acordé de los planeadores de transporte que el Führer había puesto a mi disposición. Había también dos batallones de paracaidistas. ¿Cómo podían imaginar los señores del Estado Mayor un ataque de paracaidistas contra el Monte del Castillo? Y no hablemos del insensato proyecto de hacer aterrizar a los aviones en la cima del Monte. Yo conocía muy bien Budapest; el único sitio que, en rigor, permitiría realizar lo que nos proponíamos era el gran campo de deportes llamado —sólo Dios

sabe por qué— el Campo de la Sangre. Pero si los húngaros cambiaban la chaqueta nos exponíamos a ser fácilmente barridos, antes de haber tenido tiempo de agruparnos, por los fuegos convergentes del Monte inmediato y de las casas que rodeaban la explanada. Quizá fuera posible, al menos, hacer aterrizar algunos destacamentos de choque… En fin, ya veríamos, cuando llegase el momento.

A la hora prevista llegué a Oraniemburgo, donde me esperaba Foelkersam. Me dijo que mi primera compañía ya había partido para Viena, lugar de cita de las diferentes divisiones puestas bajo mis órdenes. Llegamos en coche hasta Friedenthal para recoger nuestras cosas; después, acompañados por Radl y por Ostafel, zarpamos en avión para la capital austríaca. Llevábamos en el equipaje una caja de un nuevo explosivo recientemente salido de los laboratorios del Ejército. Hubiera sido un magnífico viaje si no fuéramos pensando continuamente en tropezar con un avión enemigo, cosa bastante probable, dada la actividad de la caza aliada sobre Alemania. ¡Un proyectil en la caja y todo saltaría! A decir verdad, íbamos demasiado ocupados con nuestros proyectos para pensar en ello. De común acuerdo decidimos motorizar todas nuestras tropas. ¡Menudos líos en perspectiva, con los servicios de distribución de vehículos! Sabíamos que era imposible encontrar camiones en aquellos días. El frente del este y también, desde hacía unas fechas, el del oeste, habían devorado tanto que ni la industria más poderosa del mundo hubiera podido llenar los vacíos que quedaban.

En Viena, allanamos, en tres días solamente, todas las dificultades. En Wiener Neustadt pasé revista a mi batallón de infantería compuesto de mil cadetes, una magnífica selección de buenos mozos, animados por un espíritu combativo extraordinario. Los paracaidistas de la Luftwaffe habían llegado a Viena al mismo tiempo que el batallón de paracaidistas de las S. S. que venía del frente del este. Los primeros estaban en perfectas condiciones, los oficiales parecían muy animosos, mientras que las S. S. parecían estar en baja forma después de los duros combates de las semanas anteriores. Era el mismo batallón que en 1944 había participado en la operación contra Tito.

Una vez resueltos los numerosos problemas planteados por la motorización y el equipo de nuestras tropas, partí, acompañado por Radl, para Budapest. Ya era tiempo de que estudiase sobre el terreno la evolución de la situación. Provisto de documentos a nombre de doctor Wolff y vestido con un magnífico traje de paisano, me presenté en la capital húngara en casa de cierto señor X, al cual me había recomendado calurosamente un amigo común. El buen hombre me recibió con los brazos abiertos, con una hospitalidad digna de las mejores tradiciones magiares. ¡Llegó a irse para dejarme la libre disposición de su departamento, incluido criado y cocinera! Casi me avergüenza confesar que jamás en mi vida había vivido tan bien como en aquellas tres semanas, y ello en el quinto año de guerra. Mi huésped se hubiera sentido ofendido de haber yo rechazado sus obsequios.

Entretanto, mi jefe inmediato, el general N., había llegado también a Budapest. Se esforzaba por constituir ante todo, un Estado Mayor capaz de trabajar; como carecía de oficiales, le presté a Foelkersam y a Ostafel. Con el objeto de estar preparados para cualquier eventualidad, elaboramos un plan de alerta para todas las tropas alemanas del interior y de los alrededores de Budapest, destinado a asegurarnos, en caso de gresca, la posesión de las vías férreas, estaciones y centrales telefónicas y telegráficas.

Nuestro servicio secreto había podido averiguar que el hijo del Regente, Nicolás von Horthy, acababa de tener una primera conversación —ultrasecreta, por descontado—, con emisarios de Tito. Estaba claro que los húngaros querían establecer contacto con el Alto Mando soviético, por mediación de los guerrilleros yugoslavos, con el designio de negociar una paz separada. Por esta vez, las informaciones del Gran Cuartel General del Führer habían resultado ciertas. Durante una conferencia con los jefes de información, decidimos vigilar los movimientos de Nichy Horthy, colocando junto a él un agente nuestro. Y en efecto, un croata, bien relacionado en los círculos gubernamentales, consiguió rápidamente granjearse la confianza de los yugoslavos al mismo tiempo que la de Horthy hijo. Así supimos que próximamente el mismo Regente tomaría parte en una reunión secreta de conspiradores. Noticia marcadamente desagradable para nosotros, porque no hubiéramos querido ver al jefe del Estado en persona comprometido en el asunto. Dejé a los servicios secretos y a la

policía de seguridad el cuidado de hallar una solución; yo tenía otras preocupaciones.

Cada vez que mi coche escalaba las cuestas del Monte del Castillo —iba unas veces a ver a nuestro agregado militar, otras a ver a nuestro embajador y otras al general en jefe— aumentaba mi angustia porque no veía cómo iba a ser posible, llegado el caso, apoderarme de aquella colina que constituía una especie de fortaleza natural. Aunque la orden del Führer estaba concebida en términos más bien vagos, yo no imaginaba, para impedir la defección de Hungría, más que una acción militar contra el barrio del Gobierno y el Castillo. Acción que iniciaría automáticamente ante la primera manifestación de hostilidad de las autoridades magiares contra Alemania.

Encargué a Foelkersam que estudiase minuciosamente todos los planos de la ciudad que pudiera procurarse, y que completase sus conocimientos teóricos con exploraciones frecuentes por las calles del barrio que nos interesaba. Este trabajo nos reservaba toda clase de sorpresas: bajo el Monte del Castillo se extendía un verdadero laberinto de túneles, corredores y pozos, lo que ciertamente no nos facilitaría la tarea cuando hubiese que pasar a la acción. Como nuestro dispositivo de alerta, al fin ultimado, ponía en mis manos la ocupación del monte con tropas de las que se hallaban bajo mis órdenes directas, mandé venir mis tres batallones. Abandonaron Viena a principios de octubre y se instalaron en las afueras de Budapest.

En la misma época, el Gran Cuartel General del Führer nos mandó al «Obergruppenführer» de las S. S. Bach-Zelewski (una especie de general de brigada), que debía tomar el mando de todas las tropas alemanas acantonadas en Budapest. Era un jefe enérgico hasta la brutalidad; presumía de «hombre de puños y especialista en golpes duros». Venía de Varsovia, donde acababa de aplastar la insurrección del ejército polaco del interior. En seguida declaró que estaba resuelto a mostrarse, si era preciso, tan implacable como en la capital polaca. Para eso, agregó, había traído un mortero de 65 cm. Hasta entonces sólo se había utilizado dos veces aquel cañón monstruoso: primero para derribar los muros ciclópeos de la ciudadela de Sebastopol; luego, con ocasión de los recientes combates de Varsovia. A mí me pareció innecesaria semejante brutalidad y no se lo

oculté; a mi juicio, conseguiríamos nuestros fines mejor y más rápidamente empleando medios más elegantes. La operación prevista, bautizada en clave con el nombre de «Bazooka», resultaría igual sin la ayuda del mortero gigante. Por el contrario, ciertos oficiales parecían impresionados por los modales rudos y violentos de Bach-Zelewski; tal vez se sentían algo intimidados. Pero yo no me achiqué ante sus gritos y puñetazos sobre la mesa y, a fuerza de insistir en mi punto de vista, logré finalmente lo que quería.

Desgraciadamente yo no era dueño de mis acciones. Al revés de lo ocurrido en Italia, donde únicamente tenía que rendir cuentas ante el general Student, y donde tenía en la práctica una total independencia para disponer la operación que me habían encargado, ahora tenía que asistir a interminables conferencias y tener en cuenta toda clase de factores de índole personal. El parecer del general N. no coincidía exactamente con el del embajador, quien, a su vez, no compartía del todo la opinión del general de policía Winckelmann. Los servicios secretos y ciertas personalidades húngaras que tomaban parte en nuestras deliberaciones, aportaban también su granito de arena. Yo estaba muy satisfecho de no ser el que tuviese que coordinar tales tendencias. Pero no comprendía bien por qué discutíamos siempre los planes en presencia de quince o veinte oficiales. Era muy posible que el Gobierno húngaro hubiera oído hablar de aquellas sesiones y, adivinando más o menos de lo que se trataba, tomase precipitadamente algunas determinaciones. Este temor parecía fundado, porque sabíamos ya que el general M., jefe supremo del ejército húngaro de los Cárpatos, negociaba directamente con los rusos.

El 8 de octubre de 1944 tuvo lugar una conferencia nocturna entre Nicolás Horthy y los emisarios yugoslavos. Pero la policía alemana, aunque fue prevenida a tiempo, no intervino. Se preparaba otra reunión para el domingo 15 de octubre, en un gran edificio próximo a los muelles del Danubio. ¡Había llegado el momento de actuar! El 13 de octubre el Gran Cuartel General del Führer envió a Budapest al general Wenck, que asumiría, en caso de disensiones, el mando de todas nuestras fuerzas y procedería en vista de los acontecimientos y con pleno conocimiento de causa. Esta vez la policía de seguridad estaba decidida a detener al hijo del

Regente, así como a los yugoslavos. El proyecto de una acción policíaca estaba probablemente inspirado por la esperanza de que el Regente, deseoso de salvar a su hijo, abandonaría la idea de una paz separada. El general Winckelmann, jefe de las fuerzas de policía, me pidió que le prestase una de mis compañías en la mañana del 15 de octubre, porque sabía que la primera conversación de Nicolás Horthy se había desarrollado bajo la protección de un destacamento de la Honved. Como era muy probable que los húngaros tomasen la misma precaución esta vez, mi compañía se encargaría de neutralizar a las tropas magiares. Yo le prometí mi ayuda, con la condición de poder decidir yo mismo acerca de la oportunidad y del momento preciso de nuestra intervención.

El domingo 15 de octubre de 1944 un sol radiante brillaba en un cielo límpido. A las diez de la mañana —la hora de la cita— las calles estaban aún desiertas. Mi compañía se situó en una avenida especialmente tranquila, donde quedaba menos expuesta a llamar la atención. El capitán von Foelkersam serviría de enlace entre mis hombres y yo. Porque, por supuesto, yo no podía mostrarme aquel día de uniforme. Si quería asistir a los acontecimientos que se preparaban, debía vestir de paisano, para pasar inadvertido. Mi chofer y uno de mis suboficiales, con uniforme de la Luftwaffe, se plantaron sobre un banco del jardín que ocupaba casi toda la extensión de la plaza. Yo llegué en coche unos minutos después de empezar las discusiones entre el hijo de Horthy y los yugoslavos. Al desembocar en la plaza, vi ante la casa en cuestión un camión de la Honved y un coche civil, probablemente el automóvil particular del joven Horthy. Coloqué mi coche precisamente ante los vehículos húngaros, y del revés, para impedir que arrancaran fácilmente.

La víspera, varios policías alemanes habían tomado habitaciones en la pensión situada sobre los locales comerciales en que se celebraban en aquel momento las conversaciones. Por otro lado, dos de nuestros colegas penetrarían hacia las diez y cuarto en el inmueble para proceder a las detenciones. Bajo la capota del camión de la Honved estaban escondidos tres oficiales húngaros, y otros dos se paseaban por el jardín. Todos los actores del drama estaban en sus puestos; el primer acto iba a empezar.

Acababa de bajar de mi coche y simulaba estar buscando las causas de una avería del motor cuando aparecieron los dos policías alemanes. No bien franqueó el primero el umbral del edificio cuando una ráfaga de ametralladora procedente del camión de la Honved alcanzó al segundo. Gravemente herido en el vientre se desplomó a mi lado. Los dos oficiales húngaros que paseaban por el jardín llegaron corriendo, revólver en mano, y empezaron a disparar. No tuve tiempo más que para ponerme a cubierto bajo mi coche; instantáneamente una segunda ráfaga transformó en una espumadera la portezuela de mi excelente «Mercedes». La danza empezaba bien. Mi chofer y el suboficial se lanzaron a prestarme ayuda desde los primeros fogonazos. El chofer recibió un balazo en el muslo, pero se mantuvo en pie. Con un silbido di a mi compañía la señal de entrar en acción; luego los tres nos esforzamos en responder del mejor modo con nuestros revólveres al nutrido fuego de las ametralladoras húngaras. Nuestra situación no tenía nada de divertida; mi coche, detrás del cual nos habíamos acurrucado, parecía cada vez más un colador; en torno a nosotros las balas rebotaban contra el suelo y silbaban con gemebundos maullidos cerca de nuestros oídos. De vez en cuando sacábamos la cabeza, sólo una fracción de segundo, a fin de apuntar con mayor aproximación, para mantener a distancia a los asaltantes, si es que puedo expresarme así, ya que sólo estaban a diez o quince metros de nosotros.

Felizmente, esta lucha desigual no duró más que dos o tres minutos. Pronto oí detrás de mí los pasos precipitados de nuestra compañía. Ya desembocaba el primer pelotón en la plaza y tomaba posiciones en la esquina de la calle. Los otros ocuparon velozmente el jardín y pusieron bajo su fuego los inmuebles vecinos. Tras los primeros cambios de balas, mis asaltantes se guarecían bajo el dintel de la cochera de la casa contigua, en la cual probablemente se encontraban algunos destacamentos húngaros apostados en reserva. Cuando cesó la fusilería llevamos a nuestros dos heridos a la entrada de la casa en cuyo primer piso se desarrollaban o se habían desarrollado las negociaciones del hijo de Horthy con los yugoslavos. Cuando corríamos hacia aquel abrigo, nos dimos cuenta de que nuestros adversarios se aprestaban a forzar la salida. Reaccionamos rápidamente. Una granada, diestramente lanzada, arrancó las dos enormes

hojas de la puerta así como algunas placas de mármol y lo arrojó todo mezclado a través del arco obstruyendo así la salida. Esta explosión puso fin a la acción militar propiamente dicha, que, de otra parte, no había durado ni cinco minutos.

Ahora bajaban los policías alemanes del primer piso de «nuestro» inmueble trayendo entre ellos a cuatro prisioneros. Hicimos subir a los dos húngaros —Nicolás Horthy y su amigo Bornemisza— a un camión militar. A los policías se les había ocurrido, para no llamar la atención de los transeúntes, transportar a los dos hombres como si fueran fardos, envueltos en grandes alfombras. Por lo que pude ver, esta astuta estratagema no salió bien del todo. Los dos conspiradores se debatín vigorosamente y los policías se vieron obligados a amarrarlos por la cintura y a izarlos sin muchos miramientos al camión, que arrancó en el acto. Ordené a mi compañía que se retirara; quería evitar con ello nuevos incidentes que muy bien pudieran producirse si los húngaros, repuestos de su sorpresa, se reagrupaban para atacarnos.

Algo así como un presentimiento me impulsó a seguir al camión en otro coche que Foelkersam acababa de enviarme. A eso de cien metros de la plaza vi que llegaban casi a paso gimnástico tres compañías de infantería de la Honved. Si estas tropas llegaban a la plaza se enfrentarían con mi compañía y se armaría otro tiroteo, eventualidad poco agradable para nosotros. ¿Qué hacer? ¿Cómo ganar unos minutos para dar tiempo a que mis hombres se fueran? Mandé a mi chofer que parase, salté del coche y me lancé al encuentro del oficial que, a juzgar por su posición a la cabeza de la primera compañía, debía de mandar aquellas tropas.

—Detenga a sus tropas. Allá hay una confusión indescriptible. Nadie se entiende. En su lugar, yo iría en seguida a ver qué es lo que pasa.

La treta triunfó. Por suerte, el oficial hablaba algo de alemán. Ordenó «¡Halte!», y me miró, visiblemente perplejo. Seguramente no entendía nada, pero esto me era indiferente. Lo que me importaba era obtener un pequeño respiro. Ya debían de estar mis hombres subidos a los camiones. Un minuto más y habrían partido. Lancé al oficial, siempre indeciso, un lacónico «¡Tengo prisa!», y volví a mi coche, que arrancó y echó a correr hacia el campo de aviación. Cuando llegué, nuestros dos prisioneros

estaban ya en el avión; un poco después el aparato despegó para dirigirse a Viena.

Entonces me fui al Estado Mayor del cuerpo del ejército, instalado en una casa encaramada en la cumbre de una de las numerosas colinas de Budapest. El general Wenck me recibió inmediatamente y juntos esperamos, con impaciencia mezclada de curiosidad, el desarrollo de los sucesos. Sabíamos que días antes los húngaros habían tomado ciertas precauciones en el Monte del Castillo. La guarnición había sido reforzada; las principales vías de acceso fueron, al parecer, defendidas por minas enterradas. Hacia el mediodía recibimos una llamada telefónica de la embajada, cuyo palacete estaba igualmente situado en el Monte. Nuestro agregado militar nos dijo que la colina entera había sido puesta en estado de sitio de un modo completamente oficial, y que todas las vías de acceso estaban cerradas a la circulación. El agregado había querido unos minutos antes abandonar en coche el Monte, pero por todas partes tropezó con puestos húngaros que le obligaron a desandar el camino. Un poco más tarde fueron suspendidas las comunicaciones telefónicas, cosa que ya suponíamos, porque no recibíamos ninguna llamada. Así que los servicios alemanes que se encontraban aún en el Monte del Castillo estaban prácticamente sitiados.

Esto constituía, a no dudarlo, el primer «acto inamistoso», como se dice elegantemente en lenguaje diplomático. Nos preguntábamos si tendrían lugar acontecimientos más graves. Con toda evidencia, la situación presente no podía prolongarse indefinidamente; dentro de dos o tres horas, sobrevendría una decisión final, en un sentido o en otro. Por el momento sólo podíamos esperar; la iniciativa estaba en manos del adversario. Hacia las dos de la tarde, la íncertidumbre fue brutalmente disipada por una noticia especial de la radio húngara que comunicaba un mensaje del Regente Horthy:

«¡Hungría acaba de concertar una paz separada con Rusia!»

La suerte estaba echada. La situación no era demasiado clara. Sin tardanza debíamos adoptar las contramedidas previstas. El general ordenó que funcionase inmediatamente el dispositivo de alerta para la ciudad de Budapest.

Al mismo tiempo me pidió que lanzase la operación contra el Monte del Castillo. Sin embargo, estimé que aún no había llegado el momento de hacerlo y aconsejé que se esperasen algunos días. Para contener a los húngaros propuse que se estableciese un cinturón exterior que rodease el monte. La 22.ª división de las S. S. se encargó de esta tarea. La ocupación de estaciones y edificios públicos más importantes se desarrolló de acuerdo con nuestros planes y sin ningún incidente en el curso de la tarde.

Por otra parte, enviamos a un general alemán al Mando Supremo húngaro del frente de los Cárpatos; si la situación lo exigía, debía detener al general en jefe de aquel ejército. Pero nuestro emisario llegó demasiado tarde. El general húngaro, acompañado de algunos oficiales y de sus secretarios, se había pasado ya a los rusos. Con gran sorpresa nuestra, ni esta fuga ni el anuncio de una paz separada había modificado la actitud de las tropas. Casi en todas partes mantenían sus posiciones. La mayor parte de los oficiales se negó a seguir el ejemplo de su general en jefe. Continuaron la lucha al lado de sus hombres. No obstante, a toda costa debíamos impedir, mediante una acción rápida, que el Ministerio de la Honved, situado justamente al lado del Castillo, radiase nuevas órdenes de capitulación.

Después de una conferencia sostenida hacia última hora de la tarde, decidimos atacar el Monte al día siguiente por la mañana. Fijé la hora H a las seis de la mañana, es decir, en realidad, el alba, porque ese momento me parecía especialmente favorable para una sorpresa total, factor indispensable si quería triunfar sin tener que dar una batalla en toda regla. Toda la tarde estudié con Foelkersam el mapa del Monte del Castillo, levantado por nosotros mismos. Poco a poco se iba precisando nuestro plan de acción. Estudiábamos un ataque concéntrico simultáneo a cargo de varios destacamentos. En el momento en que ellos se lanzasen al asalto, yo intentaría abrirme camino hacia el centro, a lo largo de la carretera de Viena. Contaba con esto para el pleno efecto del factor sorpresa, ya que esperaba apoderarme de la Puerta de Viena sin disparar un tiro, tan silenciosamente como fuese posible, para aparecer en seguida con mis hombres en la gran plaza del Castillo. Después de esto había que conseguir rápidamente un resultado definitivo. Si llegábamos a entrar inmediatamente

en el Castillo, centro probable de la resistencia, la acción no duraría sin duda más que unos minutos, lo que evitaría, tanto del lado húngaro como del nuestro, un inútil derramamiento de sangre.

Asignamos a cada una de nuestras unidades una misión concreta. Acabábamos de recibir el refuerzo de una compañía de carros «Panteras» y otra de carros «Goliath». Estos últimos, de creación reciente, eran vehículos blindados, conducidos a distancia, montados sobre mecanismos de oruga, muy bajos y muy manejables, cuya parte delantera contenía una fuerte carga de explosivos; en resumen, carros enanos, de lo cual les venía el nombre. Quizá pudiéramos utilizarlos para dislocar una barricada o para hacer saltar cualquier puerta que impidiese nuestro avance.

El batallón de cadetes de la Academia Militar atacaría por los jardines que cubrían el flanco sur del Monte. Una tarea difícil, porque sabíamos que en aquella abrupta pendiente habían situado los húngaros varios nidos de ametralladoras. La misión de este batallón consistía en la neutralización del adversario y luego en la ocupación del Castillo.

Un destacamento de mi batallón especial, apoyado por un carro, atacaría a lo largo de la rampa oeste para apoderarse de una de las entradas laterales del Castillo. Un destacamento del 600.º batallón de paracaidistas de las S. S. pasaría por el túnel que cruzaba bajo el puente levadizo y que se perdía en el interior del monte. Forzaría la entrada del laberinto subterráneo y se infiltraría en los edificios que albergaban el Ministerio de la Guerra y el del Interior.

El resto de mi unidad especial, el grueso del batallón de paracaidistas de las S. S., cuatro carros y también los «Goliaths» estarían a mi disposición para el golpe de mano contra la Puerta de Viena y el Castillo. A los paracaidistas de la Luftwaffe los mantendría en reserva por si había que hacer frente a complicaciones imprevistas.

A la medianoche, cuando tuvimos fijados todos los detalles de cada una de tales acciones, mis tropas tomaron posiciones en los emplazamientos convenidos, tras el cinturón formado por los hombres de la 22.ª división de las S. S.

Un poco más tarde, un oficial superior del Ministerio de la Guerra húngaro se presentó en el Estado Mayor del cuerpo de ejército. Vino

directamente, por un camino que ignorábamos, desde el Monte del Castillo, para entablar, en nombre del ministerio, conversaciones con nosotros. Le dijimos simplemente que no teníamos ningún motivo para negociar mientras el Regente no rectificase el anuncio de la paz separada. Por otra parte, insistimos en que el aislamiento, por no decir el secuestro, de los miembros de nuestra embajada retenidos en el Monte, constituía un acto netamente «inamistoso». Por consejo mío señalamos al parlamentario húngaro un plazo para restablecer una situación más normal. En términos de verdadero ultimátum, le manifestamos que era preciso que lo más tarde a las seis de la mañana fueran levantadas las minas y barricadas que impedían la circulación por la carretera de Viena —que era donde se encontraba la embajada—. Así tendría yo al mismo tiempo la ocasión tan deseada de dirigir mi ataque sorpresa, con un mínimo de pérdidas, hasta el Castillo.

La actitud de nuestro visitante parecía indicar que él y también un gran número de sus camaradas del ministerio estaban bastante molestos con esta repentina media vuelta contra Alemania. Nuestra conversación se desarrolló durante dos horas en una atmósfera cordial, casi amistosa, y a continuación el oficial se despidió.

Hacia las tres de la madrugada me fui a mi puesto de combate, al pie del Monte, cerca del campo de maniobras. Reunido con mis oficiales, desplegué el mapa y al débil resplandor de nuestras linternas de bolsillo expliqué y concreté los últimos detalles, mientras sorbía el hirviente café preparado por mi ordenanza. Mi plan de acción estaba perfectamente dispuesto. Trataría de subir tranquilamente con todos mis hombres hasta la plaza del Castillo como si este «paseo» fuese la cosa más natural del mundo. Sería preciso que las tropas continuasen en sus camiones, de manera que pareciese que íbamos a pasar, simplemente, por las calles, como por casualidad. Yo sabía que haciéndolo así iba a correr un gran peligro, ya que, en caso de ataque contra los camiones, mis hombres quedarían prácticamente indefensos. Pero debía aceptar el riesgo si quería llegar al Castillo rápidamente y sin tener que presentar batalla.

Comuniqué este plan a los jefes de las diferentes columnas; después, les recomendé con insistencia que diesen la señal de abrir el fuego sólo en último extremo. Tampoco deberían responder a eventuales ataques de

grupos aislados, para tratar de penetrar a toda costa con sus vehículos hasta sus respectivas posiciones de combate sin haber disparado un solo tiro. «Los húngaros no son nuestros enemigos»; ésta era, al menos, por el momento, la consigna.

En seguida señalé el orden de marcha de mi propia columna. En cabeza iría la camioneta, que me conduciría a mí. Inmediatamente detrás, cuatro carros, luego un grupo de «Goliaths», y, por fin, el resto de mis hombres, agrupados por pelotones e instalados ya en sus vehículos. Todas las armas individuales llevarían puesto el seguro. La mayoría de mis soldados, veteranos que no tomaban parte por primera vez en un golpe de mano, aprovecharon los últimos minutos antes de la partida para descabezar un sueño. Al pasar la Puerta de Viena y alcanzar la meseta del Monte, la columna se dividiría en dos secciones que se precipitarían a toda marcha por las dos grandes avenidas hasta la plaza del Castillo.

Las cinco y treinta. Las cinco y cuarenta. En el primer camión se encontraban cinco de mis viejos compañeros de combate, suboficiales que ya habían participado en el asunto del Gran Sasso. Cada uno de ellos llevaba colgada del cinto la pistola ametralladora y vanas granadas de mano y llevaba en la mano la nueva arma anticarro, la «bazooka». Teníamos curiosidad por ver cuál era la actitud de las fuerzas acorazadas húngaras concentradas en el Monte. Si era preciso las reduciríamos al silencio, bien con los obuses de nuestros propios carros, bien con las «bazookas».

Miré otra vez mi reloj de pulsera: las cinco y cincuenta y nueve. Hice un gesto circular con el brazo derecho: encender los motores. Luego, de pie en mi camioneta, alcé bruscamente el brazo varias veces: «¡Adelante!» Arrancamos lentamente, porque la cuesta era empinada. Ojalá que ninguno de mis vehículos pasase sobre una mina, porque al volar obstruiría el camino y haría fracasar mi hermoso proyecto en el último momento. Con un gesto instintivo me incliné hacia atrás y escuché ansiosamente; todo iba bien; ninguna detonación interrumpía el ruido regular de los motores. Ahí estaba la Puerta de Viena. En el centro de la barricada custodiada por unos soldados húngaros, que nos miraban pasar con una curiosidad manifiesta, habían practicado un paso. Un minuto más tarde llegamos a la meseta. En voz baja ordené a nuestro conductor que acelerase progresivamente.

A nuestra derecha se alzaba un cuartel de la Honved. Delante de la puerta había dos ametralladoras en posición, abrigadas por sacos de arena amontonados.

—Un ataque de flanco sería bastante desagradable —murmuró Foelkersam a mi oído.

Felizmente, nadie rebulló ni dentro ni fuera del cuartel; no se oía más que el estrépito de nuestros carros. Tomé el camino de la derecha, en el que se encontraba la embajada de Alemania, íbamos a una velocidad bastante grande; detrás de mí, el primer carro, lanzado a unos cuarenta kilómetros por hora, avanzaba con un fragor de trueno. Nos quedaba por recorrer menos de un kilómetro hasta el Castillo. La primera parte de la operación había salido perfectamente. Habíamos alcanzado la cumbre del monte sin disparar un solo tiro. A nuestra izquierda surgía ya el enorme bloque del Ministerio de la Guerra. A distancia estallaban una, dos, tres sordas detonaciones. Sin duda eran mis hombres que, metidos en el túnel, forzaban la entrada del laberinto subterráneo. Se acercaba el instante decisivo. Habíamos pasado el Ministerio, y ante nosotros se extendía la plaza del Castillo. Tres grandes carros estaban situados en ella. Al cruzar ante el primero, vi que levantaba su cañón al cielo para darnos a entender que no tenía intención de tirar.

Ante la puerta del Castillo, los húngaros habían erigido una barricada de morrillo de varios metros de altura. Mi camioneta se apartó y, mediante una señal con el brazo, di al carro que nos seguía la orden de arrojarse con todas sus fuerzas contra tal obstáculo. Mientras el coloso de acero se lanzaba, nosotros saltamos a tierra. La barricada no resistió el choque formidable de las treinta toneladas; se derrumbó, el carro pasó por encima de los restos, destrozó la puerta y dirigió su cañón hacia el patio del Castillo, donde se enfrentó cara a cara con seis cañones anticarros.

Corriendo a derecha e izquierda de nuestra «Pantera» franqueamos el morrillo esparcido y penetramos bajo la arcada. Un coronel de la guardia del Castillo trató de cerrarnos el paso revólver en mano, pero Foelkersam le rechazó de un golpe en el hombro. A nuestra derecha parecía abrirse la entrada principal del edificio; saltamos los primeros peldaños. A un oficial que se precipitaba hacia nosotros le grité:

—Lléveme inmediatamente ante el gobernador del Castillo.

El buen muchacho me acompañó dócilmente por la gran escalera de honor. En el primer piso enfilamos un pasillo. Con un gesto ordené a uno de mis hombres que se quedase en el rellano para cubrirnos. El oficial húngaro me indicó una puerta que daba a una pequeña antecámara. Sobre una mesa colocada ante la ventana abierta un soldado echado sobre una ametralladora abría fuego contra mis hombres que estaban fuera. El suboficial Holzer, un tipo rechoncho y corto de piernas, cogió con las dos manos la ametralladora y la arrojó sobre el pavimento. El húngaro quedó tan aturdido que se cayó de la mesa y rodó por el suelo.

Viendo otra puerta a mi derecha, la empujé de un golpe y entré. Un general de brigada de la Honved avanzó hacia mí. No le di tiempo a decir ni una palabra.

—Usted es el gobernador del Castillo, ¿verdad? Le exijo la rendición inmediata. Únicamente usted será responsable de la sangre que pueda correr inútilmente, si se niega a capitular. Le ruego que decida ahora mismo.

Yo tenía bastante prisa por acabar, porque oía ruido de fusilería procedente de la plaza, así como algunas ráfagas de ametralladora.

—Ya ve usted que toda resistencia sería insensata. Mis tropas han ocupado ya el Castillo.

No era una afirmación lanzada a la ligera con el único fin de impresionar al general. Estaba seguro de que mi «unidad especial», mandada por el teniente Hunke, cuya sangre fría conocía, había llegado ya al Castillo y se había apoderado de los puntos estratégicos del inmenso edificio. En efecto, aún no habían tenido tiempo de recobrarse los húngaros cuando ya Hunke penetró en la habitación para anunciarme que el gran patio y las principales entradas habían sido ocupados sin combate, y para solicitar órdenes.

El general húngaro llegó a una decisión; no la debió de tomar con alegría:

—Me rindo —declaró con voz grave—. Voy a ordenar a mis tropas que cesen inmediatamente el fuego.

Nos estrechamos la mano y acordamos anunciar la noticia a los destacamentos que se batían aún en los jardines, por un oficial húngaro

acompañado de otro oficial de mi columna. Mientras el general tomaba sus disposiciones, salí al pasillo para hacer una pequeña inspección. A petición mía, dos comandantes húngaros me escoltaron sirviéndome de oficiales de enlace. Con gran asombro por mi parte, las habitaciones del Regente estaban vacías. Supe que había abandonado el castillo minutos antes de las seis para ponerse bajo la protección del general de las Waffen S. S. Pfeffer-Wildenbruck. Su familia se había refugiado la víspera en la Nunciatura apostólica. De todas formas, la presencia en el Castillo del almirante Horthy no hubiera cambiado las cosas; nuestros planes no afectaban directamente a su persona, sino en realidad a la sede del Gobierno húngaro.

Asomé la cabeza por una ventana de la fachada principal y varias balas silbaron junto a mi oído. Retrocedí apresuradamente. Un poco más tarde el teniente Hunke me participó que no había sido posible llevar la orden de alto el fuego a algunas posiciones húngaras de los jardines del Castillo, sobre la vertiente danubiana. Pero dos proyectiles de «bazooka» lanzados desde los pisos altos del Castillo bastarían para hacer comprender a los aliados que ocupaban aquellas posiciones que harían mejor en rendirse.

En total la operación había durado casi media hora. La calma reinaba de nuevo en el Monte. Los habitantes de los barrios vecinos podían seguir durmiendo. Por teléfono anuncié nuestro triunfo al Estado Mayor del cuerpo de ejército y oí materialmente el suspiro de alivio que dio el oficial al otro extremo del hilo. Sin duda aquellos señores sólo tenían una débil confianza en mi proyecto de operación-relámpago basada en el efecto de la sorpresa.

Un poco más tarde recibí los partes de los grupos que se habían adueñado de los Ministerios de la Honved —donde había habido una breve refriega— y del Interior, que asimismo se habían rendido; luego, los de los jefes de los demás destacamentos. Nuestras bajas eran mínimas; en total, cuatro muertos y doce heridos. El único combate verdaderamente serio había tenido lugar detrás del Castillo, en los jardines. Los húngaros habían tenido tres muertos y quince heridos.

Todos los soldados de la Honved estacionados en el Monte hubieron de entregar sus armas, que nosotros amontonamos en el gran patio. En cambio, autoricé a los oficiales a conservar las suyas; después, les pedí que se

reunieran en un salón del piso bajo, donde improvisé un discursito poco más o menos en estos términos:

—Deseo recordarles que, desde hace siglos, ningún conflicto ha turbado el buen entendimiento de Hungría y Alemania. Nuestros pueblos han luchado siempre juntos contra enemigos comunes. También hoy carecemos de motivo para pelearnos. En la guerra actual está en juego la formación de una Europa nueva; pero eso sólo podrá lograrse si Alemania se salva del desastre con que la amenazan sus enemigos.

Mi acento austríaco subrayó, de seguro, el efecto conciliador y amistoso de mis palabras, ya que ninguno de los oficiales húngaros dejó de estrecharme la mano. Al comienzo de la tarde se retiraron con sus hombres a los cuarteles de Budapest. A la mañana siguiente se presentaron todos en el Ministerio de la Guerra para prestar juramento de fidelidad al nuevo Gobierno.

Conforme a las órdenes recibidas, me instalé con mis tropas en el Castillo y puse destacamentos de guardia en los principales puntos del Monte. A decir verdad, jamás hubiera creído que un día iba a gobernar la residencia real de Hungría. El viejo criado del Regente ponía una cara de funeral tan acentuada, que hizo caer a Foelkersam en la tentación de pedirle un substancioso almuerzo. Todos teníamos un hambre de lobo. Con ostensible disgusto el viejo servidor encanecido en el servicio nos trajo al fin una comida, no tan suculenta, de seguro, como la servida en otro tiempo en el Castillo, en la época de la bella emperatriz Isabel, soberana de la monarquía austro-húngara. A la noche, nos reunimos a cenar todos los oficiales en el comedor de gala. Nos sentíamos alegres y llenos de entusiasmo, especialmente porque las noticias del frente iban siendo mucho mejores. Así que pudimos celebrar alegremente nuestra victoria: gracias a nosotros había sido evitada en el último instante una verdadera catástrofe para nuestro ejército de Hungría.

A la mañana siguiente el nuevo ministro húngaro de la Guerra, Su Excelencia Bereghfy, nos visitó para expresar la gratitud del nuevo Gobierno. Le contesté que me sentía dichoso de haber conseguido mis propósitos después de una lucha tan breve, y, sobre todo, de haber podido evitar el deterioro de los maravillosos edificios del Castillo. Pensaba yo, en

efecto, con horror, en las pérdidas irreparables que hubiera podido causar el mortero de 65 centímetros de que quería servirse el bruto de Bach-Zelewski. A continuación nos pusimos de acuerdo sobre las honras fúnebres que habían de tributarse a los muertos húngaros y alemanas. El Gobierno magiar las organizaría con toda la pompa oficial; así se eliminarían, sin duda, los últimos pretextos de un eventual rencor contra nosotros.

Al anochecer, una orden del Gran Cuartel General del Führer me encargaba de conducir al Regente de Hungría al castillo de Hirschberg, en la alta Baviera. El almirante Horthy debía ser tratado como huésped del Führer, quien puso a su disposición su tren especial. Por supuesto, yo sería responsable, durante todo el trayecto, de la seguridad del Regente. Terminaba, pues, mi vida de castellano.

Al siguiente día, el general Pfeffer-Wildenbruch me presentó muy ceremoniosamente al almirante Horthy. Al cabo de cinco minutos de conversación trivial, salimos en coche para dirigirnos a la estación. Las calles estaban desiertas y los escasos transeúntes no reparaban en nosotros. Ante la estación había algunos soldados, pero fueron raros los que levantaron el brazo en un último ademán de adiós.

¡Una marcha triste para aquel viejo que durante tantos años había regido los destinos de Hungría!

XX
LA OFENSIVA DE LAS ARDENAS

HACIA el 20 de octubre de 1944 volví al Gran Cuartel General del Führer, a la sazón terriblemente cerca del frente, porque los rusos habían penetrado profundamente en Prusia oriental. Esta vez Adolfo Hitler me recibió a solas. Estuvo amable, como siempre; tuve la clara sensación de que estaba más fresco, más descansado que en nuestra última entrevista. Después de decirme que me había concedido la Cruz de Oro, me pidió que le refiriese en detalle la detención del joven Horthy, así como el golpe de mano contra el Monte del Castillo. Cuando me levanté, después de hecho el relato, creyendo que la audiencia había terminado, él me retuvo.

—Quédese, Skorzeny. Voy a confiarle una nueva misión, quizá la más importante de su vida. Hasta ahora muy pocas personas saben que preparamos en el mayor sigilo la operación en la cual va usted a desempeñar un papel de primer orden. En diciembre, el ejército alemán lanzará una gran ofensiva cuyo resultado decidirá el destino de nuestra patria.

El Führer comenzó a exponerme extensamente la concepción estratégica de esta última ofensiva en el oeste, que los historiadores de esta guerra han denominado después «ofensiva de las Ardenas» y, en inglés, «the Battle of de Bulge». Los últimos meses, el mando alemán había tenido que contentarse con rechazar y contener a los ejércitos enemigos. Era la época de los reveses continuos, de las constantes pérdidas de terreno, tanto en el Este como en el Oeste. Además, la propaganda de los aliados presentaba ya a Alemania como un «cadáver», cuyo definitivo

enterramiento sólo era cuestión de tiempo; según los discursos de la radio anglo-americana, los aliados podían elegir a su gusto el día de la inhumación.

—No comprenden que Alemania se bate por Europa, que se sacrifica por Europa, con objeto de cerrar a Asia la ruta de Occidente —exclamó Hitler, amargamente.

En su opinión, ni el pueblo inglés ni el de los Estados Unidos querían esta guerra. Por consiguiente, si el «cadáver alemán» se incorporaba para asestar un golpe fuerte al oeste, los aliados, bajo la presión de su opinión pública, furiosa por haber sido burlada, estarían tal vez dispuestos a concluir un armisticio con este muerto que se portaba tan bien. Entonces podríamos volcar todas nuestras divisiones, todos nuestros ejércitos sobre el frente del este y liquidar en unos meses la espantosa amenaza que pesaba sobre Europa. Después de todo, Alemania llevaba casi mil años haciendo guardia contra las hordas asiáticas y no iba a faltar ahora a ese deber sagrado.

Desde hacía varias semanas, algunos miembros del Estado Mayor preparaban, pues, la gran ofensiva. Era preciso recobrar la iniciativa que había pasado a manos de los aliados. Desde el avance angloamericano desde las playas normandas hasta las fronteras del Rich, venía madurando Adolfo Hitler una vigorosa ofensiva. Pero la crítica situación de todos nuestros ejércitos hacía imposible la ejecución de tal proyecto.

A las tres semanas, los aliados ya no avanzaban. Por una parte, sus líneas de comunicaciones se habían alargado enormemente; por otra, el material de sus ejércitos motorizados se había desgastado en cuatro meses de incesante batallar. A causa de esos dos factores, nuestro frente del oeste, después de haber estado a punto de derrumbarse, se había estabilizado.

Según el Führer, lo que había permitido a los aliados desembarcar y ganar la batalla de Francia y Bélgica era su superioridad aérea. Pero había que confiar en que el mal tiempo previsible para los últimos meses del año reduciría, al menos temporalmente, las actividades de la aviación angloamericana. Además, la Luftwaffe podría alinear dos mil nuevos aviones de caza, de reacción, reservados para esta ofensiva.

Finalmente, una ofensiva relámpago impedía la constitución de un fuerte ejército francés. Por el momento, los aliados disponían de setenta unidades, poco más o menos, lo que era notoriamente insuficiente para un frente de setecientos kilómetros de longitud. Por lo tanto, le sería posible a una fuerte concentración de tropas alemanas abrirse paso por algún lugar peor defendido, antes de que los aliados hubieran podido consolidar su frente con nuevas divisiones francesas.

—La elección de este lugar —prosiguió el Führer— la hemos discutido durante varias semanas. Sucesivamente hemos examinado cinco planes diferentes: una ofensiva en Holanda, partiendo de la región de Venloo en dirección oeste, hacia Amberes; una ofensiva lanzada al norte de Luxemburgo, primero en dirección noroeste y luego en dirección norte, apoyada por una segunda acometida procedente de la región que está al norte de Aquisgrán; una acción desarrollada por dos columnas, de las cuales una partiría del centro de Luxemburgo y otra de Metz para encontrarse en Longwy; otra desarrollada por otras dos columnas salidas, respectivamente, de Metz y de Baccarat para unirse en Nancy; y, por último, la operación Abacia, con dos columnas salidas una de Epinal y otra de Montbéliard, que deberían encontrarse en la región de Vesoul.

»Después de haber estudiado detenidamente el pro y el contra de cada uno de estos proyectos, hemos eliminado los tres últimos. La operación Holanda parecía interesante, pero presentaba grandes riesgos. Por fin hemos decidido elaborar el plan de una ofensiva que parta del norte de Luxemburgo y sea apoyada por un segundo avance procedente de Aquisgrán. Es, por cierto, la misma región a través de la cual pudimos verificar nuestra penetración cuando la campaña de Francia de 1940.

»A usted y a sus unidades les hemos asignado una de las tareas más importantes en el cuadro de esta ofensiva. Ocuparán, como elementos de avanzada, varios puentes sobre el Mosa, entre Lieja y Namur. Ejecutarán esta misión merced a una estratagema: sus hombres llevarán uniformes británicos y americanos. Gracias a un ardid semejante el enemigo ha podido infligirnos serios daños en el curso de algunas operaciones de comando. Por ejemplo, hace unos días, con ocasión de la toma de Aquisgrán, un destacamento americano, con uniformes alemanes, pudo infiltrarse en

nuestras líneas. Así que, pequeños grupos disfrazados del modo que le he dicho, darán órdenes falsas tras las líneas aliadas, entorpecerán las transmisiones y, en general, crearán la confusión entre las tropas aliadas. Es preciso que sus preparativos estén terminados el 1 de diciembre. Para los detalles, vea usted al general Jodl.

»Sé que este plazo es terriblemente corto, pero cuento con usted para hacer lo imposible. Por supuesto, usted estará en el frente en el momento en que sus tropas entren en acción. Pero le prohíbo que se aventure en las líneas enemigas; no podemos exponernos a perderle a usted.

Horas más tarde me recibió el general Jodl, y con el auxilio del mapa me explicó ciertos detalles de la operación. La ofensiva partiría de la región comprendida entre Aquisgrán y Luxemburgo, en dirección a Amberes, separando así al segundo ejército británico de los elementos americanos que combatían en la región de Aquisgrán. Al mismo tiempo, el Alto Mando preveía una línea de cobertura hacia el sur (Luxemburgo-Namur-Lovaina) y otra hacia el norte (Eupen-Lieja-Longeren Hasselt hasta el canal de Alberto).

En caso de tener éxito, se podría llegar a Amberes en siete días. El objetivo final de la operación consistía en destruir las fuerzas enemigas al norte de la línea Amberes-Bruselas, así como en la región de Bastogne.

El conjunto de unidades encargadas de la ofensiva, denominado «Grupo de Ejércitos B», se confió al mariscal Model. Este grupo de ejércitos comprendía el 6.º Ejército acorazado (general Dietrich, de las Waffen S. S.), el 5.º Ejército acorazado (general von Manteuffel) y el 7.º Ejército, dispuestos por ese orden de norte a sur. Previa una preparación artillera violenta pero breve (instintivamente recordé los 6.000 cañones de que me había hablado Hitler), los ejércitos penetrarían por varios sitios, elegidos en vista de las conveniencias tácticas.

—Usted, Skorzeny, entrará en acción en la región cubierta por el 6.º Ejército acorazado. Mire este estudio, que le interesará mucho; presenta la situación tal y como quedará —al menos así lo espero— a las veinticuatro horas de principiar las operaciones.

En el mapa que Jodl extendió delante, vimos que el Alto Mando creía poder atacar en aquel momento por la línea Eupen-Verviers-Lieja, y

pensaba formar en el centro dos cabezas de puente sobre la otra orilla del Mosa. Se preveían también violentos ataques lanzados por las reservas aliadas contra el flanco norte de nuestro saliente.

Antes de dejarme marchar, el general Jodl me pidió que le enviara en el más breve plazo la lista del personal y del material que iba a necesitar. Me indicó asimismo que el Estado Mayor General dirigía a todas nuestras unidades la orden de poner a mi disposición todos los oficiales y soldados que hablasen inglés. Más tarde había de revelarse esta orden como la mayor metedura de pata en lo que concierne al secreto de las operaciones, plancha cometida por la autoridad suprema del Ejército alemán.

Días más tarde recibí una copia de dicha orden. Al leerla creí que me daba un ataque. Firmada por uno de los peces gordos del Estado Mayor, provista del sello que decía «Secreto», los pasajes principales de aquella obra maestra decían poco más o menos:

»A todas las unidades de la Wehrmacht: Antes del… de octubre de 1944 los oficiales y soldados que hablen inglés podrán presentarse como voluntarios para una misión especial… enviarlos a Friedenthal, cerca de Berlín, para incorporarse a las unidades de comando del teniente coronel Skorzeny».

Caí en una verdadera crisis de rabia. Indudablemente, los servicios secretos aliados olfatearían el asunto. Cuando terminó la guerra supe que antes de los ocho días los americanos conocían el texto. Nunca he comprendido cómo no sacaron conclusiones de él y tomaron en el mismo momento ciertas precauciones.

A mi juicio, la operación estaba muerta antes de ver la luz. Dirigí inmediatamente una enérgica protesta al Gran Cuartel General y solicité «respetuosamente» la anulación de mi misión. Naturalmente, mi carta había de recorrer la vía jerárquica. Así, el general de las S. S. Fegelein, cuñado de Hitler, pudo contestarme: «La cosa es verdaderamente increíble e incomprensible; razón de más para no contársela al Führer. Por lo tanto, la anulación es imposible».

Por la misma época tuve un interesante cambio de impresiones con un coronel del Estado Mayor del general Winter, que me explicó el aspecto jurídico de la cuestión. Según él, los comandos se exponían, en caso de

captura, a ser tratados como espías y juzgados en consecuencia. En cuanto al grueso de mis tropas, lo único que la Ley internacional prohíbe a un hombre vestido con uniforme enemigo es hacer uso de sus armas. Por lo tanto, me recomendó lo siguiente: que mis soldados llevaran, bajo el uniforme enemigo, el alemán; en el momento de pasar al ataque propiamente dicho, se quitarían sus uniformes ingleses o americanos. Naturalmente, me propuse seguir el consejo.

Podíamos dedicarnos a los preparativos de nuestra misión. Mis tropas formarían la 150 Brigada acorazada. La base de nuestro plan consistía en el horario fijado por el Alto Mando para la gran ofensiva. De acuerdo con este horario, nuestros ejércitos romperían el frente enemigo durante la primera jornada. El segundo día alcanzarían y franquearían el Mosa. Teníamos, pues, razones para suponer que, al terminar la primera jornada, los restos de las fuerzas aliadas estarían en plena derrota.

Supuesto esto, comprendimos que tendríamos que improvisar si queríamos estar bien preparados. Como la ofensiva estaba fijada para principios de diciembre, nos quedaban solamente un mes y unos días, plazo notoriamente insuficiente para formar e instruir una nueva unidad; sobre todo si estaba llamada a desempeñar una misión especial. Era casi imposible, nos dábamos perfecta cuenta de ello. Pero como ya había llamado la atención al Führer sobre tal *handicap*, tenía la conciencia tranquila.

Teniendo en cuenta todas las posibles eventualidades propusimos tres objetivos principales: los puentes que atravesaban el Mosa por Engis, Amay y Huy. Por consiguiente, dividimos la zona asignada al 6.º Ejército en tres fajas, que irían estrechándose hasta terminar cada una en uno de esos puentes. Siguiendo el plan, formamos tres grupos de combate, que bautizamos con los poéticos nombres de X, Y y Z.

Nos habíamos figurado en principio que éramos una brigada ligera, pero en realidad esta altisonante denominación era excesiva. Pronto íbamos a experimentarlo. No bien dirigimos al servicio de material nuestra primera lista de equipos, nos contestaron que sería completamente imposible

concedernos carros tomados al enemigo en número suficiente para cubrir las necesidades de todo un regimiento. Tal vez pudieran darnos carros ingleses o americanos para formar un batallón o quizá… ¡Mal principio!

Sin embargo, nuestras demandas eran todo lo modestas que podían ser. Para economizar personal habíamos prescindido de los servicios auxiliares; así que nuestra «brigada» se compondría, según mis propuestas, de:

Dos compañías acorazadas, con diez carros cada una.

Tres compañías de reconocimiento, cada una de las cuales dispondría de diez autoametralladoras.

Tres batallones de infantería motorizada.

Una batería ligera de defensa antiaérea.

Dos compañías de «cazadores de carros blindados».

Una sección de lanzagranadas.

Una compañía de transmisiones.

Un Estado mayor, muy reducido, de la brigada.

Tres Estados mayores, igualmente reducidos, de batallón.

Una Plana mayor.

En total, alrededor de 3-300 hombres.

Pero también había interminables relaciones de armas, municiones, vehículos, uniformes, útiles del equipo. Nosotros mismos nos asustamos al pensar que tendríamos que conseguir todo aquello en el espacio de unas semanas, porque, desde el carro pesado hasta los uniformes, todo aquello tenía que provenir del botín ocupado al enemigo. Nuestras existencias de equipos aliados no podían ser muy abundantes. En los últimos meses nuestros ejércitos no habían hecho más que retroceder, sin poder acometer una sola operación ofensiva de envergadura que nos hubiera permitido apoderarnos de un botín bastante considerable.

Cuando presenté al general Jodl, el 26 de octubre de 1944, el plan de constitución de nuestra «brigada acorazada», así como la relación de nuestras necesidades de material, volví a llamar su atención sobre el hecho de que, por la escasez del tiempo, teníamos que improvisarlo todo. Además, le dije que, a mi juicio, nuestra operación —denominada en clave

«operación Dragón»— solamente saldría bien si se desencadenaba la noche siguiente al comienzo de la ofensiva, con objeto de poder aprovecharnos de la sorpresa y del desconcierto del enemigo. Para ello era preciso que las divisiones de primera línea alcanzasen, la tarde del primer día, todos los objetivos previstos, o sea que, en el sector que nos interesaba, hubieran rebasado la cresta de un pequeño macizo llamado el Alto Venn. De no ser así, me vería obligado a renunciar a la misión de que estaba encargado. Pedí, además, fotografías aéreas de los tres puentes que iban a tomar mis tropas.

Conseguí con facilidad la aprobación de mi proyecto de formación de la brigada, así como la promesa de que el Estado Mayor General apoyaría todas mis peticiones de material. Aproveché la ocasión para solicitar el «préstamo» de tres experimentados jefes de batallón, así como para que destinaran, con carácter de voluntarias, unidades homogéneas de la Wehrmacht, que servirían de encuadre y de osatura a mi brigada tan velozmente constituida. En efecto, me enviaron tres tenientes coroneles muy capaces, y, algo más tarde, dos batallones de paracaidistas de la Luftwaffe, dos compañías acorazadas de la Wehrmacht y una compañía de transmisiones. Estas tropas reforzaron las dos compañías de mis «unidades especiales» y mi batallón de paracaidistas.

Quedaba la cuestión de los voluntarios «que hablasen inglés». Cuando llegaron los cien primeros voluntarios a Friedenthal, unos ocho días después de la difusión —la palabra no es exagerada— de la famosa «orden secreta», padecí una verdadera crisis de pesimismo. Tuve tentaciones de mandarlo todo al diablo. Los «profesores» se esforzaban en clasificar a los voluntarios en tres categorías, según sus conocimientos de la lengua inglesa. La primera categoría, que comprendía a los soldados que hablaban corrientemente y sin acento el inglés y, mejor aún, el *slang* americano, no acababa de nutrirse. Cuando nos faltaban aún doscientos, no encontrábamos cada día más que, a lo sumo, uno o dos hombres que mereciesen ser clasificados en tal categoría.

Por otra parte, debo confesar que también yo estaba flojo en inglés. ¡Lástima que siempre hubiera aprovechado precisamente las lecciones de inglés para tomarle el pelo al pobre profesor! Pero ahora me esforzaba en

recuperar el tiempo perdido y en pronunciar, de vez en cuando, una frase bien construida. Un día conocí a un joven oficial de aviación que pretendía formar parte de la primera categoría. Con toda naturalidad le pregunté:

—*Give me your story about your last duty, please.*

El pobre muchacho se azoró, vaciló y acabó por decidirse:

—*Yes, Herr Oberstleutnant, I «became» my last order before five months*… —nueva vacilación, y a continuación añadió precipitadamente en alemán—. Si me lo permite, se lo explicaré en mi lengua materna…

Así estaban las cosas. Tenía que aguantarme. No podía cubrir de insultos a un voluntario que, según se podía apreciar, estaba lleno de entusiasmo, aunque con tales barbaridades no engañaría jamás a ningún americano por sordo que fuera.

Cuando terminó la selección de voluntarios, al cabo de dos semanas, nos encontramos ante un hecho desolador: en la primera categoría no había más que un total de diez hombres, casi todos antiguos marinos, que también daban un buen contingente a la segunda categoría. Ésta se componía de hombres que hablaban casi correctamente y ascendía a 30 o 40 hombres. La tercera categoría —soldados que sabían «desenvolverse» en inglés— era ya más numerosa, con sus 150 hombres aproximadamente. La cuarta categoría —chicos que no habían olvidado por completo lo que aprendieron en el colegio— contaba con unos doscientos. Los demás sólo sabían decir *yes* y *no*. Así que tuve que formar una brigada de sordomudos, puesto que después de haber destinado a la compañía de mando a ciento veinte de nuestros mejores «lingüistas», no me quedaba casi nadie, íbamos a mezclarnos con las columnas americanas en fuga sin despegar los labios, como si la enormidad de la catástrofe nos hubiera privado del uso del habla. Para mejorar un poco esta lamentable situación, mandamos a los hombres de la segunda categoría a una escuela de intérpretes y a un campo de prisioneros americanos. Pero como esos «cursos» no duraron mas que ocho días, los resultados fueron mínimos.

Al grueso de mis tropas —hombres que no comprendían ni una jota de inglés— les enseñamos unos cuantos juramentos contundentes, así como el significado de *yes, no* y *O. K.* Además, les repetíamos todo el día las principales voces de mando usadas en el ejército americano. Y eso es todo

lo que podíamos hacer para camuflar a nuestra brigada desde el punto de vista lingüístico.

Pero todo eso no nos bastaba. La situación era infinitamente más desastrosa en lo que se refería a equipos. Pronto comprendimos que nunca obtendríamos carros americanos en número suficiente. Sin embargo, el mismo día de la ofensiva fuimos los felices poseedores de dos carros «Sherman». He dicho bien: dos carros, de los cuales, uno se nos declararía en huelga al cabo de pocos kilómetros.

Para substituir a los carros americanos que nos hacían falta, nos concedió la inspección de tropas acorazadas doce «Panteras» alemanes. Los camuflamos lo mejor que pudimos, envolviendo con planchas de acero los cañones y torretas, a fin de darles una silueta similar a la de los «Sherman». El resultado no era muy satisfactorio; nuestros carros no engañarían a nadie, salvo, quizá, a los jóvenes reclutas, y eso si sólo se mostraban desde lejos y a la hora del crepúsculo.

Por otra parte nos enviaron diez auto-ametralladoras ingleses y americanos. Nos devanamos los sesos pensando en cómo íbamos a manejar los ingleses, puesto que combatiríamos en un sector americano. Pero, al final, los mismos vehículos ingleses nos ahorraron toda inquietud averiándose irreparablemente. Nos quedaban cuatro carros americanos, lo que nos obligaba a completar el equipo con autos-ametralladoras alemanes.

También nos enviaron los servicios de material una treintena de *jeeps*. Yo estaba convencido de que nuestras tropas del frente del oeste poseían apreciables cantidades de esos vehículos. Pero desgraciadamente los «propietarios» de tales coches, aptos para todos los terrenos, experimentaban una invencible repugnancia a separarse de ellos. Por consiguiente, no se dieron por enterados de la orden de entregarlos. Nos consolamos pensando que llegaríamos a encontrar algunos en el mismo frente el día de la ofensiva. Era la misma vaga y engañosa esperanza que había influido en las determinaciones de nuestro jefe supremo al concebir esta ofensiva; en las altas esferas creían que el enemigo se vería obligado a abandonar enormes reservas de gasolina. ¡Otra ilusión peligrosa y, a la postre, fatal!

Nos dieron quince camiones americanos y varios camiones alemanes «Ford», que hicimos pintar de verde. En lo que se refería a las armas, estábamos peor. Teníamos exactamente la mitad de los fusiles americanos que necesitábamos, más algunos cañones anticarros y lanzagranadas para los cuales no poseíamos municiones. Un día nos llegaron varios vagones de municiones americanas, pero a las veinticuatro horas volaron. A excepción de la Plana Mayor, todas mis unidades recibieron armas alemanas.

Pero lo difícil eran los uniformes, y sin embargo, constituían el punto esencial, la condición *sine qua non*, porque un atuendo antirreglamentario llamaría en seguida la atención de los M. P. Un día nos remitieron una enorme cantidad de trajes variados, pero desgraciadamente eran ingleses. Luego nos mandaron un camión de capotes militares, lo que no nos interesaba nada, puesto que los soldados americanos llevaban únicamente *fields jackets*. Por fin, conseguimos los famosos *jackets*, pero tenían puesto el triángulo de prisioneros de guerra. Para mí, que era el jefe de la brigada, llegó un *pull-over* del ejército americano; lo justo para salir del paso. ¡Un *pull-oller* y nada más! En fin, a fuerza de recursos pudimos vestir a nuestros hombres de un modo aceptable, sobre todo a la Plana Mayor. Lo que aún faltaba sería completado en el curso del avance gracias a las exigencias de vestuario que el enemigo abandonaría en su fuga.

Mientras luchábamos contra las dificultades, el teniente coronel Hardieck comenzó la instrucción de los hombres. Con la idea de guardar el secreto, nuestro campo de maniobras fue declarado zona prohibida e incluso suspendimos el servicio de Correos. Naturalmente, entre nuestras unidades corrieron los rumores más disparatados acerca del objeto de tan misteriosos preparativos. Los soldados sabían que yo iba a tomar el mando de la brigada, y eso les hacía pensar que la acción sería parecida a la de la liberación de Mussolini. A poco ya no podía el teniente coronel Hardieck refrenar la curiosidad general, pese a las medidas cada vez más severas para cortar los insensatos rumores. Llegó a discutirse tanto el asunto de los acantonamientos, que él temió por el secreto de nuestra operación. En consecuencia, fue a darme cuenta de la situación.

Al conocer, en mi cuarto de Friedenthal, los absurdos chismorreos que propalaban mis hombres, sentí que se me erizaban los pelos. ¡No les faltaba

imaginación a aquellos muchachos! Los unos sabían de fuente segura que nuestra brigada iba a atravesar toda Francia para liberar a la guarnición sitiada en Brest. Los otros pretendían que se trataba de desbloquear a los defensores de Lorient. Con sus propios ojos habían visto los planos que nos permitirían penetrar en la fortaleza. Aun había otra docena de versiones, lo cual, en fin de cuentas, no nos importaría nada si no temiésemos que el contraespionaje aliado acabara por interesarse más de lo debido por nuestros preparativos. ¿Cómo cortar la epidemia de tontería? A nuestro juicio, el método más sencillo sería el más eficaz: en adelante no desmentiríamos ninguno de los rumores y simularíamos una intensa irritación al ver que nuestros hombres estaban tan bien informados. Así nos figurábamos que sembraríamos la confusión en el ánimo de los servicios secretos aliados.

A medida que pasaba el tiempo —y pasaba terriblemente aprisa— avanzaba la instrucción de los hombres. Repetíamos, sobre todo, algunas variantes del tema general: cabeza de puente. En otro sentido algo diferente nos esforzábamos por hacer perder a nuestros hombres el aire rígido propio de los militares alemanes, con su disciplina exagerada e inútil. Por último, los acostumbramos al uso de la goma de mascar y al modo típicamente americano de abrir los paquetes de cigarrillos.

De todas maneras, la única unidad casi perfectamente camuflada era la Plana Mayor. Ello nos inclinó a ahorrar todo lo posible los hombres que la componían. Tampoco podíamos señalarles en su avance objetivos concretos. Nuestras consignas dejarían un amplio margen al espíritu de iniciativa de los soldados. Como observadores avanzados del frente, rendirían inapreciables servicios al grueso de nuestros ejércitos. También contribuirían a aumentar la confusión que reinaría en el enemigo, difundiendo noticias falsas, exagerando los éxitos iniciales de las divisiones alemanas, cambiando de lugar los postes indicadores, dando órdenes absurdas, cortando las líneas telefónicas y destruyendo las reservas de municiones.

Un día, cuando acababa de inspeccionar mis tropas, un oficial de la Plana mayor me pidió una entrevista confidencial. Muy serio, declaró:

—Mi coronel, conozco el objetivo de la operación que preparamos.

Me quedé perplejo un instante. ¿Habrían cometido alguna involuntaria indiscreción Foelkersam o Hardieck, únicos que conocían el secreto? Pero el oficial, satisfecho del efecto producido por sus palabras, siguió murmurando:

—La brigada marchará sobre París, para capturar el cuartel general aliado.

Era demasiado; tuve que contenerme para no echarme a reír. Me contenté con un gruñido poco comprometedor. Ello bastó para que añadiese él con entusiasmo:

—Como conozco París igual que si fuera mi casa, permítame, mi coronel, que le ofrezca mi colaboración. Excuso decirle que guardaré el mayor secreto.

Le pedí que me hiciera alguna sugerencia, y él me expuso un plan completo. Una columna de fingidos prisioneros, encuadrada con soldados que hablasen perfectamente el inglés, iría por las buenas a París. Incluso podrían llevar consigo carros alemanes en concepto de botín de guerra para ser presentado al gran cuartel general aliado.

Tuve que poner un dique a aquel océano de palabras, y lo hice con pena. Luego le despedí, rogándole que hiciera un estudio del plan y volviera a verme, y sobre todo, que no dijera nada. Mucho más tarde supe que él no había cumplido fielmente mi última recomendación. Durante varias semanas el contraespionaje aliado vigiló intensamente el Café de la Paix, que tuve la desdicha de mencionar en el transcurso de aquella conversación.

A mediados de noviembre, el Gran Cuartel General retrasó la fecha de la ofensiva, fijada en principio para el 1 de diciembre, hasta el 10, y luego hasta el 16 de diciembre. La preparación del dispositivo de ataque no estaba terminada; el equipo de las divisiones estaba incompleto; estas sucesivas demoras indicaban que íbamos a jugarnos en la batalla hasta las últimas reservas de hombres y material.

Así se deducía también de las deliberaciones cotidianas en el Gran Cuartel General del Führer, a las cuales fui convocado en tres ocasiones. A cada rato oía decir que tal división carecía de carros, tal otra de cañones y la de más allá de camiones. Me di cuenta de que el general Guderian, comandante del frente del este, lamentaba amargamente tener que

desprenderse de cada carro, de cada batallón que le retiraban para llevarlo al oeste. En resumen, teníamos una sábana muy pequeña para cubrir un lecho tan grande. Si se tapaban los pies, es decir el frente del oeste, quedaba al descubierto la cabeza, o sea el frente del este.

Un día indicó un parte de la Luftwaffe que ni el gran valor de nuestros pilotos podía contrarrestar la superioridad numérica del enemigo. De pronto oí dar una cifra: «doscientos cazas de reacción participarán en la ofensiva de las Ardenas». No pude dar crédito a mis oídos. ¿Eran los que quedaban de los 2.000 que el propio Führer me había dicho el 22 de octubre? Pero Hitler ni siquiera escuchaba. Estaba claro que se había resignado a nuestra derrota aérea.

Al acabar la deliberación, el Führer me recordó una vez más su orden de que no atravesara las líneas enemigas. Debía contentarme con dirigir por radio a mis destacamentos. La prohibición, formulada en un tono que no admitía réplica, me sorprendió penosamente, porque esperaba que el Führer ya no se acordase de ella. ¿Me vería condenado a quedarme atrás mientras mis hombres luchaban desesperadamente? ¡Sería la primera vez! Decidí, para mis adentros, poner a los jefes de mis batallones al corriente de esta orden —lo que no me resultaba muy agradable—, agregando que me uniría a ellos si la situación se hacía crítica. De todas formas, yo no me quedaría emboscado en las oficinas del Estado Mayor; ya encontraría un sitio cerca del frente.

Parecía que hasta entonces nuestros preparativos habían escapado por completo a la vigilancia de los aliados. El frente enemigo estaba en calma y apenas recibía refuerzos. Los americanos parecían aguardar un largo período de reposo. No iban a disfrutarlo mucho tiempo.

En la noche del 13 al 14 de diciembre ocupamos las posiciones de partida. El 14 de diciembre asumí oficialmente el mando de mi brigada acorazada. En una casilla de guarda forestal di mis primeras consignas a los jefes de batallón. Ante todo habría que estar en contacto incesante. Luego, insistí en la necesidad de no disparar bajo ningún pretexto. El menor disparo podía hacer abortar la operación. Nuestros grupos avanzarían y

avanzarían sin detenerse por nada. Sobre el terreno habría que estudiar la manera de apoderarse de los puentes. En ningún caso podíamos permitirnos librar combates; éramos demasiado débiles para eso. Además, nuestro proyecto no sería realizable si faltaba alguna de estas condiciones: que el enemigo se pusiera en fuga y que desde el primer día nuestro avance penetrara profundamente a través de las líneas aliadas.

Nadie durmió la noche del 15 al 16 de diciembre. Pensábamos ponernos en marcha unas horas después del comienzo de la ofensiva. Mis tres equipos de radio se situaron en el límite del bosque. Ya me habían transmitido los primeros mensajes de nuestros tres grupos de combate: habían tomado posiciones a retaguardia de las tropas acorazadas. Esperarían mi señal para ponerse el fingido uniforme y para lanzarse por la brecha abierta hacia la zona ocupada por el enemigo. Todos aguardábamos, con una tensión nerviosa casi irresistible. Lentamente, muy lentamente, salió el sol del 16 de diciembre de 1944.

Todos a una, millares de cañones se pusieron a escupir una espesa granizada de proyectiles sobre las posiciones enemigas. En seguida se alargó el tiro y la infantería alemana se dispuso a atacar. Incapaz de seguir amarrado a mi puesto, me fui al Estado Mayor de nuestro cuerpo de ejército.

Hacia las siete llegaron los primeros partes. No eran precisamente brillantes, pero aún no había terminado la jornada. Pese a su violencia, el fuego de nuestra artillería no parecía haber dañado a las posiciones americanas próximas a Loosheim. El enemigo resistía nuestra presión con una tenacidad extraordinaria. Esperábamos, con las mandíbulas apretadas. A mediodía nos anunciaron encuentros encarnizados y algunas ganancias de terreno, pero eso no era la esperada perforación.

Yo me preguntaba por qué el mando no lanzaba aún los carros. Habían avanzado algunos kilómetros, tantos como los de nuestra penetración, así que ocupaban ahora la línea de salida de la infantería. Mis grupos de combate continuaban detrás de ellos.

Un poco más tarde la radio me anunció la muerte del teniente coronel Hardieck. El capitán von Foelkersam tomaba el mando de su batallón.

La jornada del 16 de diciembre transcurrió sin que el *6.º* ejército acorazado hubiese obtenido un triunfo decisivo. Desde las primeras horas de la tarde todo el mundo comprendió que habría que apelar a los carros para intentar la gran penetración. Ansioso de tener una visión de conjunto probé de llegar en coche hasta Loosheim. En las carreteras había un indescriptible embotellamiento de toda clase de vehículos. Para llegar a la pequeña población tuve que apearme de continuo, gritar, jurar, empujar, dar órdenes a los conductores de camiones bloqueados, de suerte que hice por lo menos diez kilómetros a pie. Desde Loosheim se oía claramente el fragor de la batalla. En el bosque que rodea la ciudad los paracaidistas lanzados al ataque por la mañana trataban en vano de progresar; un poco más al sur, la situación parecía más favorable. En ese sector habíamos realizado, al parecer, un avance bastante considerable.

En Loosheim, encontré a una fracción de la Plana mayor, es decir, a los elementos que había reservado para tenerlos a mi disposición. Tuve que tomar, sobre el terreno, una decisión extremadamente grave: puesto que, con toda evidencia, no alcanzarían en todo aquel día nuestras tropas los objetivos previstos, debía yo desistir, pura y simplemente, de la operación «Dragón», ¡aquella operación que con tanto trabajo habíamos preparado! Nunca he sido de los que abandonan con facilidad el campo. Además me quedaba una esperanza: si nuestras tropas acorazadas atacaban por la noche, la ofensiva podía aún triunfar. Así que esperaría hasta las doce de la noche. Si al siguiente día atravesábamos la cresta del Alto Venn, nuestros ejércitos tendrían una oportunidad magnífica para alcanzar el Mosa, y entonces la conquista previa de los puentes por mis unidades podría decidir la suerte de la batalla.

Con los hombres más animosos de la Plana mayor formé tres grupos que se encargarían de desorganizar la retaguardia del enemigo. Les di orden de buscar, algo más hacia el sur, la posibilidad de infiltrarse por las líneas aliadas a fin de ejecutar detrás de ellas diversas misiones. Les pedí, sobre todo, que explorasen las tres carreteras por las que pasarían, si todo estaba en regla, mis tres grupos de combate.

Luego volví al Estado Mayor del cuerpo de ejército. A medianoche los carros se lanzaron al ataque, Las primeras noticias de su progresión nos

llegaron casi al alba. Completamente agotado —llevaba treinta y seis horas sin dormir— me eché sobre un colchón y me sumí en seguida en un profundo sueño.

Un poco más tarde me despertaron para anunciarme la vuelta del primer grupo. Las noticias que traía interesaban sobre todo al Alto Mando. Hacia las cinco de la madrugada recibió el Estado Mayor el primer mensaje de los carros: «Acabamos de tomar el pueblo de Honsfeld, a pesar de la fuerte resistencia enemiga». Tal vez iba a tomar impulso, por fin, la ofensiva, pensamos. Seguidamente, otro grupo de fuerzas acorazadas que combatían más al sur, anunció también apreciables ganancias de terreno.

Al principio de la jornada el Estado Mayor tuvo que desplazarse hacia el oeste, a la región de Manderfeld. Yo decidí ir allí como explorador. El embotellamiento de las carreteras era, aunque parezca imposible, más inextricable que el de la víspera. Una fila ininterrumpida de vehículos avanzaba a empujones cincuenta, cien metros, otra vez cincuenta. Perdí la paciencia, di media vuelta y procuré pasar por caminos enfangados, apenas practicables. Pero no bien llegaba a otro pueblo caía de nuevo en el caos de vehículos taponados. Me resigné a abandonar mi coche y continuar a pie. A veces lograba, a fuerza de paciencia, descongestionar una aglomeración de camiones bloqueados. Cada vez que veía a un oficial repantigado sobre los almohadones de su coche, le ordenaba bajar y tratar de regular aquella absurda circulación.

En una cota cercana a Stadtkyll, un enorme remolque de la Luftwaffe había enganchado a varios coches y obstruía absolutamente el camino. Treinta y tantos hombres se esforzaban en vano por apartar aquella especie de plataforma rodante. Pregunté qué cargamento llevaba y supe con asombro que eran piezas desmontadas de V-l. Probablemente las habían enviado tan adelante creyendo que, desde el primer día, nuestro frente se desplazaría bastante lejos hacia el oeste; por el momento, la orden resultaba, por desgracia, inútil, pero algún imbécil, se había olvidado de anularla.

Viendo que el maldito remolque no podía recobrar su posición normal, requisé a los ocupantes de todos los camiones bloqueados. Pronto se dedicaron cientos de brazos a la descarga; luego, arrojamos el remolque, ya

inútil, a un lago situado más abajo. En quince minutos la ruta quedó despejada otra vez.

Por la tarde, en Mandelfeld, asistí a un verdadero consejo de guerra. El grupo norte de nuestros carros no había podido avanzar más que librando duros combates. A la sazón las fuerzas acorazadas se batían ante Stavelot, fuertemente defendido por los americanos. Las noticias de los demás sectores eran, ciertamente, más favorables, pero estaban lejos de ser buenas. Indudablemente el enemigo había sido sorprendido por la inesperada ofensiva, pero se pegaba al terreno en lugar de retroceder sin combatir, como nosotros habíamos supuesto; en cuanto a la fuga precipitada, única cosa que hubiera permitido lograr grandes éxitos a la operación «Dragón», ni hablar. Ni siquiera podíamos imaginar la posibilidad de alcanzar el Mosa al día siguiente ni tampoco al otro. Ya intervenían enérgicamente en la batalla fuertes reservas enemigas.

En tales condiciones hube de resignarme a renunciar a nuestra empresa; improvisarla hubiera sido una locura. Como es natural no tomé la determinación con satisfacción interior; pero después de haber reflexionado detenidamente vi que no tenía derecho a proceder de otro modo. Informé de ello al Estado Mayor del 6.º Ejército, que me dio su aprobación. Al mismo tiempo avisé a mis destacamentos de combate, ordenándoles vivaquear donde se hallasen y esperar mis instrucciones. Por último puse mi brigada a disposición del primer cuerpo acorazado de las S. S. —ya que estábamos allí, haríamos todo lo que hubiera que hacer— y solicité que se nos señalase una misión de infantería proporcionada a nuestras posibilidades.

No obstante, desde el 18 de diciembre, el avance del grupo de que, a partir de entonces, formábamos parte, terminó bruscamente. En Troiponts, tomado por el grupo a las once de la mañana, habían volado los puentes. Por la tarde nuestras tropas pudieron apoderarse de La Gleize y de Staumont. Pero todos los mensajes que provenían de primera línea reclamaban ya municiones y carburantes. Mientras no fueran resueltos ambos problemas, la vanguardia estaría pataleando sin poder avanzar. A pesar de nuestros esfuerzos, los camiones enviados en nuestro socorro no llegaban a nosotros. No se podía soñar con seguir adelante.

Al día siguiente surgió una nueva complicación. Casi todo el flanco norte del saliente practicado por nuestra ofensiva estaba al descubierto. Especialmente por Malmedy, importante cruce de carreteras, el enemigo podría lanzar sus reservas contra el sur para separarnos de nuestras bases de salida. Me preguntaron si quería encargarme de tapar el agujero mediante un ataque a la población; una vez que Malmedy estuviese en nuestro poder, no habría que temer la acometida enemiga.

Acepté, por supuesto, y di a mis tres destacamentos de combate la orden de juntarse durante la jornada del 20 de diciembre alrededor del pueblo de Engelsdorf. Allí me presenté al Estado Mayor de la primera división acorazada de las S. S. para informarme de la posibilidad de un ataque inmediato.

Como no disponíamos de ninguna pieza de artillería, decidimos atacar Malmedy por dos lados a la vez al amanecer del 21 de diciembre. Nuestro objetivo sería una cadena de colinas situada al norte de la ciudad, donde íbamos a parapetarnos para defendernos de eventuales contraataques. De momento, las dos carreteras que, procedentes del norte, desembocan en Engelsdorf, estaban defendidas por dos grupos de nueve hombres cada uno, cobertura algo deficiente, a mi juicio.

El 20 de diciembre un destacamento de reconocimiento que había enviado a Malmedy me indicó que la población sólo estaba sostenida por fuerzas enemigas muy débiles. El jefe del destacamento, antiguo capitán de la Marina de Guerra, me dio un parte de una franqueza tan loable como desconcertante. No había tenido —dijo— la menor intención de franquear las líneas, sino que se había extraviado. De repente, cuando menos lo esperaba, se había encontrado cerca de las primeras casas de la población. Algunos transeúntes le preguntaron si volverían los alemanes. Comprendiendo que había entrado en Malmedy, todavía en poder de los americanos, dio media vuelta y se apresuró a volver a Engelsdorf.

—En resumen, hemos tenido una ocasión estupenda —dijo, insinuando una sonrisa.

Deduje de tal aventura que la población apenas estaba defendida. Pudiera ser que consiguiéramos tomarla incluso sin preparación de artillería. En total me quedaban diez carros; los otros estaban con averías.

Entretanto, recibí noticias de los grupos enviados más allá de las líneas enemigas para desorganizar la retaguardia aliada. De los nueve grupos que habían recibido la orden, seis o a lo sumo ocho, habrían traspasado la línea de fuego. Ni siquiera hoy en día podría dar la cifra exacta. Comprendo muy bien, por otra parte, que más de uno de aquellos muchachos vacilase en confesar que en el momento de infiltrarse en el dispositivo aliado le había faltado el valor. Por el contrario, sabía que dos de los grupos habían sido hechos prisioneros. Otros cuatro grupos me habían enviado unos partes tan claros y precisos que no era posible ponerlos en duda. Por lo curiosos que son, voy a contar brevemente algunos de esos episodios:

Uno de los grupos había logrado, desde el primer día de ofensiva, pasar por la brecha abierta en el frente aliado y avanzar hasta Huy, cerca de las riberas del Mosa. Allí se había instalado tranquilamente en un cruce de carreteras para observar los movimientos de tropas enemigas. El jefe del grupo —*teamleader*—, que hablaba inglés correctamente, llevó su audacia al extremo de pasearse por los alrededores, en el camino de las tropas aliadas, para «darse cuenta de la situación».

Al cabo de unas horas vieron llegar un regimiento acorazado cuyo jefe les preguntó el camino a seguir. Con notable presencia de ánimo, el *teamleader* le dio una respuesta completamente falsa. Le dijo que «esos cochinos alemanes» acababan de cortar varias carreteras. Él mismo tenía orden de dar con su columna un vasto rodeo. Muy satisfechos de haber sido avisados a tiempo, los conductores de los carros americanos tomaron en efecto el camino que nuestros hombres les indicaron.

Ya de regreso, ese grupo había cortado varias líneas telefónicas y quitado los rótulos que había puesto la intendencia americana. Veinticinco horas más tarde se reintegró a nuestras líneas trayendo interesantes observaciones acerca del desorden que reinaba al principio de la ofensiva tras el frente americano.

Otro de los pequeños comandos había franqueado igualmente las líneas americanas y había avanzado hasta el Mosa. De sus observaciones se desprendía que los aliados no habían hecho casi nada para proteger los puentes de la región. A la vuelta, el comando había obstruido tres carreteras que iban al frente, poniendo esos árboles con cintas de colores que, en el

ejército americano, indican terrenos minados. También habíamos podido observar que las columnas de refuerzos aliadas habían evitado, en efecto, aquellas carreteras, prefiriendo dar un gran rodeo.

Un tercer comando había descubierto un depósito de municiones. Nuestros hombres se ocultaron hasta la caída de la noche y luego hicieron saltar el depósito. Un poco más tarde encontraron un cable conductor telefónico que pudieron cortar por tres sitios.

Pero la historia más extraordinaria era, desde luego, la de otro grupo que ya el 16 de diciembre se había encontrado de pronto en una posición americana. Dos compañías de G. I. se habían acomodado como para sostener un prolongado asedio, había construido barricadas y colocado ametralladoras. Nuestros hombres pasaron lo suyo, sobre todo cuando un oficial americano les pidió los últimos datos sobre la situación del frente.

Haciendo acopio de serenidad, el jefe del comando —que llevaba un hermoso uniforme de sargento americano— le contó al capitán yanqui una sarta de mentiras. Sin duda los americanos atribuyeron el temor que se leía en los rostros de nuestros soldados al reciente encuentro con los *damned Germans*, ya que, según el jefe del comando, los alemanes ya habían rebasado aquella posición a izquierda y derecha, de suerte que estaba prácticamente cercada. Muy impresionado, el capitán americano dio inmediatamente orden de retirada.

En suma, dadas las circunstancias, el éxito de los comandos superó mis esperanzas. Días más tarde, la emisora americana de Calais hablaba del descubrimiento de una inmensa red de espionaje y sabotaje detrás de las líneas aliadas, organización puesta bajo el mando del coronel Skorzeny, «raptor» de Mussolini. Anunciaban también los americanos que habían capturado a más de 250 hombres de mi brigada, cifra notoriamente exagerada. Más tarde supe que el contraespionaje aliado, animado del mayor entusiasmo, había detenido a cierta cantidad de auténticos soldados y oficiales americanos.

Con las graciosas anécdotas que me contaron, después de terminada la guerra, algunos oficiales americanos, habría para llenar un libro. El capitán X, por ejemplo, había encontrado en una ciudad francesa una cantidad de oficiales alemanes en la que se adueñó de un par de botas.

Como por casualidad correspondían a su medida, se las ponía a diario. Pero los M. P. dedicados a la caza de espías lo habían notado y habían deducido que el capitán X era —debía de ser indudablemente— un espía alemán. Por consiguiente, el desventurado fue detenido y algo maltratado. Me aseguró que no olvidaría jamás los ocho días pasados en una incómoda prisión militar.

Dos jóvenes tenientes llegados a Francia en diciembre de 1944, fueron invitados un día por el jefe de una unidad acostumbrada ya a la ruda existente del frente. Finos y amables, los dos jóvenes oficiales se creyeron en el caso de manifestar discretamente su satisfacción por la cena, compuesta únicamente de conservas. Los elogios y también sus inmaculados uniformes los hicieron muy sospechosos, tan sospechosos que la policía militar, llamada apresuradamente, vino a sacarles de sus asientos para llevarles a la prisión. Lo sucedido era que los americanos, aburridos de las eternas conservas, no podían comprender que un auténtico americano pudiese alabar un alimento tan repugnante.

Y aun hubo más. Creyéndome capaz de las faenas más tremendas y de los más audaces designios, el contraespionaje americano se creyó obligado a tomar medidas extraordinarias para la seguridad del Alto Mando aliado. El general Eisenhower permaneció durante algunos días secuestrado en su propio cuartel general. Tuvo que instalarse en una casita custodiada por varios cordones de Policía militar. El general se hartó pronto y quiso librarse por todos los medios de la vigilancia. El contraespionaje había conseguido dar con un sosias del general. Era un oficial de Estado Mayor cuyo parecido con Eisenhower era verdaderamente chocante. Todos los días el falso comandante en jefe montaba con uniforme de general en el coche de su superior y se iba a París para atraer sobre él la atención de los «espías alemanes».

Hasta el mariscal Montgomery estuvo expuesto, mientras duró la ofensiva de las Ardenas, a ser detenido e interrogado por la Policía militar. Alguien de buen humor había difundido la especie de que un miembro de la «banda de Skorzeny» se dedicaba al espionaje disfrazado de mariscal británico. En virtud de lo cual, la Policía militar examinaba minuciosamente el aspecto y la conducta de todo general inglés que viajaba por Bélgica.

Volvamos, si gustan, a Malmedy, después de esta corta digresión. La tarde del 20 de diciembre dos de mis destacamentos llegaron a Engelsdorf. El tercero estaba demasiado lejos para poder llegar a tiempo. Decididamente no seríamos lo bastante numerosos para estorbarnos mutuamente.

Resolví empezar el ataque al amanecer del día 21 de diciembre. El primer destacamento atacaría al sureste; el segundo, mandado por Foelkersam, el suroeste. Tratarían de pasar las primeras líneas del enemigo y penetrar hasta el centro de la población. En caso de encontrar fuerte resistencia, dejarían parte de los hombres ante las posiciones americanas y procurarían ocupar con el grueso de las tropas las colinas que había al norte de Malmedy.

A las cinco en punto las columnas se arrojaron al asalto. Unos minutos más tarde un violento fuego de cañón paró en seco al primer destacamento, que tuvo que romper el contacto y retirarse a sus bases. En seguida comencé a preguntarme lo que habría sido de la segunda columna. Una hora después seguía sin noticia alguna. Al hacerse completamente de día salí a pie hacia la línea de fuego. Desde lo alto de una colina disfrutaba de una excelente vista sobre la gran curva que describía la carretera al oeste de Malmedy; la población se ocultaba en un pliegue del terreno. En aquel trozo de carretera distinguí con los anteojos seis de nuestros carros «Panteras» enzarzados en una lucha sin cuartel —y sin esperanza— con fuerzas blindadas francamente superiores. ¡Diablo! Eran los carros que debían cubrir el flanco derecho de nuestro ataque.

De seguro que Foelkersam, tenaz y ardiente, no quería renunciar aún a la conquista de la población. Sin embargo, pronto volvieron los primeros soldados hacia nuestras posiciones. Me dijeron que habían tropezado con fortificaciones sólidas y enérgicamente defendidas, cuya toma parecía imposible sin apoyo de artillería. Nuestros carros libraban una batalla desesperada para cubrir al menos la retirada. Volví a agrupar a los hombres tras la colina, con objeto de poder repeler un posible contraataque enemigo. Pero lo cierto es que a Foelkersam no le veía por ninguna parte.

Nuestros autos-ametralladoras habían traído ya a los últimos heridos. Mi inquietud aumentaba a cada paso; ¿habría perdido en una vulgar escaramuza a mi amigo íntimo, a mi fiel colaborador? Al fin apareció y comenzó a subir por la pradera que conducía a la cumbre de la colina. Noté que se apoyaba pesadamente en el brazo de nuestro *toubib*. Cuando llegó cerca de mí se sentó con mucho cuidado sobre el húmedo suelo. Con una débil sonrisa me explicó que se le había clavado una esquirla en la parte más carnosa de su persona.

Bajo la protección de algunos «bazookas» celebramos una breve conferencia. El jefe de la compañía acorazada que se nos reunió un poco más tarde, cojeando —ya lo dábamos por muerto—, nos manifestó que había podido penetrar hasta las posiciones de la artillería americana y destruir una batería. Sólo al contraatacarle una columna dos veces más numerosa que la suya había tenido que replegarse hasta la gran curva de la carretera. Pero al querer mantenerse en aquel lugar tan batido, con el designio de que nuestra infantería pudiese despegarse del enemigo, había perdido hasta el último de sus carros.

Nos vimos forzados a permanecer mano sobre mano, al menos por el momento. Por la tarde hice remontar a mis destacamentos la cresta de las colinas, donde ocupamos, en una línea horriblemente delgada, un frente de diez kilómetros. Durante ese tiempo el fuego de la artillería enemiga no cesó de intensificarse ni de machacar sistemáticamente el pueblo de Engelsdorf y las carreteras vecinas.

Por la tarde fui al Estado Mayor de la división para llevar el parte. Después de referir nuestra situación al jefe del Estado Mayor, me dirigí al único hotel de la localidad. Estaba a unos treinta metros de la entrada cuando un silbido que conocía demasiado bien me hizo dar un salto hasta la puerta. Un momento después caía un proyectil de obús en el remolque que servía de despacho al jefe del Estado Mayor. Éste tuvo mucha suerte; cuando lo sacamos de entre los escombros del remolque vimos que, aparte de un poco de metralla en la espalda, no había sufrido ni un arañazo.

Como la estancia en aquel lugar se hacía cada vez más desagradable, subí a mi coche (que por fortuna había encontrado abrigo detrás del hotel); mi chofer embragó y arrancamos velozmente. La noche era lóbrega y

nuestros faros estaban, naturalmente, cuidadosamente camuflados. Lentamente, a ciegas, tanteamos el camino, teniendo buen cuidado de ir por el centro de la calzada. Apenas habíamos atravesado el puentecito cuando tres proyectiles de obús estallaron a nuestro lado. Sentí un choque en la frente, salté instintivamente fuera del coche abierto, y me arrojé como pude en la cuneta. Un instante más tarde, un camión que venía en dirección contraria chocó con mi auto, cuyos faros estaban apagados. Algo caliente me corría por la cara; me palpó cuidadosamente las mejillas, la nariz; encima del ojo derecho mis dedos tocaron un desgarrón de carne fláccida. No pude reprimir el temor. ¿Habría perdido el ojo? Era lo peor que podía ocurrirme. Toda la vida había compadecido a los ciegos, cuya suerte me parecía terriblemente dolorosa. Sin cuidarme de los proyectiles que a la sazón llovían a mi alrededor, exploré suavemente la zona que había debajo de la carne desgajada. ¡Alabado sea Dios! El ojo seguía en el interior de su cuenca.

Pronto me rehice. Mi chofer estaba sano y salvo, el coche había resistido el choque y podía volver a andar. Conseguimos darle media vuelta con detrimento del capot, y unos minutos más tarde estábamos de regreso en el Estado Mayor de la división.

¡En buen estado debía de encontrarme yo, a juzgar por el pasmo de los oficiales! Con ayuda de un espejo examiné, con el ojo izquierdo, claro, mi pobre cara. Desde luego, guapo, lo que se dice guapo, no estaba. Pero cuando mi chofer descubrió cuatro agujeros en la pernera derecha de mi pantalón y cuando yo encontré en mi piel las huellas de los metrallazos que habían pasado por allí, renació de un golpe mi buen humor. ¡Decididamente, yo era un tío con suerte! La espera del médico resultó agradable gracias a un vaso de coñac y a un *goulash* servido por la ambulancia. Por desgracia, me hacía daño el fumar; la sangre humedecía el cigarrillo, que adquiría un gusto extraño.

Por fin llegó el *toubib*, que me insultó todo lo que se le antojó, en lugar de sentirse feliz de verme aún con vida, y decidió llevarme inmediatamente a la enfermería. A decir verdad, yo estaba satisfecho de poder abandonar aquel valle del infierno, aunque casi me costara el pellejo.

Contrariando el deseo de los médicos de evacuarme hacia retaguardia manifesté mi intención de volver a asumir lo más pronto posible el mando de mi unidad. La situación era en verdad demasiado seria para que yo pensase en volver a Alemania. Además, me sentía bastante fuerte. El cirujano se encogió de hombros, me hizo una anestesia local, me quitó algunas esquirlas y volvió a coser la herida. Gracias a lo bien que me curó, la piel quedó en su sitio. Al día siguiente, volví a mi puesto.

Supe que nuestras posiciones estaban en peligro de convertirse en insostenibles. La artillería enemiga parecía sentir una verdadera predilección por nuestros escasos efectivos. Durante el día, un proyectil de obús pulverizó un lugar especialmente propicio para las meditaciones solitarias; otro pasó por la puerta del establo y mató a nuestra pobre vaca; como no hay mal que por bien no venga, tuvimos carne fresca.

A la noche siguiente fuimos despertados por ruidos desusados. Encima de nuestras cabezas los V-l describían sus trayectorias llameantes en dirección a Lieja. Eso nos reconcilió un poco con la Fuftwaffe, tan obstinadamente invisible. Pero cuando una o dos noches después se estrelló uno de aquellos artefactos contra una colina situada a unos cien metros de nuestra casa —sin estallar felizmente—, anulamos la reconciliación. ¿Quién nos aseguraba que el próximo V-l no haría más destrozos? Quizá fuera fundado el rumor según el cual los obreros extranjeros que montaban los dispositivos de dirección de los V-l saboteaban cada vez con más frecuencia los delicados aparatos.

El 23 de diciembre salí para Meyrode con objeto de darle un meneo al Estado Mayor de la 6.ª División blindada. Nuestro equipo era lamentable, tanto más cuanto que no estaba preparado para una batalla de tanta duración. Como no teníamos cocinas ambulantes, la confección de una comida caliente planteaba cada día un angustioso problema. Nos faltaba ropa de invierno y sobre todo —y ante todo— nos faltaba artillería. Mi viaje fue bastante movido. La vuelta del buen tiempo había franqueado el cielo a la aviación enemiga, pero no a la nuestra, a la que jamás veíamos. Teníamos que parar constantemente y arrojarnos a la cuneta. A veces, cuando para evitar un cruce peligroso, cortábamos a campo traviesa y no teníamos cuneta a nuestra disposición, nos echábamos panza abajo, con las

narices metidas en la basura. En uno de esos ejercicios me puse a temblar de repente, a castañetear los dientes, a sudar… Sin duda era mi herida, que me producía un poco de liebre; a pesar de la cura, se había infectado ligeramente.

En una granja abandonada, me acosté en la cama del aldeano, tragué unos comprimidos de aspirina y tomé un *grog* con más ron que agua. Mi chofer y mi ayudante continuaron sin mí hasta Meyrode. A su regreso, horas más tarde, ya estaba lo bastante bien para volver «a casa», es decir, a mi P. C.

El 24 de diciembre se presentó al fin la batería pesada que esperábamos desde hacía tanto tiempo. En seguida mostré al oficial que la mandaba los emplazamientos que había mandado preparar para él —o más bien para sus piezas—; luego le expliqué, con ayuda del mapa, los objetivos que debía atacar con su fuego. Él sacudió la cabeza, carraspeó y me escuchó sin decir nada. Y cuando le pedí que instalara rápidamente sus cañones, recobró el uso de la palabra.

—Mi coronel —declaró—, debo decirle que sólo dispongo en total de dieciséis tiros por pieza, y que, de momento, no espero abastecimiento de municiones.

Yo enmudecí, demasiado aturdido para articular una sola palabra. No sabía si reír o llorar. Ésta era la artillería tan impacientemente esperada; llegaba el día de Nochebuena, como un regalo, pero no teníamos municiones. Naturalmente, el jefe de la batería no podía hacer nada —estaba demudado—, pero mi conversación telefónica con el Estado Mayor del 6.º Ejército fue mucho más animada. Como es lógico, mis estallidos de cólera no sirvieron de nada. Nunca recibimos las municiones.

Más de una vez he pensado en mi última conversación con el Führer Según sus declaraciones, la organización Todt había tomado todas las medidas necesarias para asegurar sin la menor demora los transportes de gasolina y municiones hasta las líneas avanzadas, especialmente con camiones provistos de gasógeno. A tal efecto, la organización Todt iba a colocar a lo largo de las carreteras inmensos depósitos de madera para alimentar a los camiones. Pues bien; en mis innumerables viajes a través de

toda la región nunca vi ni uno sólo de los famosos gasógenos. Que lo entienda quien pueda…

El 28 de diciembre de 1944 fuimos relevados por una división de infantería. Al día siguiente nos instalamos en los acantonamientos provisionales al este de Saint-Vith. Bien pronto nos llevó a Alemania la retirada general.

Para mí, como para todo el ejército alemán, la gran ofensiva de las Ardenas acababa con una gran derrota.

XXI
EL FIN

El 30 de enero, una orden firmada por Himmler puso punto final a mi carrera de jefe de comandos. En efecto, fui encargado de formar con mis «unidades especiales» una cabeza de puente al este del Oder, cerca de Schwedt y de mantenerme allí, a toda costa, con el fin de facilitar la preparación de una «ofensiva ulterior que partiría de aquella cabeza de puente».

Después de increíbles dificultades, conseguí reunir un número suficiente de unidades, bastante heterogéneas, por cierto, para ocupar sólidamente las posiciones señaladas, emplazar un mínimo de artillería y sobre todo levantar un poco la moral de los soldados. El desastre era cierto, irremediable, inevitable. No se podía pensar en ninguna ofensiva. Ascendido a jefe de división, me esforcé vanamente, por medio de ataques limitados, pero incesantes, en perturbar la colocación del dispositivo de los ejércitos soviéticos que se aprestaban a asestarnos el golpe de gracia. Bien pronto la cabeza de puente no fue más que una isla en el tumultuoso océano de millones de refugiados y de millares de fugitivos de uniforme. Pero nos sostuvimos bastante bien hasta el 28 de febrero, en cuya fecha una orden de Hitler me llamó a Berlín. Con el corazón oprimido, me despedí de mis «unidades especiales» que ya no volvería a ver más.

En los meses siguientes se confirmó el derrumbamiento de la resistencia militar alemana. Hago caso omiso de la confusión, la desmoralización, las atroces escenas que se producían por todas partes; son recuerdos penosos que no me gusta evocar. El 10 de abril de 1945 me encontraba en Austria, en la Viena casi cercada. Por la mañana anunció la radio:

«Nos queda Berlín. Viena será liberada».

Unos minutos más tarde cayó el primer proyectil ruso de obús en una plaza del centro de Berlín. En Viena yo veía que todo se había perdido; mi ciudad natal estaba ya ocupada por las tropas soviéticas, salvo algunos sectores que se defendían aún por milagro.

El 30 de abril —me retiraba entonces con un pequeño destacamento hacia los Alpes— nos dieron la noticia de la muerte de Adolfo Hitler. Decididamente aquello era el fin.

El 6 de mayo el almirante Doenitz, jefe del nuevo Gobierno alemán, proclamó el cese de las hostilidades. A partir de ese día quedaron suspendidos todos los movimientos de tropas. Pero yo decidí retirarme con mis oficiales y con los soldados que me quedaban a los Alpes, a la región del «Tauern». Por supuesto, el famoso «reducto bávaro», última fortaleza para los últimos leales, no existía; nunca había existido más que en el papel.

Henos ya instalados —Radl, Hunke, tres soldados y yo— en un pequeño chalet situado en el valle de Radstatt. Sabíamos que una unidad americana acababa de ocupar aquella localidad. Como suponía que el Servicio Secreto americano andaría en busca mía, advertí a la citada unidad que iría dentro de algunos días. Por el momento deseaba gozar un poco de la profunda paz que reinaba en el campo. No tuve respuesta.

Pero no podía quedarme indefinidamente en la casita. Envié un nuevo mensaje a la unidad americana, pidiendo que se sirviera poner a mi disposición el 15 de mayo, a las diez de la mañana, un coche que me llevara a Salzburgo. Teníamos la intención de presentarnos al Estado Mayor de la división americana estacionada en aquella ciudad para constituirnos prisioneros.

La tarde del 15 de mayo llegamos a Salzburgo. Al principio nadie se ocupó de nosotros. Como insistimos, nos transportaron a una localidad vecina, donde un jefe de batallón aceptó nuestra rendición. En seguida, el intérprete me pidió el revólver. A continuación, hube de vaciar mis bolsillos, me registraron…

Ahora la guerra ha terminado de verdad para nosotros. Creo haber cumplido con mi deber; mis hombres han librado duros combates en todos

los frentes; todo para desembocar en la derrota. Ahora, pase lo que pase, ya no soy más que un prisionero.

OTTO JOHANN ANTON SKORZENY (Viena, 12 de junio de 1908 - Madrid, 7 de julio de 1975).

Fue un ingeniero civil y coronel austríaco de las Waffen-SS, que estuvo al mando de la unidad Friedentahler, especialista en operaciones especiales durante la Segunda Guerra Mundial y la postguerra.

Experto en acciones de espionaje y sabotaje, fue apodado por los estadounidenses como «Caracortada» debido a las grandes cicatrices que surcaban sus mejillas. Se hizo famoso al atribuirse el rescate del dictador italiano Benito Mussolini, así como por llevar a cabo la Operación Greif ("Grifo", en español), que le valió el título de «el hombre más peligroso de Europa» por los Aliados. Se cree que fue uno de los principales organizadores de ODESSA en España.

Notas

[1] El Pacto Antikomintern o Tratado Antikomintern (oficialmente Acuerdo contra la Internacional Comunista) fue firmado el 25 de noviembre de 1936 entre el Imperio del Japón y la Alemania nazi, siendo el documento relanzado y de nuevo firmado el 25 de noviembre de 1941, tras la invasión de la URSS por Alemania. En el documento, las naciones firmantes se comprometían a tomar medidas para salvaguardarse de la amenaza de la Internacional Comunista o Komintern, liderada por la Unión Soviética. (N. del editor Digital). <<

This file was downloaded from Z-Library project

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library